

Abschied.
Gedicht von L. Rellstab.
Für eine Singstimme mit Begleitung des Pianoforte
Schubert's Werke. componirt von
FRANZ SCHUBERT.
Serie 20. Nº 560.
August 1828.

Mässig geschwind.

Singstimme.

Pianoforte.



The image shows a page from a music manuscript. At the top, the title 'Abschied.' is written in a large, elegant font. Below it, in smaller text, is 'Gedicht von L. Rellstab.' and 'Für eine Singstimme mit Begleitung des Pianoforte'. To the left of the main title is 'Schubert's Werke.' and to the right is 'Serie 20. Nº 560.'. Below the title, it says 'componirt von' followed by 'FRANZ SCHUBERT.' in a large, bold font. A horizontal line with a central dot is placed below the composer's name. To the right of this line is the date 'August 1828.'. Below the title and composer information, the tempo 'Mässig geschwind.' is written. The musical score itself consists of two staves. The top staff is for the 'Singstimme.' (voice) and the bottom staff is for the 'Pianoforte.' (piano). The piano part begins with a 'p' (piano) dynamic marking. The score is written in a 19th-century style with a key signature of one flat and a common time signature.

Vicente Blasco Ibáñez

El Adiós de Schubert



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA

© De esta edición: Ajuntament de València.
Delegación de Acción Cultural, Patrimonio y Recursos Culturales
© De la Introducción y revisión del texto: Emilio Sales
ISBN: 978-84-9089-566-5
cmvbi@valencia.es
www.casamuseoblascoibanez.es

Índice

A modo de introducción.....	1
El <i>Adiós</i> de Schubert.....	7
Parte primera.....	8
Parte segunda.....	36
Parte tercera.....	69
Parte cuarta.....	92
Mademoiselle Norma.....	111
Un idilio nihilista.....	187
Marinoni.....	210
La muerte de Capeto (Memorias de un patriota)...	222

A modo de introducción

Vicente Blasco Ibáñez, a la vez que escritor prolífico, fue responsable en buena parte del olvido en que quedaron diversos títulos de producción juvenil. Precoz en muchas de las empresas que pretendió liderar, empezó el diálogo con las letras muy pronto, siguiendo la estela de un Romanticismo que lanzaba sus últimos estertores. Bajo ese signo aparecerían sus primeros relatos proyectados hacia un pasado legendario, aunque la complicidad artística con las directrices del movimiento ratpenatista, al que le vinculó Constantí Llombart, se complementarían de inmediato con los aportes de esa literatura folletinesca que hizo fortuna en las postrimerías del XIX. Sin embargo, de los libros y cuentos orientados por tales vericuetos, así como de aquellas obras combativas, panfletarias y anticlericales como *La araña negra* y *Los fanáticos*, el escritor quiso distanciarse con posterioridad.

Señalaba Emilio Gascó Contell que fue «un extremado rigor autocrítico» el que empujó a Blasco Ibáñez a repudiar aquel bloque de su producción narrativa que poseía una condición artística discutible¹. Es posible que mediaran otras circunstancias menos estéticas en esta decisión. De cualquier modo, en confesión del propio autor a uno de sus primeros biógrafos, Camille Pitollat, la cuestión pareció zanjada en términos como los que siguen:

Son libros que hice para ganar dinero (aunque solo gané para comer, escasamente) y que no valen nada. No quedan ejemplares, nadie se acuerda de ellos, son indignos de mí. Deje esto para el futuro, si algún erudito quiere buscarlas...²

Una víctima de tantas de esta especie de «ocultamiento» fue el volumen *El Adiós de Schubert*, libro donde Blasco reunió cinco relatos y que publicó *El Correo de Valencia*, el mismo diario donde el joven escritor colaboraba. Transcurría 1888, un año en que Blasco Ibáñez, con tan solo veintiuno ya revelaba las credenciales de su poliédrica personalidad: por entonces se licenció en Derecho, meses antes había entrado en una logia masónica Unión nº 14, se iba haciendo un lugar en las filas del republicanismo federal valenciano y su imaginación creadora se había visto

¹ *Genio y figura de Blasco Ibáñez. Agitador, aventurero y novelista*, Alzira, Ediciones Graficuatre, 1996, p. 36

² «Blasco Ibáñez y Valencia», *Bulletin Hispanique*, XXXI (1929), p. 379.

proyectada, vuélvase a decir, por la «pasión por el relato romántico pródigo en descripciones de ambientes medievales»³. Muchos frentes a los que atender cuando, además, sobre su natural laborioso vibraba el impulso de unas apremiantes convicciones políticas, el estímulo de la fama consustancial a todo artista y, acaso, como años después confesaría a Pitollet, la posibilidad de «ganar dinero», aunque fuese un beneficio pírrico. De ello pudo ser ilustración el hecho de que, como sería práctica habitual en el autor, este trató de rentabilizar los frutos de su fantasía. Antes de *El Adiós de Schubert* se editara en volumen, dos de sus relatos aparecieron publicados por entregas en *La Ilustración Ibérica*: «La muerte de Capeto», desde marzo a abril de 1887, y «Un idilio nihilista», desde septiembre a octubre del mismo año. Luego, aquel público que no estaba al tanto de las impresiones de *El Correo de Valencia*, también podría familiarizarse con «Mademoiselle Norma», otra vez en las páginas de la revista barcelonesa, desde enero hasta agosto de 1889.

Sobre la trascendencia de las novelas cortas y cuentos incorporados en esta obra, fue Teodoro Llorente el primero en destacar un aspecto en el que hasta fechas recientes coincidirían biógrafos y críticos del autor: la importancia que alcanzó en ellos el efecto realista, hasta el punto que su artífice empezaba a distanciarse de sus obras precedentes: «Ahora comienza a ser novelista de veras»⁴. En especial, las historias desarrolladas en «El Adiós de Schubert» y «Mademoseille Norma», los más extensos del volumen, se significaban por mostrar una apariencia en que «parece que todo lo que cuenta lo haya vivido el autor»⁵; «Blasco comienza a describir la sociedad actual»⁶; y «la febril imaginación literaria del escritor se ha puesto ahora al servicio de una representación artística de lo cotidiano, de lo que en realidad sucede o puede suceder en la vida que comparte con sus lectores»⁷.

³ Enrique Rubio Cremades, «Los inicios literarios de Vicente Blasco Ibáñez: *Fantasías. Leyendas y tradiciones*», *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez*, 2 (2013), pp. 57-69 [p. 64].

⁴ «El movimiento literario en Valencia en 1888», *La España Moderna*, enero 1889, pp. 154-156 [p. 156]; en el mismo sentido, José Luis León Roca, *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, Ajuntament, 2002, p. 1015.

⁵ Llorente, op. cit., p. 156.

⁶ Pilar Tortosa, *Tres mujeres en la vida y la obra de Vicente Blasco Ibáñez*, Prometeo, 1972, p. 92.

⁷ Pablo Ramos González del Rivero, «Vicente Blasco Ibáñez, *alter ego* del joven que escribía basura romántica», *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez*, 2 (2013), pp. 71-83 [p. 77].

En todo caso, habrá que decir que tales atisbos de una nueva forma de contar se antojan mejor las pequeñas evidencias de una progresión, el reflejo del crecimiento literario de un joven escritor que todavía estaba muy influido por los usos de la literatura popular de su época y que escribía mediatizado por su abundante formación libresca. Y ese bagaje lector se supone bastante amplio a tenor por las diferentes alusiones literarias insertadas en los cinco relatos que componían el volumen. Esto es, versos procedentes de las *Rimas* de Bécquer, otro del poeta clásico Bartolomé Leonardo de Argensola, cita del título de una comedia de Calderón y otra atribuida a Walter Scott, mención de la novela de Saint-Pierre *Pablo y Virginia*, del curioso libro de espiritismo *El libro chico*, de Federico Rubio, o del poemario *Soledades*, de Eusebio Blasco; y más genéricamente, a la novela o novelas de Pérez Escrich y Paul de Kock.

De forma muy similar, en las historias de *El Adiós de Schubert* se manifestaría la mayor permeabilidad de los gustos y aficiones del autor en sus escritos juveniles, concretándose también en la pasión musical. Aparte de lo significativo del título del primer relato (el que da título al conjunto), relativo al lied *Abschied* del compositor austriaco Franz Schubert, cabe resaltar la mención de la *Danza de las bacantes*, de Gounod; de la ópera cómica *La mascota*, y, en especial, por el recurso a dos motivos casi tópicos: por un lado, la conversión del músico en protagonista, de modo que el Rafael de «El Adiós de Schubert» y el Feliciano de «Mademoiselle Norma» emparentan con los principales personajes masculinos de sendos relatos precedentes del autor: «Las últimas notas» y «El violinista», publicados los dos por entregas en *La Ilustración Ibérica*, en julio de 1886 el primero, y en mayo y junio de 1887 el segundo. Por otra parte, el culto idolátrico que manifestaba Rafael, en «El Adiós de Schubert», a través de «los retratos de todos los grandes compositores, desde Bach, Cimarrosa y Gluck hasta los contemporáneos Verdi y Gounod», le erigía en antecesor de ese maestro de capilla de *La catedral* que tenía en su habitación dos bustos de yeso de Beethoven y Mozart. ¿No se rodeó acaso Blasco de semejantes piezas e imágenes en sus diferentes estudios?

Cierto que los paralelos trazados pueden antojarse forzados o cuanto menos anecdóticos, pero ahondan en el mismo carácter transicional de tales historias en el conjunto de la producción blasquista. Son diversos los elementos que aparecen en ellas que declaran su relación con la literatura popular del momento: la importancia argumental del amor, lamentables fallecimientos, duelos, encuentros repentinos y casuales. Un Rafael del que se

enamora una inocente Emilia, pero que tras quedar seducido por una condesa su personalidad experimentará una metamorfosis deplorable, en «El Adiós de Schubert»; un Feliciano obnubilado por una casquivana cupletista, hasta el punto de plantearse el asesinato, en «Mademoiselle Norma»; el impulso desenfrenado del activista ruso que sucumbirá ante el poder omnímodo del zar, en «Un idilio nihilista»; el amor de un maquinista de imprenta por la Marinoni, en el relato homónimo, que resulta casi fantástico, por lo hiperbólico, a no ser que entendamos dicho sentimiento como concesión a las expectativas de la persona a la que el autor dedicó su invención: el impresor y librero Ramón Ortega. Argumentos, en fin, que no parecen dotados de una originalidad privativa, excepción hecha de «La muerte de Capeto», un cuento donde más allá de su dimensión política⁸, suministrada por momentos de la Revolución francesa, la intriga alcanza categoría de enigma, de misterio aterrador, hasta que un simple objeto inofensivo como puede ser un cuadro se transforma en inquietante foco espectral.

Tal vez, la capacidad de Blasco para crear, en el último relato citado, una atmósfera fantasmagórica, junto a su habilidad, como bien señaló Paul Smith, para plantear «tipos secundarios de gran vitalidad»⁹ son dos de las credenciales más vistosas de estas historias de aprendizaje. Porque incluso otros ingredientes narrativos que se han esgrimido en un intento de filiación estética pueden ser interpretados en sentido contrario. Más en concreto, en estas historias, además de ser constante el diálogo del narrador con el lector, de modo que en ocasiones aquel parece asumir la condición de narrador testigo, el discurso se organiza en párrafos caracterizados por su brevedad. Ello ha permitido decir:

Se supone que el lector de novelas folletinescas es persona de poca cultura. Por eso, el escritor evita los largos párrafos y procura usar el lenguaje para señalar simplemente lo que ocurre en la escena. Es un lenguaje teatral, más cercano a la oralidad que a la escritura.¹⁰

⁸ Véase al respecto Alfons Gregori, «Ideología, violencia y representación artística en “La muerte de Capeto (Memorias de un patriota)”», de Vicente Blasco Ibáñez», *Siglo diecinueve: literatura hispánica*, 30 (2024), pp. 333-357 [<https://siglodiecinueve.com/index.php/SDiec/article/view/522>].

⁹ *Vicente Blasco Ibáñez, una nueva introducción a su vida y obra*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1972, p. 12.

¹⁰ Rubén Benítez «Folletín y arte de la novela: Las obras repudiadas de Blasco Ibáñez», *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez*, 2, 47-56 [pp. 49-50].

No obstante, ¿eran folletines también títulos como *El conde Garcí-Fernández* o *Por la patria: Romeu el guerrillero*, novelas cronológicamente muy próximas a los relatos de *El Adiós de Schubert* y donde la brevedad de los párrafos resultaba asimismo casi telegráfica? Más bien, detalles como el enunciado nos reafirman en la idea, ya repetida, de que en tales escritos Blasco Ibáñez todavía no había dado con la fórmula narrativa y estilística que terminaría encumbrándole. Avanzaba tanteando desde los códigos imperantes, y él mismo reconocería implícitamente años después que algunas de las estrategias manejadas pertenecían a una estética de la que ya se sentía muy distante. Fue en una conferencia impartida en Argentina, en 1909, sobre su admirado Emilio Zola. Allí apuntaba, entre las singularidades de la literatura romántica, a:

En la escuela del romanticismo, el autor aparece a cada instante en escena, entre bastidores, hablando con todos y hablando por boca de todos [...] En las obras de Zola no pasa así.¹¹

Curiosamente, antes de encontrar en el movimiento zolesco un referente preciso, según el cual la novela se definía como un rincón de la naturaleza visto a través de un temperamento, antes de entrar en contacto con los criterios de verdad señalados por el naturalismo, a partir de los que vertebrar sus creaciones, llegando a realizar su propia superación de la estética francesa, Blasco Ibáñez había transitado por esos mismos caminos, los del romanticismo y la narrativa de folletín, de los que pretendía desmarcarse. En *El Adiós de Schubert* aún no demostraba, ni mucho menos, haber dado el salto definitivo.

La edición

Se reproduce el texto de *El Adiós de Schubert*, a partir de su primera edición de 1888 (Valencia, Biblioteca de *El Correo de Valencia*), cotejada en casos puntuales con aquella de editorial Cosmópolis (Madrid, 1926) que, según parece, despertó las iras del escritor al haberse publicado sin su permiso. Apenas se han realizado cambios significativos sobre las fuentes transcritas, limitándose la tarea de edición a regularizar la acentuación, según los usos normativos actuales de la RAE, o a resolver algunos pocos casos que podían resultar conflictivos, en cuanto a la puntuación del original.

¹¹ «Zola», *Conferencias en Argentina (y Paraguay)*, ed. de E. Sales, Casa Museo Blasco Ibáñez, 2023, p. 101 [<https://www.casamuseoblascoibanez.es/portfolio-items/conferencias-en-argentina-y-paraguay/?portfolioCats=50>].

El *Adiós* de Schubert

PARTE PRIMERA

I

De balcón afuera

A LA HORA en que los numerosos teatros de la corte arrojaban de su seno centenares de personas con el corazón repleto de sensaciones y la cabeza llena de armonías, en que sonaban tardas y perezosas las pisadas del semidormido sereno, en que allá a lo lejos se escuchaba el rodar de los últimos carruajes y en que alguno que otro transeúnte se retiraba silbando los principales aires de alguna zarzuela de moda, el protagonista de este capítulo comenzaba a dar cuenta de su existencia.

Primero, débiles y aisladas sonaban algunas notas que se extendían por el espacio entre la fría niebla como fugaces diablejos, para después acrecentarse, unirse y tejerse como hilos de una divina tela y venir a formar un torrente de armonía, en el cual iban envueltos, como en aquel himno que nos describe Bécquer, *suspiros y risas, colores y notas*¹².

El frío vientecillo, hijo del Guadarrama, silbaba con menos intensidad en las esquinas de la estrecha calle desde el momento que el tal piano comenzaba a sonar, y hasta las luces de los reverberos parecían agitarse al compás de aquella música que enloquecía a la mayor parte de los vecinos.

Escalas prolongadas y extrañas, cadencias que tan pronto crecían creando el vals fantástico y enloquecedor, como menguaban para formar la melodía dulce y melancólica; todo se escapaba en maravilloso conjunto por entre las rendijas de aquel balcón iluminado, que sobre la obscura fachada de la casa sembraba el cráter de un volcán arrojando en vez de lava tesoros de inspiración encerrados en rítmica envoltura.

Por todo esto, el piano era el objeto de admiración del barrio y el tema de todas las conversaciones.

Nunca sonaba de día.

El artista que arrancaba de sus teclas aquellos sonidos armoniosos debía ser alguno de esos soñadores que huyen de la luz del sol para acogerse al misterioso silencio de la noche.

¹² Verso correspondiente a la Rima I del famoso poeta.

De día tal vez los sonidos del piano no hubiesen traspuesto los vidrios del balcón, mientras que de noche, a favor del silencio, podían extenderse y volar libremente por el espacio.

Mas he aquí el único efecto que aquellos producían en los oídos de los mortales que a medianoche no estaban entregados al sueño.

El sereno.— *El* señuritu de casa doña Liboria ya comienza a hacer lo de todas las noches. Si yo tuviera derecho a dormir a estas horas, de seguro que me quejaría al inspector del barriu. ¡Cuán sosa es la música de los señuritus! Prefiero la *Muñeira*.

Un transeúnte.— ¡Soberbio! ¡Divino! ¿Quién será ese artista? En él hay mucho de la dulzura de los italianos junto con la magnífica ejecución de Rubinstein. Y lo que toca en estos instantes debe ser improvisado, a juzgar por la soltura de las notas que forman una armonía indefinible. ¡Esto son músicos! Los demás no pasan de máquinas de tocar. Cuando pienso en aquel maldecido que en el café nos estropea los oídos...

Un señor viejo que habita en el piso superior al balcón iluminado.— ¡Maldito musiquillo! ¿Por qué no carga el diablo con él y todas sus improvisaciones? Por más que me revuelvo en la cama no puedo dormir. Y él, dale que dale, como todas las noches a la hora en que pillo el sueño. Esto no puede seguir así. Me quejaré al casero.

.....

.....

Y en un balcón situado frente a aquel por el que se escapaban las mágicas armonías producidas por el piano, levantábase el extremo de una cortinilla y en la obscuridad se dibujaba vagamente una cabeza.

II

De balcón adentro

EL ASPECTO QUE presentaba a todas horas la habitación, de la cual salían tan melodiosos sonidos (para alegría de unos y tormento de otros) era muy digno de descripción.

Con decir que tenía ese sello tan peculiar que imprime la presencia de un artista poco afecto a las cosas de la vida, creo que el lector podrá imaginarse aquella habitación.

Por el suelo, esparcidos, numerosos fragmentos de papel pautado, cubiertos de apretadas notas y como delatando momentos de inspiración perdida o de artístico desaliento.

Por los rincones, cubiertos de respetables capas de polvo, montones de cuadernos y partituras célebres, apiladas casualmente y sin orden ni concierto.

Sobre las sillas, arrugadas o colgando con desmayo, algunas prendas de vestir. En un extremo la cama recién hecha por las diligentes manos de la patrona, y pendientes de las paredes, vírgenes en más de una parte de descolorido papel, los retratos de todos los grandes compositores, desde Bach, Cimarrosa y Gluck hasta los contemporáneos Verdi y Gounod.

Por supuesto que estos retratos no eran debidos al pincel de célebres artistas, ni estaban encerrados en dorados marcos, pues la mayor parte de ellos eran recortados de ilustraciones musicales, y aparecían adosados a la pared con un poco de engrudo o cuatro imperceptibles tachuelas.

Frente a la puerta de la habitación, como soberano que reconoce su superioridad, alzábase orgulloso un piano de regulares dimensiones, cuya pulida superficie y teclado siempre abierto demostraban a las claras que no se hallaba bajo el dominio de aquella inercia, a la cual parecían entregados los restantes objetos que ornaban la estancia.

Sobre el piano veíase un tintero junto a un grueso cuaderno entreabierto. En las páginas de este, subiendo o bajando como las olas del mar, estaban trazados ríos de notas, cuyas figuras negras y sencillas parecían delatar en sus caprichosas posiciones la inspiración que en ellas estaba encerrada.

Aquel cuaderno, a juzgar por el sitio en que estaba entreabierto y por las numerosas páginas en blanco, debía ser alguna obra en cuya creación se ocupaba el artista.

Este estaba sentado frente al piano.

Omitimos toda descripción de su persona, pues no faltará quien se encargue de tal tarea, y solo diremos que en aquellos instantes su frente estaba arrugada con esa contracción propia de los momentos en que se libra una batalla dentro del cerebro, para arrancar las ideas que siempre se resisten a exteriorizarse y darles una forma más corporal.

Sus manos descansaban negligentemente sobre el teclado como acopiando fuerzas para obedecer con más brío a la voluntad.

Durante algún tiempo el artista permaneció de esta manera, hasta que de pronto su rostro se animó con una sonrisa de satisfacción, sus ojos

brillaron de alegría, y sus dedos, moviéndose con extremada agilidad, produjeron un turbión de notas que atropelladamente salieron de las entrañas del piano cual si quisieran adelantarse las unas a las otras.

En aquel momento las paredes se conmovieron, los cristales del balcón trepidaron algunos segundos y la estancia pareció cobrar un tinte tan extraño (que si bien no podía llamarse sobrenatural tampoco merecía un nombre muy distinto), que hasta las graves fisonomías de los clásicos musicales que adornaban la habitación parecieron animarse y sonreír.

Tal efecto puede producir el arte aun en un lugar tan prosaico como un mísero cuarto de casa de huéspedes.

El piano cesó de sonar, y entonces el joven cogió con mano febril el abultado cuaderno y con lápiz trazó sobre las pautas un sinnúmero de notas y signos acabados de interpretar en el piano, y que ahora venían a aumentar aquel caudal de armonía oprimido entre dos cubiertas de cartón blanco.

Cuando el artista acabó su trabajo levantose de la banqueta, y con la satisfacción del hombre que acaba de cumplir con su deber, encendió un cigarrillo, y después de arrojar algunas bocanadas de humo dirigióse distraídamente al balcón, sobre cuyos vidrios apoyó su acalorada frente.

Entonces pude ver en el balcón de enfrente la cortinilla levantada y aquella cabeza indefinible de que antes hemos hablado, y que ahora desapareció al notar la presencia del artista.

Este dijo con alegre acento:

—¡Diablo! Por lo que veo, a ese vecino parece que le gusta mucho mi música. Doña Liboria dice que en esa habitación vive una muchacha muy bonita. ¿Si será ella la que me oye todas las noches? Si esto es verdad, no debo serle indiferente, y en tal caso bien podría yo... En fin, ya veremos lo que puede hacerse.

III

Una patrona que ayuda al autor

A LA MAÑANA siguiente, la ya nombrada doña Liboria se ocupaba en barrer parte de la escalera de su casa en el mismo instante que bajaba por esta la respetable personalidad de la criada de aquel viejo a quien tan mal efecto causaba la música por la noche.

Como la honorable patrona es un tipo que figurará muy poco en esta narración, hago gracia al lector de su retrato, y me contentaré con decirle que

era uno de tantos ejemplares como cuenta el ramo de pupileras viudas apócrifas de brigadieres o magistrados, busconas y averiguadoras de vidas ajenas y disecadoras de hombres por el procedimiento del hambre, como ha dicho no recuerdo quién.

—Buenos días, doña Liboria.

—Tenlos muy buenos, Juana.

Tales fueron las palabras con que se saludaron las dos *damas* al encontrarse solamente separadas por algunos peldaños.

—Tempranito comienza usted la limpieza —continuó la criada del viejo.

—¿Qué quieres, hija mía? Es preciso madrugar algo, pues aún así apenas si a una le queda tiempo para mirarse las uñas de las manos.

—¡Jesús, doña Liboria! No comprendo cómo puede usted madrugar tanto, siendo así que dormiré muy poco.

—¿Y por qué, Juana?

—Pues apenas es estrépito el que todas las noches arma en casa de usted ese músico tocando el piano. Mi señor, que, como usted sabe, le incomoda para dormir hasta el aleteo de una mosca, está que se lo llevan los demonios y jura y perjura que él sabrá encontrar remedio a tal abuso.

—Pues, hija, todo es acostumbrarse, y sino aquí me tienes a mí para asegurarte que no podría pegar los ojos si todas las noches no oyera golpear el piano.

—Mire usted lo que son las cosas. Pero oiga... ¿quién es el que toca?, porque yo todavía no he podido averiguarlo. ¡Tiene usted tantos huéspedes!

—Es don Rafael.

—¿Y ese don Rafael es un señorito alto y moreno con aires de calavera, que siempre que me encuentra en la escalera se empeña en ponerme colorada?

—No, Juana; ese debe ser, a juzgar por lo último que has dicho, el alférez Gutiérrez. Un calaverón de siete suelas que ahora está de reemplazo por su mal comportamiento.

—¡Ah! ¡Es un alférez! Pues entonces no sé quién es el músico.

—Es un señorito de figura muy elegante, muy blanco, además, y con unos ojos negros, una melena rizada y una barba que se llevan detrás las miradas de todas las muchachas.

—Vamos, ya sé quién es. Le he visto varias veces aquí mismo, y por cierto que no me acaba de llenar su tipo. Prefiero al alférez porque tiene aire de más dispuesto.

—¡Tú qué entiendes, mujer! ¿Crees tú que tras cada esquina vas a encontrar muchos como don Rafael?

—¡Oiga! Con mucho calor le defiende usted, doña Liboria. ¿Acaso hay algo?...

—Calla, maldiciente. Más podía yo sospechar de ti que eres joven y vives con un viejo solterón. Yo quiero al señorito Rafael porque lo merece. Es un ángel. Figúrate si lo será que no me debe ni medio mes de pupilaje. En cambio Gutiérrez cesó de pagarme hace tanto tiempo que ya he olvidado el aspecto que tiene su dinero.

—Según eso don Rafael será rico.

— Te diré. Él no tiene padres, ni muchos parientes tampoco; pero allá en Valencia (pues has de saber que es valenciano) tiene algunas propiedades con cuyos productos vive, hasta que llegue el día en que su talento le coloque en una alta posición.

—¿Tanto produce la música?

—Sí, hija mía. Don Rafael está acabando la partitura (como él dice) de una zarzuela que pondrán en escena dentro de poco y que sin duda alguna le producirá mucho dinero.

—Vamos, por eso se pasa las noches aporreando el piano. Lo que toca serán trozos de esa zarzuela.

—Eso me ha dicho él.

—Pues no me gustan. Es música muy sosa. A mí me alegran más esas canciones que por ahí se cantan, y sobre todo aquella función que yo vi no hace muchas noches y que se llama *La mascota*¹³. Pero esto no importa para que la noche en que estrenen la obra de don Rafael vaya yo con usted. Porque sin duda alguna usted irá.

—Vaya si iré. Pues no faltaba más...

—Cuando yo digo que usted toma muy a pecho todo lo que concierne a tal señorito.

—Te vuelvo a repetir que no digas eso. Yo, aunque todavía tengo un *buen ver*, no pienso ya en semejantes cosas. ¡Ay! Cuando se han tenido hombres como el mío —que en santa gloria esté— no le quedan a una ganas para nada. Aquel sí que era bueno...

—Así está el mundo; los buenos se mueren. Con que doña Liboria, si usted no quiere nada me voy, pues es tarde y la plazuela me está esperando.

¹³ Ópera cómica, con música de Edmond Audran y libreto de Alfred Duru y H. C. Chivot, estrenada en París, en 1880.

—Anda con Dios, hija mía, y si sabes alguna criada buena, envíamela. Está el servicio tan malo que ya ves, por no aguantar cosas con las que no se conforma mi genio, tengo que hacérmelo todo y hasta barrer la escalera, olvidando que soy la señora viuda de un mayor de plaza.

Y después de esta conversación, en la cual doña Liboria explicó quién era don Rafael, las dos desaparecieron, una escalera abajo y otra metiéndose en su habitación.

IV

Carta de niña

MI QUERIDA Teresa: Ahora que nos hallamos separadas por tantas leguas de distancia, y que no espero verte en bastante tiempo, es cuando comprendo lo mucho que te quiero. ¡Cuánto daría yo por tenerte a mi lado en este Madrid completamente desconocido para mí! Es tanto lo que te estimo, que me siento feliz cuando, retrocediendo mi memoria al pasado, recuerdo aquellos días tan dichosos para nosotras en que vivíamos en esa población libres de todo cuidado. Pero, para mi desgracia, la muerte arrebató a mi querido papá, y tuvimos mi madre y yo que trasladarnos a la coronada villa. Teresa mía, desde que estoy aquí, yo no sé qué me pasa. A ratos río como una loca y me siento tan feliz como cuando estaba a tu lado, y otras veces lloro sin cesar como si tuviera miedo de mi misma sombra. «¿Y por qué todo eso?», te preguntarás tú cuando leas estas líneas.

¡Ay, amiga mía! Yo no sé explicarte bien lo que siento, pero a veces temo estar lo que la gente llama enamorada. Yo no sé lo que esa palabra *amor* significa, como no sea refiriéndose a lo que siento por ti que eres mi única amiga; y por lo tanto tengo miedo, pero miedo terrible de que mis sospechas se truequen en una verdad. Pero mejor será que te cuente todo lo sucedido. A los pocos días de mi llegada a Madrid, una noche agitábame desvelada en mi cama llorando a causa de los muchos recuerdos que todavía tengo aferrados a la memoria desde la muerte de mi querido padre.

Estaba, como te he dicho, llorando silenciosamente, cuando de pronto oí sonar, no lejos de mí, un piano que producía unas armonías tan dulces y embriagadoras, que al momento experimenté una sensación placentera como si un torrente de consuelo refrescase mi alma.

Aquella música era indescriptible. Yo puedo asegurarte que nunca había oído, ni creo oír en el mundo, nada semejante. Las sublimes melodías

que los ángeles dicen que arrancan en el cielo a sus doradas arpas me parece que resultarían pálidas al lado de aquellas que entonces escuché.

Como arrastrada por una fuerza extraña, levánteme de la cama, y andando como una sonámbula llegué hasta mi balcón. Cuando después de abrirle levanté la cortinilla que cubría uno de sus cristales, contemplé una escena que nunca podrá borrarse de mi memoria, aunque en castigo viviese tantos años como el mundo. Las vidrieras del balcón frontero al mío estaban entreabiertas, dejando escapar una luz rojiza junto con aquellas notas que habían causado en mí tan sorprendente efecto. En uno de los lados de aquella sala veíase un piano, y sentado junto a él estaba un hombre joven, cuyo rostro causó en mí viva impresión.

¿Recuerdas aquellos jóvenes tan hermosos, cuyos retratos estaban tan detalladamente descriptos en las muchas novelas que ambas leíamos? Pues parecido a ellos —iqué digo parecido!— más guapo, mucho más guapo era aquel hombre que en aquellos instantes hacía gemir el piano bajo la presión de sus afilados dedos.

Desde aquella noche que no gozo de calma más que en las horas que el piano viene a herir mis oídos con sus mágicas armonías. ¡Infeliz de mí! ¿Qué habré yo hecho para padecer tanto? Todas las noches, aunque mi voluntad lucha por oponerse, me siento impelida por un misterioso *no se qué* que no comprendo, y levanto la cortinilla de mi balcón para contemplarlo. ¡Es tan hermoso!

Anteanoche sucedió una cosa que yo no había previsto. *Él* me sorprendió en el mismo instante que yo lo contemplaba.

No sé qué habrá creído de mí, ni sé tampoco si ignorará quien soy, pero lo cierto es que todo el día de ayer lo ha pasado de pechos al balcón contemplando el mío y como esperando que yo saliese.

Ya comprenderás que no he hecho tal cosa, aunque, en verdad, mis tentaciones he tenido.

Cuando por una rendija lo veo sin que él lo sepa, me siento impulsada a salir para hablarle. Yo no sé lo que siento, pero desde que conozco a ese hombre tengo miedo de mí misma. ¡Dios mío! Yo creo que voy a morirme si esto continúa así. Teresa, amiga mía; ruega a la Virgen pura que aparte de mí esta pasión infernal que me arrastra sin duda por el mal camino. Porque esto que yo siento (me tiembla la mano al escribirlo) esto debe ser amor.

Adiós, querida Teresa. Recibe los afectos de mi mamá y mil besos de tu amiga

Emilia.

P. D.- He sabido que él se llama Rafael Olmos y que es valenciano. Como compositor, ha venido a Madrid para que le pongan en escena en uno de los principales teatros una zarzuela cuya partitura es hija de su inspiración.

La zarzuela debe ser muy buena, porque es imposible que un hombre como él haga nada malo.

Adiós, Teresa mía; no sé lo que me digo.

V

Amor de artista

RAFAEL ESTABA enamorado.

Si alguno de sus amigos le hubiese preguntado de quién, de seguro que no hubiera sabido responder.

¡Son tan caprichosos los artistas! ¡Conservan, hasta para los menores actos de la vida, tal dosis de fantasía!

Rafael, al sorprender aquella cabeza que le contemplaba desde el balcón de enfrente, habíase hecho las reflexiones que ya hemos apuntado al final del segundo capítulo.

Pero después, cuando acostado y sumido en la obscuridad de su alcoba comenzó a dejar suelta la rienda a su fantasía, sus pensamientos tomaron todavía un giro más caprichoso y romántico.

Si alguien hubiera podido descifrar las oraciones que en misteriosos caracteres iba trazando su imaginación en el cerebro, de seguro que habría leído lo siguiente:

—Esa cabeza que me mira mientras yo toco el piano no debe ser de ningún hombre...

»Y menos de una vieja... Bueno fuera que una vieja me hiciese devanar los sesos en este instante.

»Un artista solo puede ser contemplado por una mu chacha bonita, fresca y espiritual.

»Es indudable que mi vecina debe tener todas estas cualidades.

»Y por lo tanto será muy digna de inspirar uno de esos amores que dejan recuerdo en la historia.

»¡Qué gran cosa debe ser estar enamorado!

»La verdad es que yo nunca lo he estado verdaderamente. Amorcillos del momento y nada más.

»Sintiendo arrollados al cuello dos brazos torneados, finos y que irradien suave calor, se puede ser mucho más artista.

»Pues no digo si se puede escribir buena música después de uno de esos besos crujientes, prolongados y rabiosos, en los cuales parece que se quiere transmitir el alma.

»Esos grandes maestros que vegetan junto a la pared, clavados por mi mano, debieron producir sus celebradas obras bajo la impresión de unos ojos rasgados que los envolviesen en una atmósfera de fuego o de lánguida ternura.

»Porque, ¿qué otra cosa es la verdadera música que una colección mejor o peor combinada de suspiros y frases apasionadas desprovistas de prosaicas sílabas?

»Y ya que he hablado de ojos. ¡Cuán hermosos debe tenerlos mi vecina!

»¡Ay, Rafael! Es preciso, es indispensable que la veas para decirle esto mismo que ahora se agita por los rincones de tu cabeza.

»Y vaya si la veré. Pues no faltaba más... aunque tuviera que revolver el cielo y la tierra.

»¡Ah!, encantadora incógnita, no sabes cuánto te amo...

.....

Y repitiendo mentalmente esto mismo, quedose profundamente dormido en el mismo instante que todos los relojes de la coronada villa daban las cuatro de la madrugada.

Al otro día, apenas se levantó Rafael, ocupose en poner en práctica aquellos pensamientos que en la noche anterior tan en tropel le habían asaltado.

En todo el día no salió de casa ni tampoco de su balcón, exceptuando las horas destinadas para comer y algunos ratos que se sentó al piano para interpretar sus piezas más favoritas, con el propósito de ver si de este modo, de la misma manera que el pájaro acude al reclamo, la misteriosa vecina se dejaba ver.

Pero todo fue en vano, y con gran desesperación de Rafael sus deseos no se cumplieron.

Cuando muy entrada la noche el artista conoció que serían inútiles sus esfuerzos, se acostó presa de esa agitación nerviosa propia del que ve defraudados sus deseos.

Aquella noche Rafael hizo un segundo acopio de pensamientos, pero con la adición fantástica de que en la vida de aquel joven debía haber algo de

novelesco y sobrenatural, puesto que se pasaba sin asomarse al balcón todo un día.

Al siguiente, apenas se hubo levantado, interrogó en toda forma a su patrona doña Liboria, la cual le contestó lo que supo, que por cierto no era mucho.

La señorita de enfrente es muy hermosa. Yo solo la he visto en el balcón dos veces.

He aquí todo lo que dijo la pupilera.

Rafael, que por su naturaleza era terco y que ahora se sentía excitado por aquella completa ausencia, volvió a emplear el día lo mismo que el anterior.

—Yo te venceré con mi entereza, incógnita hermosura —exclamó, y fue a ponerse al balcón.

Pero entonces se le ocurrió un pensamiento.

—Me parece que sería mucho mejor el escribir una carta y arrojarla dentro de la habitación. El medio es gastado y vulgar; pero, ¡qué demonio!, no encuentro otro más propio. Afortunadamente una criada feota, la misma de ayer, acaba de abrir los vidrios del balcón. Pudiera valerme de ella, pero no... me repugna todo amor que ha de tener por intermediario a una fea sirvienta.

Y esto diciendo, Rafael cogió aquella pluma con la cual trazaba los temas de sus composiciones, y atropelladamente púsose a escribir en un satinado pliego todo lo que su extraño amor le dictó en aquellos instantes.

Copiar aquella enamorada epístola es cosa innecesaria.

Con que el lector recuerde los pensamientos de Rafael y el apasionamiento que demostraba, se habrá formado, poco más o menos, un completo concepto de ella.

Ocho renglones conteniendo todo el corazón y el fuego de un artista de veintidós años.

Cuando el joven la tuvo cerrada dentro de un sobre, volvió al balcón, esperando un momento propicio para arrojarla.

Pero apenas puso el pie en él, cuando quedó inmóvil como en la escena se quedan los actores ante algún personaje inesperado.

Allí, frente a él, sirviéndole como de marco las entreabiertas hojas de la vidriera, estaba una joven de esas que fluctúan entre la niña y la mujer, y que sin duda alguna debía ser aquella en quien él soñaba hacía ya dos días.

Si inmóvil y frío quedó Rafael a la vista de aquella joven, más lo estamos nosotros en estos instantes, pues comprendemos lo difícilísimo que es la descripción de una mujer como aquella.

Otros, con ese despreciable método que consiste en desmenuzar la belleza, tal vez te la presentarán ante tus ojos, lector, parte por parte.

Pero nosotros solo podemos enseñártela en conjunto y muy rápidamente, diciéndote que era delgada, aunque de formas intachables, de abundante y rica cabellera y tez tintada con ese colorcito perla que es el *non plus ultra* de la belleza morena.

Pero la principal pincelada que al retratar aquella fisonomía podemos trazar, es decir que tenía unos ojos *grandes, vergonzosos, llenos de fuego y de luz*, como dijo un poeta, y una de esas bocas rojas y húmedas que solo parecen creadas para dar la felicidad al que las besa.

Todo esto que a nosotros nos ha costado algo de decir, a Rafael le bastó un segundo para abarcarlo con su vista.

Pero mucho menos tardó la joven en desaparecer, como avergonzada de la súbita aparición del artista.

Este, al ver desierto el balcón, salió del encanto en que parecía haber caído y arrojó con fuerte brazo la carta, que atravesó el estrecho espacio que mediaba entre una casa y otra, cayendo en el balcón, un poco más adentro de las vidrieras.

—¡Dios mío! —murmuró Rafael—. ¿Me contestará?

VI

Lo que da de sí una contestación

NO CREEMOS QUE existan en la vida del hombre muchos instantes parecidos a aquellos en que se aguarda la respuesta de una mujer a quien se ama verdaderamente.

En aquellos momentos la confianza y el desaliento vienen a alojarse simultáneamente en el espíritu del amante, y hasta parece que el corazón late con más fuerza y la vida transcurre más rápidamente.

Todo esto mismo era lo que sucedía a Rafael desde el momento que arrojó la carta al balcón de su vecina. Él, que con sonrisa tranquila había contemplado en elegantes conciertos o en el saloncillo de un teatro a un numeroso e inteligente público, o a un escogido cónclave de eminencias artísticas prontas a criticarle la más ligera falta de inspiración o descuido

mientras hacía correr sus dedos sobre el piano, ahora temblaba solo al pensar que su felicidad estaba pendiente de lo que aquella hermosa niña se dignase contestarle.

Y preso de la mayor agitación entraba y salía en su cuarto; tan pronto se apoyaba sobre los hierros del balcón como hacía sonar las teclas de su piano con golpes nerviosos, que eran la más fiel expresión de su estado interno.

Hubo un momento en que el artista pareció calmado. Tras de aquellos cristales había columbrado una sombra que, como todas, había pasado fugaz e indefinible.

Pero después de esto volvió a transcurrir el tiempo sin que nadie asomara su rostro para consuelo de Rafael.

—Sin duda —se dijo este— la niña se siente cortada con mi eterna presencia junto al balcón. Vamos a ensayar alguna cosa que la satisfaga para ver si recibo pronto una respuesta y salgo de penas.

Y esto diciendo, Rafael abandonó la barandilla, entró en su cuarto, y acercándose a un rincón, púsose a revolver una verdadera montaña de partituras, a pesar de que comenzaba a anochecer y que la semiobscuridad que se enseñoreaba en la habitación no permitía ver la más mínima nota.

Apenas se entregó el artista a este trabajo, cuando sonó un ligero chasquido anunciando que un cuerpo ligero acababa de caer sobre las baldosas del balcón.

Rafael volviose con viveza, y a la escasa luz del crepúsculo pudo ver dos cosas que le dieron a la par alegría y ansiedad.

Sobre su balcón un papel blanco doblado.

Por entre aquellas vidrieras una mano breve y delicada que desaparecía.

Lector, quienquiera que tú seas, es indudable que tendrás o habrás tenido novia.

Si así es, vuelve tu mirada a lo pasado y recuerda.

Porque solo los que en la primavera de la vida han roto sobres con mano febril e insegura para leer en incorrectos caracteres ingleses amor o desprecio, a la luz del casero quinqué o del farol de la esquina, pueden comprender lo que pasó a Rafael en el momento que vio aquel papelito blanco.

Arrojose sobre él, y a la menguada luz de un fósforo pudo leer lo siguiente:

Esta noche, a las doce, saldré al balcón.

Emilia.

Faltaríamos a la verdad y a la exactitud de la narración si no dijéramos que Rafael en el primer instante quedó estupefacto, creyendo como el poeta *que no fuera verdad tanta belleza*¹⁴, y que después, a pesar de su barba y de su gravedad de compositor, dio cuatro saltos por la habitación cantando entre dientes *La danza de las bacantes*. Momentos después abrazaba en el comedor a doña Liboria y a dos o tres compañeros, a quienes tuvo empeño en llevar al café.

Cuando salió de casa en compañía de estos (cosa que no había hecho en dos días), murmuraba:

—Quisiera que en estos instantes la humanidad fuese una sola persona para abrazarla de la misma manera como acabo de abrazar a mi patrona.

VII Nocturno

A LAS ONCE de la noche Rafael ya estaba apoyado en los hierros de su balcón.

La impaciencia lo devoraba.

Esto es una cosa que por innecesaria podíamos haber callado.

¿Quién será aquel que en su vida no le haya sucedido otro tanto?

¿Y quién será también aquel que en el otoño de su vida no recuerde con verdadera delicia la hora en que con nerviosa impaciencia aguardaba el instante de hablar con su amada por primera vez?

¡Hermoso momento que por desgracia abundas poco en la corta vida del hombre y que vienes a formar el dulce turrón de recuerdos para la vejez, yo te saludo!

Interponte en el camino de mi existencia todas las veces que puedas, que yo te aseguro el recuerdo para el día en que mi cabeza blanquee con la nieve de los años, cosa que, por fortuna, aún tardará mucho en suceder.

Pero dejémonos de vanas digresiones y entremos en materia, como dicen ciertos novelistas.

Rafael estaba, como antes hemos dicho, en su balcón, a pesar de que reinaba uno de esos venticillos guadarrameños capaz de acabar con un santo de piedra.

¹⁴ Versos pertenecientes a un soneto del poeta barroco Bartolomé Leonardo de Argensola.

¡Pero váyale usted al amor con fríos!

La luz de los reverberos se perdía entre las sombras antes de llegar al segundo piso, con honores de tercero, que tenía alquilado doña Liboria. Rafael estaba envuelto en una agradable semiobscuridad.

Desde allí veía cómo cruzaba la calle continuamente por allá abajo alguna que otra sombra.

Enfrente contemplaba aquel balcón desierto y herméticamente cerrado para el verdadero conductor de la felicidad, y arriba un cielo negro e igual, desierto de toda estrella que con su fulgor rompiese sus oscuros celajes.

¡Cuán poco respondía la naturaleza y la calle al estado en que se encontraba el alma de Rafael!

Si por él hubiera sido, la noche ostentaría un cielo diáfano y sereno, la luna derramaría sus tesoros de luz argentada y la calle se conmoviera con los ecos de alguna amorosa serenata.

Pero Madrid es tan cruel con los enamorados, que rara vez se digna concederles todas estas bellezas.

En cambio pueden gozar de la sublimidad de una lluvia o nevasco, o verse interrumpidos por la voz de algún ciego que pregona la última *Correspondencia*, cuando no es algún borracho que canta coplitas con letras capaces de hacer salir los colores al sereno de la calle.

Todo esto lo hubiera sufrido Rafael, y aún algo más, con tal de que el tiempo corriera más aprisa.

¡Maldito tiempo! ¡Y cuán poco correspondes a los deseos humanos!

Primero una campanada repetida por centenares de relojes anunciando las once y cuarto.

Después una eternidad desesperante para Rafael, a quien a cada momento le asaltaba la sospecha de que los relojes de la villa debían haberse parado a influjo de su mala estrella.

Y por fin dos campanadas, lentas y graves como para dar a entender la cachaza con que los cuadrantes acogen las miserables prisas de los hombres.

—¡Media hora! —murmuraba Rafael—. ¡Todavía falta media hora!

Y procuraba ahogar en su interior aquella excitación nerviosa que comenzaba a apoderarse de él, mientras se armaba de paciencia, o más bien de lo que la gente llama *filosofía*.

Pero, por fin, como el *todo pasa* es tan antiguo como el mundo, la media hora pasó, y con gran alegría del artista, un buen número de metálicos golpes vinieron a anunciar la esperada medianoche.

Y el balcón se abrió como en el teatro se abren las puertas secretas al sonar una hora convenida.

Si no dijéramos que Rafael sintió algo, mentiríamos.

Algo así como cortedad o miedo al par que una gran alegría.

En el balcón frontero se recortaba la gallarda sombra de Emilia.

El músico aspiró con fuerza el aire, pues le parecía cargado de un embriagador e indefinible perfume desde el momento en que apareció la joven.

¡Buenas noches! —dijo una voz argentina y simpática.

Rafael contestó y...

Aquí veo al lector esperando conocer la manera como comenzó el amoroso diálogo.

Y ¡vive Cristo!, que no le puedo complacer.

Confieso mi ignorancia e ineptitud, pero por más que lo desee, mi pluma se niega a escribir el tal diálogo, so pena de producir una cosa falta de verdad.

Desafío a cualquiera de mis lectores a que me explique lo que le dijo a su verdadera novia la primera vez que con ella habló.

Se tiene en aquellos instantes el cerebro muy envuelto en nubes de color de color de rosa; se siente junto a los oídos una música demasiado dulce y arrebatadora para que se recuerde después lo dicho entonces.

—Eran palabras cual nunca se dicen porque solo entonces se sienten —podrá decir el aludido—. Eran juramentos apasionados cual nunca se hacen; eran, en fin, notas divinas, risueñas perspectivas encubiertas bajo medias palabras.

Pues eso mismo, señor lector; eso mismo fue lo que se dijeron Emilia y Rafael; pero yo añadiré, para que usted mejor lo comprenda, que *ella* era mujer morena y ardiente, con mucha sangre árabe dentro de las venas; una mujer de esas que solamente produce el sol del mediodía, y que *él* era, como ya usted sabe, un artista de corazón de espuma e imaginación sin rienda.

¡Qué de palabras se cruzaron entre uno y otro balcón!

El vientecillo parecía conmovirse al transmitir las, como si entre sus alas existiesen miradas de seres que se agitaban al oír tanto apasionamiento. Aquello era un derroche de amor, de suspiros y de palabras cortas, pero que encerraban entre sus sílabas un mundo de pasión.

Pero por fin todo cesó ante el reloj, que con sus voces pudo lograr arrancarlos de su amoroso aislamiento para volverlos a la vida real.

Las dos de la mañana.

—Adiós, Rafael. Tengo que levantarme temprano para que mamá no recele. Hasta mañana, dueño mío.

—Adiós, Emilia mía. ¡Cuántas horas han de pasar para que llegue la noche de mañana!

—Antes de que nos separemos, repíteme que me amas. Necesito oírlo mil veces.

La contestación se la llevó el viento, y por no llegar a mis oídos no la puedo consignar aquí.

Lo que solamente puedo decir es que cuando la luz del alba comenzaba a teñir con blanquecino color los tejados de Madrid, dos seres dormían sonriendo dulcemente, mientras que sus labios murmuraban nombres distintos.

VIII

Un nuevo personaje

LA MADRE DE Emilia llamábase doña Juana Barrantes, y era una de esas señoras cuya clase acabará al mismo tiempo que el presente siglo.

Nacida por aquellos años en que imperaban las ideas románticas, en que los fracs de color aún estaban en moda y en que raro era el elegante que no lucía una luenga y rizada melena, en su cerebro todavía quedaba una buena dosis del espíritu de su tiempo, que se traslucía en su lenguaje y en los menores actos de la vida.

A pesar de sus cuarenta y ocho bien cumplidos, todavía conservaba en su rostro señales inequívocas de pasada belleza, y su figura tenía cierta majestad que, aunque algo afectada, no por esto dejaba de producir efecto en todos cuantos la conocían.

Tenía esos detalles que los hombres observadores califican de característicos.

Era delicada hasta un límite inconcebible. La agitación que en el aire producía una hoja de libro al doblarse, bastaba para resfriarla, y sufría opresión en el pecho y ataques de nervios si alguien le relataba algún suceso triste.

Vivía en un mundo ideal, y podía asegurarse que llegaría a vieja sin haber dejado de ser niña.

Los días que hacía sol canturreaba desde por la mañana hasta la noche, y aquellos en que el cielo estaba nublado, se arrebujaba en un grueso

mantón, y en esta posición permanecía encogida como una octogenaria que siente el frío de la muerte.

Para ella las mujeres eran flores y las niñas capullos; daba gritos de gozo cuando veía un pájaro, y en sus adentros se recreaba acariciando la esperanza de tener media docena de nietos mofletudos y de rizados cabellos que le tiraran de la falda pidiéndole la merienda.

En música gustaba de las romanzas italianas llenas de gorgoritos y de calderones interminables, y en cuanto a poesía se deleitaba leyendo aquellas en que se hablaba de sultanas, de fuentes de jaspe y mármol y de lechos de flores.

Su parte física podía describirse diciendo que era un manojo de nervios siempre dispuesto a conmoverse a la menor impresión.

Su historia no ofrecía nada de particular.

A los veinte años casose con un joven abogado, verdadero tipo de los hombres de a mediados del siglo, ferviente progresista, redactor de un diario de oposición y autor de un sinnúmero de poesías, la mayor parte de ellas hechas en honor de la libertad o de la señora de sus pensamientos.

Doña Juana, según afirmación propia, fue muy feliz; pero esto no importa nada para el curso de la presente narración, y lo que solamente tiene interés es que a los cinco años de casados nació Emilia, y que su padre murió algunos meses antes del día en que esta conoció a Rafael.

Para activar la resolución de ciertos negocios importantes, pendientes de no sé qué ministerio, y cuya naturaleza no es necesario consignar, madre e hija tuvieron que trasladarse a Madrid desde la pequeña ciudad de Andalucía en que habían las dos venido al mundo.

Doña Juana tenía muy pocos conocimientos en la corte; así es que, a excepción de las semanales visitas que giraba por el ministerio para enterarse de la marcha de sus negocios, no salía de casa más que para dar un paseo, acompañada de su hija, por el Prado o el Retiro, de cuya frondosa vegetación gustaba mucho por lo mismo que le recordaba la de su país natal.

Tal era el género de vida que hacía en la villa y corte.

Pero si no salía mucho de casa, tampoco se aburría dentro de esta, pues a sus anchas podía gozar de su placer favorito, consistente solo en la lectura de algunos libros que trataban de la ciencia espiritista.

Porque doña Juana era por cuenta e inspiración propia una espiritista de tomo y lomo.

No vaya el lector a creer por esto que ella frecuentaba los clubs ni pertenecía a tal o cual asociación de médiums, pues la madre de Emilia apenas si conocía a media docena que profesaban sus ideas.

Estas tan solo estaban sustentadas por la gran fuerza de imaginación que poseía y por su completa ignorancia de todos aquellos conocimientos que no fuesen propios de una señora.

Allá en su juventud la casualidad había hecho caer en sus manos un folleto titulado *El libro chico*, del doctor Federico Rubio, y fue tal el efecto que en ella causó el tal librejo, que desde entonces no supo hablar con sus allegados de otra cosa que de fluidos positivos y negativos del sistema nervioso, y de los prodigios que en lo futuro debía obrar el desconocido poder del magnetismo animal.

Como era de esperar, atendiendo al carácter de doña Juana, muy pronto la tal afición al magnetismo acabó en una monomanía, cuyos efectos vino a sufrir principalmente Emilia.

La madre intentó en varias ocasiones explicar a su hija aquellas estupendas ideas que bullían en su cerebro; pero esta, a pesar de sus exteriores muestras de asentimiento, la escuchó siempre como aquel que oye llover.

A los diecisiete años no se comprende otra ciencia que la del amor.

Y esta es la que, como ya sabemos, comenzaba a cursar Emilia.

Por cierto que en la joven empezaban a notarse los efectos.

Sus mejillas habían adquirido más color, sus ojos más luz, y continuamente alegraba la casa con repetidos trinos, mientras corría y saltaba como una niña.

Aquella tristeza ocasionada por la muerte de su padre había desaparecido por completo.

El amor del novio borraba el recuerdo del amor del padre.

Si doña Juana hubiese sido más suspicaz, de seguro que no dejara de ver como la alegría de su hija crecía así como iba llegando la noche.

Pero la madre solo sabía decirse desde que notó aquel inesperado cambio:

—¡Dichosa juventud! ¡Cuán pronto olvida toda clase de dolores! Feliz ella que puede ahuyentar sus recuerdos para dar paso a la alegría. Así quisiera que estuviese siempre; pues, como joven aún, le queda mucho tiempo para llorar. Y ella parece muy feliz. Si no fuera que jamás se aparta de mi lado y sé todo lo que le pasa, creería que estaba enamorada; esto es, que

el espíritu de algún hombre la habría envuelto en una atmósfera magnético-simpática.

IX

Qui va piano, va lontano

COMO YA HEMOS sabido en uno de los anteriores capítulos por boca de doña Liboria la patrona, en su casa vivía un militar llamado Gutiérrez, el cual no era muy antipático a la criada del tercero.

El alférez Gutiérrez era, como afirmaba la pupilera, un calaverón de siete suelas; o más bien un calavera simpático de esos que la gente designa con el nombre de *perdidos*.

Por su mala conducta había quedado en estado de reemplazo, y aún gracias que se libró de la expulsión del ejército.

Su figura, lo mismo que sus actos, llevaban marcado el sello de la más completa vulgaridad, a pesar de lo cual se creía un irresistible Tenorio.

Tenía, según afirmación propia, y salvo rara excepción, todos los siete pecados capitales.

Era libertino, jugador y aun algo borracho; pues en más de una ocasión doña Liboria tuvo que cargar con él para meterlo en su mismo cuarto después de alguna noche empleada en *correrla*, como él decía.

Tal era el huésped que habitaba en el establecimiento de la pretenciosa viuda del mayor de plaza.

Gutiérrez era amigo de Rafael con esa amistad propia de los jóvenes solteros e independientes que viven bajo el mismo techo.

Al principio repugnó al artista el trato con aquel hombre; pero el alférez, en medio de su depravación, tenía un exterior simpático, y muy pronto logró cultivar con sus genialidades la amistad de Rafael.

Excusado será decir que el primero que tuvo noticias de los amores de este con la encantadora vecina fue él.

Una tarde, cuando hacía diez días —o más bien diez noches— que los tales amores habían comenzado, Gutiérrez, medio tendido en la cama de Rafael, decía a este, que le escuchaba algo distraído:

—¡Qué demonio! Comprendo que la quieres mucho, y, por lo mismo, no te hago la más ligera reconvención. Malo es que un hombre esté enamorado, porque con ello pierde la libertad, que es el alma de la

existencia; pero tú lo estás tanto que hacerte *tronar* con ella sería lo mismo que darte la puntilla.

—Veo que me comprendes —contestó el artista.

—¡Que si te comprendo! ¿De qué me serviría, pues, vivir cerca de un año contigo y ser tu amigo íntimo? Yo te conozco lo mismo que si fueras mi hermano, y por lo mismo quiero como a tal, voy a procurar por ti dándote un consejo.

—Dame todos cuantos quieras.

—Tú no debes hablar con Emilia por el balcón.

—¿Quién se opone a ello?

—Nadie. Pero no quiero decirte eso. Lo que quiero hacerte comprender es que el hablar con la novia de la manera como hablas, es indigno de un hombre como tú. Además, que por tal medio y sin que te valga tu amor, puedes pillar un magnífico constipado, y ya ves que esto de decir *¿me amas?* a una muchacha bonita mientras te resfrías o toses, es una cosa muy prosaica.

—Pues para evitar esto no veo otro medio que el de entrar en su casa. ¿Y tú lo crees acaso muy fácil?

—Más de lo que tú puedas figurarte.

—Ya me imagino el medio. Hablando directamente con su madre y diciéndole: «Señora, yo estoy enamorado de su hija. Ella me ama; yo la amo, y por lo tanto los dos esperamos que usted nos dé su consentimiento, y me conceda permiso para frecuentar la casa». Pues te aseguro que mañana mismo haré todo esto tal como lo digo.

Gutiérrez meneó la cabeza, y dijo:

—No es eso.

—Pues entonces no comprendo lo que tú quieres proponerme.

—Recuerda el refrán italiano: *Qui va piano va lontano*.

—Bien, ¿y qué?

—Que tú, sin necesidad de ir a decirle todo eso a su madre y exponerte a que ella te dé con la puerta en las narices, puedes perfectamente introducirte en la casa.

—No sé cómo.

—Tú degeneras, Rafael; tú te embrutece desde que estás enamorado. Ahora me aferro más y más en mi opinión de que al enamorarse un hombre pierde el sentido común. Ven aquí, cabeza huera. ¿No eres lo que se llama un pianista de primera fuerza? ¿Pues qué le cuesta a tu novia, que, según creo, teclea un poco el piano, el inducir a su mamá a busque un buen profesor para que la perfeccione en sus estudios?

—Es verdad.

—Cuando la mamá consienta, ella misma puede recomendarte como a un artista vecino a quien solo conoce de verle alguna vez en el balcón y de oírle todos los días hacer en el piano verdaderos milagros artísticos. Y entonces tú entras en la casa, podrás hablarla de cerca siempre que quieras y aun estrecharla la mano a espaldas de su mamá, que es lo que forma la meta a que desea llegar todo enamorado platónico como tú.

—Tu plan es bueno, y esta misma noche se lo participaré a Emilia para que ella lo ponga en práctica cuanto antes.

Efectivamente, algunas horas después, cuando la noche estaba casi a la mitad de su carrera, Rafael expuso a su amada la idea del alférez Gutiérrez.

A Emilia parecióle muy buena.

Con tal de que le aproxime a su novio, ¿qué plan le parecerá mal a una niña de dieciséis años?

.....
.....

Y al otro día doña Juana oyó con gran extrañeza, de boca de su hija, que deseaba perfeccionar sus estudios de piano, ya que habían pasado los primeros meses de luto.

—Vea usted lo que son las cosas —debió murmurar la viuda—. Y con qué nos sale ahora la niña. Cuando estábamos en el pueblo no se mostraba muy propicia a sentarse una hora en la banqueta junto a aquel viejo profesor, y ahora... Vamos, habrá que darle gusto.

Y como doña Juana conocía poco Madrid, vio el cielo abierto cuando su hija le indicó que en la vecindad habitaba un joven artista que daba lecciones para ganarse la subsistencia.

Esto no era verdad, pues como el lector sabe muy bien, Rafael no se dedicaba a enseñar a nadie.

El artista fue llamado por la criada, e inútil será el decir que acudió al poco rato.

Doña Juana encontró al joven muy simpático, y aún, como sucede a la mayor parte de las viudas, con algún parecido a su difunto esposo.

No le supo del todo bien que fuese tan joven, ni tan apuesto, pero al fin se conformó, y después de quedar acordes en el precio de las lecciones, Rafael quedó como maestro de la niña.

En la primera lección no se cometieron indiscreciones.

X
Del cielo al suelo

SI A RAFAEL le gustaba ser o no ser maestro de la niña, calcúlelo el lector.

Gran parte de la tarde, y aun el principio de la noche, la pasaba en casa de doña Juana, y de seguro que Emilia llegara a ser una gran profesora con tal de que todo aquel caudal de tiempo lo empleara el artista en enseñarla.

Pero ya se comprenderá que de esto último era de lo que menos se ocupaban los dos jóvenes.

Rafael daba sus explicaciones de una manera muy distraída y recreándose en la contemplación de su amada, mientras que esta, ruborosa y con los ojos bajos, interpretaba con manos torpes la partitura que tenía delante.

Para completar el cuadro, doña Juana hacía calceta en un rincón o se entretenía leyendo su idolatrado *Libro chico*.

Entre los dos novios, y como coreadas por los acordes que, incoherentes e incompletos, producían los dedos de ella, se cruzaban continuamente frases breves, apasionadas, vibrantes (valga la expresión) que encerraban un mundo entero de cariño y amor.

—¡Vida mía! —decía él—. ¡Cuánto te amo!

Y en el piano sonaban repetidos algunos golpes que conmovían la habitación.

—¿Y yo? —contestaba ella—. Nunca llegará a ser tu amor como el mío.

Y a continuación se oía una serie de escalas que a la exuberante fantasía de Rafael parecíanle gemidos de una alma enamorada.

Y, entre tanto, la viuda allí estaba en un rincón leyendo con filosófica calma y sin sospechar la granizada de dulzuras que se arrojaban aquellos dos que ella creía entregados al estudio.

¡Válgame el cielo! ¡Qué papeles les toca hacer a las madres!

Una tarde en que, como siempre, Emilia estaba sentada al piano teniendo a su lado a Rafael, murmuró con voz lánguida junto al oído de este:

—El otro día te explicaba cómo te vi por primera vez. ¿Recuerdas que te hablé de una pieza musical que produjo en mí tan sobrenatural efecto?

—Sí, ángel mío.

—¿Y cómo se llama?

—Deja que recuerde. Si no me equivoco, era el *Adiós* de Schubert.

—¡Oh! Cuánta sublimidad encierra...

—Mucha, alma mía. Schubert es el artista de la melodía.

—Todo mi deseo es el aprenderla. El día en que la sepa podré recordar a todas horas el feliz momento en que nos conocimos. ¿Quieres enseñármela?

—Es muy triste.

—No importa. ¿Pero acaso por eso es menos bella? Vamos, Rafael mío, accede a mi deseo y comienza por tocarla ahora como tú sabes.

El artista, por toda contestación, ocupó el asiento que Emilia dejó vacante al decir sus últimas palabras, y pasados algunos cortos momentos extendió sus manos sobre el inmóvil teclado.

¡Oh, Schubert! Artista divino, ¿de dónde arrebataste aquellos destellos de grandeza, aquellos torrentes de dulzura que tu genio transformó en interminables armonías?

La música de Schubert no es la música hija de los hombres.

No es la producida por la combinación ordenada de notas, es la repetición de esa misma música que por las noches canta la brisa al mecer los tallos de las flores, la que murmura el arroyo al arrastrarse sobre la arena, y la que gime el frío vientecillo entre las ramas del fúnebre ciprés.

Es, en fin, la poesía musical de la naturaleza que canta, que llora o que sonríe melancólica.

El *Adiós* tiene algo de todo esto, y ese mismo algo es lo que principalmente hacía resaltar Rafael en aquella serie de notas que arrancaba a las entrañas del piano.

Emilia contemplaba anhelante al artista, que en aquellos instantes aparecía como divinizado a sus ojos, y hasta la misma doña Juana, dejando descansar sobre la falda su diminuto libro, escuchaba con atención.

Rafael entre tanto hacía volar sus dedos sobre el teclado y poco a poco fue desarrollando todo aquel mundo de armonías misteriosas.

Cuando el eco de las últimas notas se extinguió en la habitación, el artista pudo ver el efecto que el *Adiós* había causado en los oyentes.

En los ojos de las dos brillaba una lágrima.

La madre había recordado a su esposo.

La hija... yo no sé lo que la hija pensaría.

Lo que sí sé es que Emilia púsose a aprender con sin igual empeño la melodía de Schubert y no pasó mucho tiempo sin que viera cumplido su deseo.

El mismo día en que la joven ejecutó con admirable limpieza el *Adiós*, sucedió una cosa muy digna de contarse.

El pueblo, con su buen sentido, ha inventado la máxima de que «amor y dinero no pueden estar ocultos».

Y como Rafael y Emilia eran apasionados en mucho grado y en más de una ocasión se olvidaban al hablar de que existía el mundo, y por ende de que doña Juana estaba presente, de aquí que esta se apercibiera de todo, y con la entonación grave que requería el caso le dijera al mismo, poco más o menos, lo siguiente:

—Señor de Olmos, acabo de conocer que usted ama a mi hija y que a ella no le es usted indiferente. Mi obligación de buena madre es procurar el reposo de mi Emilia que todavía es demasiado joven. Y como para ello no encuentro otro remedio mejor que el de alejarla de usted, me veo en la dura necesidad de rogarle que se retire. Si pasados algunos años todavía siente usted amor por mi hija, y ha logrado una decente posición, venga por ella, pero en el entre tanto absténgase de pisar esta casa.

Rafael, desconcertado ante semejantes palabras, por más que intentó contestar no tuvo otro remedio que marcharse, ante la imponente actitud que había tomado doña Juana.

Cuando con paso lento y gesto casi estúpido bajaba la escalera, Emilia gemía en un rincón hecha un mar de lágrimas.

Aquella misma noche diéronle a Rafael la noticia de que su obra había sido admitida en uno de los principales teatros, y que muy pronto iba a procederse a los ensayos para ponerla en escena dentro de un mes.

A pesar de lo deseada que la tal noticia había sido por el artista, no le causó gran alegría.

¡Bueno estaba él para pensar en la gloria! En aquellos instantes su cabeza no la ocupaba más que Emilia.

XI

Otra caída más trascendental

AQUEL QUE DIJO a la mujer: «llora y vencerás»¹⁵, debió ser un hombre que conocía bien el mundo.

Emilia lloró, y no poco, pues durante dos días sus hermosos ojos no hicieron otra cosa que derramar lágrimas.

¹⁵ Título de la comedia de Pedro Calderón de la Barca, *Mujer, llora y vencerás*.

Y por consecuencia venció a su mamá, que, dicho sea de paso, no necesitaba mucho para que su hija la convenciese. La buena señora, al despedir a Rafael, obró a impulsos de una inspiración momentánea que no era hija de su carácter; pero después, cuando vio a Emilia llorando sin descanso y negándose a tomar alimento alguno, murmuró afligida:

—No creía yo que estuviese tan enamorada. Esta muchacha se me muere sin remedio. ¡Llorando continuamente y sin querer comer! La verdad es que yo hacía una cosa bastante parecida cuando mi familia se oponía a que hablase con mi Manuel (que en paz descanse). Emilia es muy joven para galanteos; pero lo cierto es que hoy en día el novio es el artículo de necesidad para toda niña que ya va de largo, y que yo no haría una cosa fuera de lugar consintiendo que hablase con Olmos. Máxime cuando, según informes que me han dado, el muchacho es de buena familia, y con su talento se conquistará muy pronto una posición. ¡Qué diablos! Me arriesgaré a permitir tales amores, pues así como así, sería muy difícil cortarlos, cuando el espíritu de Emilia está tan supeditado al magnetismo de su novio.

Y Emilia se salió con la suya, pues a los tres días Rafael volvía a entrar en la casa, no como maestro, sino como novio *oficial* de la niña.

Cuando los dos pudieron hablarse de cerca y sin temor a la mamá, ¡Dios mío, qué derroche de pasión!

Aquello era un volcán en perpetuo estado de erupción, una verdadera —y valga la palabra— plétora de amor.

Baste decir que a doña Juana se le *aguzaban los dientes*, como dice el vulgo, pues aquel apasionado cariño le recordaba continuamente el de su difunto esposo.

Rafael era la primera vez que amaba de una manera verdadera, y la primera también que entraba en una casa para seguir unos galanteos formales.

Y por cierto que se encontraba feliz en su nueva posición.

Al sentirse continuamente cerca de Emilia, al rozarse con aquella belleza y descubrir esos mil detalles que solo son visibles con una muchacha cuando se la trata íntimamente, el artista se encontraba cada vez más enamorado.

Su piano y su Emilia era lo único que le ocupaba la imaginación.

Y por cierto que aquel perdía cada vez más terreno en beneficio de esta, pues de día en día Rafael acortaba las horas que antes pasaba entregado al arte para ir a bañarse en la luz que despedían los ojos de su amada.

Y a pesar de la fogosidad de sus corazones, ¡cuán patriarcales eran los amores de los dos jóvenes!

Las más de las mañanas los guardas del Retiro los veían pasar ligeros y sonrientes, seguidos de la enlutada mamá, que contemplaba con aire curioso a todos cuantos pasaban por su lado.

A veces se entretenía siguiendo con la vista los blancos cisnes, que con majestuoso ademán, cruzaban el ancho estanque, mientras que los muchachos murmuraban tan en voz baja, que la madre, por más que atendía haciendo la distraída, no lograba entender.

¡Vaya usted a oír lo que se dicen en secretos dos enamorados!

Por supuesto que más de una vez los tales secretos no pasan de ser el eterno y sacramental *¿me quieres mucho?*

Después se perdía la pareja con su correspondiente apéndice en alguna avenida cercana, y allí, lejos de miradas indiscretas ni carcajadas burlonas, los dos amantes corrían hollando la alfombra de hojas secas, mientras que doña Juana contemplaba embobada a *los chicos*, como ella decía en su cándido lenguaje.

Por la noche, Rafael entretenía agradablemente a su futura suegra y aun a su amada con prodigios artísticos ejecutados en el piano.

Esta, en cambio, tocaba su tan querido *Adiós* de Schubert.

A fuerza de tocarlo había logrado darle tal expresión que el mismo Rafael la escuchaba embelesado.

—Esa muchacha —decía el alférez Gutiérrez desde su casa siempre que oía el *Adiós*— debe tener mareado a todo el barrio con esa tocatita lánguida e insípida. Aunque afortunadamente yo no estoy mucho en casa, reniego del amor y de los enamorados.

Y parecido discurso le hacía a Rafael siempre que lo encontraba.

Pero dejemos esto para tratar otra cosa más interesante

Antes de pasar adelante, bueno será que yo le advierta que creo en algo que, si no es la fatalidad, se le parece bastante.

Una mañana, Rafael salió de su casa con el deseo de ver a su novia, atravesó la calle y subió sin descansar la escalera que conducía a la vivienda de su amada. Llamó a la puerta, y en vez de abrirse esta como de costumbre, apareció tras la rejilla la linda cabecita de Emilia; esta dijo inocentemente:

—Mamá ha salido con la criada. Precisamente tenía que ir al ministerio y a hacer algunas compras y ha marchado, encargándome que no abriese a nadie, y especialmente a ti. A la verdad que no comprendo por qué me habrá hecho tal encargo.

Rafael, al oír esto, quedó indeciso, y después se dispuso a marchar.

Pero surgió algo en el último rincón de su cerebro que, agrandándose como una nube, se extendió por todo su ser, y encadenó su voluntad al mismo tiempo que sus miembros.

Fue a marcharse, como decíamos, y una voz oculta parecía gritarle: «¡Quédate! ¡Te lo ordeno!»

Rafael siguió inmóvil y dijo no sé cuántas cosas a su amada, sin darse cuenta exacta de lo que decía.

Emilia se resistía un tanto a abrir la puerta.

El compositor sentía que su corazón se agitaba con fuerte e incesante movimiento, y que sus oídos vibraban con zumbido interminable.

Por fin Emilia abrió, y Rafael pudo entrar en la habitación.

.....

Ese maldito y repugnante espíritu que cubre bajo su manto a gran parte de la sociedad, que produce el vértigo en la sencilla hija del pueblo cuando esta contempla las deslumbrantes joyas que la brinda el viejo repugnante; que en las noches de verano murmura junto al dormido oído de la virgen palabras mundanas, y en mágico espejismo la hace ver durante el sueño rosados horizontes; que empuja al joven lleno de vida, de fuerza y de ilusiones por la pendiente, a cuyo término se halla el dolor y la muerte, se agitó en aquel instante en su inmundo antro, se sonrió, y batiendo las alas bajó al mundo para sentarse junto a la puerta de la habitación, llevando en el rostro la expresión altanera del que dice:

—Esto es mío.

PARTE SEGUNDA

I

Un ensayo

EL ASPECTO QUE presentaba el teatro desierto y a la luz del día era muy semejante al de un colosal y descarnado esqueleto.

Se notaba desde el primer instante cierto vacío en aquel lugar, y el espíritu buscaba en el espacio algo semejante a esplendorosa luz y prolongados sonidos que viniesen a formar como el alma de aquel recinto.

Aquellas largas filas de butacas vacías y cubiertas con fundas grises, aquellos palcos completamente desiertos y aquellos largos pasillos solitarios, parecía que clamaban pidiendo una muchedumbre abigarrada que viniera a ocuparlos.

Los mecheros de gas semejaban doradas culebras que aguardaban con calma el momento de lucir sus lenguas de fuego, y la luz del día penetraba por una alta ventana, bajo la forma de un ancho rayo, que rompía trabajosamente las tinieblas que anidaban en el fondo del teatro, y en cuya faja luminosa bullían incesantemente millones de partículas que semejaban microscópicos seres de un mundo fantástico.

El papel color rojo carmesí y los adornos dorados con que estaba recubierta la pared no podían vislumbrarse en la obscuridad, y apenas si se distinguían los numerosos bastidores que, representando árboles, casas o fuentes, estaban apilados en el fondo del escenario.

La araña central podía muy bien confundirse entre las tinieblas con un monstruoso pulpo de cien garras, y los grandes contrabajos que yacían recostados sobre el muro en el sitio que ocupa la orquesta semejaban panzudos y repugnantes seres que aguardaban hostiles a que aquel se desplomase sobre ellos.

El rayo de luz que penetraba en el salón lamía al atravesar el oscuro espacio la gran esfera de reloj que ornaba la clave del ancho bocaporte, pudiendo verse de esta manera las saetas que en su acompasada marcha anunciaban a todo el teatro la proximidad de las horas de vida y animación.

Cuando señalaron las once de la mañana, allá abajo, por el pasillo que dividía las largas hileras de butacas, se destacaron algunas sombras.

Momentos después comenzaron a aparecer muchos puntos de luz, semejantes a apiñadas luciérnagas, en el límite que separaba la escena del resto del teatro.

Acababa de encenderse lo que en lenguaje técnico del escenario llámase *batería*.

Cuando la luz fue creciendo y se difundió en la parte central del salón, comenzaron a surgir de la obscuridad que envolvía las puertas de este, un sinnúmero de personas de diferentes sexos, categorías y trajes.

Avisadores del teatro con su gorra galoneada, tramoyistas con su blusa sucia, coristas masculinos vestidos con problemáticos trajes, y femeninas envueltas en raídos mantones y llevando impresas en el rostro las señales de la miseria, comenzaban a desfilar por los pasillos y a formar pelotones sobre la escena, en la cual se veía la tradicional mesa con tapete verde, dos luces para el traspunte y un sinnúmero de sillas de pino, agrupadas sin orden ni concierto.

Después aparecieron los profesores de la orquesta, los más de ellos con aspecto sesudo y paso medurado, llevando encerrados en fundas verdes sus instrumentos, y por fin las «partes principales», ostentando un lujo que contrastaba notablemente con la pobreza de los demás.

¡Y qué ruido se armó apenas los dichos personajes ocuparon sus respectivos puestos!

Los músicos comenzaron a templar sus instrumentos, y todas las escalas vocales que los artistas ejecutaban en el escenario como al descuido y para probar su voz quedaron oscurecidas con los desapacibles chirridos del violín, las intermitentes variaciones del clarinete, los espantosos rugidos del *metal* y los secos y estrepitosos golpes de timbales y redoblantes.

Los ruidos y la agitación de un campamento al prepararse para la batalla, o de un buque que se dispone a defenderse de la tempestad, son bastante parecidos a los de un teatro que, sacudiendo el sudario de la inacción, cobra su aspecto propio.

Durante un buen cuarto de hora no se escuchó otra cosa que lo que ligeramente acabamos de referir.

Pero de pronto aquel *pandemonium* de sonidos diferentes cesó por completo, y el silencio volvió a restablecerse.

Junto a la silla del director de orquesta había aparecido un hombre, el cual era Rafael.

En sus ojos brillaba la alegría del que ve próximos a realizarse sus deseos.

Con la mirada propia del jefe que revista a sus tropas, contempló a aquel sinnúmero de seres, a quienes imponía silencio su presencia.

Después se sentó, y empuñando la batuta extendió los brazos y la orquesta rompió a tocar la sinfonía.

Y comenzó el ensayo de *El hijo del trueno*, que así se titulaba el drama lírico de Rafael.

II Diálogo

ALGUNAS HORAS después, Rafael, con aspecto distraído, penetraba en el patio de su casa sin mirar antes los balcones de la habitación de Emilia que estaban herméticamente cerrados.

Momentos después entraba en su cuarto y recibía la visita del alférez Gutiérrez, que entró desperezándose y con la ropa en el mayor desorden.

—¿De dónde sales así? —preguntó el compositor.

— De la cama, querido, de la cama. A las ocho todavía andaba yo por esos mundos sin saber lo que era pegar un ojo.

—Supongo que no estarías ocupado en ninguna buena obra.

—Tienes razón, chico; en una mala, muy mala. Suponte que me desplumaron, o lo que es lo mismo, que en unos cuantos golpes voló toda la exigua mensualidad que ayer cobré. Pero hablemos de ti. ¿Cómo va *El hijo del trueno*?

—No tan mal como tú con la baraja. Hoy no he podido asistir al ensayo, y por cierto que lo he sentido, pues tienes allí a una muchacha del coro que no me desagrada. El otro día ya le dije algo. Pero, ¿cuándo es el estreno?

—Pasado mañana sin falta.

—¡Hombre! Y me lo dices con esa frescura a mí que soy tu padre, tu hermano y tu guía por este endiablado desierto de Madrid. Merecerías que no convocase a todos mis amigos para tributarte una ovación el día del estreno.

—Si verdaderamente eres mi amigo, haz el favor de no hacer tal cosa. No gusto de aplausos pagados y solo quiero los que sinceramente me tribute el público.

—Conforme, hombre; no te enfades por eso. ¡Muchacho más raro en la vida lo he visto! Supongo que Emilia ya conocerá la grata noticia.

—Todavía no.

—Es extraño. Y a propósito, permíteme que te diga que hace días noto en ti algo anormal.

—No te comprendo.

—¡Diablo!, y qué seco contestas. Pues quiero decirte que ya no eres lo mismo que antes. Desde hace algunos días desapareció de tu rostro aquella cándida alegría que la felicidad del amor imprimía en tu semblante, y ahora estás siempre huraño y taciturno.

—Me parece que te engañas.

—Tú dirás lo que quieras; pero, ¡qué demonio!; tú no eres el Rafael de hace poco tiempo. Me han dicho, además, que tus amores no son tan patriarcales.

—¡Cómo!

—Quiero decir que aquellas excursiones matinales que antes hacías con tu amada y su madre concluyeron ya.

—Mis presentes ocupaciones no me lo permiten.

—O di más bien que te cansas de hacer el amor como un colegial, y que estás triste porque no encuentras el medio de romper con Emilia.

—No es verdad.

—Tal vez sí. ¡Qué demonio!, tú buscarás otra cosa diferente a una muchacha romántica que se pase el tiempo suspirando y desearás lo mismo que yo deseo encontrar en toda mujer.

Rafael nada contestó, y el alférez siguió diciendo:

—Pues no seas tonto y a la obra. La mujer es pólvora, y por lo mismo fácil. Lo esencial es conocer el momento, y Emilia no debe ser de las menos propicias para...

El artista hasta entonces había estado escuchando cabizbajo como si pretendiera contemplar su propia conciencia, pero al oír estas últimas palabras levantose o, más bien dicho, saltó como si una víbora le hubiese picado en las entrañas, y levantando su silla rugió:

—¡Miserable!, si no callas te rompo ahora mismo la cabeza. En tu vida vuelvas a nombrar a Emilia para nada.

Gutiérrez fue a decir algo, pero ante la centelleante mirada de Rafael solo supo murmurar:

—Estos enamorados son terribles. Callemos, porque en este instante sería capaz de matar al que pronunciase para mal el nombre de su amada.

Y tras todo esto reinó una larga pausa, algo embarazosa por cierto para el alférez, que por fin vino a interrumpir doña Liboria asomando su cabeza por la puerta, diciendo:

—Señores, cuando ustedes gusten comeremos.

Entonces los dos pasaron al comedor, donde Gutiérrez, por ver de desenojar a su amigo, dio la noticia a la patrona y demás huéspedes del estreno de la obra de Rafael.

Cuando la comida terminó, este marchó a casa de Emilia, y al subir la escalera iba diciendo:

—Hace meses veía entre nubes de color de rosa los días anteriores al estreno de mi obra. Me imaginaba lo que entonces gozaría con la esperanza de un futuro triunfo, y ahora que llega tal ocasión me encuentro triste sin saber por qué. ¡Cuánto incomoda la conciencia!

III

Preparativos

LA NOTICIA DEL próximo estreno de la obra de Rafael produjo su efecto en los principales personajes de la presente narración.

Doña Liboria se alborozó (pues ya sabemos el cariño que profesaba al artista), y otro tanto sucedió a la criada del viejo que habitaba en el tercero.

El alférez Gutiérrez se alegró, como ya hemos visto en el capítulo precedente.

Pero, ¿y Emilia y su mamá?

Para descubrir lo que sintió la niña al recibir la noticia, bastaron recordar el amor que profesaba a Rafael.

Si la obra hubiera sido suya, de seguro que no se alegrara más.

En cuanto a doña Juana, baste decir que con el estreno de *El hijo del trueno* veía próximo el día en que Rafael, después de conquistar una brillante posición, se casase con su hija.

Efectivamente, a los dos días anunciase en periódicos y carteles la noticia del estreno.

Aquel día, a las siete de la tarde, ya estaba el joven artista llamando a la puerta de su amada.

Rafael en aquellos momentos presentaba un aspecto muy diferente al de los otros días.

A aquel descuido en el vestir que le caracterizaba había sucedido una atildada elegancia, y el compositor lucía una entallada levita de irreprochable

corte inglés, sobre el brazo un *pardesú*¹⁶ blanquecino, y su rizada melena se escapaba por bajo las alas de un sombrero de copa, hecho bajo las exigencias de la última moda.

¡Cuán guapo estaba Rafael!

Esto no lo dice el autor sino Emilia allá en sus adentros mientras contemplaba a su amado.

Doña Juana le encontraba en aquel instante mucho parecido con su difunto esposo, tal como era el día en que se casó.

Rafael tuvo que esperarse. Emilia y su madre querían asistir al estreno de la obra, aun luchando con el miedo de que aquella fracasase, y saltando por encima de las prohibiciones que la sociedad establece para los que guardan luto por la muerte de algún individuo de la familia. Y doña Juana era de esas señoras que para vestirse desperdician el tiempo de una manera escandalosa. Pero por fin madre e hija estuvieron listas y entraron en la habitación donde Rafael las aguardaba.

—¡Poder de Dios! —murmuró el artista—. ¡Y cuán hermosa está hoy Emilia! Nunca la he visto así.

Sus mejillas, de ordinario ligeramente rosadas, ostentaban el encendido color de la amapola, y sus ojos brillaban mucho más que otras veces, sin duda a impulsos de aquella pasión que se agitaba en su pecho.

Emilia en aquellos momentos experimentaba en su ser tan pronto la esperanza como el temor.

Rafael no sentía tanto miedo por el éxito de su obra como ella.

La pobre niña jamás había asistido a ningún estreno, y a pesar de que tenía una fe ciega en la inspiración de su amado, temía a aquel inmenso público que en su fantasía se le aparecía como un colosal verdugo.

Los vestidos de la madre y de la hija eran de luto, mas no por esto dejaban de estar, particularmente el de la segunda, hechos con toda la elegancia que permitía su estado.

Las dos cubrieron sus cabezas con una capota y un artístico sombrero, respectivamente, y se dispusieron a salir.

Cuando llegaron a la puerta de la calle, del portal de enfrente, o sea de casa de Rafael, salían dos mujeres.

Eran doña Liboria y la criada del tercero.

La primera iba hecha lo que se llama un brazo de mar, pues se había adornado con sus mejores trapos.

¹⁶ Prenda de vestir ancha, larga y con mangas. Sobre todo.

Rafael les había regalado dos asientos de último piso, y las dos, que no visitaban el teatro sino muy de tarde en tarde, habían concluido cuanto antes sus quehaceres para llegar pronto.

Los demás huéspedes también iban aquella noche a presenciar el triunfo de su compañero y amigo.

Y como prueba de esto, el alférez Gutiérrez apareció en el portal tosiendo y chupando un descomunal cigarro, y vistiendo también un elegante traje, algunas de cuyas prendas eran debidas a la amabilidad de sus amigos.

El calavera había hecho una pequeña amistad con la viuda y su hija, gracias a la suya con Rafael y a su categoría de vecino, así es que se apresuró a saludarlas y a ofrecer el brazo a doña Juana.

Entonces nuestros cuatro personajes rompieron a andar en la forma siguiente: detrás Gutiérrez y la mamá y delante los dos novios.

Los cuatro hablaban, pero el tema de sus conversaciones era diferente.

Doña Juana se esforzaba en demostrar al alférez, que la escuchaba sonriente, las maravillas del magnetismo y de los espíritus y las excelencias de *El libro chico*.

Emilia decía no se qué a Rafael con tono triste, y sus ojos estaban vidriosos como si se opusiera a dar salida a las inquietas lágrimas. Su novio la oía distraído.

En aquel momento pensaba él, más que en trascendentales cosas pasadas, en los próximos momentos de prueba para su inspiración.

IV Coro de gomosos

EN UN PASILLO del teatro.

(Un pollo de ademanos afectados, traje ridículo y quevedos dorados).

—¿Qué os ha parecido el primer acto?

(Algunos ejemplares de la misma especie más o menos caricaturas).

—Pasadero, chico, pasadero.

—Pues a mí me ha gustado bastante. Parece mentira que su autor sea ese muchacho cursi que dirige la orquesta.

—¡Y qué suerte tiene el pillo!

—¿Por qué decís eso?

—¿Conoces a la condesita?

—A tantas saludo...

—No, hombre, no te hablamos de una condesita cualquiera, sino de la de Fuentenflorida; de esa muchacha tan original y tan hermosa que lleva revueltos los corazones masculinos de toda la alta sociedad de Madrid.

—En efecto; ¡vaya si la conozco! Una mujer como hay pocas y que ha hecho suyo mi corazón. Excelente partido para un hombre como yo. Hermosa, joven, viuda, completamente dueña de sus acciones, y por añadidura poseedora de algunos millones y media docena de carruajes.

—¡Y cómo se te llena la boca al decir todo eso! Tú indudablemente debes haber sido de los muchos que la han asediado con declaraciones de amor.

—Sí, amigo mío, he tenido esa desgracia.

—Pues, pobre de ti.

—Comprendo lo que vas a decirme. A la condesita le ha sido simpático ese joven compositor.

—¡Pero, caballeros, qué manera de demostrarlo! La de Fuenteflorida es original en todas sus cosas. Nada más faltaba que saltase desde su palco a la orquesta para comérselo a besos. Cuando ese chico tuvo que subir a escena a la mitad del acto para saludar al público. La condesita, rompiendo con las leyes de la buena sociedad, púsose a aplaudir como pudiera hacerlo uno de la *claque*, y llevada de su entusiasmo hasta le arrojó las flores que ostentaba en su pecho.

—¡Qué suerte de hombre! Porque ella debe estar enamorada de él de una manera sobrenatural.

—Por lo mismo que hasta ahora se ha mostrado con todos desdeñosa.

—Y fría como una estatua.

—¡Qué vergüenza para nosotros!

—Es verdad. ¡Alcanzar un musiquillo de tres al cuarto lo que hasta ahora no han podido lograr hombres como Zambrano el banquero!

—Y el brigadier Castillejo.

—Y el diputado Carrillo.

—Y tú, hombre, y tú, que por tu elegancia y *chic* eres el primero de los *gentleman* de la corte.

—Esto es para desesperarse.

—Y para aborrecer la vida.

—Teníamos que unir nuestros esfuerzos para oponernos a tamaño sacrilegio.

—No conseguiríamos nada, porque Enriqueta la condesita es terca como ella sola, y logra todo aquello que se propone.

—Y sin duda se propuso acabar con su viejo marido, el difunto conde.

—Callad, malas lenguas.

—Cuando yo digo una cosa no es a humo de pajas. Por ahí se habla mucho.

—¿Y qué se dice?

—Que Enriqueta antes de casarse con el conde pertenecía a una familia pobre; que consintió en tan desigual matrimonio por hacerse con los millones de su esposo, y que luego que los tuvo se deshizo de él como si fuera un objeto viejo e inútil.

—Eso deben ser calumnias inventadas por alguno que, como tú, ha recibido de sus rojos labios unas calabazas mayúsculas.

—Eso son verdades, porque cuando la gente dice alguna cosa incesantemente, algo hay de verdad en ella.

—Aquí la única verdad que hay es que el músico es amado por la condesita.

—Y que esta dentro de poco será amada por el músico. Porque a una mujer de tales circunstancias, solo le basta arrojar su pañuelo para que un hombre caiga rendido de amor a sus pies.

—Señores, se me ocurre una idea para acabar con la tal pasión.

—Dila al instante, que como tuya será buena.

—Pongámonos todos de acuerdo pura silbar los restantes actos de *El hijo del trueno*. El público tal vez nos siga, y esto será una circunstancia para que el músico quede rebajado a los ojos de la condesita, que indudablemente perderá la ilusión.

—¡Eso es imposible!

—¡Eso no tiene sentido común!

—El público gusta mucho de la obra. Y además anda por ahí cada *dilletanti*¹⁷ entusiasmado capaz de emprendernos a palos a la menor señal de desagrado.

—Tu plan es una utopía.

—Se desecha por unanimidad, querido.

—Señores, cada uno a su puesto. Acaba de sonar el timbre, y el acto va a empezar.

—Hasta luego, amigos, hasta luego.

Y después de todo esto, el coro de gomosos se deshizo.

¹⁷ Aficionado a determinada manifestación artística.

V
Dúo de amigos

AL MISMO TIEMPO que tenía lugar el diálogo transcrito en el capítulo anterior, dos hombres sostenían otro no menos animado en un rincón del escenario.

Eran Rafael y su amigo Gutiérrez que había abandonado la butaca que tenía al lado de doña Juana y su hija para ir en busca de aquel.

—¡Chico! —decía con su proverbial volubilidad—, tu obra gusta mucho. Ya has visto cómo el público estaba tan entusiasmado en el final de aquel concertante, que no contento con que saludases desde tu sillón, te ha hecho subir a las tablas. En este momento te andan buscando por ahí algunos periodistas y críticos para darte la enhorabuena. La mía excusado es que te la dé, pues en estos instantes estoy tan alegre como si yo mismo fuese el autor de la obra.

Rafael le escuchaba con sonrisa de satisfacción y con esa actitud propia del hombre que siente mecerse su alma en un océano de color rosa.

—Pero por lo que sí te felicito —continuó el alférez— es por tu segundo triunfo, picarón.

—¿Por mi segundo triunfo? No te comprendo.

—¿Acaso no has reparado en aquellas flores?

—No sé de qué flores hablas, como no sea de algunas que en la escena han caído a mis pies arrojadas por una mano desconocida.

—Esas, hombre, esas son de las que hablo. ¿Conque una mano desconocida, eh?

—¿Crees tú acaso que he podido conocer al que me las arrojó? Cuando uno es llamado a escena por un público que le aplaude delirante, no está para ver nada de lo que pasa aun a su mismo lado. En aquellos instantes una blanquecina niebla se extiende ante sus ojos, y solamente pueden verse surgiendo de esta una confusión de cabezas que se mueven y gritan, mientras que los oídos retruenan con el eco de los aplausos que entonces se encuentran mucho más armoniosos que las más sublimes obras musicales.

—Por lo que oigo creo ahora en la verdad de tu aserto. ¿Tú no has visto a la que te arrojó las flores?; pues yo te diré quién es.

—¡Bah! Alguna *dilletanti* aristocrática.

—Has acertado, pero no del todo; pues a eso se ha de añadir que es la condesita de Fuenteflorida, hermosa mujer que por su belleza y sus millones está siendo la reina en todos los círculos elegantes de Madrid.

—Celebro mucho el tener admiradoras de tal clase.

—¡Alma de cántaro!, ¡espíritu de hielo!, ¿y así contestas después que te hago tal revelación?

—¿Pues qué es lo que tú querías oír?

—Lo que era de esperar. La condesita te ama.

—Amigo Gutiérrez, tu amistad y buen deseo te hacen ver lo que no existe. La condesita se habrá entusiasmado con mi música, y helo ahí todo.

—A otro perro con ese hueso, pues yo soy demasiado duro de mollera para comprender entusiasmos artísticos de mujeres. Enriqueta (que para tu gobierno así se llama la condesita, según he sabido) es caprichosa y amiga de todo aquello que sea extraordinario y la obligue a saltar por encima de las etiquetas propias de su esfera. Te ha visto a ti que (mejorando lo presente) eres muy guapo, y ha encontrado muy natural el enamorarse de un artista que, aunque humilde, no tiene ese tipo vulgar o estúpido que caracteriza a los jóvenes que figuran en la sociedad que ella frecuenta.

—No sabes el daño que me haces al decirme eso. ¿De manera que a la condesita no le ha impresionado mi música? ¿De modo que aquellas flores eran un homenaje al hombre y no al artista?

—Vamos por partes, amigo Rafael, y así lograremos entendernos. Que tu música sea buena nadie lo duda, y buena prueba tienes de ello en los aplausos que el público te ha tributado hace un instante. Pero tú no conoces todavía a las mujeres. A la más espiritual de ellas le gusta, más que un trozo de Meyerbeer o Verdi, una fisonomía varonilmente hermosa como, por ejemplo, la tuya.

—Aunque todo lo que tú dices sea verdad (que lo dudo), existe una cosa que servirá de obstáculo para la condesita.

—¿Cuál, mi querido artista?

—El amor que profeso a Emilia.

—¿La quieres mucho?

—¿Acaso no lo sabes tan bien como yo?

—Es que el tal amor no sé por qué me huele a muerto. Noto que no te acuerdas tanto de Emilia como antes.

—Yo siempre la amaré. Sería un miserable si hiciese otra cosa.

—Bueno, hijo mío, no sigas hablando con ese tonillo grave que me crispera los nervios. Tú te entenderás en lo que dices.

—Es verdad; yo me entiendo.

Y tras estas palabras reinó un corto silencio que fue interrumpido de repente por la campana que anunciaba el acto segundo.

—Separémonos, Gutiérrez. Dile a Emilia que en el próximo entreacto, si me lo permite el entusiasmo de mis admiradores, iré a verla.

—Adiós, Rafael. Oye, por si no lo sabes, en el primer palco de la derecha verás completamente sola a tu condesita. Mírala mucho y te convencerás de que no miento. ¡Pero qué suerte tienes, hombre; qué suerte tienes!

VI

Un terceto mudo

DE SEGURO QUE el lector habrá notado que en el estreno de *El hijo del trueno* no figura para nada el autor del libreto.

Este era original de un poeta paisano de Rafael que, por razones que no son del caso nombrar, no había podido abandonar su patria para asistir al triunfo de la obra.

Conste, pues, que el joven compositor era el hombre que aquella noche recibía las más ardientes muestras de simpatía del público; y conste también que el tal libreto era un hábil zurcido de los argumentos de varias novelas transpirenaicas, y solamente gustaba al público acompañado por la armoniosa música de Rafael.

Cuando este ocupó el asiento de director y empuñó la batuta para dar principio a la introducción del segundo acto, un prolongado y estrepitoso aplauso saludó su aparición.

Aquel aplauso repercutió dentro de dos corazones.

Para la condesita fue un nuevo combustible arrojado a la hoguera de su naciente amor. A Emilia le llenó de orgullo y satisfacción como si aquel aplauso le fuese tributado a ella.

La niña, al creer esto, pensaba en que ella y Rafael eran un mismo espíritu encerrado en dos diversos cuerpos y en que nada ni nadie del mundo podrían separarla de él.

¡Cuán gratos son a los oídos de la mujer amante los aplausos o alabanzas dedicados al que ama!

En aquel instante le adora más por lo mismo que aparece más grande y como divinizado ante sus ojos, siente alegría al mismo tiempo que celos de

aquella multitud que ella cree le arrebatara con sus ovaciones una parte de amor.

A Emilia sucedíale todo esto, y por lo mismo no apartaba sus divinos ojos de Rafael, que en aquellos instantes agitaba los brazos para acompasar las armonías que, trémulas y variables, salían del interior de los violines.

¡Pero qué cruel estaba aquella noche el amante!

La música cesó para dar lugar a algunas escenas de declamación, y, sin embargo, Rafael no volvió la vista para buscarla en aquel mar de cabezas que sobresalían entre las largas filas de butacas.

Otra cosa ocupaba en aquellos instantes la atención del artista.

Gutiérrez le había dicho que la condesita ocupaba el primer palco de la derecha, y él sentía deseos, al par que repugnancia, de levantar la cabeza y dirigir los ojos a aquel sitio.

Parecía que dentro de él, el amor de Emilia aprisionaba su voluntad y se oponía a su deseo.

Pero por fin este último venció, y sus ojos se clavaron al principio tímidos, aunque después osados, en el palco designado.

¡Dios mío y cuán hermosa era la condesita de Fuenteflorida!

Bellísima estaba Emilia con su traje de luto y su rostro cándido y apasionado; pero muy bella estaba también Enriqueta con aquel vestido de vistosos colores y gran escote, y aquellos ojos rasgados, verdes y casi inmóviles que la hacían aparecer como una esfinge.

Entre la hermosura de las dos mujeres existía la diferencia que hay entre la vergonzosa violeta y la encendida rosa, entre la belleza de un ángel bueno y la del ángel caído.

Rafael se sintió atraído al instante por aquella mujer.

No quiere decir esto que se enamorase al momento, pues hablando con verdad, en aquel instante todavía anidaba en su corazón, aunque escondido, el amor de Emilia.

Pero aquella mujer tenía una figura tan excitante y miraba de tal modo al compositor, que este se sintió llevado y traído por horizontes desconocidos, mientras le envolvía una atmósfera de fuego, como si todo el gas del teatro llameara junto a su cabeza.

Atraído por una fuerza extraña, miró repetidas veces a aquella mujer para ir dando entrada en su pecho a una de esas pasiones, que si bien no merecen que de tal modo se las llame, son dignas del nombre por sus efectos.

A Emilia no le pasó desapercibido todo esto, (¡qué podrá escaparse a la atención de una mujer enamorada!), y mientras su mamá tenía toda la

atención fija en el escenario, ella, siguiendo la dirección de las miradas de Rafael, se encontró con las que a este le dirigía la hermosa condesita.

¡Pobre niña! ¡Qué intensa sacudida sufrió su alma en aquel instante!

Nunca había sentido otra cosa que amor; el verdadero odio le era desconocido; así es que juzgue el lector lo que ella experimentaría al percibir cómo se agitaba dentro de su pecho la terrible serpiente de los celos.

En el primer instante sintiose con deseos de llorar, pero luego la sangre meridional produjo sus efectos al bullir estrepitosamente por las venas, y por poco no se levantó de su butaca para correr al palco de la condesita y magullarla entre sus lindas manos.

Todo el odio, los celos y la rabia que sentía lo concentró en una sola mirada que arrojó sobre su presunta rival, la cual no pudo verla por estar solamente ocupada en enloquecer con sus ojos al director de orquesta.

Este solamente atendía a aquellas miradas que le subyugaban, y cuando llegaba alguna parte musical de la obra, dirigía de una manera automática, que resultaba excelente gracias al instinto artístico que le guiaba en medio de su distracción.

Y Emilia miraba con odio a Enriqueta. Y esta con amor a Rafael, el cual podemos asegurar que si bien dirigió la vista por necesidad al escenario y a los músicos de la orquesta, en todas partes no veía otra cosa que los verdes y satánicos ojos de la condesita.

¡Pobre Emilia! Si en aquellos momentos su amante hubiese fijado la atención en ella, de seguro que la mirara con cariño, aunque no más fuera por compasión. Cada descarga óptica que Enriqueta hacía a Rafael le producía un estremecimiento que solamente percibía Gutiérrez por estar sentado a su lado y comprender perfectísimamente lo que pasaba.

El alférez decía entre dientes:

—¡Cáspita! Esta muchacha quiere a Rafael de una manera poco vista. Pero... ¡qué suerte de hombre!

.....
.....

La ovación que el público tributó a Rafael duró tanto como la representación de la obra.

Después que el telón cayó al final del último acto, todavía tuvo que levantarse tres veces y salir a escena otras tantas Rafael para saludar a los espectadores que le aplaudían de una manera frenética.

Si Emilia hubiese permanecido ciega, de seguro que tan estrepitosa ovación la entusiasmara; pero ahora, después de todo aquel derroche de

miradas, le eran indiferentes todos los triunfos de su novio, y solo atendía en cuerpo y alma a este y a Enriqueta.

Con rabia vio cómo esta, mientras se cubría puesta de pie con su abrigo de pieles, saludaba con un pañuelo a Rafael cuando salía a escena por última vez.

En el instante que la condesita desapareció tras la puerta de su palco, Emilia sintió la alegría propia del que se desembaraza de un peso que le oprime.

Aún tardó bastante en reunirse con ella Rafael. Rodeado por algunos artistas y *dilletantis* que le daban la enhorabuena, apareció por fin en el salón de espera, sitio donde le aguardaban Emilia, su madre y Gutiérrez, y después de despedirse de sus admiradores, salió con ellos del teatro.

Como a la venida, el alférez dio el brazo a doña Juana, que en vez de hablarle de espiritismo se entretuvo diciéndole los pasajes que más le gustaban de la obra, y Rafael caminó delante con Emilia, que a los pocos pasos le dijo con acento que aquel, a pesar de su distracción, encontró extraño:

—En el primer entreacto le has dicho a Gutiérrez que vendrías a hablar conmigo después. ¿Por qué has faltado?

—¿Qué quieres, mujer? —contestó Rafael, con entonación brusca—. No siempre puede hacerse lo que se quiere. Mis ocupaciones no me lo han permitido. Tú quisieras verme siempre pegado a tus faldas, y eso, francamente, no puede ser.

Emilia, al escuchar esto, sonrió con amargura; despegó los labios para hablar, pero calló, y en todo el trayecto del teatro a su casa no volvió a decir una palabra.

Cuando llegaron a la puerta de sus respectivas casas, ninguno de los cuatro había notado que les seguía desde el teatro un hombre embozado hasta los ojos con una negra capa.

VII Insomnio

AQUELLA NOCHE Emilia no pudo dormir.

Las horas sonaron sucesivamente lentas y monótonas en sus oídos sin que lograra cerrar los ojos para entregarse al sueño, estado el más conveniente para su ánimo.

Como poseída de ardiente delirio, agitábase a veces en el blanco lecho, y había momentos en que quedaba inmóvil como si durmiera profundamente.

¡Qué oleaje tan terrible de ideas y recuerdos rugía dentro de su cabeza!

A pesar de la obscuridad que en la alcoba reinaba, Emilia cerraba sus ojos como si temiese que surgiesen en el negro espacio con aspecto corporal los mismos pensamientos que agitaban su cerebro.

Estos eran bastante tristes.

Los recuerdos de su pasada infancia le acudían en tropel a la memoria, y se contemplaba rodeada de sus antiguas amigas y entregada a sus bulliciosos y sencillos juegos.

¡Cuánta diferencia entre aquellos tiempos y los presentes!

Antes, ignorancia, rosadas ilusiones, alegría y felicidad completa.

Ahora, desengaños, horizontes negros, rabiosos celos y, en fin, todo lo suficiente para formar una desesperación.

El amor, solamente el amor era causante de tan radical cambio.

Y Emilia lo maldecía con toda su alma, así como al instante en que conoció a Rafael.

Maldita música, maldito *Adiós* de Schubert y maldito piano.

Pero sería faltar a la verdad el no decir que la niña, a pesar de todas sus muchas maldiciones, amaba a Rafael.

Este era el hombre destinado a ser el ídolo y el martirio de Emilia.

Le amaba y le amaría siempre, a pesar de todo lo que pudiera suceder.

Y buena prueba de ello eran los celos que destrozaban su corazón.

Emilia jamás había soñado en algo más allá del amor de su Rafael, pero en aquellos instantes hubiera querido ser Júpiter Tonante para arrojar un rayo exterminador sobre la condesa de Fuenteflorida.

¡Qué injusto era Dios que permitía existiese en el mundo una rival como aquella!

Y Emilia, pensando en esto, revolvíase desesperada en su lecho y clamaba a todos los poderes sobrenaturales para que obedeciesen sus deseos.

En vista de su silencio había para dudar de ellos.

¿Qué derecho poseía la aristócrata hermosa para arrebatarse su amor?

Ella, en cambio, lo tenía, pues a más de adorar mucho a Rafael, le había sacrificado...

Y al llegar aquí, los pensamientos de Emilia tomaban un giro diverso.

Todo aquel odio que abrigaba su corazón se desvanecía como las brumas ante la luz, para dar paso a una tristeza no exenta de pavor.

Recordaba aquel día en que Rafael (conforme se dijo al final de la primera parte) fue a verla mientras su madre estaba ausente.

Y al recordar lo que entonces pasó, sus ojos se llenaban de lágrimas, y era tal el miedo que experimentaba, que con los ojos de la imaginación veía la figura de su difunto padre contemplándola con gesto severo y como pidiéndole cuentas de su honor.

¡Pobre Emilia! ¡Cuánto padeció aquella noche!

Mientras la condesa de Fuenteflorida dormía descansada en su elegante *boudoir*¹⁸, soñando sonriente en el gallardo artista, la pobre niña lloraba sin descanso por su causa.

A la mañana siguiente, la primera se levantaba fresca y hermosa, dejando el lecho impregnado de sus perfumes.

La otra levantose pálida y ojerosa, y la almohada quedó húmeda de lágrimas, veraces testigos de su tristeza y dolor.

VIII

El ángel tentador

ALGUNOS DÍAS después del estreno de *El hijo del trueno*, a la una de la tarde (o sea, a la hora en que pulula por Madrid esa multitud de seres que, con el cigarro en la boca, hacen la digestión de un buen almuerzo o lo andan buscando sin un cuarto en el bolsillo como la meta de todas sus aspiraciones), en una apartada mesa del café Suizo se encontraban Rafael y su inseparable amigo Gutiérrez.

Este contemplaba con aire distraído a cuantos parroquianos entraban en el salón, mientras sorbía lentamente su taza de café.

Rafael leía con interés la sección de espectáculos de todos los diarios de la mañana.

La ambición del artista nunca se ve harta de aplausos.

Durante una media hora los dos amigos permanecieron de esta manera, hasta que por fin el compositor dobló el último periódico para dejarlo sobre la mesa, y Gutiérrez le dijo:

—¿Qué dice hoy la prensa?

—Alaba, como en días anteriores, *El hijo del trueno*, y asegura que durará por mucho tiempo en los carteles.

¹⁸ Estancia privada.

—Lo mismo creo yo, Rafael. Tu obra es una mina.

—Pues minas de esas las tendré yo por el tiempo.

—Pero ten la certeza de que no serán como la presente.

—Te veo venir, amigo.

—Me adivinas, ¿eh?, pues me alegro. Como tú yo te figuras, voy a hablarte de Enriqueta.

—Déjame en paz con la condesita.

—¡Ingrato! ¿Y eso me dices cuando te hablo de una mujer a quien debías adorar de rodillas; de una mujer que abandona su palco del Real para ir todas las noches al teatro donde se representa tu obra solamente por verte?

—Pero yo no la amo.

—Pues no cree lo mismo tu adorada Emilia. Ella está convencidísima de que tú la olvidas poco a poco para enamorarte de Enriqueta. Lo sabe todo; pues, como ya te dije, la noche del estreno sorprendió tus miradas al palco.

—¡Cuánto padecería!

—Eso no es del caso, Rafael. Al contrario, tú te debes enorgullecer de que una muchacha padezca por ti.

—Cállate, miserable. Tú no tienes corazón.

—Conformes. Ese es un mueble que no se usa en el día. Pero si no tengo corazón, en cambio siento por ti una amistad poco común, que me obliga a darte favorables consejos.

—¡Buenos serán ellos!

—Como míos, consejos de hombre que, aunque joven, tiene tanta experiencia como uno de cabeza blanquecina. Rafael: yo, como todos los grandes hombres (modestia aparte), tengo mis teorías.

—Comunicámelas, pues aunque no he de hacer de ellas gran caso, me servirán de distracción.

—La felicidad es una mujer veleidosa y coqueta, tras cuya conquista corren todos los mortales sin que puedan lograr gran cosa.

—Puedes continuar, puesto que no has dicho nada nuevo.

—Pero la felicidad, como al fin es mujer, tiene también su *cuarto de hora*, y el hombre que sabe aprovechar la ocasión, la hace suya sin esfuerzo alguno. Lo que debe, pues, procurar todo mortal en esta vida es atrapar la inconstante diosa el día en que se pone al alcance de su mano.

—¿Y tú has logrado encontrarla alguna vez en su *cuarto de hora*?

—Sí, amigo mío, y por cierto que no supe aprovecharlo. Fui un estúpido, un cobarde. Figúrate tú que una noche entré en una casa de juego con cien reales en el bolsillo, y con tan buena suerte, que a la hora escasa me

encontraba dueño de más de cuatro mil duros. Aquella noche la fortuna me abrazaba con sus invisibles brazos, y por lo mismo las cartas venían siempre tan a mi favor. De seguro que a continuar jugando hago saltar la banca, que por cierto era la más fuerte de Madrid, y quedo rico para siempre. Pero fui débil, me retiré con aquella leve muestra del amor de la fortuna y pasé alegremente algunos meses gastando como un millonario. Cuando solamente me quedaba una pequeña parte de mi improvisado capital, volví a jugar... ¡que si quieres!, la fortuna, en vista del desprecio que le hice abandonándola, me volvió la espalda, y esta es la hora que no he cesado de perder tantas veces como he jugado.

—En verdad que tienes suficiente motivo para desesperarte.

—Celebro que tal digas, pues con tus mismas palabras vas a convencerte de las mías.

—Explícate más, pues no te entiendo.

—Comenzaré por decirte que la fortuna tiene ahora su momento favorable para contigo. ¿Qué eres tú en estos instantes? Un compositor aplaudido que todos miran como una esperanza de la música española, pero que para reunir un pequeño montón de duros se expone a los furores del público, y necesita que su obra se represente un sinnúmero de veces. En fin, un chico de mucho talento, pero sin un cuarto. Eso es lo que eres y lo que serás si no sigues a la fortuna que, propicia, te brinda con una condesita tan hermosa como cargada de millones. ¡Qué existencia la tuya si sigues mis consejos! Viajarás por el extranjero, vivirás temporadas enteras en Italia, serás dueño de lujosísimos trenes y suntuosos palacios, y podrás ser el artista de moda. Porque, desengáñate, amigo, hoy en día entre dos grandes hombres, uno pobre y otro rico, la gente siempre aplaude más a este último.

Rafael, al escuchar esto, quedó pensativo y el alférez continuó después de algunos instantes de silencio:

—En cambio considera la vida que te espera si rehúsas los halagos de la fortuna. Te casarás con Emilia y serás feliz, muy feliz; como que, a pesar de todo tu renombre, vivirás en un tercero o cuarto piso y tendrás una mujer entregada a todos los quehaceres domésticos que tanto afean la hermosura. Conque decídete por uno de los dos caminos que te presento.

—Emilia me ama mucho, y el abandonarla sería indigno de mí.

—No creas tal cosa. Tú puedes abandonarla con el derecho que tiene todo el mundo a dejarse una cosa mediana para alcanzar otra mejor.

—Emilia es muy hermosa.

—Pero es una muchacha pobre y cursi. No menees la cabeza ni hagas gestos de desaprobación, pues yo bien sé lo que me digo. No seas tonto y abandónala.

—Pero tú no sabes lo que hay de por medio. Tú ignoras que si yo la abandonara sería un infame, por lo mismo que...

—Te comprendo, no continúes. Entonces, ¿qué interés te puede ya inspirar? Créeme y no seas niño; Emilia es para ti una cosa conocida que te ofrece un triste porvenir; abandónala para dedicarte a la condesita, que es hermosa de una manera más excitante y fantástica que Emilia. No me imites a mí, y aprovecha, ya que tienes ocasión, el *cuarto de hora* de la fortuna.

IX

¡De caza!

¡CUÁNTOS CAMBIOS radicales puede sufrir un alma en una hora!

¡Cuántos pensamientos y deseos contradictísimos y antitéticos pueden agitar un cerebro en algunos minutos!

De seguro que el lector, al leer esto, dirá: «Eso ya lo sabía yo. Si no me dice usted otra cosa más nueva...».

Pero yo no puedo satisfacer al deseo, y... continúo mi cortada narración.

Rafael, desde el instante en que abandonó en la puerta del Suizo a Gutiérrez, hasta la hora en que marchó al teatro, estuvo meditabundo y cabizbajo.

En su interior se libraba una regular batalla entre la cabeza y el corazón.

En el fondo de este último todavía quedaba un poco de amor a la infeliz Emilia; pero la cabeza, aquella maldita cabeza que abrigaba el cálculo y la ambición, lo iba disipando poco a poco.

Los sonrientes recuerdos de felicidades pasadas huían azorados ante la brillante perspectiva de una mujer incitante y reina de la elegancia, y todos los placeres que proporcionan los millones.

Si la condesita y Emilia hubiesen podido contemplar el interior del pensamiento de Rafael, la primera hubiera sonreído y la segunda llorado.

Al anochecer estuvo en casa de esta menos de una hora, más por no faltar a la costumbre, que por gusto, y aguantó impávido la interminable charla *espiritista* de doña Juana, y no se conmovió ante las trémulas palabras

de Emilia, que le hablaba de celos, de tristezas y de deudas de honor que era necesario pagar.

Después fuese al teatro con el corazón vacío y la cabeza llena de ilusiones y deseos, y poco rato después alcanzaba los primeros aplausos de la noche sentado en su sillón de director.

La condesa de Fuenteflorida estaba en el palco como todas las noches, pero más hermosa, más deslumbrante que otras veces.

En sus ojos parecía notarse una leve expresión de contrariedad.

Enriqueta sin duda comenzaba a enojarse del artista que, aunque no la despreciaba, a pesar de todas sus miradas no se atrevía a expresarle claramente su amor.

Tal vez por esto mismo se sentía cada día más prendada de aquel hombre, que no imitaba la galante costumbre de todos los demás.

¿Pero a qué cansar al lector con la descripción de todo lo que sucedió entre nuestros dos personajes durante la representación de *El hijo del trueno*?

Basta saber que aquella noche, como en todas las anteriores, los dos se miraron sin pestañear minutos enteros, y que con sus miradas se dijeron algo que hasta entonces no habían dicho.

Cuando la representación dio fin, la condesita, envuelta en su abrigo de pieles, abandonó el palco y bajó la ancha escalera apoyada en el brazo de un pollo gomoso, de esos que se despepitan por ser lacayos honoríficos de las hermosas.

Rafael, acompañado de Gutiérrez, aguardaba su aparición confundido entre la multitud que llenaba el salón de espera.

Cuando la condesita pasó por su lado, lanzole una incendiaria mirada, a la que contestó el artista con una de esas galanterías fútiles, de las cuales tanto caudal recogen las mujeres bonitas.

Enriqueta sonriose de una manera seductora y siguió adelante apoyada en el brazo de su afeminado acompañante, entre las miradas de envidia que las mujeres le dirigían y las galanterías que los hombres deslizaban en sus oídos.

—Esta es la tuya, Rafael —dijo el alférez al artista—. Estás en el momento decisivo. Mañana tal vez sería tarde, pues encontrarías a la condesita fastidiada de tu silencio. De caza, amigo mío, de caza.

Y diciendo esto, Gutiérrez llevose tras sí al artista, llegando a la puerta del teatro en el mismo instante que la de Fuenteflorida se apoyaba en la mano de su acompañante para subir a su elegante carruaje.

—Lo que tú debes hacer ahora —continuó el alférez— es seguirla hasta su casa para demostrarle que no la miras con indiferencia. Después ronda un buen rato su vivienda, que creo es un lindo hotel situado en Recoletos, y tal vez de este modo consigas... ¿quién sabe? ¡La condesita se cuida tan poco de las apariencias!

—Te comprendo, amigo. Adiós, hasta mañana. El carruaje de la condesita va a partir, pues ella acaba de despedirse de ese sietemesino que la acompaña. Voy a tomar aquel coche-simón que tiene buen aspecto; pues, como ya comprendes, no puedo seguirla a pie.

Los dos amigos se dieron las manos en señal de despedida y Rafael subió en el coche que había designado.

Momentos después los carruajes salieron escapados el uno tras el otro, sin que la distancia que mediaba entre los dos creciese mucho, pues el simón iba tirado por un brioso rocín que sabía competir dignamente con los caballos de la condesita.

Esta, reclinada indolentemente en los almohadones de seda de su carruaje, pensaba en Rafael. Ella sabía que la iba siguiendo en aquellos instantes.

Al mismo tiempo que se despedía de su acompañante en el teatro, le había visto subir en el carruaje de alquiler, y al instante adivinó su intención.

Al ver que por fin el artista se despojaba de la indiferencia que a ella tanto le había martirizado, una sonrisa de triunfo y felicidad aparecía en sus labios.

Los dos carruajes seguían rodando rápidamente por las calles de Madrid, hasta que por fin, llegados a Recoletos, el de la condesita parose ante el elegante hotel que esta habitaba.

Rebujada con su abrigo, bajó a tierra y penetró dentro de la verja de su casa, no sin antes mirar el coche de alquiler, del cual acababa de apearse Rafael.

Enriqueta desapareció por los andenes del pequeño jardín inglés que se extendía delante del hotel, y el artista púsose a pasear por la acera al mismo tiempo que el carruaje de alquiler se alejaba y el de la condesa desaparecía tras una ancha puerta cochera.

Entonces quedose el artista completamente solo.

La luz de los reverberos que apenas si lograban disipar las sombras que se albergaban en las aceras y en el centro de la avenida, no alumbraban los pasos de otro que no fuera Rafael, y solamente allí a lo lejos veíase pasar, negro y rápido cual un fantasma, alguno que otro carruaje.

Ni una sola estrella brillaba en el ciclo negro, excepto en uno de sus límites, que de vez en cuando se coloreaba de fuego, como anunciando una próxima tempestad.

Rafael se paseaba arriba y abajo incesantemente, y el silencio de la noche repercutía el ruido de sus pisadas.

Por más que de vez en cuando miraba la obscura fachada no podía distinguir en ella ni un solo indicio, demostrándole que sus paseos eran infructuosos.

—Gutiérrez se engaña —murmuraba Rafael—. Gutiérrez no ha comprendido, a pesar de sus pretensiones de listo, el carácter de esta mujer. Cuán sandio he sido en seguir sus consejos.

Pero de pronto iluminose una de las ventanas del edificio, y tras sus vidrios recortose la gallarda figura de Enriqueta.

—Ella me mira —se dijo el compositor—. Ella contempla cómo me paseo ante su casa. ¡Oh!, amigo alférez, perdona lo que he dicho de ti.

Y no pudo continuar su monólogo, porque la puerta de la verja se abrió rechinando, y en su dintel apareció la acartonada figura de un diminuto *groom*, que con acento respetuoso dijo al artista:

—La señora condesa me envía para decir a usted que tenga la complacencia de entrar.

Rafael esperaba algo semejante a que desde la ventana demostrase Enriqueta que no veía con ojos indiferentes sus muestras de amor; pero estaba muy lejos de imaginarse que ella le concediese permiso para entrar en el hotel tan de repente. Por esto en el primer instante quedose como aquel que no comprende lo que le dicen.

¿Cómo podía sospechar tal ligereza en una dama aristocrática?

Pero después sonriose plácidamente; un estremecimiento hijo del despierto deseo agitó su cuerpo, y precedido por el lacayuelo penetró en el jardín, no sin que antes, por uno de esos impulsos instintivos y faltos de razón, buscase en su bolsillo un pequeño revólver que siempre llevaba consigo.

Cuando Rafael hubo entrado en el hotel, el paseo quedó desierto y silencioso.

El viento huracanado comenzó a agitar las ramas de los árboles; los relámpagos fueron brillando más cercanos y al poco rato una lluvia espesa e incesante principió a caer sobre la tierra.

X

Dúo con acompañamiento de lluvia

La lluvia es melodía
o ruido de tenaz monotonía;
para el amor, arrullo cariñoso;
para el hastío, sonsonete odioso.

Esto lo dice Eusebio Blasco en su libro titulado *Soledades*.

Y por cierto que es una verdad de esas que no tienen desperdicio.

Poco place al que se pasea por su habitación, presa del hastío, el ruido del agua al caer sobre el adoquinado de la calle y el que produce el gotear de aleros y canalones.

Pero en cambio, ¡cuán grato es ese número de la gran sinfonía de la naturaleza, ejecutado por vidrieras de ventanas que se conmueven a impulsos de la lluvia, y baldosas que gimen, cantan o rugen, según desea la imaginación, a impulsos de los raudales de agua que caen desde las nubes, si se escucha dentro de una caliente y perfumada habitación, teniendo junto a sí los restos de una opípara cena y al lado una mujer que embriaga con su mirada!

De seguro que el lector alguna vez, al son de la lluvia, se habrá imaginado con placer un espectáculo, sino igual, bastante parecido; y por lo mismo no le será tan difícil creer que Rafael era muy dichoso a las cinco de la mañana, hora en que, si bien la tempestad había pasado, todavía un manto de agua se cernía sobre Madrid.

Todo cuanto con su imaginación había visto en las tardes oscuras y tempestuosas metido en el cuarto de la casa de huéspedes y agujoneado por el deseo, ahora lo gozaba, no ilusoria, sino realmente dentro de un elegante cuarto y sintiendo sobre su frente el perfumado aliento de la mujer más hermosa de la aristocracia madrileña.

Desde el momento que, precedido por el liliputiense groom, penetró en el hotel hasta la hora en que la primeriza luz del alba comenzó a romper trabajosamente las frías neblinas propias de la tempestuosa atmósfera, el artista había recorrido un mundo de sorpresas y sensaciones.

Primero una conversación insípida con la condesa, apasionada después; luego, delirios de amor y de dicha, y últimamente una cena con honores de orgía, miradas de fuego y ruido de tapones acompañado por el bullir del espumoso *champagne*.

Al amanecer —por cierto de una manera sobrado triste— Rafael estaba ebrio de felicidad.

Si yo fuera moralista, aquí vendría muy a pelo el fastidiar al lector con un largo y difuso sermón sobre los resultados que producen el abuso de los placeres; pero como no lo soy, y, por otra parte, temo que se me tache de pesado, sigo adelante con mi cuento.

Las ocho de la mañana sonaron en los relojes de la villa, cuando, a juzgar por la poca luz que había en el espacio, parecía que estaba amaneciendo.

A esta hora, Rafael, con su gabán abrochado hasta el cuello y empuñando un paraguas que por cierto no llevaba la noche anterior, traspasó la verja del hotel.

La palidez de sus mejillas, el amortiguado brillo de los ojos y los violáceos cercos que se notaban junto a estos, delataban todas las impresiones nocturnas del artista.

Allí, tras los cristales de la misma ventana de la noche anterior, estaba Enriqueta haciendo señales de despedida a su amante.

Este, después de contestar a ellas, alejose por la mojada acera saltando los charcos que a cortos trechos se formaban sobre ella.

En aquellos instantes Madrid comenzaba a despertar, y sus calles cobraban una animación que poco a poco iba creciendo, a pesar de la lluvia.

Veíase a las criadas marchar con la cesta al brazo y cobijadas bajo viejos paraguas en busca de las plazuelas; a las parejas de vigilancia guarecerse en los recién abiertos portales, y a los pobres trabajadores cruzar las calles con el saquito de la comida en la mano para penetrar en alguna taberna y tomar la *mañana* en fraternal compañía con los de la limpieza pública, que, con la escoba al brazo, aguardaban pacientemente a que la lluvia cesase para entregarse a las funciones de su ministerio.

A aquella hora se abrían muchas puertas de Madrid para dar paso a muchos que habían pasado la noche lo mismo que Rafael.

XI

Donde la lectora podrá juzgar del corazón de los hombres

CUANDO GUTIÉRREZ supo por boca de su amigo todo cuanto le había pasado con la condesita de Fuenteflorida, dijo con acento de satisfacción:

—¿Ves, amigo mío, como yo conozco mucho a las mujeres? Afortunadamente has cogido por las alas a la fortuna; ahora lo importante es

no dejarla escapar. Ante todo es preciso que hoy o mañana a más tardar rompas con Emilia.

—No veo la precisión.

—Pues yo sí; la condesita no es de las que admiten rivales, y más tan de medio pelo como tu novia.

—Francamente, Gutiérrez, yo no tengo fuerza suficiente para hacer eso que me dices. El recuerdo de Enriqueta y sus caricias aún están grabadas en mí, pero todavía conservo algo de amor a Emilia y me sería imposible el inventar un pretexto para reñir con ella.

—Por eso no te apures. Encuentro un medio muy sencillo para ti.

—¿Cuál es?

—Múdate de casa esta misma noche. Esto tiene dos ventajas: la primera, que te alejas de Emilia, y la segunda, que podrás vivir en un sitio más digno y propio del amante de una condesa, que en esta fea y retirada casa de huéspedes.

—No encuentro mal tu proyecto, y me apresuraré a ponerlo en práctica.

—Pues a ello. No quiero desmentir en estos instantes la amistad que te profeso, y voy a preparar todo lo concerniente a tu mudanza.

—Eres un buen amigo. Adiós; yo voy a cosa de Emilia por última vez.

—Anda, hombre, hasta después. Mas ten cuidado que no se trasluzca lo más mínimo.

Y después de este diálogo, que por si no lo sabe el lector tenía lugar en casa de doña Liboria la pupilera, Rafael tomó su sombrero y se encaminó a casa de Emilia.

Cuando subía la escalera su mano temblaba ligeramente al apoyarse en el pasamano y sentía como miedo y remordimiento.

El lector se extrañará de que tal cosa sintiese un hombre que por sus amores con Enriqueta demostraba acordarse muy poco de Emilia.

Pero este misterio tal vez lo comprenda cuando le digamos que Rafael amaba de esa manera intensa, extremada, pero fugaz que parece propia de los hombres de imaginación.

Tres meses antes, Emilia era para él la inspiración, el arte, el prototipo de la belleza y del amor, en fin: la personificación de todos sus ensueños y deseos.

Ahora solo veía en ella una hermosa niña, de la cual, si bien no estaba hastiado, tampoco le inspiraba otro sentimiento que una simpatía no exenta de lástima y también de vergüenza, pues Rafael no tenía dormida la conciencia hasta tal punto.

La causa de aquel cambio estaba en las voluptuosas caricias de Enriqueta.

Cuando Rafael penetró en la habitación de su adorada, vio el mismo cuadro que todos los días se ofrecía ante sus ojos. Doña Juana, en una butaca, leyendo su diminuto e idolatrado libro, y Emilia sentada cerca del piano y haciendo sonar las teclas con una mano, y como al descuido, los motivos fundamentales del *¡Adiós!*

Así que la hermosa joven vio entrar a Rafael, su rostro coloreose vivamente y sus ojos brillaron. Cuando este, después de los saludos de costumbre, sentose junto a ella, Emilia acercó sus labios al oído del músico, y en voz queda, muy queda, comenzó a hablarle.

Lo que le dijo debió ser muy grave.

Rafael al oírla palideció, al mismo tiempo que ella sentía inflamado su rostro por el rubor.

El primero quedó como anonadado.

Emilia en tanto le contemplaba ávidamente y como quien espera presa de zozobra una resolución.

El interés era muy del caso en aquella situación, pues había conocido que su deshonra iba a hacerse visible.

Después que Rafael escuchó la trascendental noticia, hubo una larga pausa, durante la cual este parecía reflexionar profundamente.

Por fin rompió el silencio diciendo:

—¿Y estás segura de lo que dices, alma mía?

—Sí, Rafael. Ya verás cómo el tiempo viene a corroborar lo que te he dicho. Es preciso, si tú me amas y miras por mi honor, que nos casemos cuanto antes. No hablemos ahora de esto; pues mamá, aun cuando está leyendo, podría escucharnos. ¿Cuándo podré verte a solas?

—Cuando tú quieras.

—Pues esta noche, a las doce, después que vengas del teatro, estate en tu balcón, yo te aguardaré en el mío.

—Descuida, no faltaré.

Después de este corto diálogo todavía pasó Rafael media hora en casa de doña Juana, pero una vez transcurrida, el artista despidiose de la mamá y de la niña y salió para irse al hotel de Enriqueta.

.....
.....
Aquella noche Emilia la pasó casi por completo en el balcón esperando a Rafael.

Mas las horas transcurrieron, la noche anduvo su carrera y la pobre niña, por más que permaneció en el lugar de la cita, sufriendo estremecida el frío y el viento, no vio aparecer en su balcón al artista.

¿Padeció mucho Emilia en aquellas horas?

¿Su alma se retorció a impulsos del dolor?

Esto nadie lo supo mejor que los hierros del balcón.

A la mañana siguiente veíase sobre ellos algunas gotas cristalinas, que muchos hubieran creído rocío, no siendo otra cosa que lágrimas de la infeliz Emilia.

XII Corazones femeniles

PASARON DOS días, o más bien dos eternidades para Emilia, sin que lograrse ver a Rafael.

La infeliz niña, con su instinto de mujer, comprendió al momento el motivo de tal ausencia.

Rafael la abandonaba para siempre. Rafael, hastiado de ella, prefería el amor de su aristocrática rival.

Al fin sus celos resultaban fundados, pues la condesita lograba vencerla.

Sus ojos no lloraban, pero en cambio el dolor, la rabia y la desesperación se agitaban en el interior de su pecho.

Al verse abandonada volvía la vista al porvenir y lo veía envuelto en nubes negras como la noche.

Comprendía su deshonra y se estremecía al considerar la desesperación de su madre al recibir la fatal noticia.

Esta estaba en aquel entonces muy lejana de imaginarse tal cosa.

En verdad que le extrañaba la ausencia de Rafael; pero después de escuchar algunas inocentes mentiras de su hija que pretendía ocultarle la verdad, y considerando lo que a ella le sucedía en sus buenos tiempos, murmuraba:

—¡Qué diantre de muchachos! Está visto que los amantes siempre han sido y serán lo mismo. Sin celos y rencillas el amor sería monótono. Todo esto me recuerda a mi marido (Q. E. P. D.). De vez en cuando teníamos nuestras riñas por la cosa más fútil y sencilla. Pero todo esto pasaba como nube de verano, y después hacíamos las paces para querernos mucho más. Los años pasan, pero el amor es siempre lo mismo. Rafael y Emilia habrán hecho igual que nosotros hacíamos en épocas más felices, sin duda para

desempalagarse de sus hartazgos de amor. Esperemos a que vuelvan a hacer las paces.

Pero doña Juana, a pesar de estas reflexiones, al ver que pasaban dos días sin ver a Rafael y sin que el piano de este sonase ni de día ni de noche, sintiose aguijoneada por la curiosidad y la tristeza que notaba en Emilia, y envió a su criada a casa de doña Liboria con el fin de saber algo del artista.

La contestación la llenó de asombro.

Rafael hacía dos días que había abandonado la casa sin decir dónde trasladaba su domicilio.

A Emilia no le causó igual efecto, pues sin saber por qué aguardaba una noticia parecida.

Doña Juana, ante aquella desaparición inesperada, exclamó:

—¡Hija mía! ¿Qué es esto? Aquí ocurre algo que yo ignoro. Cuéntame todo cuanto sepas.

Emilia vaciló al principio y aún se resistió durante un corto rato, pero por fin, llorando y gimiendo, relató a su madre todo lo que sabía cierto de la rivalidad de aquella condesita, las miradas entre ella y el artista.

El efecto que toda esta relación causó en la madre es muy digno de describirse.

Imaginaos la adoración fanática que un labriego profesa a la Virgen de su lugar.

O la que un humilde pintor tenga por el grandioso genio de Miguel Ángel.

Pues mayor, mucho mayor era la que doña Juana profesaba a su hija.

Para ella, Emilia lo era todo; y muy difícil le era creer que en el mundo existiese una mujer que fuese tan hermosa y buena como su hija.

Así es que en el primer instante no pudo comprender que hubiese un hombre que abandonaba a Emilia para correr en pos de una beldad que, aunque aristocrática y condesa, no debía ser superior en hermosura, ni mucho menos, a su hija.

Y ¡vive Cristo! que no fue poco el coraje que sintió en su pecho al verla llorar por el abandono de un hombre, cuando ella la creía muy digna de que todos los del mundo se arrastrasen a sus pies.

Solo así se comprende que aprobase un deseo que Emilia manifestó.

Era preciso buscar a Rafael para pedirle explicaciones y cuentas por su conducta.

Era necesario demostrarle que ellas sabían, aunque no ciertamente, sino por intuición, sus amores con la condesa.

Cuando Emilia propuso a su madre el ir en busca de Rafael, eran las diez de la noche.

El artista debía estar en el teatro, y ellas, con el propósito de aguardarle a la salida, vistiéronse rápidamente, y a la media hora atravesaban solas las calles de Madrid.

Al obrar de esta manera no comprendían que pisoteaban su decoro y dignidad.

Pero estas dos palabras son de las que menos se acuerdan dos corazones femeniles que sienten herido su amor propio de madre y de amante.

XIII

A la puerta del teatro

A LAS ONCE de la noche todas las puertas de los teatros presentan igual o parecido aspecto.

Al pie de los faroles de gas de la entrada, alguna pareja de bigotudos guardias de orden público que contemplan con mirada de autoridad a los muchos pilletes y hombres maduros que asedian al transeúnte, ofreciendo o demandando una contraseña o *salida*.

Más allá alguna que otra mujer o chiquilla desharrapada que a voz en cuello pregona *La Correspondencia*, muchachos que venden fósforos o artículos parecidos, y más de un mendigo que arrimado a la pared, y como recatándose en la sombra, aguarda pacientemente la salida de los espectadores para pedirles una limosna.

De vez en cuando se forma un grupo; dos muchachos andan a cachetes por cuestión de una contraseña; los guardias intervienen, y al poco rato todo vuelve a cobrar su aspecto normal.

Medio escondidas en la sombra que en la calle dejaban las luces de los faroles con su débil alumbrado, y rodeadas de aquella sociedad de vendedores, mendigos y pilletes, veíanse dos mujeres envueltas con negros mantones para preservarse del frío de la noche (que era regular), y las cuales no eran otras que Emilia y su madre.

Sería faltar a la verdad el no decir que las dos se sonrojaban y sentían vergüenza al considerar su presente situación; pero el amor propio y la maldita obstinación las hacía permanecer esperando la salida de aquel hombre malvado que había venido a traer el dolor a sus corazones.

Ninguna de las dos había podido darse cuenta de un misterioso espionaje de que eran víctimas.

Desde su casa hasta la puerta del teatro las había seguido un hombre envuelto con una capa. El mismo, sin duda, que sin que ellas lo supieran las siguió también la noche en que se estrenó *El hijo del trueno*.

Ni Emilia ni su madre se habían apercebido de que estaba, como siempre, embozado y apoyándose en la columna de un reverbero a corta distancia de ellas.

¡Buenas estaban las dos para pensar en otra persona distinta a la del maldito compositor!

Con nerviosa impaciencia miraban continuamente la puerta del teatro, esperando ver salir por ella a un turbión de gente que con su presencia anunciase el final del espectáculo.

Pero todavía pasó más de media hora antes de que su deseo se viese realizado.

Por fin aparecieron en la puerta, al principio, algunas personas subiéndose el cuello de los abrigos y tarareando las más algún trozo de música.

Luego fue creciendo el número de los que salían, hasta que al fin la entrada del teatro fue vomitando un indescriptible gentío que poco a poco se desparramó por las aceras.

Entonces la calle entera cobró un nuevo y alegre aspecto.

Algunos coches vinieron a pararse entre la multitud en medio de gritos, sustos y poco menos que atropellos, oyéronse saludos y despedidas y no pocas flores salidas de los grupos que se formaron en la puerta para poder admirar a las espectadoras jóvenes y bonitas.

Doña Juana y su hija contemplaban en silencio y como escondidas toda esta animación; sufrieron avergonzadas las palabras nada castas que más de uno deslizó en sus oídos tomándolas por mujeres de otra clase, y, luego, cuando el compacto grupo se deshizo y fueron menos los que salieron del teatro, las dos acercáronse más a la puerta de este.

Momentos después ambas se estremecían.

Rafael, dando el brazo a la hermosa condesita y seguido por Gutiérrez, acababa de aparecer en la puerta y se dirigió a un elegante carruaje, cuya portezuela se disponía a abrir el lacayo.

Pero de pronto, y cuando menos lo esperaba, viose detenido por Emilia y su madre; la primera de las cuales, echándose atrás el velo que le cubría el rostro, dijo con indescriptible acento:

—Mírame, infame, y dime si me conoces. He venido por convencerme bien de quién eres. Ahora lo comprendo todo.

La condesita, que al principio se había asustado con la inesperada aparición de Emilia, extrañose de aquellas palabras, y dijo volviéndose al artista:

—¿Quiénes son estas mujeres, Rafael? ¿Qué es lo que quieren?

—Lo ignoro, puesto que no las conozco —contestó el músico con sin igual sangre fría.

Al escuchar estas palabras, Emilia sintió algo parecido a lo que le produjera el cielo cayendo sobre su cabeza. Fue a decir algo, pero de su boca solo salieron algunos sonidos inarticulados, y cayó sin sentido en los brazos de su madre.

En aquel momento Rafael sintió que le tocaban en el hombro, al mismo tiempo que una voz varonil gritaba a su espalda:

—¡Caballero!...

El artista volviose rápidamente y vio frente a él un joven de mirada tranquila, alta estatura y rostro correcto, aunque pálido.

—¿Qué es lo que usted desea? —preguntó Rafael con áspero acento.

El joven le midió con una despreciativa mirada de los pies a la cabeza, y luego dijo con reposado acento:

—Caballero, es usted un canalla.

Y junto con tales frases sonó un soberbio bofetón.

XIV

Solo del autor

CUANDO EN LA calle o en cualquier otro sitio público un hombre dirige un insulto a otro, lo más inmediato es que los dos vengán a las manos con el furor propio del caso.

Esto es lo que siempre sucede a impulsos del instinto; lo que está más en la naturaleza humana.

Pero la sociedad, con sus serias preocupaciones, considera esto de una manera muy distinta y no vacila en calificarlo de acto de *mal tono*.

Entre dos personas del pueblo... pase.

Mas entre dos *personas decentes* es cosa distinta.

No faltan nunca buenos amigos que logran separar a los dos contendientes y calmarles, para arreglarlo, llevados por su buen deseo y amistad, de otra manera que ellos creen más *decente*.

El duelo se concierta.

Y cuando ya el tiempo ha desvanecido el furor de los dos enemigos, y tal vez amortiguado el recuerdo del insulto, estos se ven precisados a marchar al campo del honor, para adquirir o perder este con la destreza mayor o menor que tengan en el uso de las armas.

¡Oh!, no se puede negar que la sociedad arregla muy bien las cosas.

Cuando furiosos y con el pensamiento ofuscado dos hombres hubieran podido ventilar sus cuestiones con algunos golpes de leves resultados, se les separa para que, después, con la mayor sangre fría expongan su vida a la bala de una pistola o a la punta de una espada. ¡Gracioso juego!

PARTE TERCERA

I

Memorias de un bohemio

HOY HACE UN año que me trasladé a la corte desde la risueña ciudad en que nací.

¿Y qué he ganado en el cambio?

Nada, absolutamente. Antes bien, he perdido mucho. Aquellas ilusiones de color rosado que mi fantasía creaba lejos de Madrid se han desvanecido ante la fría realidad, y todo el colosal edificio formado por mi fantasía ha venido al suelo a impulsos de los desengaños.

¡Cuánta diferencia entre el Madrid que se sueña y el Madrid real!

En vez de aplausos y honores, humillaciones y sonrojos; y a cambio de un brillante porvenir visto entre sueños, la posición pobre y desconsoladora de eterno bohemio.

Entre este torbellino de personas que se agitan, de amigos tan infelices como yo, de empingorotados personajes que ofrecen mucho para no dar nada, vivo en la más completa soledad.

Como lenitivo para mis penas, recuerdo aquellas dichosas horas en que rodeado por la esplendorosa naturaleza, y bajo el puro cielo de mi ciudad natal, soñaba despierto mi corazón virgen y lleno de ilusiones.

Recordando tales cosas puedo luchar con el escepticismo y la desesperación que lentamente se apodera de mi alma.

¿Por qué abandoné aquella dichosa ignorancia, aquella felicidad sin fundamento?

¿Por qué puse mi mano sobre el secreto de la esfinge, y he conocido ese dolor que siempre producen las ilusiones muertas?

Acabo de sufrir una decepción. Estoy tan acostumbrado a ellas, que ya no me entristezco.

El único editor que me faltaba conocer, se ha negado a publicar mi obra.

—Eso de poesías —ha dicho— es género que hoy tiene poco despacho. No parecen malas, y por su mérito tal vez las publicara; pero ya ve usted, amigo mío, que uno debe procurar primero por sus negocios.

Después me ha indicado que escribiese una novela y que él tal vez la editaría.

Pero una novela ateniéndome a indicaciones tuyas.

Esto es, una obra escrita para él y para el público de cierta clase.

No he accedido. El arte no debe sujetarse a imposición alguna.

A pesar de mi precaria situación, primero romperé la pluma que accederé a semejantes deseos de editor.

Mi situación es cada vez más insostenible, y mi vida poco a poco va haciéndose bohemia en toda la acepción de la palabra.

En todas las bocas no oigo más que la misma frase:

—No desesperarse. Usted se abrirá camino.

¿Pero cómo? Esto es lo que continuamente me pregunto viéndolos todos cerrados ante mis pasos y acosado por la necesidad.

¡Maldición! ¿Cuándo acabará esta calle de amargura?

Al escribir esto, recuerdo aquel final de una célebre rima de Bécquer:

Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado.

¡Hoy creo en Dios!

No es que haya yo dudado un solo instante de la existencia del Ser Supremo, pero hoy me sucede que creo en todo y me parecen de más fácil realización aquellos ensueños que tanto embellecían mi vida provinciana.

¡Qué cambio puede producir en la vida de un hombre el amor!

Ayer la vida me era odiosa, y más de una vez me sonreía ante la idea del suicidio y de la muerte.

Hoy me horrorizo al considerar mis pensamientos de hace pocos días, y me convenzo de que es necesario vivir, a pesar de todos los engaños y privaciones.

No sé si la fatalidad me atormenta, dejándome entrever un cielo en el cual no he de entrar, pero desgraciadamente la primera vez que he visto en el mundo a la mujer que tantas veces contemplé en mis ensueños ha sido apoyada en el brazo de un hombre.

¿Será su hermano? ¿Será su amante? ¿Será su marido?

¡Oh!, no sé. Pero lo cierto es que tengo celos. Celos que si se quiere serán ridículos por lo infundados, pero lo cierto es que en mi corazón se agitan, destrozándome el pecho.

¡Cuán extraño es el hombre algunas veces!

He logrado saber cuanto deseaba.

Ella se llama Emilia y vive sola con su madre.

El hombre que le daba el brazo es Rafael Olmos, el joven autor de *El hijo del trueno*.

La noche en que la vi por vez primera, venía de presenciar el estreno de la obra de su amado y la estrepitosa ovación que el público le tributó.

Me estremezco de rabia y de impotencia al pensar cuánto debe amar a un hombre a quien todo el mundo reconoce una inspiración sin rival.

A pesar de que resultó lo que yo esperaba, atendiendo a mi mala suerte, mi corazón no se ha conmovido a impulsos del dolor.

¡Estoy ya tan acostumbrado a los bofetones de la casualidad!

Ya que no puede ser mía, me contentaré al menos con verla tantas veces como pueda.

No dejará de ser un consuelo para mí el saber que existe la mujer de mis ensueños, aunque jamás he de poseerla.

Todos los días paseo por bajo sus balcones y logro verla alguna que otra vez.

Ella no ha notado nada.

¡Cuán lejos estará de creer que a corta distancia existe un hombre que se siente feliz solo con mirarla!

Por mucho cariño que le tenga ese Rafael, a quien odio, es imposible que la ame tanto como yo.

Hace dos días que sus balcones están cerrados a todas horas.

No he visto, como otros días, al compositor cruzar la calle para subir a casa de Emilia.

Algo grave debe suceder. Son las nueve de la noche, y voy a pasar por su calle. No espero verla más. Sin embargo, en estos instantes hay dentro de mí algo que me empuja. Debe ser la fatalidad.

Escribo esto con mano temblorosa. Una felicidad desesperada invade todo mi ser.

He seguido a Emilia y su madre hasta la puerta del teatro, y ellas, sin saberlo, han facilitado un lenitivo para mi rabia.

Yo no sé lo que el miserable les habrá dicho, pero lo cierto es que *ella* se ha desmayado.

Ese hombre es dos veces infame.

Por robarme una felicidad soñada y por despreciar lo que para mí sería un cielo.

He sentido que algo ardiente y enloquecedor subía desde mi pecho a la cabeza, y de mis labios han salido no sé qué palabras, y mi mano ha chocado contra sus mejillas.

¡Cuán delicioso me ha parecido el ruido de aquella bofetada!

Al poder provocar a aquel hombre que tanto aborrecía, he sentido un placer indefinible.

El que dijo que *la venganza es el manjar favorito de los dioses*¹⁹, conocía muy bien a los hombres.

Pasado mañana me batiré a muerte con él.

Me parece muy extraño, dada mi situación, el que todo lo vea con alegres colores.

Y es que el odio y la desesperación pueden convertir en placer el morir o el matar.

Las dos cosas me son enteramente indiferentes.

Nada espero, y lo que deseo estoy muy lejos de alcanzarlo.

Emilia, a pesar de todo lo sucedido, debe amar mucho a mi rival.

Estoy solo completamente en el mundo. ¿Qué importa, pues, que muera?

¡Miserable! Olvido que, aunque lejos de mí, todavía me queda en la tierra algo tan grande como lo más sublime del mundo.

Mi madre, mi pobre madre a quien tengo olvidada en mi desesperación, y que hace dos meses nada sabe de mí.

Tal vez a estas horas, en el tranquilo rincón de su hogar, llore mi silencio; tal vez murmure por mí una oración mientras el sueño y el cansancio cierran sus ojos.

Anhelando una gloria, pronta a desvanecerse como el humo, me alejé de su lado, y mañana tal vez moriré sin tornar a verla.

¡Pobre madre mía! ¡Cuántas lágrimas ha vertido por mí y cuántas verterá el día en que sepa mi desgraciado fin!

¹⁹ Como «la venganza es el manjar más sabroso condimentado en el infierno», cita atribuida a Walter Scott.

Yo debo morir. Lo merezco por mi infamia, y tengo la convicción de que si hay algún poder mayor al de los hombres, él me dará la muerte que merezco por mi proceder.

Cuando no sea más que un cadáver, esta cartera en que apunto mis impresiones llegará a sus manos, y sus lágrimas tal vez borrarán lo escrito.

¡Desdichada!... Nada, seamos hombres, si es que serlo es no enternecerse.

Firmaré como para dar el último adiós a mi madre.

Alejandro Peralta

II Duelo a muerte

AL LLEGAR AL presente capítulo y al ver las palabras que le encabezan, de seguro que el lector, sonriéndose, murmurará:

—Me lo esperaba. No existe novela *cursí* sin su correspondiente desafío. A estos escritores principiantes les gusta mucho que sus personajes anden a cuchilladas, y no acaban su novela satisfechos si alguno de ellos no le ha roto el bautismo a su contrario.

Yo reconozco en parte la verdad que encierran estas palabras, y como no soy de los que les gustan ver sangre derramada, quise evitar que Rafael y Alejandro se batiesen, y a muerte por añadidura. Les hice muchas reflexiones y me esforcé por convencerles, pero no pude lograr nada.

El asunto no tenía otra compostura que la presente.

El artista era un hombre que no aguantaba insultos, y menos delante de mujeres; y como, por otra parte, el poeta no quiso dar satisfacción alguna, antes al contrario, demostró con su aspecto estar muy dispuesto a continuar, de aquí que los dos estuvieran muy conformes en batirse a muerte, a pesar de todas las mediaciones y consejos del autor.

A ellos, pues, debe atribuir el lector el duelo.

Yo me limito a ser fiel narrador de todo cuanto sucedió entre los dos enemigos, después de hacer constar mi benéfico y humanitario deseo.

Ni los rayos del sol, ni nada que no fuese una luz triste, débil y como sepulcral, lograban atravesar la negruzca cortina con que la naturaleza había ocultado el cielo que cubre a Madrid.

Si la luz no era muy fuerte, en cambio el frío, cobijado entre las alas de un vientecillo sutil, lo era en demasía.

Acariciada por sus helados besos, la coronada villa despertábase buscando un sol del cual no encontraba indicios en el cielo, y de su seno surgía un incesante rumor muy semejante a los gemidos de un niño que cree le despiertan antes de la hora acostumbrada.

Sobre el plomizo cielo destacábanse los techos de los altos palacios y las torres de las iglesias, semejantes a largos brazos que la villa elevaba para romper aquellos celajes monótonos y tristes que le impedían la vista del esplendoroso cielo.

A las siete de la mañana, de este modo se veía Madrid desde la altura que ocupa el cementerio de San Isidro, añadiendo al panorama un río con las riberas cubiertas de diligentes lavanderas prontas a aprovecharse de su escaso caudal líquido, y algunos puentes sobre cuyo blanquecino suelo veíanse hormiguesar innumerables seres humanos entre no pocos carros cargados de productos necesarios para el consumo.

Si he citado el cementerio de San Isidro con preferencia a otros puntos que ofrecen igual vista y altura, es porque así conviene al desarrollo de esta novela.

A sus espaldas y apoyados sobre la tapia, veíanse tres hombres, o más bien dicho tres jóvenes, que por sus trajes demostraban ocupar una regular posición, y de los cuales dos son ya conocidos del lector.

Eran Rafael y Gutiérrez, y el otro uno de esos tipos que en todas partes se encuentran prontos a presenciar toda clase de actos, desde una boda a un entierro.

Envueltos con sus capas defendíanse del frío, y aguardaban pacientemente fumando.

—Acaban de dar las siete —dijo Rafael—, y *esos* no parecen por aquí.

—Aguarda, hombre —contestó el alférez—, no tardarán mucho en llegar.

—¿Traerán ellos también espadas?

—Quedó acordado que no —dijo el acompañante de nuestros dos conocidos—. Con las que llevo debajo de la capa, basta y sobra.

Tras estas palabras reinaron algunos instantes de silencio, que fue interrumpido por pisadas cercanas y la aparición en una de las esquinas de la tapia de Alejandro Peralta, seguido de sus dos testigos.

El poeta bohemio tenía pocas amistades en Madrid; así es que para testigo de su lance tuvo que echar mano de dos jóvenes militares, a quienes tan solo conocía de vista, por ser parroquianos del mismo café que él frecuentaba.

Estos eran poco más o menos dos acabados ejemplares del tipo del oficial español, algo calaveras, vulgares si se quiere, pero con cierto sello de caballeridad que imprimen a todos sus actos.

Cuando los dos pequeños grupos se reunieron, cruzaron los testigos los saludos de rigor y los enemigos las miradas de odio que no eran menos del caso.

A los pocos instantes, el segundo testigo de Rafael sacó a relucir las espadas que depositó en el suelo, y los dos contendientes despojáronse de sus capas y se dispusieron a hacer lo mismo con sus *chaquets*.

—Antes de comenzar, señores —dijo uno de los militares—, bueno fuera que intentásemos por última vez dar al asunto un giro menos terrible. Yo, a pesar de mi profesión, no gusto mucho de que los hombres se maten tan así como así, y menos tratándose de dos jóvenes de las condiciones de ustedes. Propongo que el duelo sea a primera sangre.

—Imposible, señor oficial —contestó el compositor—. Un insulto como el que a mí se me ha inferido, bien merece un duelo a muerte.

—Digo lo mismo —dijo Alejandro—. El hombre que desprecia vilmente a la mujer que le ama, merece que le partan el corazón.

Rafael, al escuchar esto, tornose más pálido que antes estaba, y un temblor nervioso agitó todos sus miembros.

Púsose rápidamente en mangas de camisa y agarró rabiosamente una de las espadas.

Su contrario le imitó, y momentos después, los dos se encontraban armados frente a frente y contemplándose con unas miradas que eran la más fiel expresión del odio que abrigaban sus pechos.

Entregados durante toda su vida al cultivo de las artes, ninguno de los dos había oprimido una espada entre sus manos, e igualmente les eran desconocidos los más pequeños rudimentos de esgrima; así es que cuando los testigos dieron la señal, comenzó un ataque mucho más terrible que el que pudiera tener lugar entre dos maestros de armas.

Nada de estocadas precisas ni de matemáticos golpes; los dos se valían de sus espadas como de otra cualquier arma, y luchaban de una manera tan furiosa y desordenada como pudieran hacerlo dos adalides de la Edad Media.

Con los ojos chispeantes, la cabellera en desorden y respirando furiosamente, los dos se lanzaban uno contra otro, y sus espadas tan pronto se escurrían hasta tocarse por la empuñadura como se agitaban en el espacio sin encontrarse.

Aquello era la lucha de dos hombres olvidados del mundo y que solamente pensaban en su venganza.

Rafael sentía en aquellos momentos sobre su mejilla la huella de la bofetada, y Alejandro veía en su contrincante al amante de Emilia, al hombre que más aborrecía en el mundo.

Y los dos se agitaban incesantemente dando a conocer sus temperamentos nerviosos, llegados a la suma excitación.

Avanzaban, volvían atrás, se agachaban, daban saltos portentosos, y de su pecho se escapaban algunos gritos guturales, que más que de hombres, parecían rugidos de fiera.

Aquello era portentoso e indescriptible. Los testigos estaban algo conmovidos de terror a la vista de aquella escena, y tuvieron que retirarse a regular distancia, pues varias veces los contendientes, en su ceguedad, habían estado próximos a herirles con sus espadas.

Aquel espantoso duelo no podía durar mucho tiempo.

Los dos enemigos comenzaban a cansarse, sus brazos se debilitaban a fuerza de golpes, y un copioso sudor bañaba sus rostros. De pronto uno de los dos, al avanzar con terrible empuje, resbaló, quedando arrodillado y en descubierto, y en el mismo instante, el otro hundió en el pecho su espada hasta la empuñadura.

Oyose un lamento de agonía junto con un grito de venganza satisfecha, y los testigos vieron a uno de los rivales en pie y contemplando sobriamente a su enemigo que yacía rígido e inmóvil en el suelo.

El muerto era Alejandro. Su corazón había sido atravesado por la espada de Rafael.

.....
.....

Una hora después, uno de los militares que sirvieron de testigos a Alejandro decía al otro ya en las calles de Madrid:

—Ese musiquillo es un canalla, que para matar a su adversario se aprovecha del momento en que resbala y queda indefenso. El que tal cosa hace, demuestra ser un cobarde. En verdad, que he sentido tentaciones de decírselo en la cara, pero su acción, aunque mala, se presta a disculpa. Mas a pesar de todo, a ser el muerto persona más allegada a mí, otra cosa hubiera sucedido.

III

Llegar a la meta

DESDE LA NOCHE aquella en que Rafael penetró en el hotel de la bella condesita, no pasó ninguna sin que los dos no tuviesen su correspondiente entrevista.

Aquellos amores, por su naturaleza, no eran para estar mucho tiempo ocultos.

A Enriqueta, como ya sabe el lector, no la inquietaban gran cosa las conveniencias sociales; y como por otra parte quería mucho al compositor, de aquí que no se cuidara de evitar el que sus relaciones fuesen conocidas por todo el mundo.

Rafael, que a influjos de la condesita y su amigo Gutiérrez se despojó de sus antiguos hábitos de artista para encerrarse dentro de lo que prescribe la más superior elegancia, fue pronto conocido por todo el mundo en los paseos y aristocráticos círculos que frecuentaba como el amante *non sancto* y oficial de la de Fuenteflorida.

Por esto mismo, inútil es decir que más de cuatro descendientes de linajudas casas, verdaderas especialidades en el género gomoso, le contemplaron con envidia y también con extrañeza, pues no comprendían cómo aquel hombre, con su melena revuelta y su aspecto descuidado, aunque elegante, había logrado lo que ellos con sus entecas e *interesantes* figuras no habían podido con seguir.

El amigo Gutiérrez, que desempeñaba el papel de mentor en la vida del artista, le decía continuamente:

—Todo te va bien, amigo Rafael, gracias a que has seguido mis consejos. No me negarás la utilidad de ellos, pues no tienes más que contemplarte: ayer, oscuro, pobre y entregado a unos amores cursis, y hoy, elegante, aplaudido y siendo la envidia de toda la buena sociedad de Madrid, por esas relaciones con Enriqueta que te elevan de una manera superlativa a los ojos de muchos. Pero todavía falta algo para completar la obra.

—¿Y qué es ello, amigo Gutiérrez?

—Tú ya conoces aquella teoría que yo profeso del cuarto de hora de la fortuna. Afortunadamente tú has logrado cogerla; pero, amigo mío, no sería nada de extraño que se te escapase, para lo cual sería bueno que intentases asegurarla más.

—¿Y de qué modo?

—Enriqueta ya sabes tú que es bastante veleidosa. Hoy te quiere mucho, pero nada tendría de particular que el día de mañana se hastiara de ti y buscara algún pretexto para abandonarte. No pretendas convencerme de lo contrario, pues demasiado sabes que conozco muy bien a las mujeres. Por otra parte, tú no gozas más que a hurtadillas de la elevada posición de tu querida, y sería mucho mejor que pudieses usar su lujo a la faz de todo el mundo.

—¿Acaso pretendes proponerme alguna cosa deshonrosa? Creo que te comprendo. Tú quieres que yo explote a Enriqueta pidiéndole parte de sus riquezas.

—No, hombre. No pretendo envilecerte de tal manera, y sé, además, que tú tampoco consentirías. Yo voy mucho más allá.

—¿Qué es, pues, lo que quieres que haga?

—Sencillamente, que seas conde de Fuenteflorida, casándote con Enriqueta.

—¡Hombre!... eso es grave.

—No tanto como tú crees. Ella te ama, y por lo tanto no te será tan difícil inducirla a que se case contigo.

—Lo pensaré.

—Piénsalo todo cuanto quieras, pero no te olvides de que de tu resolución depende un porvenir tan dorado como los millones de tu condesita.

Y como resultado de todo este diálogo, pasados algunos días apareció en los periódicos noticieros un suelto que, poco más o menos, decía así:

El joven compositor don Rafael Olmos, a quien recientemente hemos aplaudido todos en su obra *El hijo del trueno*, ha contraído matrimonio con la bella y elegante condesa de Fuenteflorida.

En la alta sociedad ha causado esta unión alguna extrañeza, particularmente entre las personas más allegadas a la desposada.

Celebramos mucho este matrimonio, por lo mismo que representa la fusión de dos aristocracias: la de la sangre y la del talento, y deseamos a los recién casados una interminable luna de miel.

En el expreso de hoy han salido de Madrid, con objeto de visitar las principales capitales de Francia e Italia.

IV La confesión

EMILIA ESTABA enferma de gravedad.

Esto lo conocía su madre, lo mismo que la causa de la dolencia.

¡Infeliz niña! Qué fuerte sacudida experimentó su alma cuando el infame Rafael fingió no conocerla.

En honor de la verdad, se debe decir que Emilia fue a la puerta del teatro, si bien guiada por el despecho, también por un poco de esperanza.

Ella creía que el artista, al verla y oír sus palabras, abandonaría sus nuevos amores, para volver a los antiguos.

Juzgue, pues, el lector, el desengaño que la joven sufriría, y no se extrañará de su desmayo, que por cierto, era más auténtico que los que la mayor parte de las mujeres tienen siempre dispuestos para las situaciones difíciles.

Doña Juana que, como ya se dijo anteriormente, la recibió en sus brazos, dispúsose a increpar al que algunos días antes consideraba como próximo a ingresar en su familia; pero se detuvo al ver el insulto que dirigió a Rafael aquel joven, para ella desconocido, y la corta lucha que entre los dos se entabló.

Aprovechando aquellos momentos de confusión, y huyendo del escándalo que inevitablemente haría blanco en ella y su hija, llevó como pudo a esta hasta un coche de alquiler que estaba parado cerca de la puerta del teatro, y un buen rato después llegó a su casa y acostó a Emilia en su lecho.

Ya no se levantó esta más.

Una postración lenta y poderosa invadió todo su cuerpo, que parecía falto de vida, a no ser por aquellos ojos negros que brillaban a impulsos de la enfermedad, y que de vez en cuando se veían empañados algunas lágrimas, fieles compañeras de unos suspiros agudos, desgarradores, histéricos.

La madre se desesperaba, y en su furia maldecía a los hombres, al amor y a la hora en que le asaltó el pensamiento de abandonar su ciudad para trasladarse a Madrid.

Por supuesto que ella se atribuía la culpa de todo lo ocurrido por su condescendiente benevolencia.

Al pensar que por un hombre, su hija, aquella hija que ella creía superior en hermosura y buenas cualidades a todas las jóvenes del mundo, estaba postrada en el lecho, se enfurecía hasta tener el aspecto de loca y daba

fuertes alaridos que venían a aumentar los sordos padecimientos de la enferma.

Algunos días después de aquel en que tuvo lugar la escena entre Rafael y Emilia, en la alcoba de esta conversaban hija y madre.

Eran las nueve de la noche, y a pesar de estar cerrados los balcones, subían hasta la habitación, en discordante concierto, todos los mil ruidos de la calle.

La luz, que ardía en el centro de la cercana sala, proyectaba sobre la pared de la alcoba la sombra erguida de doña Juana y la de su hija, que de vez en cuando rebullíase trabajosamente en la cama. Emilia escuchaba con gran atención a su madre, que recordando aquella fatal noche, le contaba cómo un hombre las vengó abofeteando a Rafael.

Como era natural, la joven sentía una extremada simpatía por aquel joven desconocido, y deseaba una ocasión para verle, ignorando que mil veces le había tenido muy cerca, sin que ella se apercibiese.

¡Cuán lejos estaba de conocer aquel amor apasionado de Alejandro, y de saber que en aquellas horas había muerto por ella!

Tras la relación de la madre hubo un período bastante largo de silencio, durante el cual solo se oyó alguna frase dicha entre dientes por doña Juana, y sin duda, no en honor de Rafael.

Emilia escuchaba las entrecortadas palabras de su madre, y la miraba de vez en cuando, como aquel que va a decir algo grave y se lo impide el miedo.

Por fin hizo como un supremo esfuerzo, y levantando un poco la cabeza de la almohada, con voz temblorosa, llamó a su madre.

Esta respondió inmediatamente al llamamiento, y el diálogo volvió a reanudarse.

Primero cruzáronse entre las dos algunas palabras de cariño.

—¿Me quieres mucho, mamá? —preguntó Emilia.

—¿Que si te quiero mucho? —respondió doña Juana—. ¿Y eso lo preguntas a tu madre, a la que es capaz de perder la vida a todas horas por ti? No faltaba más que ese pillo con sus malas acciones hubiese logrado hacerte dudar de que te quiero.

—No te incomodes, mamá. Si te pregunto eso es para poner tu cariño a prueba y prepararte.

—¿Para qué?

—¡Ay, mamá mía! —dijo Emilia, y púsose a llorar.

Doña Juana quedose suspensa y extraña de aquel llanto, cuya causa no conocía.

Durante algunos momentos permaneció contemplándola sin saber qué decir; pero después acercó su cabeza a la de Emilia y se oyeron al poco rato algunas palabras de esta, aunque dichas en una voz semejante a un ligero susurro.

El efecto que causaron en la madre fue terrible.

Si la hubieran convencido de que las teorías espiritistas eran completamente falsas; si alguien la hubiese dicho que su difunto esposo no fue un hombre honrado, de seguro que su rostro no tomara una expresión igual.

Separó su cabeza de la de Emilia como movida por un resorte, lanzó un grito, aunque no muy intenso, indescriptible, y rompió a llorar.

Lo que sentía en aquellos instantes, nada lo delataba mejor que sus ojos.

En una pared de la vecina sala, y frente a la puerta de la alcoba, veíase medio envuelto en la sombra un gran retrato que representaba al padre de Emilia.

Doña Juana miraba a su esposo como vergonzosa y aterrada.

Le parecía que aquel grave rostro iba a despegarse del lienzo para pedirle cuentas por su descuido y su deshonor.

V

Un matrimonio de la alta sociedad

MÁS DE MEDIO año duró el viaje de Enriqueta y Rafael por el extranjero.

El nuevo conde de Fuenteflorida usaba con sin igual complacencia del título, y cada vez gustaba más de aquella vida de lujo y ostentación, a la cual no estaba acostumbrado.

En él había desaparecido el artista, para ceder el paso al engreído potentado.

Durante su residencia en Italia, prefirió a las sublimes manifestaciones del arte, las reuniones elegantes de la aristocracia italiana.

Rafael ya no era el mismo, puesto que olvidaba la música, para entrar en plena vida elegante, con el insaciable deseo propio del que ha pasado gran parte de su vida pobre y obscurecido.

Pero si grande era el cambio que Rafael había sufrido, en la condesa íbase operando otro que no era menor.

Su carácter, como ya se dijo, era veleidoso, hasta lo sumo.

Ella amaba a Rafael. No al que ahora venía a su lado como esposo, sino al otro Rafael oscuro, desconocido y modesto, llevando sobre su frente la aureola del genio y en su aspecto las señales de la pobreza.

A los hombres elegantes y de alta sociedad los aborrecía, por lo mismo que eran los que más continuamente la asediaban.

Ella deseaba ser amada por un hombre que la adorase y se lo debiese todo.

Al principio creyó encontrar esto en Rafael; pero a los pocos meses vio que se había engañado, y que este se convertía en un hombre igual a aquellos que ella miraba con tanta antipatía.

Enriqueta no sabía fingir, así es que muy pronto comenzó a mostrarse algo indiferente con su marido.

Este, por su parte, tampoco amaba gran cosa a su mujer.

Al principio había sentido por ella una pasión puramente mundanal y vulgar, que al verse satisfecha fue desapareciendo paulatinamente.

Y bien pudiera asegurarse que se alegró de aquel desvío de Enriqueta, pues en verdad sea dicho, le cansaban los cariños de aquella mujer a quien él no profesaba mucho amor.

De esta manera los condes de Fuenteflorida vinieron a ser iguales a muchos.

Un matrimonio montado al uso de la alta sociedad.

Las relaciones que mediaban entre los dos cónyuges fuéronse enfriando cada vez más.

Rafael empezó a ausentarse alguna que otra vez del lado de su esposa en las diversas capitales que visitaron.

Enriqueta, en cambio, sintió arrepentimiento por haberse unido a aquel hombre, y se propuso buscar a alguien que la consolase de la ausencia de su esposo.

Tal era la situación de los condes de Fuenteflorida cuando los periódicos de Madrid anunciaron pomposamente su llegada.

Un hombre conoció inmediatamente el estado de las relaciones entre los dos esposos, y fue el alférez Gutiérrez.

Si se alegró o no con tal descubrimiento, eso lo veremos en el capítulo siguiente.

VI

Un buen amigo

COMO EL LECTOR sabe muy bien, Gutiérrez era un perdido de esos que, como dice la gente, entienden la aguja de marear.

Su amistad con Rafael, en los primeros meses que se conocieron, tan parca y desinteresada como toda la que profesa un joven, y por añadidura calavera, a un simpático compañero de habitación.

Aunque algo burlón, Gutiérrez contempló indiferente los amores de su amigo y Emilia, pero cuando él comprendió que la condesita se apasionaba de este, concibió un plan, para cuya realización tuvo interés en hacer que el artista se enamorase de Enriqueta.

El calavera, como impenitente jugador, y por añadidura de mala fortuna, siempre estaba poco más o menos sin un cuarto.

Con el amor que la condesa parecía profesar a Rafael, vio el cielo abierto.

Su amigo, si llegaba a ser el amante, o mejor el marido de la aristocrática hermosura, podría disponer de un gran capital, y por lo tanto vendría a ser para él un interminable filón que satisfaría sus necesidades y apuros.

Y con este propósito empujó al compositor por el camino que tenía trazado, hasta que llegó a convertirle en marido de la condesita.

A partir de tal instante, su plan comenzó a dar resultados.

Antes de partir Rafael para el extranjero, ya logró que le entregara una regular cantidad, y gastándola alegremente aguardaba el regreso de su amigo, que ahora, gracias a su astucia, había convertido en *primo*.

Y los condes de Fuenteflorida, como ya se dijo, volvieron a Madrid a principios de invierno, o sea, cuando a Gutiérrez no le quedaba más que muy poco de la cantidad prestada.

Apenas recién llegados los aristocráticos cónyuges, el alférez se introdujo en la casa como amigo del marido, pero de un modo tan asiduo, que muy pronto los criados le consideraron como de la familia.

Él sabía hacerse tan simpático a los ojos de Enriqueta, tenía unas maneras tan originales, un rostro tan varonil y un aire tan desenvuelto, que cautivó el afecto de la veleidosa condesita.

Tanto, que al poco tiempo vino a hacerse para ella una necesidad la presencia del ruidoso y calavera militar.

Este no aguardaba tal éxito; pero al apercibirse de él, comprendió lo que pasaba en el interior de Enriqueta. Vio que ella miraba con indiferencia creciente a su esposo, y que sentía vivas ansias de reemplazarle por un hombre que satisficiera mejor sus deseos de ser adorada.

Y pensó que nadie mejor que él podía aspirar a la categoría de amante de la condesita.

Para acoger tal idea, se contempló antes a sí mismo, y al verse con el tipo desenvuelto, al par que apasionado, tipo que entonces parecía desear la condesa, juzgó por suya la victoria.

Y no le engañó su amor propio.

La condesita acogió con manifiesto agrado las primeras demostraciones que Gutiérrez hizo de su falsa pasión.

Desde aquel momento, todo anduvo más que de prisa.

Sonrisas graciosas, miradas insinuantes y apasionadas, y todas esas mil cosas que sirven para demostrar un amor no declarado, pero comprendido, se cruzaron entre los dos, cada vez que Gutiérrez iba a comer al hotel de los condes (cosa que sucedía tres o cuatro veces a la semana), y a la vista misma de Rafael que estaba muy lejos de sospechar semejante cosa.

Todo aquello no podía estar mucho tiempo sin dar su resultado, y efectivamente, lo dio.

Una noche, mientras Rafael estaba en el casino jugando, o tal vez en otra parte peor, Enriqueta escuchaba una ardiente declaración de Gutiérrez.

La condesita, por de pronto, apareció como ofendida por tal atrevimiento.

Habló de honor, de su esposo y de muchas cosas más, pero al fin, abandonando aquella dignidad fingida, y siguiendo sus interiores impulsos, cedió.

Rafael comenzaba a sufrir el castigo de su envilecimiento.

VII

Un encuentro fatal

EL PASEO DE LA Castellana presentaba un golpe de vista encantador.

Eran poco más o menos las cuatro de la tarde, y a pesar de lo avanzada y fría que estaba la estación, el día no podía ser mejor.

El cielo era azul y diáfano, como si fuese de primavera, y un sol esplendente esparcía rayos de oro por el espacio, que se filtraban por entre las ramas de los árboles formando caprichosos arabescos en el suelo.

La animación era extraordinaria.

Un sinnúmero de coches que en un charolado exterior reflejaban la luz del astro diurno giraban en incesante y prolongada rueda, mientras que por el centro del paseo jinetes en briosos corceles galopaban algunos elegantes de diferentes sexos.

Los paseantes a pie no eran en menor número.

Ambos andenes veíanse llenos de una multitud de todas clases y condiciones, unos silenciosos y con la vista en el suelo, otros alegres y mirando a todas partes, y muchísimos conversando en alta voz sin cuidarse de que podían oírles los que pasaban por su lado.

Sentadas en un verde banco, y contemplando con mirada distraída los elegantes carruajes que ante sus ojos pasaban, rápidos como brillantes meteoros, estaban dos antiguas conocidas nuestras, y a las cuales hemos perdido de vista en el transcurso de medio año.

Eran Emilia y su madre.

Su aspecto, exteriormente, no había cambiado mucho.

Doña Juana era la misma de siempre. Bajita, gruesa, cariancha, con todo el cuerpo respirando salud y todo el rostro bondad.

Sin embargo, en derredor de sus pequeños y vivos ojuelos se veían dos violáceos círculos, que denotaban largas horas de llanto o noches de insomnio.

En cuanto a Emilia, poco tenemos que añadir a su aspecto de siempre.

El rostro más pálido, y además algunas señales que delataban su estado a pesar del amplio mantón en que se envolvía.

Tal vez parezca extraño que la pobre niña saliese de casa en tal situación; pero ella se ahogaba dentro de su cuarto, y acostumbrada a vivir en su hermosa patria, necesitaba aire y dilatado horizonte en donde dejar correr la vista al par que la imaginación.

Doña Juana, que no tenía otra voluntad que la de su hija, accedía a sus deseos, y de aquí que la mayor parte de las tardes fuesen al Retiro o a la Castellana a solazarse con la contemplación de los elegantes trenes, placer al cual son aficionados todos aquellos que no los poseen.

Emilia llevaba siempre sobre el vestido un mantón que ocultaba bastante su estado.

¡Infeliz Emilia! ¡Cuántos eran sus padecimientos!

Ella sentía rebullir en su interior aquel pequeño ser próximo a vivir, y no acariciaba el consuelo de poder mostrarse con él a la faz del mundo.

Además, el padre, el pérfido Rafael, se había hecho imposible para proteger a su hijo.

Ella no ignoraba nada de lo ocurrido.

La fatalidad había hecho caer en sus manos un periódico de fecha atrasada, y en él leyó la noticia del casamiento de Rafael con la condesa de Fuenteflorida y su viaje por el extranjero.

Después, ya no supo más de él, y no le volvió a ver desde aquella triste noche en que a la puerta del teatro fingió no conocerla.

Cuando al lado de su madre estaba sentada en el paseo, si bien sus ojos seguían distraídamente la rápida carrera de los carruajes o contemplaban el aspecto de los paseantes, su imaginación se agitaba bajo la bóveda del cráneo ocupada en adivinar dónde estaría él a aquellas horas.

Emilia aún amaba a Rafael.

O más bien dicho: Emilia amaba a Rafael mucho más que cuando era feliz teniéndole continuamente a su lado.

¡Qué tropel de melancólicos recuerdos la asaltaban la memoria cuando volviendo su mirada al pasado veía a través del tiempo aquella felicidad perdida!

Entonces experimentaba una conmoción interior y sentía deseos de llorar.

Todo esto mismo le sucedió la tarde en que estaba en la Castellana.

Comprendió que las fuerzas le abandonaban, y levantose rápidamente indicando a su madre que ya era hora de retirarse.

Doña Juana la imitó, y ambas empezaron a andar en el mismo instante que atravesó el centro del paseo una elegante carretela, a la cual, sin saber por qué, dirigieron las dos sus miradas.

Apenas hicieron esto cuando Emilia, exhalando un ligero grito de sorpresa, tuvo que apoyarse en el brazo de su madre.

Dentro del descubierto carruaje, y reclinados indolentemente sobre sus almohadones, iban Rafael y Enriqueta silenciosos, indiferentes y mirando con aire distraído a todos cuantos pasaban por su lado.

Decimos mal, pues la condesita contemplaba con marcado interés y sonriendo graciosamente a Gutiérrez, que elegantemente vestido paseaba solo por uno de los andenes.

Doña Juana sintió estremecerse el brazo que en el suyo se apoyaba, miró a su hija y la vio pálida como una muerta, diciéndole con ansiedad:

—A casa, mamá. Pronto, a casa.

VIII ¡Pobre Emilia!

AL OTRO DÍA ocurrió un grave suceso.

Emilia murió.

Pero murió asesinada por la infamia de un hombre y dando vida al fruto de su deshonra.

Era una predestinada. Cuando se ven tales ejemplos se cree en la fatalidad.

Sobre la frente de la pobre joven parecía pesar una maldición.

Vio algunos instantes la vida por un lado hermoso, fue dichosa, sonrió al amor, y este fue tan cruel con ella que acabó con su vida.

La muerte de Emilia era inevitable, atendiendo a las muchas sensaciones terribles y encontradas que en algunos meses habían agitado su pecho.

Acostumbrado el corazón de Emilia a agitarse solamente por inocentes sensaciones de niña, padeció mucho al ser despertada por el borrascoso amor de Rafael.

Emilia era el botón cercano a abrirse, el organismo próximo a formarse, la niña apenas convertida en mujer.

Esa edad en que todo se ve de color de rosa, en que se ignora por completo que exista la palabra *desengaño*, es la más crítica de la vida.

En ella se cree para siempre y se ama para no olvidar jamás.

Una decepción, una *caída del cielo*, es entonces una terrible puñalada.

Emilia la recibió con el olvido de Rafael.

La escena ocurrida a la puerta del teatro fue el golpe de gracia dado a sus ilusiones, o más bien a su vida.

Porque esta no es animada a los dieciséis años por otra alma que por las ilusiones.

Emilia vivió aún bastante tiempo, si es que vivir es llorar continuamente al quedar abandonada y estar siempre con la imaginación viajando por el infinito y existiendo como un autómatas.

La esencia vital que encerraba aquel cuerpo humano pugnaba por romper su envoltura y solo aguardaba una causa física para cumplir su deseo.

Y el motivo, desgraciadamente, vino al ser Emilia madre.

Aquel encuentro de la Castellana aceleró la hora del parto.

Y la pobre joven murió, como si para ello tan solo aguardara el arrojar al mundo un testimonio de su debilidad.

La vida de su hijo le costó la suya. Puede decirse que Rafael, no contento con matarla moralmente, acabó con ella por medio del fruto de su infame seducción.

¿Y doña Juana? ¿Qué es lo que hizo ante la muerte de su hija?

De seguro que esto será lo que a algunos se les ocurra al leer esto.

La madre de Emilio sintió lo que pudiera sentir en su lugar otra madre, pero con un aumento terrible, pues ella amaba a su hija de una manera extremada.

Al principio quedose anonadada y su aspecto adquirió algo de idiotismo.

De sus labios no se escapó un solo suspiro y sus ojos permanecieron secos.

En los acontecimientos terribles no hay lágrimas.

Parecía como que dudaba de la certeza de aquella muerte, pues nunca, ni remotamente, se había imaginado que Emilia pudiera morir.

Pero pronto sufrió una radical revolución.

¿Creéis que lloró?, ¿que se desesperó y quiso morir? Todo lo contrario.

Doña Juana era bondadosa, débil, y en su modo de ser tan niña como su hija.

Pero acercaos al nido de la paloma y la veréis como en vez de huir siguiendo los impulsos de la naturaleza plena, permanece en actitud belicosa defendiendo sus hijuelos.

Y no hablemos de los irracionales, mucho más fieros.

Una madre es capaz de llevar a cabo las acciones más heroicas y desesperadas.

Para ella matar o morir es nada cuando se trata de sus hijos.

Así es que doña Juana, ante el cadáver de su hija, rugió de furor, como pudiera hacerlo una fiera ante el cuerpo yerto de uno de sus cachorros.

Ella comprendía que su hija había perecido por culpa de un hombre.

En todas partes veía grabado con indelebles letras el nombre de Rafael.

En aquellos momentos no recordaba que en parte a su negligencia y bondad debía mucho de lo ocurrido.

Al compositor consideraba como la única causa de la muerte de Emilia.

Y pensaba en la venganza como la única misión que le quedaba por cumplir en la vida.

Su inteligencia estaba en aquellos momentos embotada.

Solo la regía su instinto de madre y un terror que ella pretendía desvanecer.

Porque más de una vez parecióle ver erguirse ante su vista la rígida figura de su difunto esposo con gesto sombrío y mirada amenazante.

Era preciso vengar la muerte de Emilia, era preciso aplacar con sangre el furor de aquel espectro salido de la tumba a impulsos del honor ultrajado.

IX

Corazón de madre

UNA NIEBLA ES siempre el espectáculo más fantástico que la naturaleza puede ofrecer.

Hay en ello algo de bello y de fúnebre, por lo mismo que igualmente puede ser comparado a las juveniles ilusiones que al mortuorio sudario.

La niebla, inundando con sus blancas brumas la alegre campiña, la afea por lo mismo que borra sus contornos y hace palidecer sus colores.

En cambio una ciudad cubierta por la niebla se transforma y adquiere un aspecto diferente al de todos los días.

Las calles más sucias cobran un tinte semifantástico, y los objetos colocados en la vía pública para satisfacer las necesidades de la vida común, semejan cosas sobrenaturales.

Las luces de los faroles brillan entre la bruma como las pupilas de un gigante, y los carruajes y tranvías, al deslizarse sobre el pavimento de la calle con estrepitoso ruido, parecen al transeúnte de imaginación fantásticos animales nacidos a los ecos de un conjuro.

Se cree a las torres terribles colosos que se empinan sobre la tierra para respirar por encima de aquella atmósfera húmeda y densa, y las campanas de los relojes suenan como si diesen las horas allá a lo último de un cielo que no se ve.

Un físico, al contemplar la niebla, piensa en su ciencia que intenta a dar la explicación de aquel fenómeno.

Un poeta recuerda de seguro la balada alemana en que se dice que la niebla es el manto de la princesa Ofelia.

A las doce de la noche Madrid entero estaba cubierto por las brumas.

Pero tales, que a pocos pasos no se notaban las tías figuras de la pareja de orden público arrimada a un guardacantón, y la del vigilante sereno

acudiendo solícito a abrir las puertas de los vecinos que, tapándose lo mejor que podían con los abrigos, penetraban en sus casas en busca de una atmósfera más caliente que la de la calle.

A aquella hora acababa la función en el teatro Real.

Multitud de carruajes abrían sus portezuelas para recibir en su seno a los dueños, y en el vestíbulo del teatro sonaba un fuerte y prolongado zumbido formado por palabras sueltas, conversaciones próximas a acabarse y galanteos o ceremoniosas despedidas.

A cada momento algunos carruajes partían en diversas direcciones.

Y de esta manera, al cabo de un cuarto de hora solo quedó uno que, después de ocupado, partió en dirección al otro extremo de Madrid.

Mucho tiempo estuvo rodando por las desiertas y brumosas calles.

Al llegar a la Puerta del Sol tomó por la de Alcalá, y después de algún tiempo parose frente a un elegante hotel de Recoletos, y el cual no era otro que el habitado por los condes de Fuenteflorida.

El lacayo abrió la portezuela, y del interior del carruaje saltó un hombre envuelto en un gabán de pieles, el cual dio la mano y ayudó a bajar a una señora igualmente cubierta con un amplio abrigo.

Cogidos del brazo fueron a penetrar en el hotel, pero antes de que tal cosa hicieran surgió de entre la niebla una mujer que se opuso a su paso.

Antes que los dos pudieran darse cuenta de aquella aparición, la mujer arrojose con sin igual ímpetu sobre el del gabán de pieles.

En el espacio brilló algo semejante a una culebra de plata nadando en las brumas de la niebla, y el hombre cayó exhalando un desgarrador quejido de muerte.

A partir de este instante, la escena antes silenciosa adquirió una gran animación.

La acompañante del que yacía en tierra revolcándose en su sangre, púsose a gritar con toda su voz, el cochero saltó del pescante, y ayudado por el lacayo sujetó a la mujer causante del crimen, y (cosa rara) aparecieron a los pocos instantes dos polizontes que, con la sangre fría propia de la práctica adquirida en casos iguales, procedieron a hacer lo más propio de la situación.

Arrancaron uno de los faroles del carruaje, y auxiliados por su luz pudieron comprender la gravedad del suceso.

En tierra un hombre inmóvil sobre un charco de sangre y demostrando que en aquel instante acababa de morir.

Sus ropas estaban atravesadas en el pecho por una descomunal puñalada.

Junto al cadáver aparecía Enriqueta, la bella condesita, pálida y temblorosa, y un poco más allá, erguida y serena, doña Juana en medio de los dos cocheros y empuñando en su diestra un ancho puñal tinto en sangre.

La luz bajada casi a nivel del suelo por los polizontes la hizo dar un grito que expresaba tanta sorpresa como rabia.

El muerto tenía todo el rostro del alférez Gutiérrez.

X

Aclaraciones

Y EN EFECTO, el muerto no era otro que el calavera amante de la condesita.

Doña Juana le había muerto creyendo que era Rafael.

Júzguese, pues, lo que ella sentiría al conocer su equivocación.

El flamante conde de Fuenteflorida había asistido aquella noche al Real, pero cuando la función tocó a su término marchose, Dios sabe dónde, dejando encargado a su antiguo amigo (convertido por arte que todos ignoraban, menos Enriqueta, en un elegante *dandy*) de acompañar a su esposa hasta el hotel.

La adúltera y su amante iban a entrar en este trémulos ante la perspectiva de la próxima realización de sus materiales ilusiones, cuando tuvo lugar la escena descrita en el capítulo anterior.

Algún ángel bueno velaba sin duda por Rafael.

Doña Juana, a causa de la niebla y del estado anormal en que se encontraba, equivocose al dar la puñalada.

Cuando los polizontes la llevaron casi arrastrando a la prevención del distrito, su aspecto en verdad era desconsolador.

Sus ojos expresaban la rabia que por la equivocación sentía, al par que brillaban de una manera extraña y terrible.

De su boca salían palabras incoherentes en voz muy baja.

Entre ellas sonaba de vez en cuando el nombre de su esposo y el de Emilia.

PARTE CUARTA

I

El castillo

VILLALOSADA SE diferencia muy poco de esos pequeños pueblecitos que tanto abundan en España, escasos de vecinos, pobres de casas y tendidos a lo largo de una polvorienta carretera como para destruir la monotonía del paisaje y dar descanso y alegría al viajero.

Visto desde la cumbre de una montaña vecina no ofrece nada de extraordinario.

Algunas pequeñas agrupaciones de parduzcos tejados, y por encima de ellos la torre de la iglesia con su montera de verdes tejas y su veleta enmohecida, y las almenas puntiagudas del castillo.

Porque Villalosada, como la mayor parte de los pueblos españoles que cuentan algunos siglos de existencia, tiene su correspondiente castillo como recuerdo de tiempos señoriales y guerreros que ya pasaron.

El tal edificio es una enciclopedia arquitectónica (valga la expresión), una narración muda y existente de diversas épocas de la historia.

A no ser por el instinto reparador de los hombres, hace ya siglos que aquellos muros descansarían derruidos por el suelo.

Su colosal mole es el mejor testigo de la larga existencia que cuentan, y en sus paredes se lee en invisibles caracteres el paso de diversas razas.

Nótase en él la ligera arquitectura árabe, y junto a ella el aspecto severo y artístico de la gótica, el clásico gusto del Renacimiento y la churrigueresca escuela de tiempos posteriores.

Mirado bajo el punto de vista del arte, el castillo ofrece a los ojos del observador el aspecto de un viejo vestido, hecho con harapos de diversas clases y colores.

En sus muros se nota sobre una puerta de correcta herradura que demuestra a la legua su origen sarraceno, una apuntada ojiva dividida en parte por rota columna, y junto a algún trozo de muro alicatado por el cincel del árabe afiligranador, los oscuros sillares de la arquitectura gótica o la columna corintia del Renacimiento.

Todo esto igualado en cuestión de color por el tinte parduzco que el tiempo imprime sobre los edificios, y recubierto en gran parte por blancas

capas de cal, obra de manos campesinas que atienden a la curiosidad sin importarles un ardite todo el arte arquitectónico de la tierra.

El aspecto exterior de la antigua fortaleza es fiel expresión de esto último.

No recuerdo quién ha dicho que tanto avanzamos en civilización como perdemos en respeto a los venerables recuerdos del pasado, que a título de progreso derribamos y hacemos desaparecer.

El castillo de Villalosada desaparece bajo el positivista espíritu práctico de la sociedad presente.

Los vecinos del lugarejo ignoran lo que estas palabras significan, pero a pesar de esto saben llevarlas a la práctica perfectamente.

Y a pesar de que el edificio pertenece a los antiguos señores del pueblo, ellos, aprovechando la ausencia y el olvido de estos, se han apoderado de él, estableciendo en los dilatados aposentos de su planta baja, la escuela pública, la casa ayuntamiento y algunos albergues para los vecinos más pobres.

En los grandes patios donde antiguamente piafaban briosos caballos, ahora corretean un buen número de muchachos de ambos sexos, sucios y desarrapados, que producen una infernal gritería; y en la dilatada huerta con honores de parque, que a espaldas del castillo se extiende, ondean al viento repugnantes harapos recién lavados sobre la menuda hierba que antes hollaban los vestidos de seda de aristocráticas damas.

En las rejas del piso bajo que parecen hechas solamente para galantes citas nocturnas, cuelgan rastras de doradas panojas o rojos pimientos, y los menguados tragaluces de los desvanes, por los que antes asomaban las ballestas de los guardianes, vense obstruidos por cargas de paja almacenadas por el buen palurdo que cuida de la vieja fortaleza, con título de conserje y fueros de verdadero señor.

Por encima del muro que circunda el castillo asoman los extremos de gruesos haces de cañas, y entre las puntiagudas almenas del torreón central aparece un ennegrecido palomar, obra del susodicho conserje.

El castillo levántase a un lado de la pequeña plaza del pueblo.

Esta está situada poco menos que a la entrada del lugarejo, y a más del edificio señorial y algunas casitas de un solo piso y paredes cuidadosamente enjalbegadas, está limitada por la iglesia, mezquina construcción que levanta su campanario un poco por encima del castillo, y que parece estar orgullosa por tal victoria.

La plaza está desierta por lo regular a todas las horas del día.

Solo dos veces su recinto se conmueve con señales de vida.

Primeramente a la hora en que los chicuelos entran o salen en la escuela establecida en el castillo.

Entonces se oyen gritos furiosos o cantos discordantes, palabras propias del tecnicismo que la infancia emplea en sus juegos, y el grito de dolor arrancado por la piedra que a veces lanzada por una mano aleve va a dar sobre una cabeza dura como el roble para comprender los misterios de la lectura y escritura.

También hay otro momento en que la plaza recobra vida y movimiento, aunque de distinta índole.

Por lo regular es cuando el reloj de la iglesia esparce tres fuertes campanadas por el silencioso ámbito del pueblo.

A tal hora la mayoría de los vecinos del pueblo están ocupados en los trabajos campestres o duermen encerrados en sus casas la siesta propia de las calurosas tardes de verano.

La plaza está inundada de un sol que reverbera sobre el polvo o en las paredes del castillo.

Del interior de este sale un rumor semejante al zumbido de una colmena.

Son los muchachos de la escuela.

Tendidos en la sombra que los aleros proyectan sobre el suelo se ven durmiendo beatíficamente algunos perros viejos, mientras que otros más jóvenes saltan, juegan y ladran en el centro de la plaza.

Esta la ocupan en aquellos instantes ellos solamente.

La calma es absoluta, lo mismo que el silencio, y el pueblo entero demuestra estar entregado al reposo y la inercia bajo el peso de los rayos del sol.

De pronto allá a lo lejos óyese un rumor vago y apenas perceptible, que poco a poco va creciendo.

Entonces los perros jóvenes cesan en sus juegos, los viejos abren sus ojos, y desperezándose se levantan y van a unirse con los otros para formar un compacto grupo que alarga sus hocicos como husmeando el ruido que se acerca.

Este crece por segundos. Ya son en él perceptibles pisadas de caballos, ruido de cascabeles y gritos imperiosos, hasta que por fin una nube de polvo le anuncia y aparece por un extremo de la plaza un coche diligencia.

Algunas veces suele pararse, pero las más atraviesa el pueblo como una exhalación atronando las calles con el estrépito de su rápida carrera.

Entonces los perros saltan delante de los caballos que arrastran la diligencia, y ladrando furiosamente intentan, aunque en vano, morderles en las piernas.

Al pasar por la plaza se entreabren algunas puertas y ventanas, y aparecen soñolientas cabezas que miran el vehículo con curiosidad.

A los pocos segundos este desaparece en la calle vecina que sirve de carretera, y el ruido de su paso vase perdiendo paulatinamente allá a lo lejos.

Por fin se desvanece, el silencio torna a reinar, y entonces el zumbido vuelve a salir otra vez del interior de la escuela.

Los perros regresan a la plaza rendidos y desengañados de su rápida carrera, y se arrojan al suelo o vuelven a corretear como antes.

Y la plaza entonces vuelve a presentar el aspecto solitario que por lo regular ofrece.

II Sus habitantes

LOS PISOS ALTOS del castillo estaban habitados.

Esto solamente hacía algunas semanas.

Una mañana llegaron a la puerta del castillo algunos carros cargados de muebles lujosos que fueron colocados en los salones por el rústico conserje, y tras los carros vino una semana después un elegante carruaje de camino, del cual se apeó un hombre de rostro demacrado y aspecto enfermizo.

Como la llegada de un forastero era espectáculo de que no todos los días podía gozarse en Villalosada, los vecinos de esta molieron a preguntas al viejo conserje, que, aunque de suyo charlatán, solo contestó invariablemente:

—El recién venido es el señor conde, o más bien dicho, el marido de la señora condesa.

La gente tuvo que contentarse con semejante respuesta, y muy pronto acallóse en ella aquel deseo de conocer los detalles íntimos del señor conde de Fuente florida.

La noble casa de tal título fue siempre la que ejerció en tiempos antiguos la jurisdicción señorial sobre Villalosada, y a ella pertenecía el castillo.

El aristocrático forastero llegó acompañado de dos criados y una mujer ya entrada en años que parecía desempeñar el papel de ama de gobierno.

El género de vida que adoptó apenas hubo tomado posesión del castillo fue bastante extraño.

Desde su llegada no volvió a atravesar la gran puerta del edificio, ni durante el día lo vieron los curiosos habitantes de Villalosada.

Solamente a la hora en que agoniza el día se le veía sobre el alto torreón, apoyado en una desmoronada almena, y contemplando el horizonte de fuego, mientras que su imaginación vagaba por el infinito hasta llegar a un límite desconocido.

Pocas eran las apariciones del señor conde en que no fuese acompañado por su ama de gobierno.

Esta, a pesar de su cargo y su posición, demostraba en su trato y acciones ser lo que llamamos toda una señora.

En su rostro se notaban las huellas que siempre deja el dolor, y muy frecuentemente los criados y el conserje del castillo lo encontraban con la cabeza entre las manos medio escondida en un oscuro rincón y llorando silenciosamente.

¿Quién era?

Esto lo ignoraban todos, y hasta su mismo señor.

El conde la trataba con respetuosa confianza y todos sus servidores la daban el nombre de doña Joaquina.

El motivo de su misterioso llanto (que dicho sea de paso ignoraba el dueño del castillo) era buscado por todos cuantos la conocían sin que, a pesar de todos sus esfuerzos, pudiesen dar con él.

Doña Joaquina, pues, era un misterio, según expresión del rústico conserje.

A pesar de la llegada del conde, no habían desaparecido del castillo la escuela, el ayuntamiento, ni todos los demás establecimientos públicos que fraudulentamente tenían sentados sus reales en el edificio.

El dueño de la antigua fortaleza no había querido hacer valer sus derechos, dejándolo todo tal como antes estaba.

Sin duda temía la soledad y deseaba que el castillo se animase y perdiese su triste aspecto.

Además de aparecer a la caída de la tarde todos los días en lo alto del torreón, el conde de Fuenteflorida tenía otra costumbre que solo notaban sus servidores más allegados.

Muchas veces permanecía horas enteras sentado junto a una ventana que daba a la plaza, y sus ojos contemplaban placenteramente, a través de los cristales, algo que le arrancaba una sonrisa.

Ese misterioso *algo* tampoco pudo ser conocido por los curiosos, pues por más que miraron donde el conde dirigía sus ojos, no vieron nada que tuviese un poco de extraordinario y fuese digno de llamar la atención.

Y el señor del castillo también fue calificado de misterioso por el conserje, aunque en grado más mínimo que su ama de gobierno.

Esto era por la sencilla razón de que no conocía absolutamente la historia del conde.

El lector no debe hallarse en igual caso, pues el señor de que nos ocupamos, como ya se habrá comprendido, no era otro que el compositor Rafael Olmos.

III

Lo que miraba

RAFAEL HABÍA tocado el fin de aquella pendiente resbaladiza por la cual se abandonó.

Hastiado del amor de su mujer y convertido en ferviente adorador de los placeres, los buscó por todas partes, gozó cuanto pudo, y a los pocos años tuvo que sufrir las consecuencias de su extravío.

La tisis, la terrible tisis, presentose en su cuerpo con todas las exterioridades que la delatan.

El noble artista conoció muy pronto el alarmante estado en que se hallaba, y buscó el medio de salvarse.

Los músicos, como es costumbre, le aconsejaron evitar los infectos aires de las ciudades y que buscase los puros y saludables de los campos.

Su esposa poseía, heredado de su primer marido, el castillo de Villalosada, y a él se propuso marchar el antiguo artista como en demanda de salud.

Enriqueta alegrase con la noticia de tal partida, pues la ausencia de su esposo la dejaba más libre para entregarse a sus aventuras galantes, que eran muchas, pues conforme iba perdiendo en juventud, hacíaase cada vez más disoluta.

Rafael partió para Villalosada solamente acompañado, como ya sabemos, de doña Joaquina, el ama de gobierno que entró a su servicio poco antes de prepararse para la marcha.

Algunas semanas después de su llegada al lugarejo, encontrábase Rafael una mañana sentado tras los cristales del ancho balcón de piedra que daba luz al gran salón del castillo.

El artista ya no era, ni por asomo, el mismo de ocho o diez años antes.

La frescura había desaparecido de su rostro; la negra y rizada cabellera había encanecido, y su pálido y demacrado rostro estaba colorado de fuerte bermellón en la parte de sus pómulos.

Sus ojos brillaban como si transparentasen el fuego de algún mal oculto, y de vez en cuando una tos seca y nerviosa conmovía su cuerpo como si desgarrase parte de sus entrañas.

A pesar de los consejos facultativos, el campo no parecía prestar gran alivio a la enfermedad de Rafael.

La tisis seguía pausadamente su camino, y cada día que pasaba, su cuerpo perdía una pequeña parte de fluido vital.

Existía una cosa cerca del improvisado conde, en que él jamás había creído, por lo mismo que no conoció a su madre.

Aquella cosa era el cariño con que le cuidaba la buena de doña Joaquina.

Rafael, en más de una ocasión, se sentía feliz a pesar de sus dolencias.

Aquella mujer velaba su sueño, le cuidaba con maternal esmero, y a todas las horas del día estaba pronta a acudir al más leve llamamiento y cumplir el más penoso mandato.

Muchas veces buscaba Rafael en su magín el motivo de todo aquel cariño, al cual no era merecedor, y por más que se esforzaba en encontrarlo, nunca podía dar con él.

Por lo regular siempre lo atribuía al móvil de interés y a la esperanza de alcanzar una buena recompensa el día de su muerte, que por cierto no veía muy lejano.

Así pensaba Rafael llevado por su egoísmo.

Como antes hemos dicho, encontrábase una mañana sentado junto al balcón de la gran cámara del castillo mirando en dirección a la plaza.

Como siempre, sonreíase de un modo placentero.

Dijimos que los criados por más que siguieron la dirección de las miradas de su señor, no vieron nada.

Pero tenemos que añadir que ellos esperan ver algo grande, algo digno de excitar la atención de todo un señor conde.

Y este no miraba nada que reuniese estas cualidades.

Lo que atraía las miradas de Rafael era una cosa sencilla y vulgar.

Una niña de pocos años que muchas veces corría o jugaba por la plaza, y que por su traje y hermosura demostraba no pertenecer a la categoría de las chicuelas del lugar.

IV

La casa blanca

FRENTE AL CASTILLO alzábase una casa que, por su construcción, diferenciábase bastante de las demás.

No es esto querer decir que la tal casa fuese un edificio suntuosísimo, pues, antes al contrario, la presencia del castillo señorial contribuía mucho a empequeñecerla.

Sin embargo, después de este, ella era la que llamaba la atención descollando por encima de las demás casas de pobre apariencia.

Componíase de un piso bajo y otro superior, y sus paredes blancas, su techo rojizo y sus verdes persianas, la daban un aspecto tal, que al instante se comprendía que los dueños eran personas de mediana posición, aunque curiosos y arreglados en extremo.

Una gran parra sombreaba el espacio que se extendía enfrente a la puerta, y junto a esta, veíase un banco de piedra algo desgastado por los rigores de la intemperie, y en el cual venían a sentarse y descansar todos los pobres y vagabundos que pasaban por el lugarejo.

Y es que dentro de ella existía algo inquieto y bullicioso, que era como su alma y la conmovía dándole aquella alegre expresión.

Los edificios parecen adquirir un tinte diverso, según las personas que los habitan.

Colocad en un alegre pabellón a un hombre misántropo y desesperado, y veréis cómo a pesar de que nada se altera en conjunto, los colores son más sombríos y todo toma un sello idéntico al carácter del habitante.

En cambio, un ser bullicioso y alegre, parece comunicar una parte de lo que siente su corazón a todo lo que le rodea.

Y las habitaciones más sombrías adquieren colores rosados ante la presencia de un ser de tal clase, que bien puede ser una niña de rostro angelical y graciosos y arrebatadores ademanes.

Así era la que habitaba la linda casita de las persianas verdes, la que atraía las miradas de Rafael cuando jugueteaba bajo fresca parra, o se entretenía en regar las floridas macetas que ornaban las ventanas.

Una de estas aparecía muchas noches iluminada; y frente a ella se agrupaban algunos sencillos vecinos, que con el rostro embelesado, escuchaban los sonidos de un piano (por cierto muy bueno), que pregonaban a la legua, por su debilidad, que eran producidos por las débiles manos de una niña.

Pero había alguien a quien aquellos sonidos gustaban más que a los labriegos, y era a Rafael.

Esto parecerá extraño tratándose de un artista y compositor tan eminente como él.

Mas, sin embargo, así era, a pesar de todas cuantas reflexiones se hacía el mismo Rafael.

Aquellas armonías sencillas, y las más de las veces imperfectas o discordantes, le placían más que una obra clásica, sin duda porque percibía en ellas algo que no sabía definir, pero que parecía muy semejante a un fragmento de su propia alma.

Junto con sus equipajes, el conde había traído un colosal piano de cola, que fue colocado en uno de los extremos del gran salón del castillo.

En sus ratos de soledad y aburrimiento, sentose en él, pero al ir a herir con sus dedos las blancas teclas, siempre se detuvo reflexionando que las sublimes manifestaciones de su genio podían acallar aquellas inocentes melodías que en las nocturnas horas caían como bálsamo consolador en las profundas heridas que se reabrían en su conciencia.

Y el piano quedó abierto y con el atril lleno de partituras, sin que Rafael se acercara a él para mitigar sus dolores y aburrimiento.

Muchas veces, cuando a través de los cristales contemplaba a la niña, Rafael sentía deseos de bajar a la plaza y conocerla más de cerca.

Pero había algo que se lo impedía, y este algo era cierto reparo que sentía de nublar aquella dicha inocente con su triste presencia.

En el entretanto, contentábase con espiar la casa blanca y su linda habitante.

Esto constituía su única diversión.

V

Una narración terrible

A PESAR DE TODO lo dicho por los médicos, los aires puros del campo no mitigaban ni detenían la enfermedad de Rafael.

Su muerte se acercaba, aunque de una manera pausada.

Cada vez sus facciones eran más demacradas; sus ojos adquirían ese brillo incesante y extraña propiedad de los seres enfermos, y una tos seca y convulsiva agitaba continuamente su cuerpo.

Él no se daba cuenta de los progresos de la enfermedad.

Temía, como todos, a la muerte, y su deseo de vivir se la hacía ver muy lejos.

Su vida era igual todos los días.

Aquella monotonía le abrumaba, y mil veces se sentía con tentaciones de levantar sus reales y tornar a Madrid.

¿Pero para qué? Allí no existía ninguna persona amante que le aguardase, y los placeres no tenían para él atractivo alguno a causa de su quebrantada salud.

Cuando pensaba en esto, más de una vez asaltaban su memoria los tristes recuerdos de sucesos pasados.

Y entonces, de entre las brumas de su imaginación, surgía melancólica y llorosa la bella figura de Emilia.

¡Cuán feliz hubiera podido ser con ella, si desechando los consejos de un falso amigo, hubiera seguido solamente las inspiraciones de su alma!

Ante tales recuerdos, maldecía su ambición y sus riquezas, y se recreaba considerando la felicidad que hubiera podido alcanzar en medio de una pobreza relativa.

Pensando en todo esto, una noche de tempestad ocurriole a Rafael una cosa que fue como presagio de otras más graves y terribles.

Sintió dentro de sí un dolor agudo e insistente, luego subió por su garganta una oleada hirviente como fuego líquido, y arrojó sobre el pavimento una buena cantidad de sangre.

Al ocurrir esto, a Rafael le faltó el aire, parecióle que se ahogaba, y con mano convulsiva agarró el cordón de la campanilla, que sonó durante algunos instantes de una manera desesperada.

La primera que acudió fue doña Joaquina.

Con presteza abrió el gran balcón de la estancia, y el aire frío y húmedo de la noche penetró en el salón en el mismo instante que, acabado el vómito de sangre, el artista se reanimaba.

Después le hizo sentar y le prodigó mil cuidados propios solo de una madre, por lo desinteresados y vehementes.

Rafael la contemplaba silenciosamente, y en su mirada se leía la gratitud y la extrañeza.

La extrañeza, sí, pues él veía en los ojos de su ama de gobierno una cosa hasta entonces no conocida para él.

Lágrimas, muchas lágrimas.

Solo una persona podía haberlas vertido por él, y era Emilia.

Esta había muerto. ¿Quién podía ser, pues, aquella mujer? ¿Qué afecto le profesaba, ni qué motivo tenía para llorar por él?

Rafael no podía explicárselo, y por lo mismo sintió vehementes deseos de saberlo.

Y formuló su pregunta, a la cual contestó doña Joaquina con melancólico acento:

—Señor, los que vivimos en el mundo desprovistos de familia, ponemos todo nuestro cariño en aquella persona a la cual estamos más allegados.

—Según eso, usted está sola en el mundo.

—Completamente sola, si hago excepción de mis recuerdos.

—¿Conoció usted a su familia? ¿La ha tenido usted? Siéntese y cuéntemelo todo. Ya ve usted, yo soy un pobre enfermo, un niño a quien es preciso entretener con cuentos en las largas horas de la noche.

—Señor, yo he sido muy feliz, tan feliz como pudiera serlo el más poderoso de la tierra. Un día, hace muchos años, la muerte tocó a la puerta del alcázar de mi dicha, y huyó del mundo mi marido, el ser que más me amaba en el mundo.

—¿Y quedó usted sola?

—No. Quedó a mi lado un pequeño niño, al cual amaba tanto como a usted pudiera amarle su madre.

—No la he conocido.

—¡Infeliz! —dijo doña Joaquina, mirando compasivamente a su señor, y luego continuó:— Mi hijo y yo vivíamos en una pequeña capital de provincia, y allí, haciendo esfuerzos pecuniarios de esos que solo son dables a las madres, logré que mi hijo cursara los estudios superiores y se dispusiera a emprender una carrera. Mi hijo era un dechado de aplicación y de talento. Más de una vez, en noche como esta y a altas horas, tuve que arrancarle los libros de las manos, y obligarle a que descansara, mal de su grado. Pero un día noté que abandonaba algo los libros de estudio y que se entregaba con afán creciente a la lectura de comedias, poesías y modas que yo no sé de dónde se procuraba. Nunca olvidaré el instante en que descubrí las aficiones de mi hijo. Un día encontré sobre su mesa de estudio un papel escrito por él. Era una poesía dedicada a mí, a su querida madre. La leí y lloré tanto como ahora, con la sola diferencia de que entonces era de alegría. ¡Qué inmenso

tesoro de ternura existía encerrado en aquellos versos! Mi hijo era todo un poeta. Desde aquel día noté en él algo extraño y muy parecido a un vago deseo. Y de esta manera transcurrieron bastantes años, y mi hijo comenzó a ser hombre. Un día díjome con acento que indicaba una firme resolución, su propósito de abandonar la población en la cual empezaba a ser bastante conocido por su talento y trasladarse a Madrid, donde encontraría un espacio más dilatado para el vuelo de sus ambiciones. Yo lloré y me resistí a dar mi consentimiento.

—Pero, por fin... —interrumpió Rafael.

—Por fin, partió. ¡Qué soledad tan insoportable aquella en que yo me quedé! Al principio mi hijo me escribió con mucha frecuencia; después sus cartas fueron ya más escasas. En todas ellas mi hijo me pintaba su situación con risueños colores: me decía que el horizonte que ante él se presentaba era risueño; pero yo, con mi instinto de madre, comprendía que aquellas frases eran artificiosas, y en su fondo adivinaba un sinfín de privaciones y miserias propias de la vida azarosa y vagabunda. De pronto cesé de recibir cartas. Pasaron más de tres meses sin que supiera nada de mi hijo. Señor, si usted hubiera sido padre de seguro que comprendería mejor lo que yo padecí en aquel entonces. No pude resistir más, y procurándome un poco de dinero, salí para Madrid. Apenas si me acuerdo de lo mucho que corrí y me agité para encontrar a mi hijo. Pasé más de dos semanas buscando su paradero, pero al fin, perdida la esperanza de encontrarle y viéndome casi sin recursos, determiné dirigirme a la policía para que me ayudara en mis pesquisas. No tardé en saber la verdad. Mi hijo había sido encontrado tras las tapias de un cementerio con el corazón traspasado por una estocada. Nada más quisieron decirme; pero por ciertas palabras que sorprendí, pude comprender que había muerto en desafío, y que su matador era hombre de elevada posición, de esos que siempre se escapan por entre las mallas de la red de la justicia.

Al llegar a este punto, Rafael palideció, y un terrible presentimiento cruzó por su imaginación.

—¿Cómo se llamaba su hijo? —preguntó ansioso.

—¡Ah, señor! ¿Se interesa usted por él? Lo comprendo. Era joven como usted, y morir a tal edad es muy triste.

—¿No me dice usted cómo se llamaba?

—Sí, señor, su nombre era Alejandro Peralta.

VI

Tempestad bajo el cráneo

AL QUEDARSE SOLO Rafael en su habitación, sintió temblor en los miembros, y como un agudo frío en las venas.

Aquello era miedo de permanecer solo y hasta de estar en el mundo.

En la penumbra que formaba en todos los rincones de la gran estancia la pobre luz del quinqué con las espesas sombras, veía el compositor el cadáver de aquel infeliz joven cubierto de sangre, con los ojos vidriosos y la boca contraída como para lanzarle una maldición.

Al principio sintió miedo, pero luego fue algo peor: sintió vergüenza.

La conciencia se entretuvo en atormentarle, e influyendo sobre la imaginación, fue presentando ante sus ojos, como salidas de la linterna mágica, una por una todas las escenas de su vida.

Emilia, su madre, Gutiérrez, Alejandro, doña Joaquina, Enriqueta; todas aquellas figuras fueron desfilando por su cerebro, andando rígidas y luminosas sobre el oleaje de su pensamiento, como Jesús sobre las aguas del mar de Tiberíades.

No pudo resistir aquello, y huyendo al mismo tiempo de la vista de las mil quiméricas figuras que se formaban en los sombríos rincones, hundió la cabeza entre sus manos.

El vaivén continuo de su imaginación producía un monólogo entrecortado que Rafael escuchaba atentamente.

—¡Pobre mujer! ¡Cuán lejos estará ella de creer que yo, solamente yo, soy el matador de su hijo, y que también soy ese hombre que tanto desea conocer!

»Verdaderamente soy un infame. Nunca hasta hoy se ha tomado nadie en el mundo cariño por mí.

»¿Nunca?, no; que existió Emilia, el ángel de luz que algún ser superior puso en mi camino para formar mi felicidad.

»¡Pobre Emilia!... Pero no es cuestión de ocuparse de ella ahora.

»Cuando ya toco en las puertas de la muerte; cuando ya me hallo al final de mi corta vida, aparece una mujer que viene a ser para mí como una madre.

»Y me cuida como solo pudiera hacerlo la que me dio la vida, y roba a su sueño muchas horas para velar el mío y estar pronta a satisfacer todos mis mandatos.

»Yo la he visto llorar en las largas noches, y aquellas lágrimas eran por su hijo y también por mí, a quien considera como un trasunto del infeliz Alejandro. Yo debía amar a esa pobre madre como a la mía propia.

»Ella ha hecho por mí lo que nadie.

»Ha llorado viendo mi muerte cercana. Yo he arrancado lágrimas de compasión a sus ojos, yo que solamente he sabido hacerlas verter de dolor a los ojos de Emilia.

»Y sin embargo, a esa mujer que hoy es el único ser que por mí se interesa en el mundo, soy yo el infame que la ha hecho infeliz.

»Brava hazaña es la mía. Ayer maté al hijo, y hoy llora por mí la madre; antes acabé de un golpe su ser más querido, y ahora ella lucha y se desvive por arrancarme de los brazos de la muerte.

»Alejandro me conoció bien al insultarme.

»*Soy un canalla.*

»Soy un maldito, y parece que la fatalidad me envuelve en una ponzoñosa atmósfera que siembra la muerte entre todos los que a mí se acercan.

»Una mujer me ama, y a cambio de su pasión, solo le di dolores, tristeza y deshonra.

»Ahora otra me quiere con maternal cariño, y antes, mucho antes de conocerla, he herido de muerte su pobre corazón.

»¿Tendré yo suficiente valor para soportar con serenidad su presencia?

»Creo que no. Sus palabras cariñosas sonarán en mis oídos como amenazas y maldiciones, y en sus miradas de interés creeré notar rabia o desprecio.

»¡Oh! Yo no podré acoger tranquilamente sus cuidados.

»Mi situación es insostenible. Yo quiero morir, yo quiero abandonar pronto este mundo, en el cual dejo por cada obra muchas lágrimas y horas de dolor. Hay dentro de mí algo que me espanta, algo que me grita incesantemente y que pone a mi alma en infernal tortura. ¡Yo ya no quiero vivir!

.....
.....

»Afortunadamente hace ya algunos días que noto en mí el germen de una próxima muerte.

»¡Morir! ¡Cuán hermosa me parece ahora esta palabra! Deseo que venga la muerte cuanto antes.

Y pensando todo esto, y volviendo otra vez al punto de partida de sus pensamientos, Rafael pasó toda la noche haciendo rodar incesantemente la máquina de su cerebro.

Cuando la tibia luz del alba atravesando el balcón dio en el rostro del artista, este demostraba con claras señales el terrible paso que había dado hacia la muerte.

VII

Revelación inesperada

DOÑA JOAQUINA estaba alarmada por ciertos síntomas terribles que notaba en su señor.

La enfermedad se agravaba cada vez más.

La buena ama de gobierno se desvivía en el cuidado de Rafael, sin notar que este parecía esquivar su presencia.

El conde estaba como avergonzado siempre que veía de cerca a doña Joaquina.

Aquella intimidad respetuosa que antes reinaba entre los dos acababa de romperse, y con esto Rafael había establecido el vacío en torno suyo.

El fastidio y la monotonía de su vida lo abrumaba y aún hacía marchar más aprisa su enfermedad, encontrando solamente distracción en la lejana presencia de la niña de la casita blanca.

Cada vez se sentía más atraído por ella, y también era mayor cada día el gozo que experimentaba cuando la veía aparecer por entre las verdes plantas que ornaban sus ventanas, o bajo la frondosa parra de la puerta.

Una tarde en que, a pesar de lo fría y lluviosa que estaba la estación, el cielo era puro y azul y brillaba el sol esplendorosamente, Rafael, alentado por el buen tiempo y la tibia atmósfera, salió al gran balcón de piedra, y allí, apoyado en la gruesa baranda, dirigió su mirada como de costumbre a la linda casita de enfrente.

Ella estaba allí asomando su hermosa cabeza por encima de las flores de una ventana.

Y al notar la presencia del señor del castillo, le miró con ojos en que brillaba esa extrañeza y aun miedo que siempre inspiran a la niñez las personas de aspecto enfermizo y tétrico.

No tardó mucho en desaparecer, y entonces Rafael también se retiró de su balcón con el gesto del hombre que ha perdido un corto rato de placer.

Rafael hasta entonces no había pensado en averiguar quién era aquella niña, ni quiénes eran sus padres.

Alguna vez vio junto a ella un hombre flaco, alto y huesudo, que por su recortado bigote y su porte marcial tenía todo el aspecto de un viejo militar.

Y a este había supuesto padre de la niña.

Pero tuvo deseos de saber más y conocer el nombre de esta, junto con algunos otros pormenores.

En el primer instante pensó llamar al ama de gobierno; pero no siéndole grata su presencia, se decidió por hacer venir al conserje que tenía por el más hablador de sus servidores.

Y el conserje acudió inmediatamente ante la presencia de su señor, y entre los dos entablóse un largo dúo de preguntas y respuestas.

El rústico guardador del castillo pertenecía a esa clase de hombres que para decir la más pequeña cosa necesitan un largo preámbulo, que en resumen no viene a expresar nada.

Así es que antes de contestar a las preguntas de su señor, soltó una buena andanada de *yo no sé nada pero a mí me parece...* o sino: *a mí me han dicho, y yo he podido comprender.*

Por fin, después de muchos circunloquios, el conserje dijo todo cuanto sabía, que era lo siguiente:

La niña vivía en aquella casita hacía muchos años, aunque los dueños no eran sus padres.

El viejo militar se la había prohiado en un viaje que hizo a Madrid algunos años antes.

Llamábase Emilia. (Aquí un estremecimiento de Rafael).

La niña, a pesar de su poca edad, tenía una historia muy triste, historia que el narrador había podido conocer gracias a las innegables facultades que poseía para averiguarlo todo.

Su madre, que era bastante jovencita, había muerto poco menos que al darla a luz.

En cuanto a su padre, el conserje no podía saber quién era por la razón de que también lo ignoraba el viejo militar.

La madre de la niña tenía la suya, que debía ser mujer de mucha alma (expresión textual del narrador).

Y a las dos debióle pasar algo muy gordo, por cuanto una noche, la abuela de la niña, que según testimonio de muchos era una señora ejemplar, asesinó en el paseo de Recoletos a un señorito que algunos creyeron sería el seductor de la hija.

(Aquí otro estremecimiento de Rafael mucho más intenso que el anterior).

El veterano, dueño de la casita blanca, encontrábase por aquel entonces en Madrid, y como se enterase por los periódicos de la orfandad en que quedaba la pobre niña, que entonces apenas contaba un mes, la adoptó, con la idea de que alegrase la triste soledad que le rodeaba.

En cuanto a la infeliz abuela, no estuvo por muchos días encarcelada.

Desde el instante en que cometió el crimen, notose en ella cierta agitación extraña, que al fin se mostró como enajenación mental, y la pobre señora vino a cambiar la obscura y tétrica prisión por un perpetuo manicomio.

La niña se llamaba Emilia, a causa de estar ya bautizada con dicho nombre cuando la adoptó el viejo militar.

Como este ignoraba el primer apellido, le había puesto los suyos.

Lo que solamente sabía, y esto por los periódicos, era que la abuela de Emilia llamábase doña Juana Barrantes.

Aquí acabó la narración del conserje.

VIII Epílogo

LAS ÚLTIMAS PALABRAS de su servidor las escuchó Rafael con la sorpresa más terrible que pueda imaginarse.

Si aquel viejo castillo cansado de permanecer en pie se hubiese derrumbado sobre él, de seguro que le hubiera causado menos efecto.

Aquella relación, fruto de la curiosidad del conserje, penetró cual rayo de luz en su cerebro.

Ahora comprendió el motivo de la incalificable simpatía, de la irresistible atracción que siempre le había causado aquella niña.

¡Era su hija! Una hija cuya existencia ignoraba por completo.

El efecto que la revelación causó en él fue tan grande como instantáneo.

El corazón parecía querer saltársele del pecho, y sus sienes latían como si dentro de su cabeza se desarrollase alguna oculta fuerza.

Sentía al par remordimiento y alegría.

Pero esta era mucho mayor que aquel.

Qué le importaba que por su causa la madre de su difunta amante agonizase en una casa de locos, si encontraba una hija en época de soledad y abandono.

Cercano a la muerte, y en medio de la más desesperada monotonía, tropezaba con un ser que disipase la tristeza con sus atractivos infantiles.

Su alegría era semejante a la del anciano que encuentra un palo en que apoyarse cuando dolorosamente se arrastrara a lo largo de un camino.

Sintió vehementes deseos de ver a Emilia, de decirle que era su hija, y que solamente a él le pertenecía.

Y sin darse cuenta de ello, dirigióse al balcón, sin hacer caso del conserje, que le contemplaba algo alarmado, a causa de la terrible impresión que visiblemente le habían producido las noticias.

Pero antes de llegar a él, Rafael se detuvo repentinamente.

Algo amortiguadas por la distancia, sonaron en el espacio algunas notas sueltas, que produjeron en el corazón del artista el mismo efecto que los ecos de una voz conocida.

Era, como en todas las tardes, el piano que sonaba en la casita blanca.

Rafael, con su admirable instinto de artista comprendía que aquellos sonidos eran producidos por manos infantiles.

Las notas fueron cada vez más numerosas, se entrelazaron al poco rato unas con otras, y nació una armonía, que llevada por el aire de un balcón a otro balcón, a través de la plaza llegó clara y sonora a los oídos de Rafael, que tornándose más pálido de lo que estaba, se apoyó en el respaldo de un sillón, murmurando:

—¡Dios mío! ¡El *Adiós*! ¡El *Adiós* de Schubert! ¡Qué terribles recuerdos trae a mi memoria!

Y sus ojos, al decir esto, adquirieron una expresión de espanto y paseó una mirada de angustia a su alrededor.

Parecía que aquella admirable pieza musical sonaba en sus oídos de una manera semejante al fúnebre esquilón de la muerte, y que bien podía interpretarla como un adiós que él daba a la vida.

Al pensar esto, Rafael experimentaba en su interior algo terrible y poco común, algo semejante a la ruptura de todos los lazos que sujetaban su naturaleza física.

La luz huyó de sus ojos, sus piernas vacilaron y sintió dentro de su cabeza crearse la sombra, o más bien dicho, la nada.

La terrible hemoptisis se declaraba en su cuerpo en aquel instante a causa de las sucesivas emociones que había sufrido.

Dio algunos pasos inciertos y vacilantes por la habitación, y el conserje acudió solícito en su auxilio.

Pero antes que pudiese detenerle en sus brazos, Rafael cayó al suelo ahogado por un gran golpe de sangre que vino a formar un pequeño charco sobre el pavimento.

Sus manos, al caer, tropezaron con el empolvado teclado del gran piano Erard, que siempre permanecía abierto, y un trueno de sonidos diferentes y discordantes conmovió el ámbito del salón, acallando por algunos momentos el *Adiós*, que aún seguía tocando la pequeña Emilia.

Cuando el silencio se restableció en la estancia, el piano de la casita blanca volvió a oírse junto con los gritos del conserje, que demandaba auxilio.

En aquellos instantes, el charco de sangre que en el suelo se extendía junto a la cabeza de Rafael, brillaba herido por un rayo del sol poniente como montón de granates y rubíes.

Mademoiselle Norma

I

EN LAS PRIMERAS horas de la mañana fueron fijados en las esquinas de las calles unos carteles impresos en papel rojo y apaisado que decían así:

Gran Café de la Alegría Concierto para hoy Debut de M ^{lle} Norma
--

La gente pasaba con indiferencia por frente a ellos; solo alguno que otro transeúnte se detenía, y después de lanzarles una rápida mirada continuaba su marcha. En ciertos instantes llegaba a formarse un grupo de cuatro o cinco personas, ahora obreros y después palurdos o soldados, los cuales contemplaban con estúpida fijeza aquella mancha roja —que vista desde lejos semejava una escoriación de la pared— como si aquellos tres renglones negros contuvieran algún misterioso enigma. Algún pillete parábase un buen rato junto a la esquina, y después de deletrear trabajosamente y sílaba por sílaba lo que el cartel decía, se retiraba dando saltos y silbando gorjeos parecidos a los del pájaro.

El cartel no atraía la atención de los transeúntes tanto como hubiera deseado el dueño del Café de la Alegría. Sin embargo, por la noche el establecimiento estuvo completamente lleno.

El Café de la Alegría había sido abierto algunos días antes, y su inauguración causó bastante efecto en determinadas clases.

Aquel género de canto francés era desconocido en la ciudad, y llamaba mucho la atención de la adolescencia elegante que se prometía mucho de la amabilidad de las cantantes y de su desenvoltura en el tablado.

El primer concierto tuvo mucho de fiasco.

Una tras otra fueron durante el curso del espectáculo apareciendo sobre el tablado cuatro mujeres vestidas con trajes de brillantes colorines, extremadamente escotadas y con adornos de talco y similar.

Aquellas mujeres tenían un aspecto innoble. Sus facciones estaban como embotadas y sus músculos relajados por la vida del vicio. Eran cuatro harapos recogidos en los cafés cantantes de Francia y presentados con honores de joyas en aquella ciudad española.

Ni una línea noble, ni un contorno puro, ni un ademán gracioso y espontáneo se notaba en aquellas mujeres que, con voz gutural y gangosa, o con un vozarrón aguardentoso, cantaban sin cesar *couplets* acompañadas por una orquesta que producía una música ratonera.

El público comenzaba a fastidiarse, y disfrazó su aburrimiento con esa jovialidad del que pretende divertirse a toda costa.

Una alegría verdaderamente estúpida se apoderó de los espectadores, que volvieron las espaldas al tablado en donde siempre aparecía uno de aquellos monigotes con traje de gran dama y ademanes de cantinera, y acompañaron el canto dando con los bastones fuertes golpes sobre las mesas de mármol o el pavimento de madera. De vez en cuando, de entre el público salía una frase chispeante y graciosa, uno de esos brillantes destellos de la imaginación meridional, y el público reía con verdadera rabia, pues deseaba resarcirse del aburrimiento que le producían las cantadoras con sus salmodias.

El espectáculo terminó, y el público salió con la cabeza baja, como si reflexionara lo malamente que había empleado la noche.

En la segunda representación el público disminuyó notablemente.

Aquello puso en alarma al dueño del café —tipo acabado del vividor capaz de cometer las más difíciles empresas— y al *regisseur* o director de la compañía —joven de rostro demacrado, ojos turbios y barba de místico, que siempre llevaba una pluma tras la oreja como para demostrar que estaba ocupado—, los cuales celebraron una larga conferencia para ver el mejor modo de evitar aquella catástrofe que a la larga iba a venir sobre ellos.

—El público se aburre —dijo el primero—. El plato que le hemos presentado es demasiado pesado para su estómago. Es preciso que sea picante y gracioso, sin que llegue a la desvergüenza estúpida de estas mujeres; conque, señor director, busque usted y ponga remedio al peligro.

El *regisseur* meditó largo rato revolviendo todos los rincones de su memoria. Fulana estaba comprometida en un café de Barcelona; la otra tenía contrata para toda la primavera en el Alcázar de Cristal de Marsella; y si es otras muchas de las que se iba acordando, esas vivían con hombres de buena posición social, y no pensaban por entonces en volver a pisar el tablado... ¡Nada!, por más esfuerzos que hacía no podía encontrar en el archivo de su memoria, tan atestado de nombres de guerra, más o menos armoniosos y extraños, uno que viniera a sacarle de aquella confusión que le embargaba.

Don Celestino, el dueño del café, le contemplaba atentamente, y su rostro comenzaba a adquirir una expresión fosca al notar la inmovilidad del *regisseur*.

Este de pronto salió de su ensimismamiento, y dándose una palmada en la frente con el ademán triunfante del que acaba de encontrar una hermosa solución, dijo con ese acento extraño propio de los aventureros habituados a hablar en distintos idiomas:

—Ya tengo lo que usted quiere.

—¿Quién es?

—Norma.

—¿Norma? —preguntó con extrañeza don Celestino.

—Sí; Norma. Una muchacha que llenará todos sus deseos. En fin, usted verá y podrá apreciar. Mañana mismo salgo para Barcelona y me la traigo.

—¿Tiene contrata?

—No; cuando nosotros vinimos aquí estuvo a punto de acompañarnos. Tiene lo que ustedes llaman un lío: un pobre muchacho que está celoso y no tiene un céntimo, un verdadero obstáculo para hacer carrera; estas niñas parecen muy listas y a veces cometen grandes desaciertos. En fin, le prometo a usted que dentro de tres días estará aquí.

El *regisseur* salió al día siguiente para Barcelona, y conforme a lo prometido, a los tres días estuvo de vuelta con aquella muchacha que representaba para don Celestino la tabla de salvación.

Se anunció el debut y por la noche hubo un *lleno* en el café.

Todos sentían deseos de conocer a la sacerdotisa gala, a la hija de Oroveso que bajaba desde el pedestal de la ópera al tablado del café cantante.

A las nueve de la noche, La Alegría (como acostumbraban a llamar al establecimiento sus asiduos parroquianos), presentaba un aspecto muy animado.

El salón tenía la forma de un cuadrilátero regular, y todo su pavimento estaba ocupado por mesas de mármol y sillas de madera negra, que agrupadas sin orden ni concierto formaban callejones y estrechos desfiladeros por los que pasaban con harta dificultad los espectadores que iban entrando, no sin causar grandes incomodidades a los que ya estaban sentados.

Al lado mismo de la puerta de entrada se abría el escenario o tablado, nicho que parecía excavado en la pared y que apenas si mediría unos cinco metros cuadrados. Aquel escenario presentaba siempre la misma decoración: una puertecita, que por lo pequeña parecía hecha para liliputienses, adornada

con un cortinaje rameado; las paredes vestidas de un papel obscuro con flores de oro y dos mecheros de gas.

En los momentos de descanso entre las dos partes del concierto, caía un pequeño telón que cerraba el bocaporte, y el cual era una obra eminente de un pintor de brocha gorda que había amontonado todas las filigranas y rameados que le había sugerido su imaginación para que acompañaran dignamente las siguientes palabras pintadas, bien oblicua u horizontalmente: «Gran Café de la Alegría. Se sirven cenas a precios económicos. Bebidas y licores de todas clases».

Al pie del escenario estaba la orquesta, que con más cornetines y trompas que instrumentos de cuerda, rugía como una bestia cansada siempre que acompañaba algún *couplet*.

Frente al tablado estaba el mostrador del café con su dependiente echado de codos sobre el mármol y entregado a la lectura de un periódico, y su anaquelera, en forma de pirámide, cargada de botellas, que bañándose en la luz del gas descomponían sus rayos dándoles el color de los líquidos que encerraban.

El salón estaba partido en uno de sus lados por una verja de madera, tras la cual también había mesas, sillas y divanes. Aquello era lo que don Celestino llamaba pomposamente el *foyer*²⁰.

Allí iba a sentarse la adolescencia que deseaba adornarse con el título de calavera, y la vejez gastada en las lides galantes, y por allí circulaban las cantadoras descotadas, con sus trajes hasta la rodilla y haciendo gala de su impudencia. Algunas veces llevaban el cigarrillo en la boca, daban graciosas coces a sus adoradores y hacían toda clase de brutales monerías.

El público que llenaba el café era tan digno de ser descripto como el salón. No se veían blusas ni gorras en la concurrencia, pues el precio de la entrada no permitía el que tomara parte en el espectáculo la clase popular.

Estudiantes, vagos *decentes*, jugadores y militares vestidos de paisano venían a constituir el núcleo de aquel público.

Además de estos, en una mesa, hablando acaloradamente y gesticulando como energúmenos, se veían algunos periodistas que en sus redacciones con la pluma en la mano tronaban contra la inmoralidad social y los espectáculos que pervierten; en otra, estaban dos o tres caballeros de graves rostros vestidos de americana y hongo, que por la mañana se

²⁰ Esto es, el personaje pensaba en la zona de recreo de un teatro, donde se reúnen los espectadores antes de una representación y en los descansos.

envolvían en su toga, y con cara feroche²¹ oían, en representación de la justicia, elucubraciones de abogados y declaraciones de testigos, y en un rincón medio perdido en la sombra se veía alguno que otro señor totalmente afeitado y con el sombrero puesto, a quien los maliciosos suponían una profesión que por lo sagrada no estaba en consonancia con aquel espectáculo.

Aquel público jamás estaba quieto. Se agitaba furiosamente, hacía crujir las sillas, daba golpes sobre las mesas, aullaba, silbaba, aplaudía, pedía la repetición de un *couplet*, tiraba sombreros a la escena y daba vivas si alguna mujer de la vida airada entraba en el café.

Allí habían desaparecido las conveniencias sociales: el caballero estaba ausente para dejar más libre al hombre; y la clase media, la burguesía acomodada, se mostraba tal como era en la satisfacción de sus goces y en sus alegrías, sin dársele un ardite las preocupaciones del mundo que la encadenaban apenas salía a la calle.

Entraban en el café viejos de aspecto venerable, que se saludaban con algún amigo guiñándose el ojo como para indicar la magnitud de su picardía y la jugarreta que hacían a sus esposas e hijas acudiendo a aquel sitio; y no era extraño que un severo suegro se encontrara con su yerno, y hallándose los dos al descubierto acabaran por darse palmaditas en la espalda y beber como dos camaradas, riéndose al mismo tiempo de los escrúpulos de su familia.

Hacía una hora que había comenzado el espectáculo, y el público iba llegando al periodo álgido de su agitación.

La atmósfera estaba cargada del humo sucio de los cigarros, que empañaba las luces de los mecheros y hacía palidecer los colores y confundirse los contornos a alguna distancia.

Dos estudiantes mantenían un diálogo desde ambos extremos del café:

—¿Cuándo sale esa Norma?

—Dentro de un instante; el programa marca que en el número siguiente.

Transcurrió aún un buen rato. Mademoiselle Alice, una gordinflona pesada y de rostro innoble que con sus ademanes hacía pensar en un gendarme vestido con faldas, terminó su *couplet* y se retiró del tablado en medio de los silbidos y de los gritos del público.

Reinó después un silencio a que no estaba acostumbrado el recinto del café. Sólo se oían las voces de los camareros que con las bandejas llenas de

²¹ Feroz.

vasos correteaban por entre las mesas, y el chasquido de las cápsulas procedentes del tiro al blanco instalado junto al salón.

De pronto la música rompió a tocar; los violines chirriaron; el director, sin dejar de llevar el compás con la diestra, aporreó el piano con su mano izquierda; los cornetines rugieron, el contrabajo murmuró; sonaron dos o tres estridentes golpes de bombo y platillos; y levantándose el cortinaje rameado saltó al escenario con la rapidez de la tromba un bulto azul y blanco.

II

CUANDO LLEGÓ al borde del tablado se apoyó sobre la punta de un pie, hizo una pirueta y dirigió un gracioso saludo a los espectadores.

Era un pillete con faldas; un verdadero tipo parisién, mezcla extraña de la vivacidad de la ardilla, de la malicia de la mona y del instinto del perro: un Gabroche, pero con un rostro hermoso.

Tenía un verdadero perfil de camafeo. Su frente era noble, su nariz recta, audaz, bien delineada y con las ventanillas en continua dilatación, como si estuvieran en perpetuo husmeo de la atmósfera, y más abajo, una pequeña boca con labios demasiado finos y delgados, una barbilla redonda y partida por un gracioso hoyuelo. Sus ojos estaban muy lejos de ser hermosos comparados con los de una española; no tenían el fuego de la pasión ni la lucidez ardiente de la voluptuosidad; antes bien eran fríos y penetrantes, pero en ciertos momentos arrebatában por la expresión picaresca que asomaba en aquellas pupilas y por la contracción de sus cejas un poco oblicuas. Aquellos eran los ojos de Mefistófeles hembra.

Tenía el cabello fino, tupido y ensortijado; algunos rizos caían sobre su frente, y el busto que dejaba ver su escote un tanto exagerado, aunque no muy lleno, era de irreprochable perfil artístico.

El resto de su cuerpo correspondía a su viva naturaleza. Adivinábase bajo su piel fresca, satinada y de un colorcito de arroz, el complicado tejido de los nervios, siempre prontos a poner en movimiento los músculos.

Vista de improviso parecía un ser inocente, aunque vivaracho, una niña caprichosa y cándida; pero en su rostro se notaban señales que venían a delatar el estado del alma que aquel gracioso cuerpo encerraba. Sus ojos estaban algo hundidos y rodeados de una aureola violácea.

Era de pequeña estatura; en el primer instante podía creérsela una niña, pero después se adivinaba en ella a la mujer detenida en su desarrollo por la precocidad y la existencia azarosa de la aventurera.

Vestía un traje de raso blanco y azul con exagerado polisón, y cuya falda no le llegaba a la rodilla, y cubría sus piernas con unas medias del último color, lo mismo que el pequeño zapato.

Apenas saludó al público, este le tributó una salva de aplausos. Don Celestino, asomando su cabeza gris sobre la verja del *foyer*, miraba al escenario y sonreía con satisfacción. El *regisseur* no se había equivocado: aquella mujer era su salvación; tenía ante sí a una *artista* con *ángel* para el público. «La chica tiene una frescura sin igual, no se inmuta ante ese público que le es desconocido. Ya va a cantar; la voz no es gran cosa, pero en cambio los ademanes...».

Efectivamente, la voz de Norma no era gran cosa, pues la tenía escasa y chillona.

Pero como las mismas causas producen diversos efectos, según las circunstancias, aquel defecto no dejaba de hacer gracia al público, que comenzó a escucharla con verdadera satisfacción.

El *couplet* era del más acabado corte cancanesco, y había espectador que se balanceaba en su silla al compás de la música.

La cantadora no permanecía un instante quieta; con las manos y las piernas accionaba sin cesar, y aun en ciertos momentos dirigía graciosas muecas al público, que este pagaba con gritos y aplausos.

Cuando Norma, al terminar la primera estrofa del *couplet*, llegó al estribillo, recogió la corta falda con una mano y marcó un paso de cancán.

Aquello produjo un efecto tremendo en los espectadores. Oyéronse voces que parecían aullidos, unos cuantos sombreros fueron arrojados a la escena, y estalló un concierto de bastonazos que formó un rítmico acompañamiento.

El público estaba entusiasmado, especialmente el elemento joven. Acababan de ver en realidad lo que tantas veces les había descrito Paul de Kock en sus novelas: la parisién que en Mabilie levanta la punta del pie a la altura de la frente.

Norma, con una gracia mezcla extraña de elegancia y canallería, levantaba su pierna rápidamente hasta un extremo inconcebible.

Por bajo la falda salía a la luz el extremo de la media azul y aquel ajustado *colant*²² de color de carne que oprimía la pierna nerviosa.

²² El término francés «collant» sirve para designar medias cancán, mallas o leotardos.

Todos los espectadores comenzaban a hallarse como en su casa, y gritaban sin cesar. Los rostros se coloreaban hasta llegar al tinte de púrpura, y los ojos parecían querer saltar de las órbitas. La bestialidad humana comenzaba a asomar a aquellas caras antes serenas y algunas de ellas de nobles perfiles. La atmósfera se caldeaba por momentos.

Aquel diablillo blanco y azul bailaba y cantaba sin dejar por esto de sonreír, pero con una de esas sonrisas propias del vencedor. Conocía que acababa de poner a aquel público al alcance de su pie.

Terminó el *couplet*, y Norma salió del escenario tan rápida como había entrado; pero el público no se conformó con tal huida, y acudió a todos los medios imaginables para manifestar su protesta.

Gritó hasta enronquecerse; dio golpes sobre las mesas; silbó, y en el colmo de su furor rompió dos o tres sillas bajo la fuerza de entusiastas bastonazos.

Esto hizo palidecer a don Celestino, a quien le parecieron un tanto caras aquellas formas de manifestar el entusiasmo.

La cantante tardaba a presentarse en el escenario, y el escándalo iba en aumento. Don Celestino, que con tal tardanza veía en perspectiva un montón de sillas inutilizadas, abandonó la verja y atravesó el *foyer* gritando:

—¡Eh, Norma! Que vuelva a las tablas.

El *regisseur* ya se había anticipado a don Celestino, y encontrando a la cantante en el corredor que comunicaba al escenario con el *foyer*, le ordenó que volviera a presentarse al público.

Norma echó al suelo la talma de pieles con que había cubierto sus hombros, y salió a escena otra vez, dando pequeños saltos e inclinando la cabeza como para dar gracias por los aplausos que le tributaban.

La música rompió a tocar y Norma repitió el mismo *couplet*. Pero aquello era cantar de un modo muy distinto a la vez anterior. Aquella muchacha se había ya familiarizado mucho con el público, y daba rienda suelta a sus inspiraciones de diablillo travieso.

Ahuecaba la voz para darle un timbre hombruno, imitaba los ademanes marciales y hacía muecas a algún espectador ridículo.

Todo esto producía una tempestad de aplausos.

—¡Oye! —decía uno de los espectadores de tipo injerto en flamenco, dirigiéndose a un compañero—. Esa *gachí* tiene gracia, pues es capaz de *tomarle el pelo* a un santo.

Norma se retiró después de terminar su canto, y otra vez volvió a llamarla el público a escena.

Aquel ídolo naciente sacó todas sus habilidades para corresponder a tal favor. Cantó desentonadamente, dio gritos, bailó de una manera furiosa y acabó por hacer blanco de sus burlas a un muchacho de la orquesta, que sin dejar de rascar su violín la contemplaba con encandilados ojos.

Era un joven como de diecisiete años, de rostro vulgar, en el cual solo destacaban los ojos, que tenían esa brillantez y viveza propias de las naturalezas precoces. Su nariz era pequeña y un tanto gruesa, su boca desmesuradamente grande, el óvalo de su rostro un tanto achatado a consecuencia de ser un poco mofletudo, y por añadidura llevaba el pelo bastante crecido y rizado, lo que le daba el aspecto de uno de esos Jesusitos con la cabeza llena de apretados bucles que se exhiben sobre las cómodas encerrados bajo una urna de cristal.

Toda su persona respiraba, como antes hemos dicho, la más completa vulgaridad.

Aquel infeliz fue el víctima que escogió la muchacha para que, con su paciente resignación, la ayudara a divertir al público.

Le dirigió miradas de amor de un modo grotesco, le tendió los brazos, le hizo mil ademanes ridículos, y acabó por arrodillarse sobre el tablado al terminar el *couplet*, y llevándose ambas manos al corazón elevó los ojos al cielo como si lo pusiera por testigo de la pasión que no cabía en su pecho.

El público reía cada vez con más gusto por aquella pantomima, y hasta las otras cantadoras que estaban asomadas a la verja del *foyer* tomaron parte en el coro de carcajadas.

En tanto el infeliz muchacho era presa de la mayor vergüenza. Sus carrillos estaban rojos como si acabaran de caldearse en una fragua, y no se atrevía a levantar los ojos que tenía fijos en el papel de música por no encontrarse con aquellas miradas irónicas.

El violinista temblaba de vergüenza, y a sus oídos llegaban las frases que le dirigían de todas partes. Hasta sus mismos compañeros de la orquesta se permitían bromearle, y el director le lanzaba miradas de cariño al par que de compasión.

Sus oídos zumbaban y comenzaba a ser víctima de una rabia que poco a poco se apoderaba de todo su ser. En aquellos instantes hubiera querido quedarse solo con Norma para ahogarla entre sus manos. «¿Qué le he hecho yo a esa mujer para que se fije en mí y me ponga en ridículo? ¿No podía dirigirse a otro? ¿Me meto yo acaso con ella? ¿Por qué no se burla de Sebastián el cornetín o de Timoteo el contrabajo, que saben de estas cosas más que yo?»

A pesar de todas estas preguntas que interiormente iba dirigiéndose, el escándalo seguía, y el muchacho tenía que sufrir toda aquella marea de ridículo que venía sobre él.

Afortunadamente Norma cesó de cantar muy pronto, y el público, cansado ya de aplaudirla, no la volvió a llamar.

Entonces descansó el muchacho, aunque todavía tuvo que aguantar algunas alusiones de sus compañeros.

Aquella noche aún salió Norma otra vez, y volvió a cargar sobre el violinista, aunque con menos furia.

La cantante, más dueña de la situación, no necesitaba ya de aquel recurso para divertir al público.

A las doce de la noche terminó el concierto. Una gran parte del público salió del salón, pero en derredor de las mesas del *foyer* quedaron algunos espectadores hablando con las cantantes.

Allí se fraguaban las cenas con reminiscencias de orgías que duraban hasta la madrugada.

Los camareros comenzaron a apagar algunas luces para economizar gas, y los músicos enfundaron sus instrumentos y desfilaron dándose las buenas noches.

El violinista encerró su instrumento dentro de la negra caja; después la cogió por la anilla, y fue a despedirse del maestro director.

—Hasta mañana, muchacho, y procura no ser tan conquistador. ¡Diablo de chiquillo! Apenas llega una artista y ya la ha flechado.

El joven sonrió humildemente al escuchar las irónicas frases del maestro. ¡Qué bueno y qué bromista era aquel don Enrique!

Al salir del café dirigió una rápida mirada al *foyer*.

Allí estaba ella, su enemiga, sentada ante un velador y hablando con un caballero de barba gris y aspecto grave al par que elegante.

¡Cuán cruel era! El muchacho la profesaba un rencor capaz de las mayores venganzas.

III

SALIÓ A LA CALLE completamente solo y comenzó a andar apresuradamente y con la cabeza baja hacia su casa.

Su tía le aguardaría ya con impaciencia, pues todas las noches llegaba a casa a las doce, y aquella se había retrasado algunos minutos.

Por el camino el violinista no cesaba de hacer esfuerzos para serenarse y que desaparecieran de su rostro las señales que todavía demostraban la gran vergüenza que había pasado. Si su tía llegaba a saber aquello era muy capaz de no dejarle volver al café, ipues bonito genio tenía ella!

Y el violinista, trémulo y presuroso, andaba cada vez más aprisa para llegar a su casa cuanto antes.

Feliciano Martínez era un muchacho cuya vida superaba en lo vulgar a su figura. Hijo de un músico como él, había quedado completamente huérfano a los siete años, y desde entonces que vivía con su tía, una solterona que había pasado gran parte de su existencia queriendo atrapar a un hombre, y que al fin tuvo que resignarse a ser pura y sin mancha con hartito dolor suyo.

El amor que había profesado al cadete, al estudiante, al guardia marina y a toda aquella cohorte de novios que uno tras otro habían venido a hacer vida bajo sus balcones, lo depositó en su sobrino, tal vez porque era el hombre que más cerca tenía.

Doña Luisa era un ser predestinado para amar al hombre y encontrarse siempre alejada de él. Para ella su sobrino era el muchacho más guapo y simpático del mundo. ¿Cómo había de creer ella que una chiquilla, una perdida de las que cantaban en el café donde iba su Feliciano, se había atrevido a ponerle en ridículo ante todo el mundo?

Si le hubieran dado esta noticia de seguro que contestara aquella frase que eternamente tenía en su boca: «Las mujeres somos muy malas».

Dona Luisa decía siempre esto por dos causas. La primera era su afán eterno de adular a los hombres, aquellos seres que ella había visto de lejos como a los santos. Después era porque se acordaba de su hermano, aquel infeliz que murió lentamente como una luz que se apaga, no pudiendo resistir el disgusto que le produjo la fuga de su esposa con un amigo, dejándole abandonado con su hijo. Había que confesar que como la madre de Feliciano eran muchas. Bien que Dios la había castigado: en un hospital había muerto víctima de una asquerosa enfermedad y abandonada de todo el mundo.

Siempre que la tía recordaba todas estas cosas, y con los ojos de la imaginación veía a su hermano pálido, demacrado, ojeroso revolviéndose en la cama y llamando a su esposa con voz débil por la agonía, sentía los efectos de la rabia, y con una energía sin igual declamaba contra las mujeres, olvidándose por completo de su sexo.

Toda su existencia la dedicaba a Feliciano, que continuamente tenía que sufrir el halago de aquella cabeza enferma.

Tan pronto le reñía como le llenaba de besos y abrazos; unos días le llamaba perdido y mal hombre porque tardaba en volver a casa algunos minutos sobre la hora acostumbrada; otros le decía niño mío y hermoso, y le aseguraba bajo la fe de mujer que había visto muchos hombres que eran muy guapos, y jamás le dejaba salir a la calle sin rizarle el pelo y arreglarle con mucha calma el lazo de la corbata.

—Mi sobrino es hermoso como un niño Jesús —decía a alguna de sus antiguas y escasas amigas—. Cuando sea mayor va a hacer muchas conquistas.

A pesar de estos deseos que manifestaba de hacer de Feliciano un Tenorio, nunca le dejaba abandonado más que el tiempo preciso que el muchacho empleaba para ganarse la vida.

La solterona luchaba entre el amor a su sobrino y la aspiración a convertirle en un ejemplar de aquella clase de hombres que tantas veces le habían enseñado cartitas desde la esquina o le habían dirigido juramentos de eterno amor desde la calle.

Para que el muchacho entrara a ser violinista en el Café de la Alegría, la tía sostuvo una ruda batalla consigo misma, hasta que por fin vino a convencerla la necesidad.

En la educación artística de Feliciano había gastado los pocos bienes que le restaban de sus padres, y fue preciso que el chico con su trabajo contribuyera al sostenimiento de la casa.

Todavía era discípulo del Conservatorio, y sus conocimientos artísticos no eran muchos; pero, a pesar de esto, llegaba a poder ser un segundo violín en teatros de poca importancia y un primero en los conciertos de La Alegría.

Tocó en varios teatros, pero en vista de que en el café cantante le daban doce reales cada noche, cantidad que el muchacho jamás había ganado, se decidió a entrar en él con el beneplácito de su tía.

—Mira, Felicianito —le dijo dona Luisa la primera noche que se dispuso a ir al café—. Anda con cuidado con lo que haces y piensa bien que eres de una buena familia. En ese café verás mujeres muy malas; cuidado con mirarlas, si es que no quieres perder el cariño de tu tía que tanto te quiere. Por el tiempo aprobaré que quieras a una niña decente, honrada; pero guárdate de cruzar la menor palabra con esas perdidas.

El muchacho cumplió escrupulosamente los consejos de su tía. Siempre tenía fijos sus ojos en el papel de música, y únicamente a hurtadillas se atrevía a dirigir una mirada a las cantantes.

Pero llegó el día del debut de Norma, e instigado por los aplausos y la algazara del público, se atrevió a mirar de frente a aquella mujer. Lo que pasó después, ya lo sabemos.

Feliciano temblaba de miedo al ir hacia su casa. «¡Ay, si mi tía llega a saberlo!». Y el muchacho ante la perspectiva de que llegara a realizarse tal presentimiento, sentía ya en sus orejas fuertes tirones.

El violinista temía incomodar a aquel ser que lo era todo para él, desde padre cariñoso hasta amigo leal.

Cuando llegó a la casa donde habitaba no llamó a la puerta de la escalera. Levantó su cabeza y miró allá arriba al último balcón.

Apoyado en los hierros se destacaba el confuso perfil de una persona. La tía Luisa aguardaba en aquel mismo sitio todas las noches a su sobrino, sin temor a las inclemencias atmosféricas. En las noches de lluvia se colocaba a la otra parte de los cristales; pero siempre que oía sonar pasos en la calle, abría aquellos y se asomaba rápidamente. ¿Por qué hacía aquello?

Tal vez por seguir la antigua costumbre y creerse todavía en aquellos tiempos en que, descalza para que no la oyera su familia, se levantaba de la cama y de puntillas iba al balcón a esperar horas enteras a algún amador que la entretenía todas las noches con palabras dulces y sonoras, extraídas de alguna novela sentimental.

La solterona, al ver a su sobrino, se retiró del balcón, y un momento después se oyó el chirrido de la cuerda que abría la puerta.

El violinista penetró en la casa; la escalera estaba oscura, y solo allá arriba en lo último del hueco brillaba una lamparilla como una estrella en cielo oscuro, expidiendo una tibia claridad que apenas si alumbraba una docena de peldaños.

Feliciano comenzó su ascensión por aquella retorcida escalera que parecía interminable. La luz que brillaba a su término podía ser comparada a las antorchas que encienden los burlones gnomos de las leyendas, y que, movidas sin cesar, obligan a los caminantes perdidos a andar toda una noche guiados por la luz engañosa.

Los peldaños se sucedían sin cesar bajo los pies de Feliciano, quien agarrándose fuertemente al pasamano, subía rápidamente con esa seguridad que da el conocimiento del lugar. La caja de su violín chocaba contra las paredes y las puertas de las habitaciones. A cada golpe seguía una débil pero extraña vibración producida por el violín que se sentía herido en las entrañas.

Por fin el muchacho llegó sudoroso y jadeante al último de los ochenta y siete escalones, y se encontró con su tía que, alumbrando, recordaba en su

figura a las castellanas de las novelas históricas, dando luz a las galerías subterráneas por donde venían sus amantes.

Feliciano miró con alguna alarma el rostro de su tía, y al no verlo oscurecido por aquella expresión imponente que tomaba en los momentos de enfado, se tranquilizó.

El muchacho se sentía acometido por el temor de que le adivinara el ridículo que acababa de sufrir en el café, pero le pasó este miedo, pues la tía le dijo con la tranquilidad de todas las noches, mientras le empujaba cariñosamente dentro de la habitación y cerraba la puerta:

—¿Cómo ha estado aquello?

—Muy bien, tía.

—¿Mucha gente?

—Bastante.

—¿Y *esa* que ha debutado hoy? ¿La han aplaudido mucho?

—¡Oh!, mucho. Parecía que el público estaba compuesto de locos.

—¡Cuántos actos escandalosos habrá tenido que hacer esa... muchacha para alcanzar tantos aplausos...! Supongo que tú no habrás mirado al escenario.

—No, tía (y el muchacho al decir esto se ruborizó).

—Has hecho muy bien. El día que yo supiera lo contrario, ya habías perdido la estimación de tu tía.

La buena señora, por no perder sus costumbres de niña, procuraba estar enterada de todos los espectáculos públicos, y no dejaba pasar noche que no preguntará a Feliciano lo que había sucedido en el café.

Después de hablar algunos minutos, tía y sobrino se dieron las buenas noches y fueron a dormir.

La primera entró en la sala, cuyo balcón —que era el único de la casa— daba a la calle, y cerró la puerta cuidadosamente, amontonando detrás un buen número de sillas.

Feliciano, con una palmatoria en la diestra, entró en el cuarto que le servía de alcoba y se detuvo ante el catre en que dormía todas las noches.

Dejó la caja del violín en una silla, colocó la palmatoria en otra, y empezó a desnudarse muy despacio. Al encontrarse solo le había acometido una distracción avasalladora; así es que se desnudó sin tener conciencia de lo que hacía, y después levantó la cubierta de la cama y se acostó.

Estuvo algunos instantes inmóvil y con los ojos fijos en el techo, pero de pronto se agitó como aquel que se despierta, y al ver la bujía encendida aún, la apagó de un fuerte soplo. Al encontrarse envuelto en la obscuridad, su

imaginación, como el pájaro que rompe el huevo que le encierra, voló rápidamente fuera de su cráneo para ir a posarse en el lugar que tiempo antes había sufrido tanto.

Feliciano fue recordando lo sucedido en el café, y en la obscuridad parecieron irse delineando los sucesos anteriormente ocurridos. La aparición de Norma, los aplausos del público, las burlas de la cantante, las risas y las pullas, todo fue recordado por Feliciano, que por entre el enrejado que formaban sus párpados unidos creía ver un gracioso monigote blanco y azul que le hacía sarcásticas muecas y daba saltos sobre el embozo de la cama que venía a servirle como de alfombra.

El muchacho sentía la misma vergüenza que en el café, y se agitaba impaciente en el catre... Pero nada, aquella diabólica figurilla seguía burlándose sin cesar y aun amenazaba con sus piruetas el venir a patear sobre sus propias narices.

Las ideas se iban confundiendo en la cabeza del violinista, y una espesa bruma envolvía su pensamiento al mismo tiempo que una beneficiosa inercia se iba apoderando de su ser.

De repente la decoración se transformó. El monigote azul y blanco se deslizó, el recuerdo de lo sucedido en el café desapareció, y en cambio en la obscuridad del cuarto se fue condensando algo que por fin tomó perfiles gigantescos y una expresión atemorizante.

Era un rostro de mujer. Feliciano conoció aquellos ojos brillantes y todavía hermosos, aquel rostro un tanto ajado por la cercana vejez y cubierto por espesa capa de polvos de arroz, y los cabellos castaños, aunque en alguna parte imperceptiblemente canos y adornados por el eterno lazo de terciopelo azul. Era el rostro de la tía Luisa, pero agrandado gigantescamente, con cada ojo como una ventana, y con una expresión en ellos igual a la de las ocasiones en que le reñía.

Al joven le pareció que de aquella boca un tanto acariciada por el bermellón iba a deslizarse una avalancha de palabras duras y coléricas, y ante tal perspectiva incorporose en la cama nerviosamente agitado.

Nada, la calma más absoluta. En derredor del joven reinaba el silencio más abrumador. Solo se escuchaba lejana la respiración ruidosa de la tía y el crujido de la cama al mudar la solterona de postura.

Feliciano se había dejado apoderar de una pesadilla; tranquilizose y volvió a dormir.

No tardó mucho el joven en ser presa del sueño, pues su cuerpo estaba bastante cansado.

Cuando el violinista se encontró sobre ese umbral que separa la vida del sueño; cuando estuvo en ese instante en que se pierde la noción del tiempo, en que se dejan de escuchar los ruidos para ver cómo se acercan los sueños, bien envueltos en mantos de risueños colores, o en crespones negros y fatídicos, y se siente junto al oído un concierto vago de sonidos extraños y fantásticos; cuando las formas y los obstáculos de la materia se desvanecen y empieza el imperio de lo ideal; cuando la razón se anula y la imaginación se agiganta, en ese instante en que el desheredado se halla junto a los peldaños de deslumbrantes palacios, el hambriento se sienta a la mesa del gastrónomo, el rico ve ante sí al ladrón codicioso, y el místico contempla a Dios con todos sus esplendores: en ese instante, Feliciano volvió a ver el mismo monigote de antes.

Y se durmió sintiendo sobre sus narices el pataleo de unos pies con zapatos y medias azules.

IV

AL DÍA SIGUIENTE, Feliciano apenas se despertó estuvo deseando ansiosamente que llegase la tarde, y con ella la *reprissee*, nombre que se daba en el Café de la Alegría al ensayo que se hacía públicamente de los *couplets* que se cantaban por la noche.

El violinista no podía comprender aquel fenómeno que experimentaba. Aún conservaba en su memoria el triste recuerdo de la noche anterior; aborrecía a aquella cantante que tanto se había esforzado en ridiculizarle, y sin embargo deseaba verla cuanto antes.

La tía, ocupada en las faenas caseras, no reparaba en la impaciencia del muchacho, que se traducía en interminables paseos por la casa y un continuo mover las sillas de un punto a otro. A tal extremo llegó la preocupación de Feliciano que aquel día no tocó para nada el violín.

Cerca de las tres de la tarde salió de su casa y se encaminó al Café de la Alegría.

Cuando estuvo en él la animación era ya grande, y la mayoría de las mesas estaban ocupadas por un público no tan bullicioso como el de la noche anterior.

Al abrir la mampara del café, dos ráfagas venían a saludar al que entraba: una que rozaba a los oídos, aturdiendo con aquel confuso y

persistente zumbido producto de mil conversaciones, y otra que hería la nariz con la mescolanza del olor del café, de los licores y del tabaco.

La luz del sol se filtraba a través de la montera de cristales de la cúpula, y venía a caer sobre las mesas, matizando con los colores de iris el agua de las copas y las botellas y el humo de los cigarros que subía arrollándose en espirales de impalpables cintas.

Feliciano entró en el café, y seguidamente fue a ocupar su sitio en la orquesta. Sus compañeros estaban esparcidos por las mesas cercanas, y don Enrique, el director de la orquesta, hablaba con el dueño del café cerca del mostrador.

El rebaño de las cantantes vestidas en trajes de calle —pues el de fantasía solo era usado por las noches— triscaba locamente en la pradera del *foyer*, y su pastor, aquel *regisseur* de la eterna pluma tras la oreja, subido sobre una silla, delineaba con pintura blanca sobre la clara luna de un gran espejo el programa del concierto de la noche, adornando con caprichosos y extravagantes rasgos todas las letras.

Feliciano estuvo quieto, mirando todo aquello. Su ademán era azorado, y contemplaba fijamente todos los rostros, temiendo encontrar en ellos aquellas risas que tanto le habían mortificado la noche anterior.

Por fortuna, pronto se convenció de que nadie hacía de él la menor mención.

Desde el lugar que ocupaba, veía a Norma, que sentada junto a un pequeño velador, hablaba tranquila y seria con aquel caballero de barba gris y aspecto grave a quien el muchacho ya había visto antes.

Por más esfuerzos que hacía Feliciano, no podía apartar su vista de la francesa, que casi estaba vuelta de espaldas.

El violinista se extasiaba en la contemplación de aquella figura, y una por una iba recorriendo con sus ojos todas las perfecciones de su cuerpo.

La batuta del director, chocando repetidas veces sobre la tapa del piano, vino a sacarle de su distracción.

Los músicos ya habían ocupado sus puestos y la *reprisse* iba a empezar.

El joven sacó su violín de la caja y se puso a templarlo. Los otros dos violinistas le imitaron, y por algunos instantes se oyeron esos sonidos extraños y nerviosos que producen las cuerdas al ser heridas en diferentes tensiones.

Por fin todo estuvo a punto y empezó la *reprisse*.

La orquesta pasó más de un cuarto de hora ejecutando una sinfonía de autor desconocido, y cuyo mérito artístico se hallaba en tal caso.

El público hablaba cada vez más fuerte, sin duda para ahogar aquellos trémolos que ponían en grave conflicto el sistema nervioso y los acordes espeluznantes.

La sinfonía terminó con gran contento de los espectadores, y las cantantes entraron en línea, como decía don Celestino.

La primera que rompió la marcha fue mademoiselle Alice, aquella gigantona envuelta en una capa de carne gelatinosa y propietaria de una voz tan fosca como su mirada.

Su presentación era siempre motivo de fuertes risas y de un sinnúmero de pullas que suplían en gracia lo que les faltaba de cultas.

A los diez minutos el público dejó de escuchar aquel trueno sordo que tomaba todas las modulaciones de una escala extravagante, desde el aullido del perro hasta los gritos del loro.

Después salió Laure, una mujer alta y desgarrada, cuyo rostro abobado no parecía propio de un lugar como aquel; luego Aida, que al sonreírse contraía su atezado rostro como si experimentara un oculto y agudo dolor, y por fin, Lucía, que por las noches ostentaba en su escote unas enormes clavículas que pugnaban por romper la piel que las oprimía.

Aquellas mujeres, vistiendo unos trajes tan vistosos y chillones como pobres, fueron apareciendo en el tablado y retirándose tras la cortina, después de haber dejado oír sus voces, tan débiles como desafinadas.

Ya no quedaban más: iba, pues, a salir Norma, y ante este suceso todas las conversaciones cesaron, y las miradas fijáronse en el escenario.

Su aparición fue saludada con aplausos. Feliciano permaneció al principio con la cabeza baja; pero por fin no pudo resistir la tentación y la levantó para fijar audazmente sus ojos en la cantante.

Esta no parecía hacer el menor caso aquella tarde de la orquesta, y únicamente volvía su cabeza de vez en cuando hacia el *foyer*, para saludar y sonreír a aquel caballero que momentos antes estaba sentado junto a ella, y el cual la aplaudía a cada instante con sus enguantadas manos.

Feliciano comenzaba a sentir tristeza y rabia a la vez porque Norma no volvía su vista hacia la orquesta. El muchacho hubiera deseado una burla como la de la noche anterior, con tal de que ella le mirara y sonriera.

Pero Norma cada vez halagaba más con su vista al del *foyer*, y parecía que se olvidaba hasta del público. Conocíase al momento que para ella no había otro espectador más interesante que aquel caballero que se arrellanaba en el diván satisfecho por tal distinción.

Cuando Norma terminó de cantar, no aquel *couplet*, sino otros que el público no tardó en exigirle, se dio por terminada la *reprisse*.

A pesar de esto, eran muy pocos los que se levantaban de su asiento y salían del café. La mayor parte de los concurrentes tenían la costumbre de permanecer hasta las últimas horas de la tarde, e igualmente las cantantes.

Los músicos recogieron sus instrumentos y se alejaron, y únicamente quedó en el sitio de la orquesta Feliciano y el director, que a la sordina, y con aquel aire distraído que le era peculiar, ejecutaba en el piano algunas difíciles escalas.

El violinista estuvo mucho rato inmóvil en su silla. Todas las tardes se marchaba del café apenas terminada la *reprisse*, pero aquella no sentía el menor deseo de hacer lo mismo. Se acordaba de su tía, que ya estaría esperándolo; pero, a pesar de esto, continuaba inmóvil en su sitio. Parecía como que aguardaba algo.

El director, aburrido por fin de hacer escalas, abandonó el piano, y al fijarse en Feliciano, no pudo menos de manifestar su sorpresa.

—¡Cómo! ¿Hoy te quedas?

—Don Enrique, no tengo dónde ir.

—Veo que vas haciéndote todo un calavera. Las bromas de esa chiquilla te trastornaron anoche.

Al escuchar esto, Feliciano se ruborizó.

—Haríais una excelente pareja —continuó diciendo el director con su acento catalán—. Mira, muchacho, créeme, esa Norma es de las mujeres que han de mirarse con telescopio.

Después de esto, el músico se fue al *foyer*, en donde aceptaba riendo, aunque fríamente, los mimos y los halagos de aquellas mujeres que tanto le desesperaban en los ensayos con sus voces chillonas y destempladas.

Aquel catalán llevaba ya algunos años de director de cafés cantantes y conocía demasiado a su personal para dejarse seducir por arrumacos.

Feliciano continuaba en su asiento sin saber qué hacer. ¿Que no se acercara a Norma? ¿Que la mirara con telescopio? ¿Qué significaba esto?

El violinista no comprendía aquello. Norma era muy mala, había que convenir en ello; tenía mucho gusto en burlarse del primer infeliz que encontraba a su paso; pero, a pesar de todo, tenía para el joven un cierto no sé qué que le atraía.

Feliciano protestaba en su interior de los consejos de don Enrique, sobre todo del de mirar a Norma a distancia de telescopio.

El joven no podía conformarse con aquello. Él quería ver a Norma de más cerca, estar a su lado eternamente si era posible.

Deseaba aspirar el aliento que salía de aquella boca caprichosamente trazada, e impregnarse de la luz de sus ojos, y para esto era preciso estar cerca, muy cerca de ella.

La gente entraba y salía en el *foyer*, y en el interior de este sonaban esos mil ruidos que denotan alegre algazara.

Feliciano podía entrar en aquella parte del salón como todo el mundo. ¿Quién podía impedirselo? Nadie; y a pesar de esto, el joven no se movió de su silla.

Sentía deseos de levantarse, y lo intentaba en balde. Su voluntad le gritaba: ¡arriba!, y a pesar de tal orden, el miedo seguía impidiendo el que sus músculos funcionasen.

Aquel infeliz muchacho, acostumbrado a no tener otra voluntad que la de su tía, carecía de fuerza y audacia para realizar sus deseos.

Levantarse de la silla, atravesar el salón y entrar en el *foyer* era para él una empresa tan difícil como atravesar el centro de una hoguera.

Varias veces agitó su cuerpo, preparándose a levantarse, y otras tantas quedó como enclavado en su silla.

Por fin hizo un supremo esfuerzo de voluntad; se levantó y atravesó el salón con el aspecto del general que marcha a asaltar una fortaleza inexpugnable y sabe que va a morir.

Todas las mesas del *foyer* estaban ocupadas.

Feliciano se detuvo a la puerta, y allí permaneció indeciso mucho rato, contemplándolo todo con ojos asombrados.

En derredor de un veladorcito que ocupaba uno de los ángulos del salón, vio a Norma y al caballero grave. Con ellos estaba don Enrique, y la cantante se reía y bromeaba con el director.

Este, al ver parado en la puerta a Feliciano, le llamó con una seña. El muchacho no tardó en acudir.

Cuando estuvo junto a la mesa, el caballero de la barba gris le dirigió una mirada indiferente y la cantante le midió con sus ojos de los pies a la cabeza.

Feliciano se turbó ante aquella mirada e inclinó la cabeza; pero la voz de don Enrique le hizo volver otra vez sobre sí y levantar la frente.

La única idea que en aquel momento dominaba en su cerebro era la de que Norma estaba muy hermosa. El traje de calle le sentaba maravillosamente.

La cantante llevaba un vestido de color de plomo, tornasolado, de irreprochable corte y adornado con encajes blancos, y una chaquetilla a pequeños cuadros y que afectaba la forma de una americana de hombre. Además, siguiendo las exigencias de la moda, que tiende a dar a las mujeres un aspecto varonil, llevaba un cuellecito recto de hombre, que asomaba por entre las solapas de la chaquetilla.

En el bolsillo superior de esta sobresalía la punta de un pañolito blanco de seda con cenefa roja, y junto a él se veía un colgante de oro del reloj.

Feliciano abarcó todos estos detalles con una sola mirada, no dejando tampoco de fijarse en la finura del cutis de la francesa y en la pequeñez de sus manos, cubiertas por unos guantes de gamuza que, formando caprichosas arrugas, le llegaban hasta el codo. No llevaba pendientes, pero en la muñeca de la mano derecha ostentaba una maciza pulsera de oro y otra más sencilla, cuyos colgantes producían al menor movimiento un alegre sonido.

—Siéntate, muchacho —dijo don Enrique a Feliciano, señalándole la única silla que en las inmediaciones del velador estaba desocupada.

El muchacho obedeció. Norma le contemplaba con aquellos ojos que en ciertos instantes tenían miradas frías y escrutadoras, de esas que penetran hasta lo más recóndito del ser.

El señor de la barba gris tenía una inmovilidad de esfinge egipcia, pero demostraba claramente que vería con sumo placer el que tanto el director como su subordinado levantaran el campo.

Don Enrique, que era un tanto socarrón y amigo de martirizar al prójimo, y que indudablemente leía en aquel rostro inmóvil los deseos de su dueño, permanecía indiferente ante aquel mutismo, aparentando la más ingenua alegría.

—Oye, Norma —dijo con su tonillo sarcástico—, tengo el gusto de presentarte a mi amigo Feliciano Martínez, un muchacho que vale mucho, una esperanza del arte, un futuro Paganini; todo lo cual no impide que tú te diviertieras con él grandemente anoche.

La cantante correspondió a la presentación con una cabezada entre irónica y grave, lo que hizo volver al muchacho de mil colores.

Después rompió a reír estrepitosamente, y durante algunos instantes solo se oyeron sus carcajadas de un timbre argentino.

—Debe usted guardarme mucho rencor —dijo por fin en un castellano lleno de pronunciaciones francesas y casi ininteligible—. Puedo asegurarle que no hice lo de anoche con intención de ofenderle. Mi carácter especial me impulsa a hacer tales cosas; de todos modos, le ruego que me perdone.

Feliciano no supo qué decir, y únicamente se limitó a hacer una inclinación de cabeza, como para indicar que asentía a todo.

—¡Contesta, hombre, no seas bruto! —le gritó el director—. ¿Una señorita te presenta sus excusas y tú no sabes contestar? Debes decirle: «Mademoiselle, yo tengo un especial gusto en que usted haga muchas veces conmigo lo de anoche, pues esto demostrará que soy digno de que fije la atención en mí».

Y luego continuó, digiéndose a Norma, con ridícula afectación:

—Usted dispense, señorita, la descortesía del muchacho. ¡Es tan torpe!

Esta salida de tono del músico ocasionó una nueva escala de carcajadas a Norma. El director también rio, y hasta el grave personaje creyó muy del caso salir de su serenidad olímpica y contraer sus labios violáceos con una benévola sonrisa.

El violinista no sabía ya dónde estaba. Sus oídos le zumbaban; comenzaba a ver turbio y sentía en las mejillas un calor sofocante. A pesar de esto, bajaba la cabeza con la resignación del que comprende que está predestinado a sufrir el ridículo.

Por fin cesó la risa, y Norma y el director comenzaron a hablar de las otras cantantes. La joven habló mal de todas ellas, y el músico, por complacerla, le hacía coro.

El grave amigo de Norma de vez en cuando se dignaba matizar el diálogo con algunas palabras dichas con acento extranjero.

Aquellas personas tan pronto hablaban en español como en francés, y como Feliciano no comprendía ni la menor palabra de este idioma, de aquí que no lograra conocer exactamente el objeto de la conversación.

Únicamente comprendió que la cantante daba al director noticias de Barcelona, de la cual este se hallaba mucho tiempo ausente, y que, después, por uno de esos extraños cambios de la conversación, se hablaba de las flores.

Norma declaraba que le gustaban mucho, hasta el punto de tener por ellas una ardorosa pasión.

—Y por mi desgracia —dijo en castellano—, mi *monino* nunca se acuerda de traerme ramos.

Aquellas palabras produjeron un poderoso efecto en Feliciano. ¿Quién era aquel *monino*?

No cabía dudar: la joven, al decir aquello, había mirado con halagüeña expresión al caballero de la barba gris. Aquel era el *monino*. El joven, en el primer instante, sintióse con tentaciones de reír, al considerar que el individuo a quien se tributaba tan zalamero nombre tenía unos dientes

verdosos y mal alineados, una tez cetrina y rugosa, unos ojos casi apagados tras los lentes de oro, y una cabeza cuya cúspide estaba casi desnuda de cabello. Si Norma le hubiera dado tal nombre a él, que era joven y por añadidura guapo —según el testimonio de su tía—, conforme... ¿Pero a aquel hombre?

Después experimentó un efecto contrario a la risa, y en su pecho le pareció sentir algo para él desconocido: mezcla extraña de rabia y celos. Aquel hombre debía tener algo superior a él cuando tales honores merecía: tal vez fuera un alto personaje.

A pesar de esto, el joven no se intimidó, y como obedeciendo a una fuerza oculta, dijo con voz trémula:

—Si usted quiere, señorita, yo le llevaré a su casa tantas flores como desee.

Apenas la última palabra expiró en el espacio, el muchacho púsose a temblar asustado de su propia audacia y como si hubiera dirigido a los presentes el más grosero insulto.

Norma volvióse a él y le dirigió una de esas sonrisas puramente mecánicas que se hacen instintivamente.

El caballero *monino* hizo un gesto de desagrado y dirigió al violinista una mirada de desprecio.

Los tres continuaron su conversación como si no hubieran oído las palabras de Feliciano.

Este se hallaba avergonzado hasta el punto de que en aquel instante hubiera querido convertirse en espíritu para desaparecer de repente.

Mademoiselle Alice, aquella cantante de figura obesa, dando saltitos e imitando las gracias de una niña, se acercó al velador, y después de dar un ruidoso beso a Norma, le dijo algunas palabras en francés.

La joven le contestó levantándose inmediatamente.

¿Adónde iban? Feliciano no había entendido nada, pero haciendo hincapié en que Alice había levantado una mano y señalado el techo, creyó comprender que iban arriba, al piso superior.

Norma al alejarse dio la mano al *maestro*, nombre con que designaban siempre al director, y saludó a Feliciano con una ligera inclinación de cabeza.

El caballero de la cantante se levantó también de su asiento y siguió tras ella con cierto aire de sumisión.

Quedaron solos, pues, Feliciano y el director.

—Eres bastante corto, muchacho —dijo este—. No sabes conducirte todavía con una mujer alegre, y tu situación esta tarde ha sido más ridícula

que anoche. Con mujeres como Norma no valen medias tintas: o ser atrevido o mirarlas con telescopio, como antes te he dicho. Esto último te conviene más.

Los dos músicos quedaron en silencio durante algunos minutos, hasta que por fin dijo don Enrique:

—Anda, vámonos.

Al salir del *foyer* y entrar en el salón del café se encontraron con un joven de figura algo grotesca, a causa de su obesidad, y de rostro malicioso, aunque un tanto abotagado.

Aquel hombre demostraba en sus libres ademanes y en la negligencia de su traje que era uno de esos tipos, eternos sectarios de la vida bohemia, que huronean y son la principal figura decorativa de todos aquellos sitios en que reina el bullicio.

—¡Hola, amigo Peñasco! —dijo don Enrique— ¿A qué hora te dejaste anoche aquello?

—Al amanecer. No sabes lo que te perdiste. Al final se armó una de palos que daba gusto. A Juana le rompieron un diente y aún creo que estará llorando.

—Siempre sois los mismos.

—¡Qué quieres!, con algo debemos combatir el aburrimiento. ¿Adónde vas ahora?

—Ni lo sé. Me fastidio de estar encerrado en esta jaula toda la tarde y la noche.

—¿Hay sesión arriba?

—Sí, hace un instante han subido esas.

—Vamos, pues, allá. A mí no deja de divertirme el ver cómo esas *lagartas* despluman a sus compatriotas.

Peñasco, al decir esto, enlazó su brazo con el del director, y juntos salieron del café.

Don Enrique se dejó llevar, y nada dijo a Feliciano, de cuya presencia tal vez se había olvidado.

El joven quedose perplejo, no sabiendo si seguirle; pero por fin se decidió y abandonó también el café en pos de los dos amigos.

Cuando llegaron al patio, en cuyo centro se levantaba una fuentecilla con estalactitas y peces de colores, torcieron a la derecha y comenzaron a ascender por una escalera de piedra, cuyos peldaños estaban gastados y lustrosos por el uso.

Los dos amigos iban conversando y sin parar la atención en Feliciano, que marchaba junto ellos.

Al terminar la ascensión entraron en una pequeña sala, cuyo centro estaba ocupado por unas veinte personas.

Allí estaban, en derredor de una mesa con tapete verde, todas las cantadoras y un buen número de individuos de la colonia francesa que en todas las representaciones del Café de la Alegría ocupaban un rincón del *foyer*, donde promovían una regular algazara.

Don Enrique y su amigo se mezclaron en el grupo, y otro tanto hizo Feliciano, sin que nadie reparara en él.

Todos estaban de pie, excepto Alice, el caballero de Norma y dos más. Allí se jugaba al monte, juego al que las francesas hablan tomado gran afición, y la gorda cantante llevaba la banca.

Los que estaban de pie apuntaban de vez en cuando, pero el que principalmente mantenía el juego era el caballero grave.

El violinista notó que el rostro de aquel hombre se había transfigurado. Ya no era el mismo de antes, siempre con la faz grave e inmóvil como el mascarón de un buque. Sus ojos tenían una brillantez febril, sus labios estaban contraídos y todo su cuerpo estaba poseído de un temblor nervioso.

Conocíase inmediatamente que aquel hombre estaba dominado por la pasión del juego.

Apoyando sus brazos sobre el respaldo de la silla en que se hallaba sentado, estaba Norma. Aquella muchacha tenía su mirada fija en Alice, que alguna vez cambiaba con ella misteriosos signos.

Siempre que el caballero jugaba solo, Alice miraba a Norma, y esta entonces acariciaba con sus manos la barba gris de aquel y se inclinaba para rozarle con su fresco cutis las orejas.

Aquellas estratagemas producían un efecto instantáneo en aquel hombre, que encontrándose más dominado aún por la cantante que por el juego, levantaba los ojos para mirarla, lo que daba tiempo a Alice para efectuar en la baraja rápidos cambios que siempre repercutían contra el bolsillo del jugador.

Feliciano vio aquello desde el primer instante y no pudo menos de indignarse. Todos los presentes veían igualmente aquellas viles maniobras y nadie dejaba oír su voz para protestar; no cabía más cinismo: estaba en una sociedad de perdidas y de canallas.

Merced a la combinación de las dos cantantes, aquel hombre vicioso iba depositando junto a Alice un montoncito de billetes y monedas de oro y plata.

Feliciano sintió algo semejante a las náuseas que produce el asco. A aquel hombre lo estaban robando vilmente. En aquel instante, llevado de sus nobles instintos, hubiera querido ser hombre y poseer una fuerza atroz para protestar contra aquellas miserias y emprenderla a cachetes con hombres y mujeres.

El hombre que hasta entonces le había sido antipático comenzaba a inspirarle lástima. En cuanto a Norma... ¡Ah!, Norma se le aparecía como un ser repugnante y degradado.

El violinista se sintió envilecido por permanecer tanto tiempo en aquel sitio, y abandonó la habitación.

Cuando salió a la calle, después de haber recogido el violín en el café, púsose a examinar detenidamente la conducta de Norma.

No cabía ninguna duda: aquella mujer era un ser miserable y vicioso a quien era necesario olvidar.

¡Cuánta razón tenía la tía al hablar tan mal de ellas!

Su resolución costaba ya tomada. Nada, no acordarse jamás de Norma; como si no la hubiera conocido. Durante las representaciones procuraría tener cerrados los ojos para no verla.

Pero llegó la noche, y Feliciano tuvo que ocupar su sitio en la orquesta y ver a lo cantante por necesidad.

¡Cuán hermosa estaba! ¿Y era posible que aquella mujer fuese la de horas antes, la que de una manera tan vil robaba el dinero a su acompañante? No, no podía ser; él sin duda había soñado, había sido víctima de una alucinación... Y aunque lo fuera, ¿qué? Era muy hermosa y esto bastaba. Era preciso tomar una resolución; aquella mujer le fascinaba, le atraía: a conquistarla, pues, o a perecer en la demanda.

Todos estos pensamientos cruzaron rápidamente por el confuso cerebro de Feliciano, y vinieron a condensarse en esta resolución:

—Mañana debo empezar por hacer algo.

V

Y ALGO HIZO apenas se levantó de la cama a la mañana siguiente. Se vistió su ropa de los domingos, peinóse con mucho cuidado, y después de desayunarse se despidió de su tía, la cual, siguiendo la costumbre establecida para todos

los días festivos, le entregó media peseta, advirtiéndole que la gastara prudentemente y no en cosas que pudieran atraerle perjuicios.

Feliciano salió a la calle flamante y relamido, con aspecto de conquistador, y encaminó sus pasos a un puesto de flores. Por ahí iba a empezar. Ya tenía tomada su resolución.

Con los dos reales de su tía compró un ramo bastante vistoso, y volviendo sobre sus pasos se encaminó a la casa de huéspedes donde vivían los cantantes.

Cuando estuvo cerca de ella comenzó a vacilar. ¿No era un atrevimiento reprehensible el suyo? ¿No le recibiría Norma de mal modo?

El muchacho se sentía detenido en sus propósitos por su cortedad, y de seguro que a no tener comprado el ramo se hubiera vuelto a casa.

Haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, el joven se decidió a llevar el ramo a Norma, y siguió andando con dirección a la casa de huéspedes.

Atravesó tres o cuatro calles ostentando su ramo con aire triunfante, y entró por fin en el portal pequeño y algo sucio.

Allí se detuvo, y escondiéndose tras una hoja de la puerta, sacó de su bolsillo algo que metió entre las flores.

Era un papel. Feliciano había pasado más de dos horas la noche anterior sentado ante la mesa, en la que solía copiar sus papeles de música, escribiendo sin cesar y rasgando a cada momento lo escrito.

El muchacho había decidido declarar su pasión a Norma, y para ello ningún medio le pareció mejor que escribirle una enamorada epístola.

Hasta tal punto llegaba la inocencia del inexperto Feliciano.

Pasó mil fatigas para redactar el tal papel; ningún estilo le parecía bueno, y todas las frases apasionadas, hasta esas que llegan a ser ridículas a fuerza de fogosas, le parecían sobradamente frías.

Por fin pudo escribir algo, que si no era lo que él quería, al menos se le aproximaba bastante, y aquello fue lo que escondió entre las flores.

Una vez hecho esto, comenzó a subir la escalera para detenerse en el segundo descanso. Allí llamó a una puerta, sin que nadie contestara desde dentro.

El violinista llamó con más fuerza, oyose a lo lejos un vivo taconeo y por fin la puerta se abrió.

Tras ella hizo su aparición una mujer rubia y bastante hermosa, que iba vestida con un largo peinador blanco.

Al fijar su vista en el rostro del joven, y después en el ramo, no pudo menos de sonreírse.

Con aquella sonrisa parecía manifestar que eran muchos los que diariamente acudían a aquel sitio con igual objeto.

Feliciano, que esperaba ver abierta la puerta por alguna zafia criada, quedose cortado ante la aparición de aquella señora.

—A los pies de usted, señora —fue lo único que supo decir, y esto con un acento trémulo, propio solo de los grandes peligros.

La rubia seguía riendo y como gozándose en la vergüenza del muchacho, hasta que, al fin, viendo que este no pensaba seguir hablando, y por tanto iban a permanecer inmóviles en aquel sitio mucho tiempo, le dijo con una voz de timbre muy simpático:

—¿A quién busca usted, caballero?

Aquello de ser llamado caballero influyó favorablemente en Feliciano, el cual comenzó a serenarse, y con tono melifluido, a fuerza de querer hacerlo amable, preguntó:

—¿Podrá usted decirme si está visible a estas horas mademoiselle Norma?

—¡Ah! ¿Pregunta usted por la *pequeña*? No sé si se habrá despertado. Todos los días se levantan muy tarde.

La rubia se detuvo un instante, y después continuó:

—Sin embargo, si usted quiere la llamaremos para ver si está despierta. Y diciendo esto indicó al muchacho que la siguiera.

Atravesaron un largo corredor, a ambos lados del cual se abrían algunas puertas.

Aquella hermosa mujer, que sin duda era la dueña de la casa, fue a llamar a una de las puertas, dando contra ella con los nudillos de la mano; pero en el mismo momento aquella se abrió, saliendo apresuradamente un hombre con el sombrero de copa calado hasta las cejas.

Feliciano le conoció inmediatamente: era el caballero de la barba gris.

Al salir dirigió un gruñido que equivalía a un saludo a Feliciano y su acompañante, junto a los cuales pasó sin fijarse.

La rubia miró al violinista sonriéndose maliciosamente, y luego añadió en voz queda y junto a su oído:

—Se retiraron anoche a las cuatro de la mañana. Ese es el protector de la *pequeña*.

Y después de esto entró en la habitación de Norma, que había quedado abierta.

Feliciano se detuvo en el dintel, no atreviéndose a entrar.

La habitación presentaba un aspecto de completo desorden.

En un rincón veíase un cofre de los llamados mundos, de un tamaño verdaderamente colosal. Su tapa estaba levantada y en su interior se veía una revuelta confusión de ropa blanca y de color.

En el suelo veíase la falda; la chaquetilla y las enaguas, sobre el sofá; los pantalones, sobre una silla; en un rincón, una media, y la otra, colgando del picaporte de la puerta; los zapatos sobre un velador, y la capota puesta a guisa de tapón en el cuello de una botella de *cognac*.

Feliciano, al llegar a la puerta de la habitación, dilató las alillas de su nariz para aspirar mejor aquel perfume especial de mujer elegante que llenaba el espacio.

La puerta de la alcoba estaba entreabierta, y a través del espacio libre que dejaban sus hojas, asomó la rubia su cabeza.

—Señorita —dijo—, aquí desean verla.

Oyose el ruido que produce un lecho al mudar de postura el que lo ocupa, pero nada más.

—¡Señorita, señorita! —continuó gritando la dueña de la casa.

Un murmullo respondió a estas palabras, y después escuchose la voz de Norma, que con indignación pronunciaba algunos juramentos en francés.

—¿Qué quiere usted? —dijo por fin con acento colérico.

—Aquí hay un joven que desea verla.

—¡Que se vaya! Tengo mucho sueño. ¡Qué impertinencia! Jamás la dejan a una sola.

Volvió a sonar aquel chasquear de tornillos y crujir de sábanas, lo que indicaba que la cantante mudaba de postura para conciliar otra vez el sueño.

La rubia, entonces, dejó de mirar a la alcoba, y volviéndose a Feliciano, le dijo:

—La pobrecita tiene mucho sueño. ¡Se retiró anoche tan tarde!

El violinista permanecía inmóvil sin saber qué hacer.

—Deje usted el ramo aquí —continuó la rubia—, que ya lo verá ella cuando se despierte.

Feliciano entregó el ramo a la dueña de la casa, y esta lo colocó sobre el velador entre el *polisón* y los zapatitos de Norma.

La hermosa patrona reparó en el papel que estaba escondido en las flores y no pudo menos de sonreírse, lo que no pasó inadvertido para Feliciano.

Después de esto, los dos salieron del cuarto de la cantante, y una vez llegados a la puerta de la escalera, Feliciano se despidió de la rubia, que

siempre le miraba sonriente, y a la cual hizo un sinnúmero de saludos y dio repetidas veces las más expresivas gracias.

El joven se deslizó por la escalera más bien que bajó.

Cuando estuvo en la calle creyó haber pasado de un mundo a otro.

Aquel ruido, la agitación de los transeúntes, el rodar de los carruajes, los gritos de los chiquillos, todo le aturdían. Se acordaba de allá arriba, del corredor envuelto en una semiobscuridad agradable, de aquella rubia tan amable que hablaba siempre en voz queda y de aquel cuarto en que el ambiente era tan pesado y oloroso.

Se acababa de arrojar del planeta del silencio al del bullicio y la agitación.

A él le parecía mucho mejor el primero, por lo mismo que en él estaba Norma.

Ahora, encontrándose en la calle, se daba cuenta de su atrevimiento, y no podía menos de reconocer que no era tan corto como antes, pues ya tenía aliento para presentarse en donde no conocía.

Feliciano comenzó a pasear por la ciudad sin rumbo fijo.

Por un fenómeno especial, todo le parecía muy hermoso aquel día, y hasta hubiera asegurado que el sol alumbraba mejor.

A cada momento se preguntaba: «¿Ya se habrá levantado Norma?».

Y más adelante, cuando ya habían transcurrido más de tres horas, el violinista se decía: «Ahora ya habrá leído mi carta, o al menos la estará leyendo. ¿Qué me dirá, Dios mío, qué me dirá a la tarde?».

Cuando a mediodía el joven se sentó a la mesa de su casa para comer, la tía no pudo menos de notar en él alguna agitación.

—Tú tienes algo —le dijo.

—Se engaña usted, tía; no me sucede nada.

—Pues parece bastante agitado. ¡Cuidado, Feliciano!

—¿De qué, tía?

—Qué sé yo; pero noto desde hace algunos días que te encuentras como impaciente siempre que estás aquí.

—¡Bah! Aprensiones de usted.

—Anoche hablabas en voz alta.

—¿Y qué decía?

—No lo pude entender: palabras confusas y gritos como de indignación.

—No recuerdo qué soñé, pero indudablemente sería alguna barbaridad.

—Es que cuidadito —continuó diciendo doña Luisa en su tonillo dictatorial—. No me atrevo a creer que estés tan agitado por lo que te suceda en ese Café de la Alegría; porque si así fuera, no irías a él ni un día más.

Cuando terminó la comida, todavía se entretuvo en su casa Feliciano más de una hora, para evitar que su tía conociera algo de sus intenciones, y por fin, a las dos cogió su violín y se marchó al café.

Cuando entró en este, todavía el número de concurrentes era muy escaso.

Casi todas las mesas estaban vacías, y sólo allá en el *foyer* se veía un grupo de gente compuesto de las cantantes y de algunos de sus amigos íntimos.

Todos estaban silenciosos y parecían escuchar lo que leía una persona que desde el café no podía ser vista, por cubrirla con sus cuerpos los demás.

Al ver aquello, Feliciano, sin poder explicarse lo que era, sintió que el corazón —como vulgarmente se dice— le daba un vuelco.

Se acercó un poco más al *foyer* y oyó la voz de Norma que leía una carta.

Solo le bastó oír algunas palabras para comprender que era la suya.

¡Pero cuán mala era aquella mujer! Los que se agrupaban en derredor de ella oían con atención la lectura, y a cada frase apasionada o a cada imagen amorosa prorrumpían en una sonora carcajada que conmovía todo el *foyer*.

Toda aquella gente le pareció una terrible jauría de perros que se entretenía en morder su corazón.

Sintió miedo al ridículo, y aprovechando el que todos ellos, ocupados en oír no habían reparado en él, salió huyendo del salón del café.

Al llegar al patio se detuvo y se sentó sobre el borde de la fuentecilla; pero aquel sitio no le pareció seguro, temió que lo vieran y corrió a esconderse en lo alto de la vieja escalera por donde se subía al salón del juego.

Allí dejó su violín en un peldaño, y sentándose en otro, escondió su cabeza entre las manos.

El muchacho sentía ganas de llorar.

Veía claramente la maldad de Norma. Era una criatura perversa; encerraba en su cuerpo todos los vicios y malos instintos posibles, y a pesar de esto él la amaba con pasión.

Feliciano comenzaba a odiarse a sí mismo.

Su amor propio le dictaba que abandonase a aquella mujer que continuamente le convertía en un ente ridículo, capaz únicamente de cometer acciones a cual más necia y disparatada; pero el amor..., aquel maldito amor que sentía por la cantante, le impedía el alejarse de ella.

¿Y por qué aquel empeño de Norma en ridiculizarlo? Si es que no le amaba, si es que él le era antipático, al menos que no le dijera nada, que le dejase y no se propusiera ridiculizarle continuamente.

¡Dios mío! ¡Qué situación! ¿Cómo bajaba él otra vez al café? Le recibirían a carcajadas, y la atención de todos los concurrentes se fijaría en él.

¡Imposible! ¡Imposible! Él se estaba allí y no bajaba, no; así subieran a ordenárselo don Enrique o el mismo don Celestino.

El muchacho, entregado a tales reflexiones, permaneció en aquel sitio más de una hora, pugnando por detener el llanto y sin poder impedir que algunas lágrimas rodasen por sus mejillas.

De pronto oyó ese desacorde concierto que forman los instrumentos al ser probados por los músicos antes de tocar.

Aquello indicaba que iba a comenzar el concierto.

Al escuchar aquello, Feliciano no pudo detenerse, y siguiendo la costumbre cogió la caja del violín y comenzó a bajar la escalera.

Cuando llegó a la puerta del café irguió su figurilla, y sus ojos tomaron una expresión altiva y amenazadora.

En aquel muchacho temido e irresoluto se operaba en ciertas ocasiones tal transformación.

Su tía, que muchas veces al reñirle injustamente tuvo que aguantar la fiera transformación de Feliciano, aseguraba que esta era debida a la sangre que de la *liger*a de su madre conservaba el muchacho en las venas.

La expresión de Feliciano al entrar en el café podía traducirse en estas palabras: «Al primero que se me ría le rompo la caja del violín en las narices».

El violinista, contoneándose con cierto aire de perdonavidas, fue a ocupar su sitio en la orquesta.

Nadie se apercibió de su presencia; las mesas estaban totalmente ocupadas por un público numeroso, y el *foyer* estaba demasiado lejos y lleno, por añadidura, de gente, para que nadie pudiera notar la presencia del joven.

La representación comenzó inmediatamente, y en nada se diferenció de las de los días anteriores.

Cuando salió Norma al tablado, miró una sola vez al violinista con expresión burlona.

Todas sus miradas, sus sonrisas y monerías eran para el señor de la barba gris, que apoyado en la verja del *foyer* la contemplaba fijamente.

El concierto, como todos los días, terminó a las cinco.

El director abandonó su asiento, y al pasar por junto a Feliciano, le dirigió una mirada severa y las siguientes palabras:

—¡Hola, bárbaro!

El muchacho comprendió lo que aquello significaba. Don Enrique estaba ofendido de que un músico de su orquesta se pusiera de tal modo en ridículo. Aquel hombre consideraba como suyo el honor de su subordinado.

El director se alejó, y Feliciano estuvo aún mucho rato inmóvil en su asiento y como temiendo el salir demasiado pronto y llamar la atención.

En el *foyer* reinaba alguna agitación. Todos los concurrentes a él abandonaban sus asientos y emprendían la marcha con dirección a un pequeño corredor que comunicaba con la escalera que ya sabemos conducía al salón del juego.

El violinista presenciaba aquel desfile cuyo término conocía.

El café iba quedándose también vacío. Paseando por él su mirada, Feliciano vio a Peñasco, que sentado en una mesa del otro extremo del salón, le contemplaba fijamente.

Aquello alteró al muchacho. Él sabía la merecida fama de guasón que gozaba aquel vago impenitente, y creía ver en aquella fija mirada una burla insolente.

Y de él no se burlaba nadie... ¡Vaya!, pues bonito genio tenía en aquel momento.

Peñasco siguió mirándole y el violinista cada vez estaba más nervioso.

Su intranquilidad subió de punto al ver que aquel hombre le llamaba con una seña.

En el primer momento no hizo ningún caso, pero al ver que le seguía llamando se levantó diciéndose a sí mismo:

—De seguro que a este tipo le rompo yo el alma y no le quedan más ganas de burlarse de nadie.

El muchacho atravesó todo el café, y apoyando sus manos en la mesa que ocupaba Peñasco, le preguntó con insolente tonillo:

—¿Quería usted decirme algo?

—Siéntese usted, amigo, que tenemos que hablar mucho —le contestó aquel sectario del bullicio, al mismo tiempo que su grandioso y abotagado rostro se contraía con una sonrisa bondadosa y casi patriarcal.

El joven, sin saber por qué, comenzó a sentir simpatía por aquel hombre.

Peñasco empezó a hablarle, colocando amigablemente una de sus manos sobre la espalda del muchacho.

Feliciano supo lo que estaba muy lejos de figurarse. Aquella reminiscencia de gigante sentía algún cariño por él y quería evitar el que hiciese un mal papel en un sitio tan poco honroso como el Café de la Alegría.

Ante todo debía olvidar a Norma. Aquella mujer era un tipo especial en España, un acabado modelo de la francesa de vida alegre con costumbres que aquí son completamente desconocidas. Para conquistarla era necesario tener mucho dinero, mucho; poseer tantos millones como Rostchild, y aun así se corría el peligro, a permanecer mucho tiempo con ella, de quedarse en la calle.

—Usted, amigo mío, ha querido conquistarla a lo cadete y se ha convertido en un ente ridículo; permita usted que se lo diga así tan claro. Se conoce al momento que jamás ha logrado ser dueño de una mujer, y aun si mucho me apura, que nunca ha tenido ni siquiera una novia. Usted se ha dicho: yo quiero a esa francesita, yo no puedo dormir desde que la conozco, a todas horas pienso en ella, yo soy joven, no tengo nada de repugnante, poseo un corazón ardiente que poner a sus pies —como dicen en las novelas—; pues nada, se lo diré en una carta y de seguro que ella, al reconocer en mí tan inmensa pasión, me dará su amor. Y ha escrito usted la carta, y con ella ha dado usted un buen rato a esos franceses simplones y *primos* que pululan en el *foyer*, y a ese rebaño de harapos que sale al tablado a romper oídos. Usted no conoce el mundo, joven; usted no sabe lo que son esas mujeres. Son iguales a los carneros con el vientre abierto que cuelgan sobre el mostrador del carnicero.

»¿Quién se las lleva? El que tiene dinero, el que da más. ¿Y usted, joven inexperto, va adonde piden dinero con cartitas de amor? ¿Ve usted a ese monigote de la barba gris que va siempre con Norma? Pues tendrá que abandonarla si es que no quiere quedar arruinado. Esa muchacha le roba escandalosamente arriba, en unión de sus compañeras, y además a todas horas le acosa con caprichos que, por lo regular, son siempre caros. Hoy mismo sé que le ha pedido unos pendientes de brillantes, y tengo la seguridad de que si mañana no se los trae no le dejará entrar en su casa. ¡Pendientes de brillantes a mujeres como ella! ¡Qué estupidez! Luego nos llaman a mí y a muchos que son como yo, perdidos y calaveras, y a hombres como el de la barba gris les dan el nombre de personas graves. ¡Y pensar que

ese hombre tiene una esposa joven y bonita que le adora locamente y tres niños para quienes trabajar!

—¿Es casado? —preguntó Feliciano.

—Sí; yo sé muy bien su historia y su estado. Es un francés comisionista de vinos, un gran hipócrita que fuera de aquí muestra la severidad más absoluta, y aun es un tanto devoto y legitimista, pero tiene todos los vicios posibles y los practica, no por diversión, sino por instinto. Tiene olvidada a su familia; en fin, es un canalla crapuloso con todo el exterior de un honrado y casto burgués.

Y Peñasco, después de hacer al joven de un modo tan enérgico el retrato de aquel hombre, continuó dándole consejos que demostraban un interés casi paternal.

No debía mirar a aquella sirena que tal sugestión producía en él; debía olvidarla, y para ello nada mejor que pensar que aquel cuerpo que parecía tan lleno de vida y lozanía, era un organismo gastado que sin duda había recorrido, haciendo grandes paradas en las diferentes notas, toda la asquerosa escala del vicio.

Norma tenía el corazón petrificado, y por tanto era inútil el pretender conquistarla con arranques de pasión que a ella le eran indiferentes.

—¿Qué impresión ha de causarle usted, criatura, a ella que ha corrido bastante mundo, y que por lo mismo ha visto mucho? Piense usted que ella ha cantado mismo que aquí, en París, en Marsella, en Barcelona, y que habrá visto caer a sus pies hombres jóvenes y guapos y con ese prestigio que da la reputación de elegante, y viejos que, aunque repugnantes, le habrán dado por cada caricia un río de dinero. Y usted que no está en tales circunstancias, que no es elegante, que no tiene *chic* ni posee millones, ¿qué va a lograr? Usted debe haber leído muchas novelas, y como habrá visto en ellas princesas enamorándose de lacayos; estrellas del arte amando apasionadamente a un corista, o hermosas castellanas volviéndose locas por un trovador, se habrá dicho: «Cuando tales cosas han sucedido, bien puedo yo, que soy algo más que un lacayo o un corista, ser amado por una mujer que es algo menos que una princesa o una eminente *prima donna*». Pero usted no ha pensado que aquello no son más que novelas; y el mundo, si bien es una novela, y su encuadernación es muy bonita y de brillantes colorines, tiene todas las páginas escritas con oro, con sangre, y aun la mayor parte de ellas no permiten que se les pase la vista, pues la tinta de sus letras es el cieno. Usted vive fuera de la realidad, joven; y en el mundo, para vivir, es preciso no levantar los pies ni dos dedos del suelo. Y hago punto final, amigo mío,

porque noto que voy adquiriendo algo del tono oratorio que es lo que más aborrezco en los hombres.

Feliciano había escuchado inmóvil y con completa atención las palabras de su nuevo amigo.

¡Cuánta verdad encerraban las palabras de aquel hombre, mezcla extraña de filósofo y de perdido!

El joven proponíase cumplir aquellos consejos punto por punto, y olvidar para siempre a la mujer que de tal modo le martirizaba.

Peñasco le aseguraba la tranquilidad si así lo hacía. Más de media hora permanecieron aún conversando Feliciano y su nuevo amigo.

A las siete de la tarde, el violinista salió del café y se fue a casa para cenar y acudir pronto al concierto de la noche.

Por el camino no podía menos de pensar en lo que le había dicho Peñasco, aquel hombre que, al parecer, tanto se interesaba por él.

Las palabras de aquel mentor se habían quedado grabadas en su cerebro.

«Ante todo es preciso dinero, mucho dinero, y usted no lo tiene».

Estas palabras resonaban continuamente en sus oídos, y hasta le parecía verlas escritas en todas las paredes.

El discurso de Peñasco había producido tal impresión en el violinista, que al entrar en su casa se decía:

—No, no me acuerdo más de esa mujer. Todo ha concluido; el encanto que tenía para mí se ha evaporado. Yo la poetizaba y la creía una mujer; pero ahora veo claro lo que es.

Aquella tarde, Feliciano cenó con mucho apetito y habló largamente con su tía.

Ella, que se hallaba algo alarmada los días anteriores, comenzó a tranquilizarse.

VI

A PESAR DE LA estación casi primaveral, el día amaneció oscuro, frío y lluvioso, y el sol no se dignó dirigir un saludo, asomando su melenudo rostro por entre aquellos montones de nubes de color plomizo que se escalonaban en el cielo.

Las gentes que habían andado un tanto prontas en aligerarse de ropa volvían a sacar del fondo del cofre los trajes del invierno, y muchos, ya que

no podían usar otra vez la capa, encerraban sus cuerpos en gabanes y *pardesús*.

Soplaba un frío vientecillo de esos que hieren el rostro como un agudo cuchillete y que solo son propios del invierno. Desde el amanecer que caía sobre la tierra una lluvia espesa y de menudas gotas que solo cesaba algunos minutos para volver a caer con más insistencia.

Por la mañana, cuando Feliciano fue a levantarse, se encontró con que la tía le había dejado junto a la cama el traje de invierno, guardado cuidadosamente algunos días antes, y además un pañuelo de seda para el cuello.

La buena señora cuidaba de su sobrino escrupulosamente y procuraba que de ningún modo pudiera resentirse su salud.

El joven pasó toda la mañana en copiar algunos papeles de música y ensayando algunas piezas.

Feliciano estaba tranquilo; aquella agitación febril de los días anteriores había desaparecido, y podía asegurarse que en su memoria Norma era menos que una sombra.

Cuando llegó la hora de la *reprisse*, el violinista se fue al café.

Apenas entró en él, vio que Norma acababa de penetrar en el tiro de pichón establecido junto al café.

Desde el interior de este, Feliciano pudo ver a aquella amazona que, rifle en mano, apuntaba a los pichones con bastante maestría, y que siempre que hacía blanco dejaba el arma y palmoteaba con infantil alegría.

El muchacho no podía menos de sentir admiración por aquella mujer original, con gustos varoniles que él jamás se había permitido.

Una cosa extraña notó inmediatamente Feliciano.

El francés de la barba gris no la acompañaba aquella tarde, ni se le veía en ninguna parte del café. Entonces recordó lo que Peñasco le había dicho el día anterior. Aquella ausencia debía tener por motivo los pendientes de brillantes.

Norma seguía tirando. Una verdadera nube de gomosos la envolvía, elogiando su habilidad, y los *niños* de la aristocracia, los descendientes de aquellos hombretones que se vestían de hierro, galopaban tres días seguidos y dedicaban su existencia a la patria andando a golpes de mandoble con todo el mundo, se disputaban el honor de cargar el rifle y depositarlo en sus manos.

La cantante tuvo que abandonar el salón de tiro porque la *reprisse* iba a comenzar.

En el mismo instante que atravesaba el café, entró en este el de la barba gris. Andaba muy apresurado y su figura había perdido aquel aspecto correcto y grave. Llevaba la levita desceñida en contraposición de aquella tersura hija del abroche que antes ostentaba, y hasta el sombrero de copa, que siempre venía a descansar, cubriendo la frente sobre el armazón de los lentes, ahora estaba sobre el cogote. La muchacha al verle cesó de sonreír, y dirigiéndole una fría mirada, le hizo una pregunta.

El caballero contestó humildemente, como aquel que se excusa o pide un nuevo plazo para cumplir una obligación.

El efecto fue inmediato. Norma le volvió la espalda y se alejó apresuradamente. A pesar de esto, aquel hombre la siguió con el ademán resignado del perro.

Feliciano estuvo notando toda la tarde cosas muy extrañas.

Norma buscaba para sentarse, cada vez que acababa de abandonar el tablado, las mesas más lejanas, y allí iba siempre el de la barba gris con su ademán resignado, como si no quisiera comprender que aquella mujer huía de él.

El violinista sentía el goce de la venganza al presenciar las bajezas de aquel hombre. Esto podrá rebajar un tanto a Feliciano en el concepto que de él haya formado el lector, pero esta era la verdad.

Al terminar la representación, el muchacho vio a Peñasco, que debía tener mucha prisa por cuanto pasó junto a él, y sin detenerse le dijo únicamente:

—La cosa marcha al rompimiento. El *primo* se niega a serlo una vez más, y no quiere *aflojar* los brillantes.

Aquello vino a afirmar a Feliciano en sus suposiciones. Las tales desavenencias reconocían por causa los ya célebres pendientes.

Con aquello el violinista vino a perder su última ilusión. «Esa mujer — se dijo — es muy cara y hará la ruina de todas cuantas personas se acerquen a ella».

En el concierto de la noche se hicieron más patentes las demostraciones de desagrado de Norma.

Cuando Feliciano entró en el café vio cómo el infortunado amante hablaba con mucha vehemencia con la cantadora, que le escuchaba indiferente.

El rompimiento parecía acercarse. Algo grave debió decir el de la barba gris a su amante, por cuanto esta se levantó con cierta dignidad, y

dirigiéndole una mirada ofensiva le dirigió una frase que el violinista desde su asiento tradujo como insulto.

Al poco rato, Norma salió al tablado, y el de la barba gris, vuelto de espaldas a este y con la cabeza entre las manos, apenas si levantó la vista para mirarla. Aquello, al ser notado por Norma, pareció causarle alguna excitación, por cuanto su rostro se contrajo y palideció de rabia bajo la espesa capa de polvos que lo cubría.

Inmediatamente buscó con su vista a Feliciano en la orquesta, y apenas lo dio dirigíole una mirada enloquecedora acompañada de una graciosa sonrisa.

Aquello conmovió al joven hasta en lo más profundo; le sacó de quicio, como vulgarmente se dice.

¡Adiós palabras de la tía, amonestaciones del director y consejos de Peñasco! Todo desapareció bajo la ola de luz de aquella mirada, y la pasión, la inmensa pasión que el muchacho sentía por ella quedó al descubierto.

Feliciano olvidose de lo que tocaba, y solo supo mirarla, pero con tal ahínco, que parecía querer asomar toda su vida a los ojos.

¿Quién había dicho que aquella mujer no le amaba? ¿Quién, que era un harapo capaz únicamente de dar su amor por el dinero? Allí estaba ella para desmentirlo; ella que le sonreía, que le halagaba con los ojos y que al cantar parecía decirle:

—Yo estoy aquí únicamente para que tú me veas. Te dedico lo que canto; isoy tuya, niño mío!

Feliciano estaba en la gloria, y no se hubiera cambiado en aquel instante ni aun por el mismo don Enrique el director.

Que miraran todos aquellos francesillos que el día antes se reían de su carta; que fijaran su atención en el tablado los que tanto se habían burlado de sus actos, y verían cómo el pobre violinista, el que no era rico ni elegante, había logrado conquistar una mujer que hasta entonces era pasto únicamente de gentes acaudaladas.

El joven sentía felicidad, al mismo tiempo que orgullo, por las distinciones de que era objeto.

Afortunadamente para la orquesta, Norma acabó pronto de cantar, pues Feliciano, ocupado solo en mirarla, desafinaba horriblemente, y su violín, que estaba como loco, sembraba el desconcierto en los demás instrumentos.

Todas las veces que Norma salió a cantar repitiose igual escena.

El violinista creyó hasta percibir en los movimientos de brazos de la cantante una señal indicándole que se aguardara.

Cuando Norma abandonaba el tablado cuidaba de no acercarse a la mesa que ocupaba su amante, e iba a sentarse entre aquellos gomosos que la tributaban casi los honores de una reina.

Feliciano, al terminar el concierto, no abandonó su asiento.

Una vaga esperanza parecía obligarle a permanecer inmóvil en aquel sitio.

Desde allí veía a Norma, que andaba de mesa en mesa hablando con todos los concurrentes y sin hacer caso del de la barba gris, que desde su rincón la seguía con los ojos.

Hubo un momento en que la cantante miró desde donde estaba el salón del café, y viendo en él a Feliciano, se sonrió y volvió a repetirle aquella seña que parecía decir: «¡Aguárdate!».

Feliciano, por no estar como una estatua en el sitio de la orquesta, se sentó en una mesa cercana, y para darse cierto aire varonil llamó al mozo, y con voz chillona pidióle una copa de *cognac*.

Apenas si se bebió la mitad. El muchacho, acostumbrado a las suaves bebidas que gustaban a su tía, al beber aquel líquido americano sintió la garganta abrasada, como si por ella se desplomase un raudal de fuego.

Pasó mucho tiempo. El reloj del café señalaba la una y media de la madrugada. Feliciano contemplaba de vez en cuando el lento rodar de las saetas, y ni un solo instante se le ocurrió pensar en su tía, que a aquellas horas debía aguardarle impaciente.

El café estaba casi a oscuras, pues solo en sus extremos brillaba la luz de alguno que otro mechero. Reinaba en cierto modo un completo silencio, pues solo de vez en cuando en aquellos grupos de cantantes y amigos del café que cenaban en el *foyer* resonaba alguna palabra dicha en voz alta, o se oía una risa las más de las veces forzada.

El incidente del rompimiento de Norma con su amigo había causado algún mal humor en aquella gente.

En los momentos de silencio oíase el repetido y triste choque de la lluvia contra los vidrios de la claraboya del café.

Las artistas se habían despojado ya de sus trajes de concierto y vestían los de calle.

Norma, casi acostada en un canapé, escuchaba las sandeces de los necios aristócratas con los ojos cerrados.

De vez en cuando los abría para dirigir a Feliciano una mirada tan rápida como escudriñadora.

La cantante parecía reflexionar profundamente arrullada por los floreos de los que la rodeaban.

El de la barba gris continuaba en su sitio siempre inmóvil, con la cabeza entre las manos y los codos sobre la mesa mirando fijamente a Norma.

Cuando esta por casualidad fijaba sus ojos en él, volvía prontamente la cabeza haciendo un mohín de disgusto.

Cuando sonaron las dos de la madrugada, todas las cantantes se levantaron, y poniéndose sus abrigo y sombreros se dispusieron a salir.

Las compañeras de Norma, cogidas del brazo de sus amigos, fueron las primeras en abandonar el café.

Quedaron únicamente en este don Celestino, el *regisseur*, don Enrique, Norma y el de la barba gris.

Feliciano desde su mesa contemplaba cómo la cantante, ayudada por el director de la orquesta, ponía sobre su cuerpo aquel amplio abrigo de terciopelo y se cubría con una graciosa capota de color grana que realzaba mucho la expresión picaresca de su rostro.

Cuando se hubo abrochado el abrigo saludó sonriendo al dueño del café y a los demás presentes, y se dispuso a atravesar el salón.

En aquel instante el de la barba gris se levantó de su asiento y corrió hacia ella anhelante, como para ofrecerle su brazo, pero a los pocos pasos se detuvo ante un ademán despreciativo que hizo Norma mirándolo de frente.

Cuando vio que el hombre se detenía, la cantadora siguió adelante.

Feliciano la vio venir hacia él y se puso a temblar de emoción.

Cuando la muchacha estuvo a su lado le dijo con tono imperioso:

—Tú, dame el brazo.

El violinista, al escuchar aquello, quedó aturdido, como si no llegara a comprender tales palabras.

Con mano temblorosa buscó el sombrero que tenía sobre una silla cercana, después cogió el paraguas y últimamente se levantó, dejando olvidada la caja del violín.

Norma, con aquella nerviosidad propia de su carácter impaciente, se cogió al brazo del muchacho y casi lo arrastró fuera del café.

Salieron a la calle, y la lluvia empezó a mojarlos, sin que a Feliciano se le ocurriera usar el paraguas que llevaba en la mano.

Aquella distracción propia del aturdimiento que sentía Feliciano pareció hacer mucha gracia a Norma, que sonriendo le dijo:

—Pero hombre, abre el paraguas. Estás permitiendo que yo me moje pudiendo evitarlo.

Feliciano, al escuchar tales palabras, experimentó la sensación del que despierta, y abrió tan precipitadamente el paraguas, que una de sus varillas rozó el rostro de la cantante.

Ella se reía de la torpeza de su acompañante y le apretaba apasionadamente el brazo contra el cuerpo.

El muchacho estaba como ebrio y sus piernas flaqueaban. El perfume que emanaba aquella mujer le producía mareos, y se sentía conmovido cuando veía brillar los ojos de ella fijos en él.

El brazo que se apoyaba en el suyo irradiaba un suave calor que poco a poco parecía extenderse por todo su ser.

Norma tarareaba entre dientes algún *couplet*, y de vez en cuando se interrumpía para poner su rostro casi junto al del violinista, y haciendo estremecer el vello de su naciente bozo con el perfumado aliento, le llamaba con voz melosa *mon bébé chéri*, *mon petit coeur*, y decirle toda clase de palabras cariñosas.

Aquella francesa andaba con suma ligereza saltando los charcos de la calle como si fuera un muchacho, e imprimiendo a todo su cuerpo graciosos movimientos propios de la raza felina.

Las calles estaban bastante oscuras. Muchos de los faroles no alumbraban, y los que todavía estaban encendidos tenían los cristales empañados por la lluvia.

Solo dos o tres trasnochadores pasaron por junto a la joven pareja con paso apresurado, mientras sus paraguas humeaban bajo las gotas de agua que recibían. La atmósfera estaba cargada de una fría bruma.

Los serenos procuraban guarecerse en los quicios de las puertas, y no se veían agentes de policía por ninguna parte.

Las calles estaban envueltas, en su mayor parte, por la más absoluta oscuridad, y solo alguna esquina era bañada por la pálida claridad de un reverbero que se reflejaba como una mancha roja en el fondo de los charcos.

Feliciano, en medio de su dulce aturdimiento, pensaba en un recuerdo de su niñez, en aquel libro de su tía que tantas veces había hojeado de pequeño: en *Pablo y Virginia*. También aquellos dos seres anduvieron cogidos del brazo saltando charcos y cubriéndose de la lluvia, solo que su paraguas era una hoja de plátano, y en sus almas reinaba la inocencia, lo que hacía que Pablo no estrechara con tanta fuerza el brazo de su compañera como él el de Norma.

Cuando estuvieron cerca de la casa que habitaban las cantantes, los dos oyeron pasos precipitados, aunque lejanos, de una persona que se acercaba.

Norma, con esa intuición misteriosa propia de la mujer, comprendió de quién procedían aquellos, y avivando el paso, dijo a su acompañante:

—¡Aprisa!, vamos aprisa, que *ese* nos sigue.

Los dos jóvenes llegaron junto a la puerta de la casa y la muchacha dio un fuerte aldabonazo.

Tardaron mucho en abrir, y en este entretanto, los pasos fueron acercándose, hasta que por fin dobló la inmediata esquina aquel hombre que, como Norma se había imaginado, era su antiguo amante.

En aquel mismo instante abrieron desde arriba la puerta de la escalera y los dos jóvenes se introdujeron en el portal.

—Un momento —dijo el de la barba gris, y apoyó su cuerpo en un costado de la puerta para impedir que esta se cerrase.

Norma se detuvo y le dirigió una mirada de cólera.

El de la barba púsose a hablarle en francés con mucha vehemencia.

Feliciano, con un pie puesto en el primer peldaño de la escalera, se puso a escuchar, aunque no entendía una palabra.

Aquel hombre, aunque hablaba en voz muy baja, daba a sus frases una entonación enérgica y conocíase que, presa de su indignación, insultaba a la que ya había dejado de ser su querida.

El ofendido francés, en vista del despreciativo silencio con que Norma acogía sus palabras, iba subiendo de tono, y llegó un instante en que levantó la mano como para abofetearla.

Aquello hizo sentir a Feliciano uno de sus arrebatos belicosos; sintiéndose con tentaciones de abalanzarse sobre aquel hombre que se oponía como un obstáculo a la realización de sus deseos para estrangularlo, y solo aguardó para llevarlo a cabo que la bofetada cayera sobre el rostro de Norma.

Pero no fue necesaria su intervención. La cantante, aquella criatura endeble y delicada, había erguido su graciosa figurilla al ver el ademán de aquel hombre, y cogiéndole por las solapas de la levita lo zarandeó, fijando al mismo tiempo en sus ojos una mirada amenazadora y extraña que causaba bastante impresión.

Norma tenía un gran poder sobre aquel hombre, que bajó la cabeza como avergonzado de su acto.

Entonces ya no dirigió amenazas ni habló con voz fuerte; se limitó a la súplica, a implorar un poco de caritativo amor, y hasta llegó un instante en

que, exhalando algunos gemidos, se puso a llorar como un niño, recordando a la muchacha la pasada felicidad.

El violinista se sentía mal ante tal espectáculo.

El envilecimiento de aquel hombre traía a su memoria el recuerdo de su mujer y de sus hijos que estaban abandonados.

El desdeñado amante continuó llorando, y hasta llegó a besar las manos de Norma del mismo modo que el perro lame a su amo demandándole perdón.

Pero la cantante fue inexorable, pues le dio un empujón que lo arrojó a mitad de la acera, y después cerró la puerta.

Desde lo alto de la escalera una criada alumbraba esta escena.

Norma vio a Feliciano que la contemplaba inmóvil, como admirado de su crueldad.

Ella estaba irritada todavía; así es que le dijo con aire de déspota:

—¿Qué haces ahí parado como un tonto? ¡Arriba inmediatamente! Yo lo mando; vamos, arriba.

VII

CUANDO EL PEQUEÑO reloj de pared que adornaba la sala de doña Luisa anunció con una sonora campanada que eran las doce y media de la madrugada, aquella hizo un movimiento de impaciencia y pegó más su rostro a las vidrieras del balcón.

Allí estaba desde las doce menos cuarto aguardando la vuelta de su sobrino, entreteniéndose en escuchar el rítmico canto de la lluvia y trazando caprichosos dibujos con los dedos sobre los cristales empañados por el vaho de su aliento.

Cuando el reloj señaló la hora antes citada, dona Luisa comenzó a sentir gran intranquilidad.

Aquello era muy desusado, pues el muchacho jamás había tardado tanto.

«Ese Feliciano ya va sacando los pies de las alforjas. No, pues yo no le consentiré que tarde tanto. Debe haber acabado ya en el café. ¿Dónde estará ahora?».

Y la pobre tía comenzaba a hacer mil conjeturas y suposiciones.

Necesariamente debía haberle sucedido al muchacho algo muy gordo, cuando de tal modo tardaba.

¿Qué le habría pasado? Las calles están tan poco vigiladas. ¿Le habrían asesinado? ¿Habría resbalado, rompiéndose una pierna?

La buena de la solterona, como siempre sucede en tales casos, pensaba en lo peor.

Si alguien le hubiera dicho que Feliciano en aquel momento aguardaba la salida de una cantante bebiéndose una copa de *cognac*, de seguro que no hubiera querido creerlo.

Doña Luisa seguía con el rostro apoyado en los cristales, viendo ante sí aquella oscuridad de la calle que todavía la bruma hacía más densa.

Dentro de la habitación, cuidadosamente cerrada, reinaba una temperatura agradable, pues la tía, que era muy temerosa del frío, había echado algunos carbones en el brasero que en los días anteriores solo venía a servir como un adorno de la sala.

Doña Luisa estaba desesperada en vista de aquella tardanza, y allá en su interior se prometía dar una magnífica reprimenda a Feliciano así que volviera.

Pero el muchacho no volvía.

El reloj dio la una. Aquello era demasiado; tardar una hora sobre la acostumbrada, y más que todo en una noche como aquella.

La solterona no sabía ya qué hacerse, y siempre que sonaban pasos en la calle se empinaba sobre las puntas de los pies para, sin tener que abrir las vidrieras, ver mejor quién era el que se acercaba.

Unas veces era el sereno, que con su capucha calada hasta los ojos y andando perezosamente, daba la vuelta por el barrio; otras, transeúntes cobijados bajo el paraguas y andando apresuradamente, pero ninguno era Feliciano, ninguno se detenía frente a la puerta.

Doña Luisa púsose a rezar en voz baja. No le cabía ya ninguna duda: a Feliciano le había sucedido alguna desgracia.

En el curso de sus reflexiones, que eran ya más desatinadas, parecióle que saliendo al balcón tal vez vendría antes aquel muchacho que tanto le hacía padecer, y abriendo las vidrieras se adelantó hasta apoyar su cuerpo en la barandilla.

El tránsito de una a otra atmósfera fue muy brusco.

En la calle hacía bastante frío.

Doña Luisa, acostumbrada a la atmósfera caliente de la sala, al salir al balcón y verse envuelta en la niebla al mismo tiempo que algunas gotas de lluvia, sintió algo extraño en su organismo, y un fuerte estremecimiento la agitó toda.

«Hace demasiado frío», se dijo, y volvió a entrar en la habitación para envolver su busto en una gran toca.

Cuando salió otra vez al balcón, a pesar de su abrigo volvió a experimentar lo mismo que antes.

Un intenso escalofrío la estremeció.

A pesar de esto, la buena señora continuó en el balcón mirando a la calle, por la que nadie transitaba.

Desde aquella altura, los dos reverberos que brillaban a los dos extremos sin poder atravesar con sus rayos las capas de bruma y lluvia que los envolvían, semejaban dos gigantescas luciérnagas.

Doña Luisa tuvo que dejar muy pronto de tener fijo su pensamiento en su sobrino para acordarse de sí misma.

Sentía en sus venas una impresión igual a que si por ellas circulara fuego líquido.

Las manos y la frente le ardían, y en esta última parte sentía algo semejante a rudos golpes dados desde dentro del cráneo.

Aquello era una fiebre, pero de tal importancia, que por minutos iba aumentándose.

A pesar de esto, doña Luisa no hizo gran caso, y continuó en el balcón esperando a su sobrino.

Transcurrió como un cuarto de hora, y entonces la tía ya se alarmó un tanto, al notar otros síntomas.

Una debilidad general se apoderaba de todos sus miembros.

Las piernas doblábansele y parecía que se negaban a sostenerla, los brazos comenzaban a estar como muertos, y sentía en todo su cuerpo como la ausencia de vida y calor.

Un quebrantamiento general se apoderó de todo su ser.

Doña Luisa no pudo permanecer más tiempo en el balcón, y con paso vacilante volvió a la sala para arrojarse tiritando sobre un sofá.

Entonces comenzó a sentir un agudo dolor en la cabeza. La buena señora se agarraba con ambas manos el cráneo, que a ella le parecía iba a estallar.

Así transcurrieron algunos minutos. Doña Luisa, tendida en el sofá, con el rostro algo desencajado por el sufrimiento y los ojos un tanto empañados por las lágrimas que pugnaban por salir, semejaba la estatua del dolor.

De pronto ya no fue la cabeza lo que le hacía padecer, pues sintió en ambos costados un agudo dolor, solo comparable con el que pudieran producirle dos puñales rasgándole la carne.

Los pinchazos en tal sitio se renovaban sin cesar. El dolor, con sus férreas manos, le retorció iracundo las entrañas.

Doña Luisa creyó que iba a morir y se retorció en el sofá al influjo de aquel tormento.

El balcón había quedado abierto, y por él entraban bocanadas de frío aire que movían furiosamente las cortinas y hacían revolotear los papeles que estaban sobre el velador.

La infeliz señora permaneció de este modo muchas horas. El quinqué que daba luz a la habitación, faltar ya de petróleo, comenzó a agonizar al mismo tiempo que el espacio de cielo que dejaba ver la puerta del balcón se empapaba de esa claridad fría, triste, y aun si se quiere sucia, propia del amanecer de un día lluvioso.

Doña Luisa, a pesar de sus dolencias, seguía pensando en su sobrino que no llegaba.

Ella, creyendo que iba a morir inmediatamente, y viéndose sola y abandonada, elevaba los ojos al cielo como llamando en su auxilio a Dios, y rezaba sin cesar, interrumpiendo sus oraciones con quejidos o suspiros de dolor.

Por fin, a las seis y media de la mañana, sonó la campanilla de la puerta de la escalera.

¡Llamaban! Sin duda era Feliciano.

La tía se incorporó en el sofá, y con las manos puestas en ambos costados, se dirigió, tambaleando como un ebrio, hacia la puerta.

Con mucho trabajo levantó el pestillo y entró en la habitación Feliciano.

La débil luz que filtrándose por el balcón y atravesando la sala llegaba hasta el recibidor, alumbraba aquella escena muda.

Los cuerpos de los dos estaban envueltos en la penumbra, y apenas si la luz acariciaba algunas partes del perfil de sus rostros.

El muchacho, al encontrarse frente a su tía, bajó la cabeza avergonzado y se quedó inmóvil y casi temblando en la puerta.

Doña Luisa le abarcó de una sola mirada. Feliciano venía bueno; nada, pues, le había sucedido. ¿En dónde había pasado la noche? Ella, con esa intuición femenil, lo comprendió todo inmediatamente. El café, aquel maldito café tenía la culpa.

El pájaro había hecho ya su primer vuelo y volvía a casa con las alas rotas; aquel muchacho que ella tanto habla cuidado, tornaba a su lado después de la primera ausencia, sucio por el cieno sobre el cual se había arrastrado.

Doña Luisa sintió el desaliento del que experimenta una terrible decepción; no tuvo fuerzas para reprender a su sobrino, y solo supo decir con voz débil y triste:

—Pasa, pasa adelante.

Aquello cambió el miedo de Feliciano en tristeza.

Él aguardaba insultos, imprecaciones y aun golpes, y no podía menos de dolerse al verse ante aquella tristeza.

Sintió lástima al par que vergüenza. ¡Pobre tía Luisa! ¡Cuán infame era el que de tal modo la hacía padecer!

Era tal la impresión que en aquellos momentos sentía el muchacho, que fue a arrojarle a los pies de su tía y a pedirle perdón; pero ya ella se había entrado en la sala después de cerrar la puerta de la escalera.

Feliciano la siguió hasta la alcoba, y quedó sorprendido al ver que su tía se arrojaba sobre la cama oprimiéndose los costados.

La luz del día permitió a Feliciano ver el rostro de doña Luisa.

Al notar lo desencajadas que estaban aquellas facciones, la expresión de dolor que aparecía en sus ojos y los penosos suspiros que exhalaba, se alarmó, y casi gritando le dijo:

—¡Tía! ¡Tía! ¿Qué es lo que tiene usted?

Doña Luisa, al escuchar aquel grito, espontánea manifestación del cariño que le profesaba su sobrino, le miró con benevolencia como perdonándole todo lo pasado, y con quejumbroso acento dijo:

—¡No sé! Pero estoy muy mala; me duele mucho aquí, aquí, aquí.

Y al decir esto se tocaba los costados.

La buena señora, durante la ausencia de su sobrino, había procurado defenderse contra el dolor, reteniendo, merced a un esfuerzo supremo de voluntad, las pocas fuerzas que le quedaban; pero en aquellos instantes no pudo ya resistir más y sucumbió bajo el peso de la enfermedad, entregándose con franqueza en sus crueles brazos.

La tía dejó caer la cabeza sobre la almohada y empezó a suspirar.

El joven entonces solo pensó en remediar el mal que había hecho, y salió corriendo de la alcoba, diciendo al mismo tiempo a la enferma:

—Tenga usted valor, tía. Voy a dejarla sola unos instantes y traeré un médico.

El muchacho, que aún llevaba el sombrero puesto y el paraguas en la mano, salió de la habitación, llevándose la llave de la puerta de la escalera.

Cuando bajaba los peldaños de esta, de tres en tres, un olor agradable vino a herir su olfato.

Aquello le hizo volver al recuerdo de lo sucedido algunas horas antes.
Sus ropas todavía conservaban el perfume de Norma.

Media hora después rodeaban la cama de doña Luisa, Feliciano, el médico y una vecina.

Esta última, que habitaba el piso segundo y que recién levantada se ocupaba en barrer su puerta, al ver subir al violinista acompañado del médico, los siguió, guiada por su deseo de prestar servicios al prójimo.

Era una buena mujer, cuya nota más característica consistía en tener siempre abandonados los asuntos de su casa para ayudar a los vecinos y amigos en las situaciones difíciles.

En cuanto al médico, era uno de esos jóvenes recién salidos de la facultad, entecos y amarillentos, con los quevedos calados y dispuestos siempre a estudiar y a poner en práctica en sus enfermos todos los descubrimientos que se hacen en su ciencia.

El facultativo solo examinó breves momentos a doña Luisa.

La enfermedad se mostraba muy clara a su juicio. Aquello era una pulmonía completa.

Recetó una sangría y algunos medicamentos, y después de animar a la enferma con palabras de consuelo que esta escuchó con indiferencia, salió de la alcoba seguido de Feliciano.

—¿Qué es de usted esa señora? —preguntó el médico al muchacho.

—Es tía mía.

—Pues bien; su tía se muere. Intentaremos el salvarla, pero esto es muy difícil. Es una pulmonía muy descuidada, y puedo asegurar que yo llego tarde. Su tía habrá pasado gran parte de la noche en el balcón, ¿no es verdad?

El muchacho, avergonzándose al pensar que había sido por culpa suya, contestó afirmativamente.

— Ya me lo imaginaba yo. Además, la atmósfera de la habitación sería bastante elevada con relación a la de fuera, y... sí, sí; se comprende que su tía esté tan grave. En fin, mañana volveré; de aquí a entonces puede tirar perfectamente.

Y el médico, con la indiferencia propia del hombre que diariamente se ve en situaciones como aquella, se despidió de Feliciano hasta el día siguiente.

La vecina se ofreció al sobrino para ayudarlo, y entre los dos hicieron lo mandado por el médico.

Además la tía fue desnudada por la vecina y cubierta con algunas mantas.

Doña Luisa estuvo muchas horas como aletargada, y su respiración fue dificultosa.

La habitación cobró el aspecto de la casa en donde hay un enfermo grave.

Los balcones estaban entornados; una vaga penumbra reinaba en toda la casa; los que asistían a la enferma andaban como sombras, sin que sus pies produjeran el menor roce, y el único ruido que venía a turbar el general silencio era el argentino chocar de la cucharilla agitando dentro del vaso el líquido que debía servirse a la enferma.

Las medicinas recetadas por el doctor no parecían hacer mucho efecto en el organismo de doña Luisa.

A las dos horas de haberse marchado el médico llegó el sangrador.

Feliciano tuvo que apelar a la fuerza de su voluntad para poder presenciar cómo sangraban a su tía.

El profesor picó con su lanceta en una de las manos de doña Luisa, y brotó la sangre roja y espumosa como si estuviera cargada de burbujas de aire.

Aquello pareció tranquilizar a Feliciano, que ignoraba los síntomas de la pulmonía.

El sangrador, hombre de bastante edad y que parecía muy experimentado en aquellas operaciones, a causa de una larga práctica, meneó la cabeza tristemente al examinar la sangre.

Cuando el sangrador se marchó, la vecina tuvo que bajar también a su habitación para arreglarla un poco, aunque prometiendo que subiría inmediatamente.

Feliciano, al quedarse solo, se sentó en la vieja butaca de su tía, que estaba junto a la alcoba, con el propósito de servir más pronto a su tía si es que deseaba algo.

La pobre señora estaba bajo el influjo de un gran sopor. Su respiración era dificultosa, y a influjos de ella su pecho se dilataba extraordinariamente.

El joven, a los pocos instantes de estar sentado en la butaca, cerró los ojos. El sueño le acometía; y él, que no había dormido en toda la noche anterior, se encontraba débil para resistirlo.

No, pues él no quería dormir; eso sería criminal. ¡Dormir él cuando su tía estaba enferma!

Y haciéndose estas reflexiones se levantó de la butaca, y para oponerse al sueño púsose a medir la sala a grandes pasos.

En aquel instante, a pesar de su triste situación y de tener a la vista a aquella mujer que era más que su madre, y la cual aletargada luchaba con la cruel asfixia, el recuerdo de Norma surgió en su memoria.

¿Qué haría en aquel momento? Estaría durmiendo en aquella camita dorada y descansaría sobre el blanco almohadón su linda cabeza orlada por la cabellera en desorden.

¡Cuán adorable era la tal mujer! El joven, al recordar la pasada noche, se estremecía a los impúdicos impulsos del instinto brutal, y olvidándose del lugar en donde se hallaba ahora creíase en aquella pequeña alcoba perfumada, a través de cuya puerta se veía la sala con los muebles en desorden y atestados de ropas.

Feliciano se mecía en aquella nube de recuerdos al compás de la respiración ronca y fatigosa que salía de la alcoba.

En algunos momentos la tía se agitaba en su lecho como para salir de su letargo, daba un suspiro angustioso y volvía otra vez a caer en el sopor.

El sobrino apenas si paraba la atención en aquello, tan ensimismado le tenía el recuerdo de Norma.

Aquella mujer producía en él una verdadera sugestión hipnótica: era la señora absoluta de su imaginación.

Así permanecieron mucho rato tía y sobrino; la primera en brazos de una cruel enfermedad, y el segundo en los de su propia fantasía.

Por fin la cruel realidad vino a despertar a Feliciano.

La vecina entró con un vaso de agua con kermes mineral diluido, que era el medicamento recetado.

A la vista de aquello, el muchacho recordó que la vecina había ido a la botica, sin que él le diera dinero para pagar el importe de la medicina.

—Señora —le dijo—, haga usted el favor de decirme cuánto le ha costado el Kermes. Bastante se sacrifica usted a favor nuestro para que yo permita que desembolse dinero.

La buena mujer se excusó: ¿para qué pagar ahora? Ya le daría el dinero más adelante. Además, la cosa no valía la pena.

Pero el muchacho insistió, y la vecina tuvo que decir que en la botica había dado dos pesetas.

Mientras ella hacía incorporar un tanto a doña Luisa sobre la cama y le daba a beber el medicamento, Feliciano abrió el cajón de la cómoda donde su tía guardaba el dinero.

En el fondo de un pequeño cesto vio algunas monedas de cobre, y revolviéndolas solo encontró una de plata.

La cantidad que contenía el cesto no ascendía a más de diez reales.

Feliciano, como todos los que prestaban algún servicio en el Café de la Alegría, cobraba todos los miércoles. En la casa, pues, no había más dinero que aquel, como sucedía siempre en la víspera del día de cobranza.

Aquello hizo pensar al muchacho en que tenía que ir a tocar aquel día por la tarde y por la noche, pues don Celestino no pagaba a sus dependientes más que los días que trabajaban.

Su situación iba a ser precario por aquel día, pero al siguiente cobraría sus cinco duros semanales y podría atender, aunque con estrechez, a los gastos de la enfermedad.

Aquella contrariedad, que venía a alejarle mucho del cuidado de su tía, le alegró, a pesar de ello, bastante.

Volvería a ver pronto a Norma, y esta idea era suficiente para hacerle olvidar todo lo demás.

Cogió dos pesetas y las entregó a la vecina, la cual todavía mostró alguna resistencia a tomarlas.

A la una de la tarde aquella mujer le subió parte de su comida que apenas si el joven probó.

Cuando el reloj de la sala señaló las dos y media, el joven se dispuso a salir.

Doña Luisa, que estaba en un momento de lucidez y que no sentía los efectos de la fiebre, le contemplaba desde el fondo de la alcoba.

—¿Vas al café? —dijo por fin con débil voz.

Feliciano, que creía a su tía aletargada, volviose hacia ella vivamente al escuchar su voz, y contestó:

—Sí; estamos sin un cuarto, es necesario algún dinero para la curación de usted, y si no trabajo no me pagarán.

Doña Luisa calló ante estas palabras, pero en su silencio conocíase que la buena señora no las creía sinceras del todo.

Feliciano conoció lo que pensaba su tía y se apresuró a decir:

—Así que termine, volveré. No es cuestión de mucho tiempo, y la vecina la cuidará entretanto. Además, usted no está tan mala, ni su estado es tan alarmante.

La tía siguió encerrada en su absoluto silencio y contemplando a Feliciano con sus ojos que cada vez estaban más empañados.

El joven acabó de arreglarse el traje, se caló el sombrero, y después de dar un beso a su tía, salió de la habitación.

VIII

EL CONCIERTO DE la tarde acababa de terminar, y Feliciano, radiante de satisfacción, dejó su sitio de la orquesta para sentarse junto a la mesa que ocupaba Norma.

Aquella tarde fue para el joven la más feliz de su vida.

La cantante desde el tablado le dirigió seductoras miradas y amables sonrisas que, en concepto del muchacho parecían decir al público: «Solo para él vivo, él es mi señor».

Hasta creyó Feliciano que muchos le miraban con gran atención, y que en aquel instante era objeto de la envidia de todo el público.

En tal momento se olvidaba hasta de su tía. Aquel muchacho versátil y ligero tenía la cualidad de vivir siempre en lo presente, olvidándose de lo pasado y lo futuro.

Cuando ocupó una silla al lado de aquella mujer que reasumía para él todas sus aspiraciones y sus dichas, no pudo menos de dejarse llevar por uno de aquellos arrebatos de pasión de que tan llena estaba la historia de la noche anterior, y oprimió entre sus manos con fuerza un brazo de Norma.

Este rasgo hizo reír mucho a aquella muñeca llena de nerviosos movimientos, cuyas carcajadas eran en cierto modo desagradables.

Norma, a pesar de la llegada de Feliciano, siguió conversando con tres sujetos que ocupaban una mesa cercana.

Eran tres jóvenes, aunque uno de ellos ya frisaría en los treinta y tres años.

El violinista los conocía por haberles visto algunas veces con don Enrique, y por ser sus nombres algo públicos, pues eran tres escritores que brillaban algo en el no muy dilatado círculo literario de la ciudad. El uno era un poeta, el otro un novelista que llenaba el folletín de un diario de bastante circulación, y el último, el de más edad, director de un periódico satírico muy popular.

Feliciano se fijó una vez más en el tipo de ardilla del poeta, siempre vestido con extrema elegancia, con los lentes montados en el caballete de la nariz, y la faz terrosa, agitada por una continuada serie de muecas; en el del novelista, alto, fornido, de anchas espaldas, barbillas enmarañadas y rostro

sonrosado, con cierta expresión de *bonhomie*²³ germánica, que completaba aquella pipa miserable, siempre entre sus labios y envolviendo su cabeza en densas capas de humo; y en el del periodista satírico, cuya cara tenía cierto perfil chinesco, que no cuadraba con su apostura de valentón.

El primero y el último hablaban con Norma, y por un gusto pedantesco mezclaban en su conversación algunas palabras en francés que producían un efecto contraproducente, pues venían a demostrar lo poco que conocían el idioma de la nación vecina.

El novelista permanecía silencioso, y fumando siempre su pipa fijaba sus ojos en Norma y algunas veces en Feliciano, con la misma expresión del pintor que estudia detenidamente al modelo.

Aquello comenzaba a alterar al violinista.

¡Diablo! ¿Qué querría hacer de él y de su amada aquel emborronacuartillas? Él había oído decir a don Enrique que el novelista pensaba escribir alguna cosa sobre el Café de la Alegría. ¿Iría acaso el muy audaz dentro de poco a aposentarle en ese cuarto bajo del periódico que se llama folletín?

Feliciano se olvidó muy pronto del novelista al ver que a la mesa que ocupaba este y sus dos amigos se habían acercado las demás cantantes.

A las pocas palabras el joven comprendió que se trataba de ir a comer a un cuarto reservado de los del piso superior.

Los tres compañeros se levantaron, y uno de ellos dijo a Norma:

—¡Vaya! Arriba la esperamos a usted. No tarde mucho, que van a servir la comida.

Y después de esto se alejaron con las cantantes.

El joven se quedó mirando fijamente a su amiga. ¿Qué significaba aquello? ¿De qué comida se trataba? Él no podía consentir que fuera a comer con hombres a un reservado de arriba. O si no, ¿qué se habían hecho los juramentos de la noche anterior? ¿Qué significaba él ya?

Norma le escuchó con calma, y así que cesó de hablar el joven, le dirigió una compasiva mirada.

Ella iba arriba, porque esa era su obligación. Tenían todas ellas orden de don Celestino de aceptar cuantas comidas y cenas se les propusieran. ¡Claro!, como que este era el principal negocio del café. «¡Si tú tuvieses dinero! Pero no lo tienes y yo debo subir con esos hombres que están dispuestos a soltar algunos duros en favor del dueño del café, o lo que es lo mismo, a dejarse robar a cambio de unos cuantos platos de bazofia». Además

²³ Bondad.

ella hacía lo que le daba la gana, y jamás estaba dispuesta a sufrir imposiciones de nadie.

—Conque ya lo sabes, niño —terminó diciendo la cantante—, subo arriba porque es mi obligación y porque quiero, y por lo tanto harás muy bien en no darte tono de señor absoluto prescribiéndome lo que debo hacer, porque de lo contrario correrías el peligro de quedarte solo.

Estas últimas palabras alarmaron a aquel infeliz muchacho que se deshizo en excusas.

Aquello de que algún día podía dejarle Norma le causaba un miedo horrible.

Ella sonreía como satisfecha de la presión que ejercía sobre el muchacho, al escuchar las palabras en que le pedía que le dispensase.

¡Pues si él no había querido ofenderla! Norma debía perdonarle, que él prometía no volver a importunarla con exigencias. ¡La amaba tanto! ¡Sentía tantos celos desde el día anterior cada vez que un hombre fijaba los ojos en ella!

Cuando Feliciano terminó aquella serie de disculpas, la muchacha levántose de su asiento, y tendiéndole la mano con cómica gravedad le dijo:

—Quedamos amigos.

—Amigos para siempre —contestó Feliciano con pasión.

—Te quiero porque eres dócil. ¡Adiós, *mon* bebé!

Norma, como una mariposa, se alejó haciendo grotescos saludos cada vez que de las mesas le dirigían alguna galantería.

Cuando el joven quedó solo, apoderose de él una insistente melancolía.

Él, a pesar de todos los argumentos que le presentaba la cantante, no podía conformarse con que ella estuviera arriba comiendo con unos hombres, mientras él permanecía allí abajo.

Y todo ¿por qué? Por el dinero, por aquel maldito dinero que él ya comenzaba a aborrecer. Y bien, ¿él no tenía dinero acaso? ¿No iba a cobrar al día siguiente cinco duros?

Pero al llegar a este punto el inocente muchacho acordose de su tía y del cestito de la cómoda, en el que solo quedaban algunas piezas de cobre.

Había que tener juicio y conformarse con la situación.

Sin duda para hacerla un poco más llevadera determinó alejarse de aquel sitio.

Cuando salía del café y atravesaba el patio de entrada para mirar a las ventanas de los cuartos reservados que daban a dicho sitio, el joven púsose a escuchar, esperando oír gritos, carcajadas, chocar de copas, etcétera, pero

nada llegó a sus oídos. El más absoluto silencio reinaba en los reservados. Solo dos o tres veces se oyó la voz de mademoiselle Alice que pedía más sopa a los camareros.

Estaban al principio de la comida y entre ellos no se había formado aún esa atmósfera de buen humor que viene a los postres a invadir los cerebros de los comensales.

Feliciano, conociendo que era ridículo el estar inmóvil en el patio junto a la fuente mirando a las ventanas, se marchó con dirección a su casa.

Cuando llegó empezaba a caer el sol, y una columna de oro, atravesando los cerrados cristales del balcón, venía a morir casi al pie de la cama de la tía, trazando sobre los ladrillos caprichosos arabescos.

Doña Luisa había empeorado mucho durante la ausencia de su sobrino.

La buena señora, en el período álgido de la fiebre, sufría un fuerte delirio, y hablaba sin cesar entrecortadamente y de cosas que no tenían entre sí la menor ilación.

La vecina, sentada en una silla, estaba inmóvil junto a la cama, y de vez en cuando le pasaba su pañuelo por el rostro.

Feliciano estuvo más de una hora apoyado en la puerta de la alcoba y contemplando a la enferma.

Aquello iba muy mal: su tía se moría. ¿Y qué sería de él sin aquella mujer? ¿Qué suerte la suya al no tener nadie que le amase?

Al llegar a este punto, los pensamientos del muchacho, que era un infame por su misma candidez, tomaban un rumbo diverso.

¿Conque no tenía quien le amara? ¿Y Norma? Esa sí que le quería y podía hacer su felicidad.

Y pensando en esto acordose del lugar en que en aquellos instantes estaba ella.

Sin duda en aquel momento estarían a los postres.

¿Qué es lo que haría su amada? Tal vez estuviera abrazando a alguno de aquellos tres, o puede que escuchara con complacencia sus proposiciones.

Al imaginarse Feliciano que pudiera suceder esto, se estremecía de rabia y celos.

Ahora que estaba en su casa creía que su lugar era el café, allí cerca de Norma, para impedir que esta fuera de otro.

Era preciso ir allá. El muchacho, a pesar de que se decía esto, no movía los pies. Y en medio de su ceguera, comprendía que obraba muy mal abandonando tanto tiempo a su tía.

En el pensamiento del muchacho se entabló una lucha, de la que por fin salió vencedor el recuerdo de Norma.

Al café, pues. Feliciano se dispuso a marchar, pero se detuvo en aquel mismo momento para oír lo que decía su tía.

Hablaba con más claridad que antes, y al mismo tiempo braceaba mucho.

¿Qué era aquello que decía y que Feliciano en el primer momento no pudo entender?

Se refería a un ser desconocido que se parecía a su madre en un todo, pues atraía la muerte sobre la cabeza de quien la amaba.

Le llamaba infame y perverso, y aseguraba que jamás había sentido cariño por nadie.

Doña Luisa terminaba así aquel monólogo hijo de la fiebre y del delirio:

—¡Oh!, no cabe duda; él me ha muerto a mí, como la pérdida de su madre mató a mi hermano.

Feliciano lo comprendió todo. Su tía se refería a él y a su madre.

Entonces el joven ya no permaneció más en aquel sitio en el que se sentía mal. El rostro se le coloreaba de vergüenza ante aquellas justas quejas.

Feliciano cogió su sombrero y salió de la habitación.

La vecina, que había encendido ya un quinqué y a su luz se entretenía en leer una novela de Pérez Escrich, al verle marchar le miró con asombro.

Aquel muchacho era muy diferente a como ella se lo imaginaba en un principio. ¡Qué corazón tan duro tenía!

Cuando llegó a la calle Feliciano se detuvo como arrepentido de haber abandonado a su tía.

Siempre era lo mismo; eternamente dudando y dispuesto en todas ocasiones a supeditarse al primero que encontraba.

Entró en el café, pero no pasó al patio. A sus oídos llegó un confuso rumor de orgía producido por el choque de las copas, canciones desentonadas, gritos, carcajadas y correterías.

Una de las ventanas estaba iluminada. Allí se celebraba la comida, y allí estaba Norma.

Feliciano sintió algo semejante a una puñalada. La voz de Norma sonaba allá arriba, pero ronca de tanto gritar y beber. Cantaba uno de sus *couplets* más picantes, y de vez en cuando se interrumpía. ¿Qué sería aquello? Tal vez le ahogaría el canto con besos algunos de aquellos tres amigos.

El muchacho entonces sintió aborrecimiento por la cantante.

¡Qué asco! Una mujer que se vendía al primero que llegaba y que cantaba de un modo como aquel. ¿Y por ella había dejado abandonada a su tía, a aquella buena señora que tanto había hecho por él?

El violinista se contemplaba tal como era. Como un ligero, como un infame que, enamorado de una mujerzuela, la prefería a todo lo santo y respetable que tenía en el mundo.

El muchacho se sentó en el borde del tazón de la fuentecilla, y allí estuvo más de una hora mojándose la americana.

El vaivén de sus pensamientos era acompañado por aquel concierto báquico, cuyos sonidos se escapaban por la ventana.

Por fin, después de una hora, aquel estrépito casi infernal cesó, y por la escalerilla de los reservados que desembocaba en el patio comenzaron a bajar los comensales.

Las cantantes iban muy alegres, y aun algunas de ellas tambaleaban por la embriaguez.

Sus rostros estaban tintados de un rojo amoratado, y en sus vestidos se notaba bastante desorden.

Ellos ostentaban en sus labios el habano encendido que facilita la digestión, y en el ojal una florecilla, regalo de la gruesa Alice, que era muy aficionada a tales finezas, y tenían esa brillantez en los ojos y ese paso tardo que caracteriza a los que han bebido un poco más de lo regular.

Cuando estuvieron todos en el patio se estrecharon las manos afectuosamente, cambiando algunas frases de despedida.

Después se alejaron los tres amigos, y las cantantes entraron en el salón del café.

Norma vio inmediatamente a Feliciano y no pudo menos de fijarse en su rostro hosco y malhumorado.

El muchacho sentía tentaciones de insultar a aquella mujer y de decirle lo que de ella pensaba.

Aquella fiera energía que en ciertas ocasiones demostraba comenzaba a aparecer.

Pero, ¡fenómeno raro!, apenas tomaron asiento en el salón del café y Norma le dirigió algunas palabras, el enojo del muchacho fue disipándose como una nube de verano.

La cantante estaba muy alegre y daba muestras de un ingenio chispeante.

El *champagne*, que con sus vapores le envolvía el cerebro, le arrancaba frases graciosísimas y conceptos que delataban una exuberante imaginación.

Feliciano reía mucho al escucharla, y en aquel instante se consideraba el ser más feliz de la tierra.

Todavía faltaba una media hora para que diera principio el concierto.

Las mesas estaban en su mayor parte vacías, y solo de vez en cuando entraba algún asiduo concurrente que iba a ocuparlas.

En el transcurso del concierto no ocurrió nada de notable.

Las cantantes, todavía bajo la presión del alcohol, hicieron diabluras en el tablado y su cinismo llegó al grado más supremo. El público aplaudía sin cesar en demostración del feroz placer que sentía.

En uno de los intermedios Feliciano entró en el *foyer* para hablar un rato con Norma.

Esta se despedía de un francés en el mismo instante que llegó el violinista.

—¿Qué te decía ese hombre? —preguntó.

—Es un compatriota que me ha convidado a cenar para cuando termine el concierto.

—¡Otra vez tenemos eso! —rugió el muchacho dando una furiosa patada sobre el entarimado.

—No te alteres tanto, niño mío, pues ya sabes lo que antes te he dicho sobre las cenas de este café. Ya que tú no me convidas —lo que yo tampoco quiero—, tengo que aceptar los convites de los demás.

—Tú no cenarás con ese hombre.

—Mira, muchacho, ten cuidado. Ya sabes que yo no sufro que me manden.

—Esta noche cenarás conmigo.

—¡De veras! ¿Hablas formalmente, bebé mío?

Y aquella mujerzuela demostró tal alegría al decir esto, que casi abrazó a Feliciano.

—¡Ay, pequeño mío! —dijo riendo como una niña—. Ya verás cuán felices somos esta noche. Celebraremos con una cena el principio de nuestro amor. Ya verás cuánto loqueamos... Pero, ¿qué es eso? ¡Ah!, la señal para empezar. Márchate a tu sitio, que cuando termine el concierto, aquí te espero.

Feliciano, mientras rascaba con el arco las cuerdas del violín tocando automáticamente, pensaba en aquel carácter especial de Norma, que tan pronto parecía de una niña inocente como de un miserable desecho del vicio.

El muchacho por más que reflexionaba no podía acertar con la clave de aquel enigma.

Allí había algo artificioso y algo natural.

¿Qué Norma sería la verdadera? ¿La viciosa o la inocente?

Y por más vueltas que daba en su cerebro a esta idea nada podía sacar en claro.

Después pensaba en la próxima cena y en el dinero que necesitaba.

Los cinco duros que debía entregarle don Celestino le servirían para pagar.

Pero, ¿y su tía? ¿Y pagar al médico y al boticario?

Al llegar a este punto, el muchacho se detenía y sentíase arrepentido de su atrevimiento; pero la perspectiva de cenar con Norma le seducía, y semejante al santurrón que con sofismas o con esperanzas procura acallar el grito de su conciencia, se decía que no llegaría a gastarse los cinco duros, y que aunque se quedase sin ellos, para cubrir las necesidades de su casa podría apelar al favor de los amigos que le prestarían alguna pequeña cantidad.

El mismo don Enrique, si era preciso, le dejaría unos cuantos duros.

Cuando al terminar el concierto se reunió con Norma, esta le dijo:

—Ya he avisado a un camarero y todo lo tenemos dispuesto arriba. Espérate un poco, voy a desnudarme para ponerme el traje de calle.

—Y al francés, ¿qué le has dicho?

—Se ha enfadado algo porque ya le había dado mi palabra; pero, en fin, he logrado echármelo de encima. ¡Adiós! Ahora mismo estoy de vuelta.

Así que volvió la cantante vestida ya con aquel trajecillo semihombruno que tan bien le sentaba, los dos subieron al reservado de arriba.

Aquella pieza tenía muy poco de agradable.

Era bastante angosta y sus paredes estaban cubiertas de un papel obscuro lleno de manchas de grasa y de vino, y despegado en algunas partes a causa de la humedad.

Su alumbrado consistía en un mechero de gas, cuya llama al salir producía un continuo y persistente chirrido que excitaba los nervios.

En el centro del cuarto estaba colocada una mesa muy grande para dos cubiertos, cubierta por un mantel que de seguro no hubiera parecido tan blanco a la luz del sol.

Al sentarse, Norma se quejó de que las sillas resultaban bajas, en relación con la mesa que era sobradamente alta.

Feliciano puso pronto remedio a aquella falta de simetría. Despojose de la americana, quedando en mangas de camisa, y la colocó hecha un ovillo sobre la silla de su amada para que le sirviera de almohadón.

Aquella prenda se la cepillaba antes su tía y procuraba guardarla con la más nimia escrupulosidad para que durara el mayor tiempo posible.

Comenzaron a servir la cena.

Feliciano apenas si probaba los platos, mientras que la muchacha comía vorazmente. Parecía imposible que seis horas antes hubiera asistido a un banquete como el de aquellos tres literatos.

Aquella mujer tenía por única misión en el mundo el devorar todo lo que tenía más cerca, tanto los manjares como los hombres.

Las libaciones eran frecuentes, y los ojos de los dos muchachos se animaban con esa llamarada extraña que da la embriaguez.

Al llegar a los postres se decían las mayores simplezas, que ellos mismos celebraban con grandes risotadas.

Norma se levantaba a cada instante de su silla para danzar cantando *couplets*.

Era siempre su sistema de digerir la bebida.

—¡Fuera todo eso! —gritó de pronto con la expresión de una niña mimada—. Yo quiero *champagne*, y bueno.

—Que traigan *champagne* —repitió Feliciano como un eco.

El camarero se presentó en la puerta.

—¿Cuántas botellas? —preguntó.

—Una —contestó Feliciano.

—No, dos —gritó Norma—. Una para cada uno. Quiero que nos alegremos.

El camarero trajo las dos botellas, saltó el tapón, y el blanco y espumoso líquido salió rugiendo por el cuello de la botella para caer en el interior de las copas.

Norma cogió una copa, y levantándola a la altura de su cabeza, dijo con aquella expresión de pillete que le era propia en ciertos momentos:

—¡Viva la alegría! Por nuestro amor, bebé mío.

Y la vació. Después sentose sobre las rodillas de Feliciano, y pasándole uno de sus hermosos brazos por el cuello, reclinó la cabeza sobre su hombro.

El camarero, con el aspecto del hombre que está muy acostumbrado a presenciar tales escenas, se retiró discretamente cerrando la puerta.

A las dos de la mañana, Feliciano llamó para pedir la cuenta.

El camarero se presentó a los pocos instantes con una hoja de papel satinado, con membrete impreso, que decía así en caracteres escritos con lápiz:

RESTAURANT DEL CAFÉ DE LA ALEGRÍA

Dos cubiertos a cinco pesetas	10 ptas
Dos botellas de <i>Champagne</i> Möet	15 ptas
Total.....	25 ptas

Feliciano, con un lápiz que le prestó el camarero, escribió en el dorso de la cuenta algunas líneas dirigidas a don Celestino, en las que le rogaba que satisficiera la cuenta con la cantidad que le adeudaba por el trabajo de la semana.

Norma, entretanto, colocó sobre su cabeza la capotita de grana, cuyo color casi era igual en aquellos instantes al de su rostro, y después, cogiéndose del brazo de Feliciano, salió de la habitación.

Los dos iban ebrios y su paso era vacilante.

Aquella noche el joven no se quedó en casa de la cantante, y a las dos y media entraba en la alcoba donde su tía, presa de un alarmante letargo, luchaba con la asfixia.

IX

CUANDO AQUEL médico joven vio a doña Luisa en la mañana siguiente, meneó la cabeza de un modo triste, y volviéndose a Feliciano, le dijo:

—Amigo, esto ya no tiene remedio. Prepárese usted.

—¿Se muere?

—Tal vez esta noche, o a más tardar, mañana. La congestión pulmonar va en aumento. Mire usted cómo escupe ahora: su saliva tiene estrías de sangre; después ese color adquirirá un tinte como de cereza; la asfixia dará la última mano a su obra; vendrán algunas convulsiones, y... se acabó. Yo nada tengo ya que hacer aquí.

—¡Oh!, ¡por Dios! Vuelva usted a la tarde. Aún tengo yo alguna esperanza; podía ser que pasadas algunas horas...

El muchacho se interrumpió al ver contraído el rostro del médico por una triste sonrisa.

—Ya que usted se empeña —dijo—, volveré. Hasta la tarde, joven.

El muchacho se sentó en el sofá, y hundiendo la cabeza entre las manos, permaneció mucho tiempo en esta posición.

Feliciano estaba completamente solo con su tía, pues la vecina había bajado a su habitación.

El joven tenía los ojos cerrados y reflexionaba, escuchando la respiración ronca y fatigada de su tía.

Tenía ya el convencimiento de que su tía se moría, cosa que no había creído hasta entonces.

De vez en cuando la esperanza surgía en su cerebro, pero era para desvanecerse inmediatamente.

El médico había dicho que su tía se moría, y aquel jovencuelo tenía trazas de no equivocarse nunca.

Al pensar en el médico, la imaginación de Feliciano torció a un lado para internarse en otra red de pensamientos.

Aquel día el muchacho no le había pagado al médico la visita. Feliciano por esta omisión se sentía avergonzado.

¿Qué pensaría de él el doctor?

Y lo peor del caso es que volvería a la tarde, y entonces... ¡ah!, entonces sería mucho cinismo el no pagarle.

Era preciso sacar dinero, fuera de donde fuese.

Se dirigiría a don Enrique... Sí, eso era lo más acertado.

Y si don Enrique no le complacía, buscaría a cualquier compañero de la orquesta, o si no a Peñasco, y en el caso de que ninguno de estos le atendiese, a la mismísima Norma.

¿No encontraría entre todos uno que le prestara un par de duros?

Norma, indudablemente, no desairaría tal pretensión.

Aquella muchacha debía tener muy buena alma, y de seguro que se estremecería y hasta derramaría lágrimas al saber el estado de su amante.

Pues qué, ¿no sería Norma igual a la Dama de las camelias y a todas aquellas célebres pecadoras que él había visto aparecer en las novelas, como una mezcla extraña de bien y mal, de virtud y vicio, que por la noche se arrastraban en el lupanar y durante el día se entregaban a los santos goces propios de una alma pura?

El muchacho estuvo así forjándose ilusiones por espacio de algunas horas.

Cerca de las doce de la mañana subió la vecina, y entonces el muchacho cogió el sombrero para salir.

Iba a buscar dinero, y al mismo tiempo a avisar en el café que por algunos días no podría ir.

Al marcharse dio un beso a su tía que apenas si pareció notarlo.

Cuando salió a la calle, el muchacho sintió como un desvanecimiento. Su cuerpo estaba debilitado por la inapetencia y la falta de sueño, y no podía menos de sentir alguna impresión al entrar en esa atmósfera de luz y de ruido propia de las calles.

Feliciano se encaminó a La Alegría.

Al entrar en su salón vio que estaban almorzando bajo la claraboya don Celestino, el director de orquesta y Peñasco.

El muchacho fue recibido con una descarga de cuchufletas.

—¡Adiós, Tenorio! —le dijo don Enrique.

—Aquí está el calaverón que convida a sus queridas a cenas de cinco duros —vociferó Peñasco.

—Joven —dijo don Celestino con tono sentencioso—, si se dedica usted como anoche a gastarse en una cena lo que gana en toda una semana, le aseguro que no hará mucha carrera.

Feliciano bajó la cabeza contrariado. La conversación tomaba muy mal giro para él, pues venía a pedir dinero y le echaban en cara lo mucho que gastaba.

El joven se sentó y tuvo que aceptar una copita que le ofreció el director.

Después, los tres amigos siguieron hablando, haciendo caso omiso del muchacho.

Hablaban de las cantantes y discutían su mayor o menor facilidad para halagar al público.

El dueño del café se lamentaba de que Norma no quisiera escriturarse por dos meses para seguir cantando en el establecimiento.

Ella objetaba siempre que era muy amante de la independencia, y que por lo mismo quería estar libre para marcharse cuando así le conviniese.

Por más esfuerzos que él había hecho, jamás pudo conseguir lo que quería.

Y al acabar don Celestino de decir esto, volvió la cabeza a Feliciano, que estaba a sus espaldas, y le dijo:

—Usted podría ayudarme mucho. Vea usted de inducir a su amiga a que se comprometa formalmente a seguir aquí, y con ello ganaremos usted y yo.

El muchacho, ante aquel ruego, hecho nada menos que por el dueño del café, se sintió orgulloso.

¡Hasta don Celestino le reconocía mucho poder sobre aquella muchacha, cuyo amor era solicitado por hombres de elevada posición!

Feliciano sintió en aquel instante algo semejante a lo que experimenta el que alcanza un triunfo y, animado ya un poco, llamó aparte a don Enrique.

—¿Qué quieres? —le preguntó este cuando estuvieron los dos en un extremo del café.

—Necesito dos duros.

—Pues de mí no los tendrás.

—Don Enrique, es que los necesito mucho... mucho...

—¡Bah!, ¡bah! Dile eso a otro, que ya sabes que yo soy muy duro para que me la den. ¿Te gastas anoche todo el dinero y ahora vienes pidiendo más? Si me hubieras creído desde el primer instante no te verías ahora en esta situación. Con mujeres como Norma es preciso tener mucho dinero, y el que no lo tiene se ve como tú te ves ahora.

—Es que usted no sabe lo terrible que es mi situación. El dinero que le pido no es para Norma, es...

—¿Vas a contarme ahora alguna historia triste que ya te habrás inventado con anticipación? Pues desiste de tu empeño; a mí no me conmueves con patéticas narraciones. Además, aunque quisiera no podría darte ese dinero, porque no lo tengo. Anoche, tanto a mí como a Peñasco, nos pelaron en la timba. Conque... hemos concluido.

Y el director volvió la espalda al violinista.

De un golpe había perdido estas dos esperanzas.

No había ya que contar con don Enrique y con Peñasco, y los compañeros de la orquesta indudablemente se presentarían en la misma actitud: no tenía ya más agarradero que Norma.

¡Esta sí que seguramente no le abandonaría! ¡Era tan buena! ¡Le amaba tanto!

Norma iba todos los días al café, así que se levantaba (que no era antes de la una de la tarde), para almorzar.

El joven se sentó para aguardarla.

No tuvo que esperar mucho. De pronto oyó su voz, y mirando a través de la mampara de cristales de la puerta, vio que estaba en el patio de la fuentecilla hablando con el *regisseur*.

¡Dios mío! ¿Qué era aquello? ¿Quién era el hombre que estaba a su lado?

Feliciano creyó que sus ojos no veían bien; pero al fin tuvo que convencerse de que aquel hombre era el caballero de la barba gris, el antiguo amante de Norma.

La cantante entró en el café seguida, como siempre, del francés, cuyo rostro estaba radiante de satisfacción.

Los tres amigos que acababan de almorzar no pudieron menos de sorprenderse, si bien no tanto como Feliciano, al ver a Norma seguida de su antiguo amante.

La joven les saludó con una graciosa sonrisa; el caballero se descubrió cortésmente, y los dos se introdujeron en el *foyer*, envuelto a aquellas horas en una semiobscuridad agradable.

Allí iban a almorzar.

Don Celestino y sus dos compañeros cuchichearon algunos instantes así que desaparecieron Norma y su amante, y lanzaron una rápida mirada a Feliciano.

Este no sabía lo que le pasaba; su sorpresa no tenía límites. Las sienes le latían y el corazón parecía querer saltársele del pecho.

Hasta le daban tentaciones de llorar como un niño a quien se le quita un juguete.

Ella había pasado casi por su lado sin verle. Parecía que no tenía ojos más que para aquel francés a quien él aborrecía.

Feliciano se propuso aguardar que salieran del *foyer* para preguntar a Norma qué significaba aquello.

Transcurrió cerca de una hora. Don Celestino y sus dos amigos se habían ya marchado, y por lo tanto el violinista era el único que estaba en el salón del café.

De vez en cuando pasaba por delante de él algún camarero con los platos humeantes del almuerzo que servía en el fondo del *foyer*.

Por fin, cuando el reloj señalaba las dos de la tarde, Norma y su acompañante salieron del café.

Aquella vez la cantante reparó en Feliciano, y al verle hizo un ligero movimiento de contrariedad y aun intentó el volverle la espalda.

Pero ya el joven, que impetuosamente se había levantado, estaba junto a ella.

Los dos se miraron fijamente algunos instantes.

El de la barba gris, a pocos pasos de distancia, lo miraba con indiferencia, mientras tarareaba una canción que acompañaba dándose golpes con un junquillo en las piernas.

—Norma —dijo por fin Feliciano con voz sumamente temblorosa—, ¿podrás decirme qué significa esto?

—Esto significa —contestó Norma arrugando el entrecejo— que yo he concluido para ti y que debes olvidarme.

—¿A qué obedece ese cambio?

—Mira, niño: he comprendido que te perjudicaría mucho si continuaba contigo, al par que también me haría algún daño a mí. Yo soy mujer que para vivir necesito mucho dinero, y como tú no lo tienes te abandono para buscar quien me dé lo que deseo.

Aquella confesión franca y brutal causó un efecto terrible en Feliciano.

La mujerzuela se despojaba de su belleza y aparecía ante sus ojos tal como era: con su parte moral cubierta de asquerosa podredumbre.

Toda la rabia y la repulsión que le produjo Norma las condensó en una mirada.

—Sé lo que quieres decirme —continuó la cantante— al dirigirme esa mirada. Me odias, ¿no es verdad? Tal vez me tienes asco. Nada me importa: más vale que ahora te inspire esos sentimientos sin motivo alguno, que no después, que indudablemente te verías perdido. ¿De qué me puedes acusar? De nada. Nuestro amor solo ha sido de unos días: no te has arruinado por mí ni has hecho llorar a tu familia. A muchos que me han amado tanto como tú les ha sucedido todo lo contrario; conque consuélate y dame las gracias, porque yo misma te detengo al borde del precipicio.

Feliciano quería contestar con tal prisa; quería decirle tal número de cosas, que no encontraba palabras ni sabía por dónde empezar.

¿Conque él no había perdido nada? ¿Conque su amor con ella no había tenido consecuencias? ¿Y su tía, que estaba agonizando de resultados de su primera noche de amor? ¿Y el poco dinero que constituía el sustento de él y de su segunda madre, gastado en una sola noche? No; él había perdido más, mucho más que todos sus amantes. Y ahora, cuando se encontraba pobre y casi hambriento; cuando su tía iba a morir y él estaba próximo a encontrarse solo en el mundo, sin amparo, sin tener quien velara por él; cuando iba a sufrir todos los dolores del hombre, siendo todavía un niño, ahora en tan difícil trance le abandonaba ella, la mujer de sus ensueños, aquella en la que él había colocado todas las perfecciones que puede tener una mujer, y por la que había sacrificado el amor que profesaba a aquella santa que tantos sacrificios tenía hechos por él.

Y el joven, mientras iba hablando, se exaltaba; su rostro palidecía por momentos, y su voz se hacía ronca, como si una mano interior le oprimiera la garganta.

Por fin no pudo hablar, pues al recordar a su tía, a aquella bendita mujer de la que tantas veces se había olvidado por acordarse de la miserable cantante, sintió el remordimiento agitarse en el fondo de su conciencia.

Por su garganta subió algo que quemaba, y no pudiendo resistir más cayó sobre una silla, y hundiendo la cabeza entre las manos púsose a llorar amargamente.

Feliciano lloraba la pérdida de su tía y de sus ilusiones amorosas.

Norma le miró despreciativamente, y volviéndose a su acompañante que sonreía con ese gozo que produce el abatimiento de un rival, le dijo:

—Es un niño. Vámonos.

Los dos se alejaron, y el joven, al ver esto, se levantó, y enseñando sus puños a la cantante, rugió:

—Norma, tú no me conoces. Piensa que cuando quiero tengo un carácter capaz de todo.

La muchacha volvió un instante la cabeza y clavó en él su mirada.

Aquellos ojos tenían la misma expresión avasalladora que la noche en que a la puerta de su casa intentó golpearla el de la barba gris.

Este recuerdo hizo caer otra vez desplomado sobre la silla al joven.

¡Los papeles se habían trocado! También él lloraba ante una pérdida y hacía gozar a un rival.

¡Qué asco! También él era igual a aquel canalla de la barba gris, padre de familia, que abandonaba a su mujer y a sus hijos para ir a arrastrarse a los pies de una descocada hija del placer.

Tres días habían sido suficientes para que cayera en lo más hondo de aquella inmunda sentina, en donde se agitaban los hombres degradados que pierden la vergüenza y el honor.

Aquella mujer maldita contaminaba su podredumbre a todos los que tenía cerca.

Hacía ya mucho rato que Norma y su amante habían salido del café, y todavía Feliciano permanecía en su silla con la actitud del hombre que ha sido herido mortalmente.

De pronto sacudió su cabeza y la irguió después como aquel que, arrojando del cerebro un grave peso, toma una resolución.

Todo había terminado; ya no sentía amor por Norma; pero aquella mujer que le había hecho perderlo todo se iba a acordar de él.

La parte mala de Feliciano, aquel carácter irascible, temerario y vengativo comenzaba a manifestarse.

Se arrellanó en una silla, dio dos palmadas para llamar a un camarero y pidió una botella de *rhum*²⁴.

Cuando la tuvo sobre la mesa, empezó a beber copa tras copa de un modo automático y como sin darse cuenta de lo que hacía.

Comenzó a entrar gente en el café. El muchacho miraba con insolente fijeza a todos cuantos pasaban por frente a su mesa.

El licor se le había subido a la cabeza y tenía ganas de pegar, de desahogar sus furores con el primero que le dijera una palabra.

A las tres estaba el café casi lleno y comenzó la *reprisse*.

Los músicos ocuparon sus asientos en la orquesta y empezaron a templar sus instrumentos.

El violín del joven estaba allí sobre una silla, encerrado en la caja.

El director, al ver que el muchacho continuaba bebiendo en su mesa y no acudía a su puesto, le gritó:

—¿Qué, no vienes, Feliciano?

—No, señor —contestó el muchacho también gritando y con insolente entonación—. No me da la gana de tocar.

Don Enrique miró fijamente a su subordinado como extrañándose de tal salida de tono, y encogiéndose de hombros dijo:

—Haz lo que quieras; pero ten la seguridad de que si sigues así serás despedido.

—Eso busco yo.

En aquel mismo instante entró Peñasco en el café.

—¡Eh, amigo! —gritó Feliciano haciendo señas al recién venido para que se acercase.

Peñasco fue a sentarse junto al joven, y a instancias de este tuvo que ayudarlo a dar fin a la botella de *rhum*.

—¿Conque estamos destronados? —le preguntó apenas hubo apurado la primera copa.

—Sí, y no me pesa mucho —dijo Feliciano con afectada indiferencia.

—Hace usted bien, pues ella es mujer que quiere mucho dinero. Con ese desgraciado de la barba gris se entenderá perfectamente. Ya sabe usted que ella le abandonó porque no quiso darle los pendientes de brillantes. Y era natural; el infeliz no tenía ni un cuarto. Pero ahora es diferente. Acaban de decirme que el tal señor ha hecho estos días un negocio que le ha valido algunos miles de duros. Esta mañana se ha presentado en casa de Norma, le

²⁴ Variedad de ron, licor espirituoso de origen francés, producido principalmente en Martinica, Guadalupe y Haití.

ha regalado un magnífico par de brillantes, le ha prometido regalarle aún cosas mejores, y esto es todo lo ocurrido. Usted a la calle por no tener dinero, y él a ocupar otra vez el lugar de antes. ¡Y ese hombre va ahora con ella tan ilusionado como antes! Parece imposible que existan en el mundo seres de tan poca dignidad y tan poca vergüenza.

—Antes han estado aquí los dos a almorzar, y después se han marchado.

—Sí; esta tarde tiene licencia ella y no vendrá a cantar. Indudablemente estarán en su casa celebrando la reconciliación.

—¿Y a la noche vendrá?

—Sí; allá a las siete la tendremos aquí.

La *reprisse* había comenzado. Feliciano y su amigo, instigados por el alcohol, llamaban la atención del café por sus gritos y los comentarios con que salpicaban los *couplets* cada vez que salía una de las artistas a cantar.

Cuando terminó el concierto, Peñasco despidiose de su amigo y se marchó.

Entonces el joven púsose serio. Su rostro, contraído y de un color rojo por el ardor de la bebida, tenía una expresión poco tranquilizadora.

Feliciano llamó al camarero, y cuando lo tuvo frente a él, le dijo con un aplomo del que él mismo se hubiera escandalizado el día anterior:

—No tengo dinero, mañana te pagaré.

—Bueno, señorito —contestó el camarero—, usted es de casa.

El muchacho se levantó y fue a andar, pero sus piernas debilitadas por la embriaguez y por las muchas horas que habían estado encogidas junto a la silla parecían negarse a obedecerle.

Por fin, Feliciano, con paso tardo y vacilante, salió del café.

Al atravesar el patio de la fuentecilla lanzó una mirada a las cocinas, cuya puerta daba a tal sitio. El muchacho se detuvo para quedarse con la vista fija en un gran cuchillo de hoja estrecha y afilada en su extremo que estaba sobre un banco próximo a la puerta.

Allí tenía lo que deseaba; ¿para qué ir a casa?

Con entrar y cogerlo estaba ya el asunto terminado, y no necesitaba ir allá y entristecerse más contemplando la agonía de su tía.

Él ya lo había sido todo; ya había llegado al último límite de la degradación. ¿Qué le importaba, pues, convertirse en ladronzuelo?

Entró en la cocina y vio que no había nadie. El cocinero había salido solo para algunos instantes, pues allá en el fondo, sobre los fogones del banco de hierro, humeaban unas cuantas cacerolas.

Feliciano, espiando la puerta y con los ademanes recatados propios de un raterillo, cogió el cuchillo y lo guardó bajo su chaleco.

La hoja estaba llena de grasa, y una gran parte de dicha prenda quedó manchada.

Después salió rápidamente de la cocina sin que nadie hubiera visto su aparición.

El muchacho se encaminó a casa de Norma, y así que llegó a la calle se paró en una esquina desde donde podía espiar el portal y ver los que entraban y salían.

Eran las cinco y media de la tarde y la calle presentaba el más animado aspecto.

El sol, que ya iba hacia el ocaso, llenaba la atmósfera de un brillante polvo de oro, y con sus rayos daba un alegre color a los negros paredones de las casas, y ribeteaba los extremos de los verdinegros tejados con franjas de tinte anaranjado. Las moscas que revoloteaban en el espacio semejaban chispas de fuego, y los cristales de los balcones más altos brillaban como planchas de hierro recién salidas de la fragua.

Del fondo de la calle subía al espacio un alegre y confuso rumor.

Gritos y canciones de niños, pregones de vendedores ambulantes, sordo rodar de veloces carruajes, conversaciones de los transeúntes; todos estos elementos formaban un original concierto que alegraba el alma.

Era la hora de paseo, y tanto a pie como en carruaje se veían pasar familias enteras de clase acomodada, engalanadas y con la plácida sonrisa de la tranquilidad en el rostro.

Feliciano veía desfilar ante él niñas hermosas y de ojos inocentes, vestidas con trajes de frescos colores y cubiertas con graciosas capotitas; niños de rubias melenas aprisionados dentro del trajecito, cuyo corte marcaba el último figurín; mamás de rostro rubicundo y cuerpo pesado, ostentando en el pecho y las orejas todo un escaparate de joyería; y caballeros de aspecto distinguido, algunos de los cuales llevaban oprimido el prominente abdomen por la abrochada levita, cuyos botones parecía que amenazaban con saltar.

Todas aquellas gentes eran felices, y en sus rostros conocíase que iban en busca de las emociones tranquilas.

Feliciano las contemplaba con envidia, y al mismo tiempo les tenía esa lástima propia de los seres superiores.

¡Cuán lejos estarían aquellos honrados burgueses de imaginarse la sangrienta escena que allí mismo sucedería dentro de poco!

Aquella misma noche, en sus reuniones, tendrían noticia del suceso. ¡Casi nada! Un muchacho que había dado de puñaladas a una artista de La Alegría y a un caballero francés. Y al decirles que había ocurrido el suceso en aquella calle, de seguro contestarían: «¡Hombre!, parece imposible. Si nosotros pasamos por allí una hora antes y no vimos nada de particular».

De seguro que cuando les dijeran que el asesino era un muchacho, casi un niño, de aspecto bastante decente, sentirían curiosidad por conocerle; querrían saber su vida hasta en los menores detalles, y ahora pasaban por junto a él indiferentes y magníficos con una majestad olímpica.

Y mientras el muchacho, en su imaginación calenturienta, revolvía todos estos pensamientos, seguía con sus ojos aquellos veloces focos de fuego que producía el sol, lamiendo con sus últimos rayos los faroles y las manecillas de los coches y las placas de los atalajes de los caballos.

Así transcurrió mucho tiempo.

Feliciano de vez en cuando deslizaba sus dedos por entre los botones del chaleco y tocaba la hoja del cuchillo, cuya frialdad le producía una sensación especial.

¡Cuán magnífico estaría él dando de puñaladas a los dos! ¿A quién mataría antes?... Al primero que saliera. Se llenaría la acera de sangre; se oirían lamentos de agonía; la gente comenzaría a correr, habría en la calle una verdadera alarma, y de allí a un buen rato harían su aparición los agentes de la autoridad.

Él no huiría. ¿Para qué? Permanecería erguido sublimemente junto a los dos cadáveres con el puñal en la mano destilando sangre todavía.

Le cogerían preso y él se abriría camino con altivo continente por entre la multitud que le contemplaba con ojos asombrados.

¡Eh!, ¿qué era aquello? Alguien salía de la casa.

El muchacho abandonó sus fantasías para volver a la realidad.

La puerta de casa de Norma se abría. Atención, que tal vez iban a salir la cantadora y su amante.

Pero no fue así. La señora rubia, dueña de la casa, salió muy arreglada y peripuesta y se alejó por el otro extremo de la calle.

El joven, al ver que Norma no salía, volvió a dejar suelta la rienda de su imaginación.

Los agentes le llevaban al retén. El comisario de policía le miraba de pies a cabeza y le decía con severidad:

—¿Usted es el autor de tan horrible asesinato?

—Sí; yo soy, señor inspector —contestaba él entonces con voz ronca—. Se han querido burlar de mí porque me han visto un niño, y el que de mi persona hace un juguete, tiene sentencia de muerte.

¡Cuán magnífico e imponente estaría al decir estas palabras! El joven sentía algo semejante a la emoción artística al imaginarse en el centro de un cuartucho del retén, resaltando su figura sobre la de los atónitos polizontes.

Y tal era el deseo que sentía Feliciano de que aquella escena resultara sublime, que revolvía todos los rincones de su cerebro para encontrar palabras que aún dieran un poco más de interés a la escena.

En esta tarea mental permaneció ocupado mucho tiempo, hasta que de pronto sintió que una mano algo pesada se posaba sobre su hombro.

Feliciano volvióse y vio a Peñasco que le miraba sonriente.

—¿No sabe usted lo que ocurre? —le dijo.

El joven contestó negativamente con la cabeza.

—Pues pásmese usted. Norma acaba de escaparse.

—¿De escaparse? —gritó Feliciano con la mayor sorpresa.

—Sí, amigo mío. Acabamos de saber la noticia en el café. La muchacha se ha marchado esta tarde en el tren que sale para Barcelona acompañada del de la barba gris. Ese hombre ha llevado su infamia hasta el punto de abandonar a su mujer y a sus hijos, llevándose todo el dinero que tenía en casa.

Feliciano escuchaba con una atención casi estúpida lo que le decía su amigo.

—Sí —continuó este—; ella sin duda se ha cansado de estar aquí, y como ahora su amante tiene dinero, ha creído lo más conveniente el correr mundo hasta dejarle sin un cuarto. Don Celestino está hecho un energúmeno, pues la huida de Norma hará que decaiga mucho su café. En fin, amigo mío; una huida que hará su poquito de ruido.

Peñasco, hablando así, había cogido del brazo a Feliciano y se alejaba con él.

La tarde había terminado ya y la obscuridad iba haciéndose más grande por momentos.

Los reverberos, los fanales de los escaparates y los faroles de los carruajes se encendían, y los vendedores de los periódicos de la noche comenzaban a vociferar por las calles.

Peñasco abandonó a Feliciano muy cerca de la casa de este.

Cuando el joven comenzó a subir la mezquina escalera, solamente alumbrada por la sucia luz de un quinqué, experimentó un sentimiento de vergüenza igual al del hijo pródigo al regresar a su casa.

Su tía debía hallarse en un estado verdaderamente crítico. Tal vez estuviera expirando en aquellos instantes y él llegaría a tiempo para recoger su último suspiro.

Así que llegó a la última meseta de la escalera, vio la puerta de su habitación abierta y sentadas en las sillas del recibidor, junto a la entrada de la sala, algunos hombres y mujeres.

Eran vecinos de todos los pisos.

Aquellas personas, al verle, apenas si le dirigieron un saludo; antes bien, al joven le pareció que le miraban con desprecio.

Al ir a entrar en la sala se encontró frente a la buena vecina, que tenía los ojos enrojecidos. Aquella mujer, obstruyendo con su cuerpo la puerta, le impidió ver el interior de la sala.

Feliciano miró por encima de un hombro y vio... vio a su tía tendida en el suelo sobre una bayeta negra y con el rostro y las manos amoratadas.

Dos cirios chisporroteaban sin producir mucha luz a los lados de la cabeza del cadáver.

El espacio estaba impregnado de ese olor especial que siempre delata la muerte.

Feliciano dio un empujón a la vecina y entró en la sala para arrojarse al suelo junto al cadáver.

Allí lloró; se revolvió como un reptil, y estuvo entregado más de una hora a los espasmos de una crisis nerviosa.

Cuando se serenó un tanto, mientras seguía llorando, la vecina le relató con todos sus detalles la muerte de su tía.

Aunque él estaba ausente, se hizo todo cuanto se pudo.

El médico ordenó un sinnúmero de remedios, se la había sangrado otra vez, pero... nada; doña Luisa murió asfixiada.

Al terminar esta narración, la vecina pasó a tratar otra materia.

Se tenía que pagar al médico, al boticario, y además debía preparar él algún dinero para los gastos del entierro.

Aquello volvió a la realidad a Feliciano.

Sin levantarse del suelo paseó su mirada por la habitación, al mismo tiempo que procuraba reflexionar para conocer el medio de encontrar el dinero que necesitaba.

Pasaron algunos instantes, y por fin dijo con voz desfallecida:

—Véndalo usted todo; todo lo que hay en casa. Las ropas de mi tía, las mías, los muebles... hasta el violín. Así como así, no pienso tocarlo más.

Un idilio nihilista

I

CUANDO ALEJANDRO se despertó tuvo un ligero sobresalto.

Abrió los ojos, incorporose sobre la cama y contempló con asombro aquella estancia que le era desconocida.

Poco a poco la realidad fue disipando las nieblas que el sueño había amontonado sobre su cerebro, y conoció que ya no se hallaba en el tren, sino en el cuarto de la modesta posada.

Su cuerpo se hallaba todavía resentido por el largo viaje, y en sus oídos zumbaban el ronco silbido de la locomotora, el trepidar de los vagones, los chasquidos de las ruedas y el murmullo producido por las insulsas conversaciones de los compañeros de viaje.

Su mirada soñolienta y nublada paseose rápidamente por todos los rincones del mezquino cuarto.

Alejandro, la noche anterior, no había tenido tiempo para fijarse en aquel, pues apenas se encontró solo tendiose rendido sobre la cama, y a los pocos momentos fue presa del sueño.

La habitación que ocupaba el joven no se diferenciaba en nada de las de todas las posadas rusas.

El techo, el pavimento y las paredes eran de madera reforzada con argamasa, y la estancia solo recibía la luz a través de una irregular y mezquina ventana con vidrieras compuestas de cristales de diferentes colores.

Los muebles eran escasos y malos: una cama de álamo vieja y desvencijada, dos taburetes de la misma madera, y un arcón lleno de remiendos y clavos, que lo mismo podía servir para guardar objetos que como mesa o confidente.

Las paredes estaban desnudas de todo adorno, y solo en un rincón y pegado con engrudo veíase el retrato del zar grotescamente pintarrajeado y envuelto en el tradicional manto imperial.

Todo este aspecto que presentaba la habitación lo abarcó Alejandro de una sola ojeada.

Después permaneció inmóvil sobre la cama, hasta que, comprendiendo por la luz que atravesaba las vidrieras que debía ser algo tarde, levantara de aquella de un salto.

El joven habíase acostado sin desnudarse la noche anterior, y presentaba un aspecto muy digno de descripción.

Vestía un traje que en Rusia podría llamarse mixto, pues' se componía de prendas elegantes y prendas rústicas que parecían desdecir de su porte distinguido.

Usaba reloj, y su camisa era tan blanca y fina como la del primer elegante de San Petersburgo; pero en cambio su traje era de paño de tejido grosero, y sus pantalones se escondían dentro de unas altas botas claveteadas, de gruesas suelas y como hechas de encargo para pisar las nieves de los campos.

Sobre el arcón, veíase una gorra felpuda y un abrigo de pieles de los que usan los campesinos y que reciben el nombre de *tulupa*.

La figura de Alejandro era también extraña y mixta.

Su cuerpo era robusto, su estatura más que regular; bajo los pliegues de su traje se delataban músculos rectos y poderosos, y toda su persona respiraba fuerza y energía.

A primera vista parecía vulgar, pero con una poca observación, se conocía que aquel cuerpo encerraba algo grande, algo superior.

Su vista producía el mismo efecto que una caja sencilla de cartón, dentro de la cual comprendemos existen ricas alhajas.

Aquella cabeza bien puesta sobre los hombros, y cuyos principales detalles eran una luenga barba rojiza, y esa nariz pequeña que parece patrimonio de la raza eslava, nada expresaba de continuo; era la cabeza de un hombre vulgar, pero en ciertos momentos sus ojos azulados, que de continuo tenían una expresión fría e indiferente, dejaban escapar como fugaz relámpago una mirada sublime y avasalladora, de esas que solo son propias de los vencedores o los mártires.

Era, generalmente, un joven severo, grave y de pocas palabras; pero en determinadas circunstancias se despojaba de su frialdad, y aparecía momentáneamente con la grandiosidad del apóstol y la firmeza del fanático.

Con esto creemos haber descripto a Alejandro.

Después que este saltó de la cama al suelo, púsose a pasear pensativo por la estancia como aquel que procura orientarse por entre un dédalo de suposiciones y pensamientos.

Por algún tiempo permaneció abismado en sus meditaciones, hasta que dos golpes dados con alguna suavidad en la puerta le sacaron de su abstracción.

Alejandro al oírlos quedose sorprendido, pero inmediatamente descorrió el cerrojo de la puerta, que se abrió, apareciendo en el dintel un

hombre alto, casi hercúleo y de feo rostro, coronado por una crespa e inculta cabellera.

El joven le reconoció al momento; era el mozo de la posada que la noche anterior le había conducido al cuarto que ahora ocupaba.

—Señor —dijo con voz áspera que en vano intentaba dulcificar—, son las once de la mañana, y como no os levantabais...

Y mientras esto decía, el sirviente fijaba con insolencia su torcida mirada en Alejandro, como si pretendiera adivinarle sus más recónditos secretos.

—Gracias —contestó el joven—. Eres un buen muchacho; venías a despertarme, y te agradezco la intención.

—Indudablemente habréis dormido bien, señor Alejandro.

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—La policía lo sabe todo. Esta mañana ha venido un comisario a inquirir si verdaderamente estáis aquí alojado.

—Se conoce que esto está muy vigilado.

—Bastante: y aun así, esos pícaros nihilistas atentan a cada instante contra la vida del zar, nuestro muy amado padre.

Alejandro, al escuchar esto, se inclinó con respeto, siguiendo la conducta del sirviente, y luego este continuó:

—Aquí se sabe todo. ¿Creéis que no se os conoce? Hace algunas horas he sabido por la policía que os llamáis Alejandro Ischerkassy, que sois alumno de la escuela de ingenieros de Moscú que habéis venido a San Petersburgo enviado por vuestros profesores para estudiar no sé qué adelantos mecánicos.

Alejandro, al oír esto, inmutose por un momento, pero luego volvió a aparecer sereno y frío, y sonriendo con benevolencia dijo a su interlocutor:

—¡Por vida del diablo que sabéis mucho!

—Ya os lo dije: aquí lo sabemos todo.

Después de estas palabras los dos quedaron silenciosos como aquel que no sabe qué decir. El sirviente aprovechó aquella pausa para examinar a Alejandro a su gusto, y después, como aquel que procura acabar con una situación enojosa, dijo por fin:

—¿Vais a salir?

—Inmediatamente.

—Pues abrigaos bien; desde muy temprano que está nevando.

Una vez dichas estas palabras, el sirviente juzgó ya como terminada la conversación, e inclinándose, desapareció en el fondo de una oscura galería de madera.

Alejandro, al quedarse solo, se dirigió al arcón, y cogiendo la gorra se la caló hasta las cejas después de envolverse en su *tulupa*.

Al mismo tiempo que hacía esto, murmuraba con acento reconcentrado:

—¡En buen sitio estoy! Este criado indudablemente es de la policía y ha venido a verme solo por examinarme y ver si podía inquirir algo de nuevo. Lo he conocido en su manera de mirar, y en sus palabras melosas en la forma, y amenazantes en el fondo. ¡Maldito país en el que cada sirviente es un espía! Pero... resignémonos. ¿A qué posada u hotel iré de San Petersburgo que no me suceda lo mismo?

Y Alejandro diciendo esto echó una última ojeada a la estancia y salió de ella cerrando la puerta cuidadosamente.

II

CUANDO SALIÓ A la calle sus pies se hundieron en la nieve.

Un velo blanco y movable se cernía a impulsos de frío viento sobre la ciudad y el pavimento de esta; los tejados de las casas y las casi esféricas cúpulas de los templos y palacios aparecían cubiertos de gruesa capa de nieve que por momentos iba engrosando.

Alejandro detúvose, como para orientarse, algunos instantes, y en este tiempo su gorra comenzó a vestirse de blanco, y hasta algunos copos vinieron a enredarse en su lengua y rubicunda barba.

Por fin subiose hasta las orejas el cuello de la *tulupa*, metiose las manos en los bolsillos y comenzó a andar rápidamente, casi pegado a las paredes y con dirección a las afueras de la ciudad.

Poca gente transitaba a aquellas horas por las calles. Como la nevada era fuerte, nadie se atrevía a andar a pie por ellas, y solo de vez en cuando, rápido como una exhalación, pasaba algún trineo arrastrado por caballos que al correr arrojaban espesas columnas de vapor por las narices.

Alejandro, además de esto, veía a cada instante, guarecidos bajo el alero de un tejado o el portal de una casa, polizontes de grandes bigotes y con la galoneada gorra calada hasta los ojos, que al pasar le dirigían miradas escrutadoras.

El joven estudiante apenas si se fijaba en el aspecto que las calles presentaban, y atento solo a la nieve que sin cesar caía, corría más bien que

andaba, procurando siempre evadir los hoyos y malos pasos en los que un hombre podía hundirse hasta los hombros.

De este modo, al poco tiempo Alejandro llegó a una calle de los arrabales en la que las casas no eran abundantes ni ostentosas.

Apenas dio por ella algunos pasos, comenzó a mirar con atención las casas de ambos lados mientras murmuraba:

—Por aquí debe estar la que busco.

Y durante algún rato continuó en sus pesquisas, hasta que por fin parose frente a una casita de dos pisos que debía tener a las espaldas jardín, a juzgar por algunos álamos que, cubiertos de nieve, se asomaban balanceándose por detrás del tejado.

—Aquí es —murmuró Alejandro, y asiendo el aldabón que adornaba la puerta, dio con él dos fuertes golpes y aguardó trazando con el pie figuras caprichosas sobre la alfombra de nieve.

No tardaron en abrir. El portón giró dando fuertes chirridos, y tras él hizo su aparición una viejecita con la cara risueña y amoratada a fuerza de ser roja, y vistiendo el traje propio de las campesinas rusas.

—¿A quién buscáis, joven? —dijo con voz melosa.

—Al profesor Martens.

—Aquí vive; aunque en este momento está como siempre, ocupado, subid, joven, y le veréis.

Alejandro atravesó el portal al oír tal invitación, y junto con la vieja subió por una estrecha escalera, al fin de la cual se encontró con una reducida estancia apenas amueblada.

La vieja acercase a una puerta, y dando en ella dos golpecitos con la palma de la mano, dijo con voz respetuosa:

—¿Señor?

—¿Quién es? —contestó desde dentro una voz áspera y de acento desabrido.

—Un joven que os busca.

—Adelante.

Alejandro entonces empujó la puerta y penetró en la estancia.

Esta era de grandes dimensiones; ocupaba casi todo el piso superior del edificio.

Las paredes desaparecían tras colosales estantes y armarios, los primeros llenos de libros de diversos tamaños, los segundos llenos de botes, redomas e instrumentos de física de todas clases.

Sobre el lienzo de pared, frontero a la puerta, destacábanse en lo alto dos grandes retratos con marco negro y sencillo, y en la parte baja una gran mesa cubierta de papeles, junto a la cual estaba sentado un hombre envuelto en una vieja bata acolchada y hundiendo sus pies en una tupida piel de oso.

El resto de la estancia estaba adornado con algunos sillones, y una estufa de hierro llena de encendido carbón.

Apenas Alejandro entró, el hombre púsose a examinarle detenidamente, y al cabo de algún tiempo le dijo:

—¿Quién sois?

Entonces el estudiante avanzó hasta llegar junto a la mesa, y una vez allí trazó con la diestra en el espacio algunos signos extraños, a los que el hombre contestó de igual modo.

—¿Eres, entonces, el que espero? —dijo este con tono de cariñosa confianza.

—El mismo.

—Tienes buena presencia, y se conoce en tu aspecto que eres hombre capaz de grandes empresas. ¿Cómo te llamas?

—Alejandro Ischerkassy.

—¿Qué edad tienes?

—Veintisiete años.

— Joven, muy temprano has entrado en negocios por los que se arriesga la cabeza; pero se ve en ti decisión y arrojo, y esto basta. La sangre joven es la encargada de libertar a Rusia, y tú puedes hacer mucho por tu patria; acuérdate que lo dice el profesor Martens. ¿Eres del mismo Moscú?

—No; soy de Troitza, y si vivo en Moscú, es porque pertenezco a la escuela de ingenieros. En mi ciudad natal vive mi madre, vieja y sola.

—¿No tienes padre?

—No; murió cuando la última guerra con Turquía en la batalla de Plewna.

—Una víctima más de la ambición de los zares.

Tras estas palabras el estudiante y el profesor quedaron meditabundos, hasta que por fin este último dijo saliendo de su abstracción:

—¿No te han dado nada para mí nuestros hermanos de Moscú?

—Una carta; tomadla.

El profesor tomó el papel que le entregaba Alejandro, y desdoblándolo púsose a leerlo después de hacer a este una señal para que se sentara.

El estudiante obedeció, y mientras Martens leía, púsose a examinarle con ahínco.

Era un hombre verdaderamente extraño. Pertenecía a esa clase de seres humanos, cuyo físico conserva reminiscencias de alguna raza zoológica, pues en su rostro tenía todas las líneas y detalles suficientes para confundirle con un león viejo.

Su frente era pequeña y deprimida, su nariz mezquina, aplastada y latente a cada instante, sus ojos pequeñuelos y rojizos, y para completar la semejanza, su cabellera era larga y de un rojo sucio, y sus bigotes ásperos, cerdosos y erizados.

Era la fiel representación de un león el sabio profesor Martens, pero de un león viejo, pues su cabeza en más de una parte estaba calva, creciéndole la cabellera en mechones aislados, y sus ojos de continuo brillaban con el reluciente fuego de la cuartana.

Su cuerpo era pequeño pero robusto, y sus miembros dejaban adivinar bajo la rugosa piel un tejido completo de nervios y tendones rígidos como las cuerdas de un buque, y capaces de desarrollar en supremos momentos una fuerza bestial y sobrehumana.

Alejandro contemplaba con cierto respeto y admiración supersticiosa a aquel hombre extraño y original.

Adivinábase en él un carácter de hierro y una voluntad absoluta capaz de arrollar los más terribles obstáculos y llevar a cabo las más inconcebibles audacias.

Aquel hombre debía ser inquebrantable en el logro de sus deseos: o realizar lo imaginado, o morir.

Mientras Alejandro contemplaba al profesor Martens y reflexionaba sobre su carácter, este acabó de leer la carta, y dejándola sobre la mesa dijo al estudiante:

—Ya he recibido antes que esta otra misiva en que me hablaban de ti anunciándome tu llegada. Según dicen, eres muy entendido en mecánica.

—He ganado la medalla de honor en la escuela de ingenieros, y mis profesores aseguran que tengo mucha facilidad para la invención.

—Eso es lo que yo necesito, o más bien lo que necesita nuestra gran asociación. Las tentativas contra el zar se repiten, y ninguna produce éxito. Los compañeros te envían para que juntos inventemos algo que corone pronto nuestra obra.

—Estoy dispuesto a todo.

—Poco te toca hacer. Yo tengo lo principal, lo que destruye, el alma de lo que pulveriza; tú has de inventar lo que dirige, el cuerpo que lo contenga. Trabaja, joven, trabaja, que tu invento unido al mío atraerá la libertad sobre

la Rusia, y será causa del triunfo de nuestros hermanos. Alejandro II ya murió destruido por nuestras bombas; es preciso que su hijo sufra igual suerte.

El profesor quedose pensativo algunos instantes y luego murmuró:

—¡La bomba!, ¡la bomba! Esto no respira nada de genio. La bomba es tan mezquina como la ignorancia; por lo voluminosa atrae las miradas de la policía, y los efectos que produce son limitados. Y luego, la pólvora, lo que ya conocían los frailes del siglo XIV; lo que antes conocieron los árabes y los chinos, ¡bah!... una antigualla; mi invento, solamente mi invento puede producir magníficos resultados.

Y al decir esto la voz de Martens fue subiendo de punto, hasta que saliendo de su abstracción le dijo así al estudiante:

—¿Sabes tú lo que me ha costado de inventar ese nuevo elemento de muerte? Yo soñaba con una substancia explosiva cuya menor cantidad fuera capaz de derrumbar una ciudad entera; era mi deseo constante, era mi preocupación fija. ¡Cuántas vigiliass me ha costado el realizar mi ilusión! ¡Cuántas noches he pasado junto al mortero combinando las substancias más diversas para encontrar mi apetecido invento! Muchos ratos de desaliento he tenido que sufrir al experimentar las dificultades de lo desconocido, pero he vuelto mi pensamiento a la Rusia, he pensado en los tiranos que esclavizan al pueblo, y mi esperanza ha renacido para con la fe del iluminado emprender otra vez mi trabajo, hasta que el cansancio ha rendido mis fuerzas. Hoy tengo ya realizado mi proyecto; poseo el elemento para destrozars a nuestro enemigo, y aun si es necesario el palacio que habita. ¡Joven!, trabaja tú ahora, envuelve mi invento con otro tuyo y la victoria será nuestra, pues la patria nos deberá su salvación.

Y el viejo profesor, al decir esto, gesticulaba como un energúmeno y agitaba sus brazos en el espacio preso de febril excitación.

Alejandro le contemplaba con respeto, pues el fanatismo de aquel hombre le admiraba profundamente.

Martens apenas cesó de hablar levantose de su sillón y abrió un pequeño armario que tras este había artificioosamente oculto en la pared.

Algunos frascos correctamente alineados sobre las tablas del armario aparecieron ante los ojos del estudiante.

—Mira esto —dijo el profesor—. Todos los frascos contienen substancias más o menos explosivas. Tenerlos junto a mí es lo que me alegra, pues son mis mejores amigos. Aquí hay pólvora y dinamita de todas clases, y sobre todo aquí guardo mi preciosísimo invento.

Y al decir esto, el viejo cogió un bote de hierro de regulares dimensiones que colocó cuidadosamente sobre la mesa.

—¿Ves esto? —continuó—. Es muy pequeño, y sin embargo si lo arrojará con fuerza sobre el suelo, tú y yo seríamos pulverizados, la casa se fraccionaría hasta lo infinito, toda la calle sufriría igual suerte y más de la mitad de San Petersburgo caería deshecho en ruinas.

El viejo al decir esto estaba verdaderamente espantoso. Sus ojuelos brillaban alegres y sus garras se estremecían como a impulsos del placer.

El estudiante no se sintió conmovido a la vista de aquel terrible bote, y solo le dirigió una fría mirada de curiosidad.

—Eres valiente —dijo Martens—. Otro hombre en tu lugar se hubiera estremecido de horror y miedo.

—Maestro —contestó Alejandro con voz grave y reposada—, la vista de ese frasco no me causa pavor, sino alegría, pues me parece que dentro de él oigo tañer la campana que anuncia la última hora de los zares. Grande es vuestro invento según decís, y yo os juro por Dios que supuesto necesitáis de mí, procuraré auxiliáros con todos mis conocimientos.

—Así se contesta, joven. ¿Cuándo piensas ponerte al trabajo?

—Ahora mismo; vuestras palabras han despertado mi entusiasmo, y en este instante me encuentro capaz de resolver los más difíciles problemas.

—Retírate, pues; pero antes recuerda lo que te he dicho. Lo que necesitamos es una máquina casi imperceptible. Que pueda esconderse en la palma de la mano, y que, sin embargo, en ciertos instantes lance rayos destructores. Algo semejante a la víbora que permanece escondida entre las hojas de la flor, y que de repente clava su lengua ponzoñosa en el incauto que se acerca. ¿Podrás reunir en tu invento tales circunstancias?

—Confío en que sí, maestro.

—¿En dónde vives?

—En una posada, en la que sin duda me vigilan desde que llegué.

—Ten mucho cuidado.

—Hace ya tiempo que esquivo las sagacidades de la policía.

—Anda, pues, y que el Señor marche contigo.

El profesor Martens, al decir esto, volvió a coger el terrible bote, y después de encerrarlo en el armario secreto, se dispuso a acompañar al joven hasta la puerta.

Cuando ambos se encontraron a la mitad de la estancia, el viejo cogió a Alejandro y le dijo en tono de consejo:

—Joven, si sientes desaliento, piensa solo en la sublime misión que tus hermanos te han encargado, y la fe y el entusiasmo volverán a ti. Si la debilidad se apodera de tu inteligencia, acuérdate de este viejo y de mis santos patronos.

Y Martens al decir esto señaló los dos grandes retratos que se ostentaban sobre la puerta.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Alejandro.

—Son dos grandes hombres que no vacilaron en hacer caer la cabeza de un rey para labrar la dicha de su patria. Son Dantón y Robespierre.

Tras esto los dos callaron, y silenciosos encamináronse a la puerta; pero al llegar junto a ella se abrió, penetrando en la estancia una joven cuidadosamente abrigada, y llevando todavía sobre el sombrero algunos copos de nieve.

—¡Buenos días, padre! —dijo al entrar—. Vengo del anfiteatro anatómico, y mi amiga Olga me ha conducido en su trineo hasta aquí.

La joven fue a continuar hablando, pero al notar la presencia de Alejandro callose como avergonzada y bajó los ojos.

El viejo Martens se sonrió, y haciendo en el espacio la misteriosa seña, dijo a su hija:

—Es un amigo.

Entonces la joven levantó la cabeza, y mirando gravemente al estudiante repitió la seña, a la que este contestó.

El profesor cogió las manos de ambos jóvenes y díjoles así, respectivamente:

—Esta es mi hija Catya, alumna de la escuela de Medicina. Alejandro Ischerkassy, eminente mecánico al que aguardábamos hace días. Y ahora que ya os conocéis —continuó el viejo— daos el beso fraternal.

Catya al oír esto presentó su frente a Alejandro que ceremoniosamente estampó en ella un tímido beso.

Después el joven se dispuso a salir.

—Adiós, hermanos —dijo inclinándose de un modo extraño.

—Que pronto te veamos por aquí, y no olvides mis encargos —contestó el profesor.

Y este y su hija acompañaron hasta la escalera a Alejandro, que atravesando la puerta de la calle desapareció.

III

CUANDO ALEJANDRO penetró en su habitación de la posada, arrojó su tulupa y la gorra al suelo, y se pasó las manos por la frente como aquel que pretende arrancar de su pensamiento una preocupación.

A pesar del frío y de la nieve, su rostro estaba sudoroso y tenía todo el aspecto del que está sufriendo una penosa gestación cerebral.

El joven estudiante estaba excitado por las palabras del viejo Martens.

El profesor había mezclado a su habitual frialdad una gran dosis de entusiasmo, y Alejandro a impulsos de este agitaba su cerebro con oleadas de pensamiento, y buscaba aún en los últimos rincones de su imaginación el medio de inventar aquella diminuta máquina que sirviera como de complemento a la sustancia explosiva de Martens.

El deseo de ser útil a sus hermanos le dominaba; además se sentía víctima de otra preocupación.

Catya le había impresionado bastante.

Alejandro era un hombre completamente virgen de las pasiones de la juventud.

Primeramente los estudios, y después las cuestiones nihilistas habían absorbido toda su existencia.

Alejandro nunca había sido joven.

A todos los que con él hablaban les causaba gran extrañeza aquel rostro fresco y lozano, que jamás se descomponía a impulsos de una sonrisa.

Sus amores habían sido los libros y la mecánica, toda su correspondencia cariñosa se había limitado a las cartas que de vez en cuando remitía a su madre.

Amaba una sola cosa: la Rusia; pero con un amor fanático y tranquilo, con un amor semejante en sus fines al del médico que amputa un miembro al cliente con objeto de salvarle de la muerte.

Catya, la hija de Martens, como antes hemos dicho, produjo alguna impresión en el ánimo de Alejandro.

Este se extrañaba verdaderamente de aquello. Se decía interiormente que era una niñada impropia de hombres serios, pero de continuo veía en su memoria con los ojos del pensamiento aquel rostro hermoso aunque grave, aquellos ojos azules y profundos, aquella cabellera rubia y reluciente, y sobre todo, aquella frente tersa cuya fina piel había rozado con los labios.

Aquel pensamiento era el que le preocupaba fuertemente, borrando al mismo tiempo de su imaginación parte de la actividad desplegada para encontrar el apetecido invento mecánico.

Alejandro luchaba interiormente para despojarse de aquel recuerdo que le impedía encontrar la forma de la máquina que deseaba Martens. Por fin, llamando en su auxilio las palabras de este que aún vibraban en su oído, pudo lograr la victoria.

Acordose de Rusia, del zar y de sus hermanos de asociación, y la imagen de Catya borrose por completo de su memoria.

Lleno de fe púsose a pensar en el futuro invento, y para ensimismarse mejor y concentrar sus facultades en la misma idea, sentose sobre el viejo arcón y apoyó su cabeza entre las manos.

Largo tiempo permaneció así, y su cerebro trabajó sin cesar a impulsos del deseo.

Todos los sistemas mecánicos desfilaron ante su pensamiento, acompañados de un verdadero ejército de muelles, tornillos, espirales y engranajes.

De vez en cuando el joven se acordaba del viejo profesor, y del recuerdo de este pasaba al de su hija; pero apenas esto sucedía, llamaba en su auxilio a las ideas patrióticas, y la mecánica volvía a presentarse con toda su esplendidez.

Alejandro hacía trabajar mucho a su pensamiento.

Las venas de su frente se hinchaban como bajo el poder de una idea secreta, y sus sienes latían cual si no pudieran resistir las agitaciones continuas del cerebro.

Por fin el rostro del joven se iluminó con una expresión de alegría que no llegó a convertirse en sonrisa, y sus ojos brillaron con el gozo del sabio que ha encontrado la solución de un problema.

Alejandro había dado con el invento destinado a satisfacer los deseos de Martens.

Entonces su pensamiento, completamente libre de las meditaciones científicas, volvió a fijarse en la hija de aquel.

El estudiante llegó a asustarse de esto.

—¿Estaré yo enamorado? —se preguntó con extrañeza.

Y luego, como para disipar el sobresalto que esta misma pregunta le causaba, murmuró:

—Vamos a comer; estos pensamientos no son más que delirios hijos de la debilidad del estómago y de la fatiga intelectual.

Y Alejandro, después de decir esto, salió de la habitación y siguió a lo largo de la galería hasta llegar al comedor de la posada.

IV

EL PROFESOR MARTENS experimentó una verdadera alegría cuando al día siguiente Alejandro, con su elocuencia razonada y su lógica incontestable, le fue explicando el mecanismo de su invento y demostrando sus infinitas ventajas.

—¡Bravo!, joven —dijo el viejo entusiasmado—. Así se trabaja; tu máquina es inimitable, lo que demuestra que posees las cualidades de los hombres eminentes que cuando trabajan lo hacen todo pronto y bien. En celebración de tu invento quédate hoy a comer con nosotros.

Alejandro acogió con alegría la invitación del profesor.

La esperanza de ver a Catya le causaba una secreta alegría.

Su imaginación, después de despojarse de las preocupaciones mecánicas, solo trabajaba a impulsos de una sola idea.

El joven estudiante había sufrido en la noche anterior una completa transformación.

Durmiendo había soñado, cosa impropia de su temperamento, nada afecto a la preponderancia nerviosa.

En sueños había visto a Catya caminando sobre nubes, rodeada la cabeza de luminosa aureola y tal como él habíase figurado siempre la imagen de la futura Rusia en sus momentos de fiebre revolucionaria.

Cuando la hija de Martens vino de la escuela de Medicina y le dirigió un saludo, el joven sintió que su cuerpo se estremecía.

Ya no quiso dudar más; aquellas sensaciones le eran desconocidas, y comprendió que debían formar aquel afecto que muchas veces había llegado a sus oídos con el nombre de amor.

Mientras permaneció en la mesa, solo se ocupó en mirar de vez en cuando a Catya sin pronunciar palabra alguna.

Martens, en cambio, se encargaba de llevar la parte principal de la conversación y hablaba sin cesar de la nación y del zar, y forjaba planes tan llenos de entusiasmo como bárbaros y sangrientos.

Alejandro en tanto se sentía como en otra vida.

El corazón parecía quererle saltar del pecho; su cerebro estaba como envuelto en nubes de color de rosa; las palabras de Martens (a quien no

atendía) sonaban en su oído como música incomprensible y deliciosa, y no se ocupaba más que en fijar sus ojos en el hermoso y grave rostro de Catya.

Esta permanecía impasible ante las miradas del estudiante; pero este, que algunas veces bajaba el rostro como avergonzado por tal impasibilidad, la sorprendió en dos o tres ocasiones con los ojos fijos en él.

Cuando terminó la comida, el viejo Martens se levantó y dijo a los jóvenes:

—Bajad al jardín; el aire de la tarde os será de provecho. Yo, en tanto, voy a repasar los diseños que me ha entregado de su máquina.

Catya y Alejandro bajaron al jardín.

Este era sombrío y melancólico. Lo componían algunos álamos de secular altura, y el suelo estaba cubierto por un musgo oscuro y tupido.

En el centro del jardín alzábase una estatua bastante deteriorada representando a Espartaco rompiendo las cadenas de la esclavitud; estatua que el viento y las lluvias se habían encargado de cubrir de un moho verdoso.

Los dos jóvenes dieron algunos paseos por el jardín, y su conversación versó sobre los males de la patria y los grandes trabajos que todavía se habían de llevar a cabo para colocar a esta a la altura del resto de Europa.

Pero a pesar de la gravedad del asunto, los dos al hablar se miraban, y Catya parecía haber depuesto parte de su serenidad.

Aquellas miradas fueron comprendidas por los dos.

Lo que unos amantes de raza latina hubieran encerrado en frases ardientes y en suspiros lánguidos, aquellos hijos del Norte lo expresaban en miradas intensas, aunque tranquilas.

Estas equivalieron a una declaración de amor.

Desde aquel momento Alejandro y Catya se consideraron como amantes, sin decirse una sola palabra que declarase su pasión.

Hablaron de mil distintos asuntos, atravesaron varias veces en distintas direcciones el jardín, y por fin llegó un instante en que cesaron en su conversación, parándose para mirarse con esa perplejidad del que queriendo decir una cosa se siente cohibido interiormente.

En aquel instante el sol, rompiendo los nubarrones plomizos que se amontonaban en el cielo, derramó una luz pálida y amarillenta sobre el jardín.

Catya y Alejandro se miraron silenciosos durante un buen rato, hasta que por fin la primera, como herida de una conmoción interior, arrojase sobre el joven, y apoderándose de una de las manos de este, dijo con una voz apasionada que no parecía propia de su carácter:

—¿Me amáis mucho, Alejandro?

—Hasta la muerte —contestó el estudiante.

Y al decir esto, levantó la mano como para tomar por testigo de sus palabras al sol que les envolvía con sus hilillos de oro a través de las nieblas del cielo y de los árboles del jardín.

Desde aquella tarde Alejandro no cesó de acudir un solo día a casa de Martens.

El viejo profesor tenía de continuo ocasión para hablar con él de su tema favorito y enseñarle a cada instante aquel armario secreto que tan terribles efectos guardaba.

Alejandro había sufrido un cambio radical en su carácter, reemplazando su antigua sagacidad con una continua distracción.

El amor le había ensimismado, y cuando todas las tardes salía de su vivienda con dirección a la casa de Martens, no lograba reparar en que le seguía un hombre que no era otro que el criado de la posada.

El joven estudiante estaba cada vez más enamorado de Catya.

¡Qué momentos de felicidad experimentaba Alejandro!

Mientras el profesor estudiaba en su biblioteca, él, con su amada del brazo, se paseaba por el jardín, embriagándose con la luz de aquellos ojos y el sonido de aquella voz grave y argentina a un tiempo.

La elevación de ideas de Catya, su refinado idealismo y aquel amor a la Rusia causaban grande impresión en el alma del estudiante, quien a cada momento descubría nuevos tesoros ocultos en el interior de su amada.

¡Qué tardes tan felices!

En algunos instantes Alejandro y Catya se olvidaban de su patria, circunstancia verdaderamente extraordinaria.

Muchas veces los dos, perdiendo su habitual serenidad, corrían por entre los árboles; otras se sentaban en un banco de piedra al pie de la estatua de Espartaco, y allí, contemplando el sol poniente o las nieblas de la noche, cantaban a media voz y en delicioso coro un himno revolucionario compuesto por un poeta nihilista amigo de Alejandro.

Los días eran entonces muy cortos para este, pues solo los pasaba en la contemplación o recuerdo de Catya.

Poco a poco iba olvidándose de todo, y solo alguna vez el recuerdo de sus amigos y de la misión que le habían confiado asaltaba fugazmente su imaginación; así es que quedó sorprendido cuando una tarde en que, como de costumbre, se paseaba con Catya por el jardín, le llamó Martens para decirle:

—Joven, el momento de que terminemos por completo nuestro invento se acerca. Sin decirte nada encargué a un herrero de la asociación que forjase las piecitas de tu máquina con arreglo al diseño que me diste, y hoy las tengo en mi poder.

Y al decir esto, el viejo enseñó al estudiante un papel que contenía unos pedacitos de hierro de diversas formas.

Alejandro al verlos se sintió poseído de su curiosidad de mecánico, y púsose a examinarlos con detención.

—Esto está mal —dijo por fin—. El herrero ha trabajado las piezas burdamente y es preciso pulirlas para que engranen.

—¿Cuándo piensas montar la maquinilla?

—Esta noche misma. En mi equipaje tengo herramientas para ello.

—Hazlo, pues. Mañana la cargaremos con la substancia de mi invención, y podré presentarla al comité ejecutivo de la asociación. Pierde cuidado, que no tardará mucho en ser arrojada por un brazo robusto a los mismos pies del zar.

Aquella misma noche al retirarse Alejandro a su posada, llevaba en los bolsillos de la *tulupa* las piezas de su invento.

Cuando salió de la casa de Martens no reparó en dos hombres que estaban medio ocultos en un portal inmediato.

Eran el mozo de la posada y un capitán de policía.

—Ahí va nuestro hombre —dijo este al ver a Alejandro—. Procura espíarle esta noche y avisarme si ves en él algo de extraño. Yo aguardaré con algunos agentes a la puerta de la posada.

—¿Se han confirmado las sospechas, capitán?

—Sí. Esta mañana uno de los nuestros ha visto al herrero Kotzebue, sospechoso de nihilismo, forjar unos hierrecillos con destino al profesor Martens. Este se sabe ya cierto que pertenece a la misteriosa asociación lo mismo que su hija, y es casi seguro que el estudiante Ischerkassy también es nihilista. De la amistad de un estudiante de mecánica y de un químico eminente, que no aman al zar, ¿puede resultar otra cosa que una máquina infernal?

—Decís bien, capitán.

—Ve, pues, a vigilar a tu huésped y no olvides en caso extraordinario que abajo estoy yo.

APENAS ALEJANDRO entró en su cuarto y cerró cuidadosamente la puerta, abrió el viejo arcón que contenía su equipaje, y sacó algunas herramientas con las que se dispuso a trabajar.

Puso sobre la cama el papel que contenía las piezas de su invento, y comenzó a limarlas y a ajustarlas unas con otras con sin igual cuidado.

La tarea era difícil. Las piecitas se escapaban a cada instante por entre los gruesos dedos de Alejandro, y este tenía que hacer grandes esfuerzos de habilidad para conseguir realizar su trabajo.

El estudiante estaba entregado por completo a aquella tarea que absorbía toda su atención.

De otro modo hubiera notado que la puerta se movía como si sobre ella se apoyara algún cuerpo humano.

Sin duda el criado de la posada le estaba espionando por el agujero de la cerradura.

Alejandro no percibió aquel detalle, y siguió trabajando con ardor durante una media hora.

En este espacio de tiempo la diminuta máquina fue tomando forma poco a poco, y sus piezas y engranajes uniéndose unos a otros.

Poco faltaba ya para que Alejandro acabase de arreglarla cuando sucedió una cosa que hizo cambiar por completo la escena.

La cerradura de la puerta crujió como si en ella hubiesen introducido una llave; el estudiante, al apercibirse de ello, de un salto se colocó en el centro de la estancia, y aquella por fin se abrió, dejando ver sobre el dintel al mozo de la posada y a un grupo de hombres con uniforme militar.

Alejandro dióse inmediatamente cuenta de la situación. Conoció que era la policía que venía a prenderlo, y no estando dispuesto a entregarse, metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y sacó un revólver y apuntó con él a uno de los polizontes que llevaba insignias de capitán.

—Daos preso, en nombre del zar —dijo este con voz enérgica, y al mismo tiempo arrojose sobre el estudiante, que con el deseo de defenderse disparaba su revólver.

El capitán, al arrojarle sobre el nihilista, desvió el brazo de este, y la bala fue a clavarse en el techo.

Alejandro no pudo ya resistirse.

Sintiose agarrado por un sinnúmero de brazos que le arrojaron bruscamente al suelo para atarle de manos y hacerle salir a empellones de la estancia.

Al salir vio una cosa que le hizo experimentar una fuerte emoción.

El capitán tenía entre sus manos la maquinilla que él había dejado sobre el lecho, y murmuraba:

—No andaba yo desorientado en mis sospechas. ¡Una máquina infernal! Me lo imaginé desde el primer instante. Este es el mecánico que la construye, falta ahora el químico que la llena. Conduzcamos a este joven al cuartel y después iremos en busca del viejo nihilista.

.....
.....

A las once de la noche, el profesor Martens estaba en su biblioteca leyendo el periódico clandestino de la asociación, cuando sonó un golpe de aldabón en la puerta de la calle.

—A estas horas —murmuró el viejo— no puede ser más que algún compañero que me necesita. Mi sirvienta Iwana se encargará de abrirle.

Y abandonó la lectura para aguardar al recién llegado. Pasaron algunos instantes sin que nada viniese a turbar el silencio de la noche, hasta que de pronto la escalera de madera que conducía a la biblioteca desde el piso bajo, comenzó a conmovirse con un buen número de fuertes pisadas.

Aquello alarmó a Martens, pues al momento pudo conocer que eran muchos los que subían.

Levantándose del sillón fue a abrir la puerta de la biblioteca, y apenas esto hizo cuando vio ante sí los fieros rostros y los chacós de los agentes de policía.

—¿Qué queréis, señores? —dijo el profesor bastante sorprendido.

—En el nombre del zar daos preso —contestó adelantándose el capitán.

—¿Y qué motivo hay para ello?

—Estáis acusado de maquinar contra la vida del amado padre. Tenemos prueba de ello.

Al oír esto el viejo Martens transformose por completo. Sus terribles ojuelos centellearon, su roja melena se erizó, y con la actitud de la fiera que se dispone a la defensa, fue retrocediendo hasta llegar a su mesa de estudio.

—Dejaos de resistencias —dijo el capitán—. Venimos dispuestos a reduciros a prisión como a Alejandro Ischerkassy, y además a registrar vuestra casa para ver si damos con cierta substancia explosiva, con la que sin duda pretenderíais cargar la máquina de vuestro amigo el mecánico.

Y al decir esto, los agentes de policía, precedidos por su jefe, penetraron hasta la mitad de la estancia revólver en mano y apuntando a Martens.

Este, al oír las últimas palabras del capitán y ver que con los suyos avanzaba en actitud hostil, transformose hasta adquirir un aspecto horrible.

—¡Cómo, miserables! —gritó con voz ronca—, ¿queréis apoderaros de mi invento? Esto es imposible. Me cuesta muchas inquietudes y desvelos, y no sois vosotros los destinados a apoderarse de él. Además es mi alegría, es mi medio de alcanzar la gloria. ¡Ay de aquel de vosotros que pretenda apoderarse de mi invento!

Y el viejo al hablar así gesticulaba como un energúmeno, y agitaba furiosamente los brazos que, a la luz de una mezquina lámpara que alumbraba la estancia, semejaban garras de un enorme pulpo dispuesto a enroscarse.

Los agentes de policía, sin hacer caso de sus palabras y fiados en la superioridad numérica, avanzaron dispuestos a apoderarse del viejo a viva fuerza.

Entonces este gritó con voz potente:

—¡Cobardes! Me atacáis viéndome solo y desarmado, pero vais a ver cómo se defiende un hombre de ciencia. ¿Queréis conocer mi invento? Pues voy a cumplir vuestro deseo. Disponeos a volar por el espacio en compañía de medio San Petersburgo.

Y el viejo, al decir esto, tocó el resorte oculto en la pared, y abalanzose al armario secreto que se abrió rápidamente.

El capitán, al ver los numerosos frascos y redomas que aquel contenía, comprendió la intención del profesor, vio que este iba a coger uno de los botes, temió por su vida y la de muchos, y oprimiendo el gatillo de su revólver hizo fuego sobre Martens.

Las paredes se conmovieron con el ruido de la detonación, y el profesor, dando un rugido, cayó muerto con la cabeza destrozada sobre la piel de oso que cubría el pavimento junto a la mesa.

Apenas esto sucedió, oyose un grito dado al otro extremo de la casa, y a los pocos instantes una mujer medio desnuda penetró corriendo en la estancia.

Era la hija de Martens. Al ver el cadáver y la sangre de su padre, su rostro perdió su grave dulzura para animarse con la feroz expresión propia del que le dio el ser, y con acento desgarrador exclamó:

—¡Asesinos! ¡Miserables!

Después, como si se ahogara por momentos, su pecho se agitó rápidamente, y por fin estallando en sollozos cayó de rodillas junto al cadáver de su padre, al que abrazó fuertemente.

Entonces el capitán acercose a ella, y poniéndole sobre uno de los hombros su tosca mano, dijo con acento frío:

—Catya Martens, pertenecéis a la asociación nihilista y sois cómplice del atentado que aquí en vuestra casa se preparaba contra el zar. Sois por lo tanto enemiga del orden. Vestíos y seguidme.

VI

¡CUÁN TRISTES son las llanuras de Siberia!

La mano de Dios parece que ha trazado sobre ellas el signo de la esterilidad para proporcionar a Rusia un infierno en el que pueda hacer sufrir eternamente a los desterrados moscovitas y polacos.

El cielo de continuo deja caer sobre gran parte de ellas una nube de nieve.

No parece sino que los espíritus de los infelices cuyos esqueletos yacen sobre las frías estepas siberianas, derraman sin cesar lágrimas, escondidos tras las brumas del espacio, sobre el teatro de su martirio.

En Siberia todo es simbólico, hasta la noche. Su eternidad tiene semejanza con las ilusiones del desterrado, y sus auroras boreales rojas y encendidas, recuerdan la sangre que arrancan de las espaldas de los condenados los golpes del cosaco.

En una dilatada llanura del departamento de Irkutsk, el más estéril y miserable de Siberia, álzase un grupo de cabañas mezquinas y ruinosas, que habitan un corto número de deportados de ambos sexos.

Es una verdadera madriguera de seres olvidados del mundo y embrutecidos por el aislamiento, que en algunos instantes, recordando su vida pasada, lloran lágrimas de desesperación o profieren palabras de rabia y venganza.

Una tarde en que por rara casualidad el cielo estaba despejado, la tierra seca y lucía en el espacio un sol débil y amarillento, una mujer sentada a la puerta de una de las chozas dejaba vagar sus miradas por la amplia llanura cuyos límites se confundían allá a lo lejos con el horizonte.

Era joven, y sin embargo su rostro estaba envejecido prematuramente por el dolor y la fatiga.

Sus ojos, de un azul oscuro y hermoso, brillaban con la luz de una fiebre interior; sus miembros estaban sumamente enflaquecidos, y a pesar del viejo traje de pieles con que se cubría, su cuerpo tiritaba continuamente.

La mujer permanecía inmóvil, y al ver su mirada distraída podía asegurarse que su espíritu no estaba en Siberia, sino que en alas del recuerdo volaba hacia la querida patria.

De pronto la joven dejó de pasear sus ojos vagamente por el espacio, y los fijó en un punto negro que apareció en el horizonte y fue poco a poco creciendo hasta convertirse en una mancha que se destacó sobre el cielo envuelta en nubes de polvo.

Aquello debía ser una caravana que marchaba a paso bastante acelerado.

Al mismo tiempo que la mujer, apercibiéronse de la novedad los demás habitantes de las cabañas, y en las puertas de esta aparecieron algunos seres desarrapados y con el sello indeleble de la miseria marcado en todo su cuerpo.

Cuando transcurrió un buen espacio de tiempo, la caravana acercose hasta el punto de que pudiera verse el aspecto de los que la componían.

Era una conducción de presos que atados unos con otros marchaban bajo la vigilancia de un escuadroncillo de cosacos que hacían caracolear en derredor de ellos sus feos y velludos caballos.

La vista de la caravana produjo un penoso efecto en los habitantes de las chozas.

Eran infelices deportados que iban a sufrir una suerte tan terrible como la de ellos.

A los pocos instantes la triste comitiva llegó a la miserable colonia y continuó su marcha sin descansar.

La mujer fijaba su vista con ansiedad en aquellos infelices que por entre las largas lanzas de los cosacos desfilaron junto a ella.

Vio jóvenes y viejos que a pesar de las fatigas de la marcha y de las cadenas que arrastraban tenían un continente noble, firme y decisivo como queriendo demostrar que no les arredraba la sentencia del zar.

La joven de repente dio un grito. Acababa de fijarse en un hombre que a pesar de no ser viejo tenía la cabellera y barba casi blanca, y que la miraba con ternura y cariño.

—¡Alejandro! —gritó la mujer con alegría.

—¡Catya querida! —contestó aquel en el mismo tono.

Y los dos, al hablar así, hicieron un movimiento como para abalanzarse el uno sobre los brazos de la otra.

Alejandro intentó separarse de la caravana arrastrando al compañero al cual iba unido por fuerte cadena, pero en el mismo instante un cosaco le dio en la cabeza dos fuertes golpes con el regatón de su lanza, y el joven, con ademán resignado, continuó marchando entre los presos, no sin antes dirigir a Catya una tierna mirada de despedida.

Esta, sin fuerzas para sostenerse, tuvo que apoyarse en su compañera para no caer.

—¿Adónde van? —le preguntó con ansioso acento.

—Creo que a trabajar en las minas de azogue.

Catya entonces se puso a llorar contemplando la caravana que ya se alejaba de la colonia.

La infeliz comprendía el misterio terrible contenido en aquellas palabras.

Son tantas las fatigas que se sufren, y tal la naturaleza del trabajo en dichas minas, que ninguno de los infelices a quienes se condena a funcionar en ellas vive más allá de dos años.

Marinoni

A mi amigo Ramón Ortega.

I

JOSÉ NO TENÍA otro amor ni otra familia en el mundo que aquella máquina, junto a la cual había pasado casi toda su existencia.

Todas las mañanas, cuando a las ocho atravesaba el portal de la imprenta y entraba en aquel patio sucio y húmedo, a cuyo fondo a través de la claraboya de ennegrecidos cristales jamás llegaban los rayos solares y en el centro del cual alzaba orgulloso aquel ser de complicada organización nacido en los talleres de la casa Marinoni, lo primero que hacía era plantarse junto al centro de ella, contemplarla repetidas veces de un extremo a otro con verdadera fruición, y por fin darle una palmadita como el *jockey* que acaricia al caballo antes de empezar la carrera.

Aquel organismo de hierro, como antes hemos dicho, lo era todo para José. Una parte de su espíritu estaba en la máquina.

Él no tenía familia alguna ni amaba a nadie, excepción hecha de su Marinoni; no defendía ninguna clase de ideal; los hombres eminentes solo le inspiraban indiferencia, y si profesaba respeto y veneración a alguien era al que había fabricado aquel complicado mecanismo.

Cuando hablaba con alguien de su máquina, lo hacía con la fruición propia del libertino que describe a una beldad.

—¡Oh! Es una hermosa máquina, una verdadera Marinoni, dulce y sumisa, que siempre está dispuesta a obedecer y que puede manejarla un niño. Yo la cuido mucho.

Y si esto lo decía allí junto a la máquina, hacía que su interlocutor se fijara en lo coruscantes que estaban las piezas doradas; la fijeza de los tornillos en sus tuercas, lo engrasadas que se encontraban las ruedas y lo bien puestas que aparecían las cintas.

No era de extrañar el buen estado en que se encontraba la máquina: todas las mañanas, apenas llegaba él a la imprenta, hacía poner en movimiento a todo el departamento que tenía bajo sus órdenes.

Los aprendices, con su mandil lleno de negras manchas, cogían precipitadamente las piezas que José iba destornillando para limpiarlas con sumo cuidado, pues aquel hombre de carácter dulce y hasta resignado se volvía irascible y cruel siempre que se trataba del cuidado de su máquina, y era muy capaz de dar de cachetes por una mancha que quedase en el dorado, o una garruchita que no estuviese engrasada.

En las horas que la máquina no funcionaba, José prefería a pasearse o hablar con los empleados de la casa, sentarse en un estribo de la máquina; y

allí, con la cabeza entre las manos, permanecer tiempo y más tiempo en una especie de sonambulismo vago y vaporoso, en el cual la única idea dominante era su hermosa Marinoni.

Algunas veces, José, con los ojos de su imaginación, veía aún el momento en que entró por primera vez en la imprenta.

Su madre, aquella viejecita enteca y arrugada que ya había muerto hacía muchos años, se presentaba al dueño del establecimiento llevando de la mano a un muchacho de doce años, con la cara eternamente asombrada y sucia y el pelo enmarañado, que era él.

Después pensaba en sus tiempos de aprendiz, en la máquina antigua y en el señor Agustín, el maquinista, aquel vejete borracho que le tiraba de las orejas por costumbre y aunque no cometiera falta alguna.

Cuando cansado de hacer correrías por los tiempos pasados volvía los ojos al presente no podía menos de sentir cierta satisfacción.

Ahora se veía en el apogeo de su carrera, siendo maquinista de uno de los periódicos de más circulación en la ciudad, y teniendo a su disposición una Marinoni que tiraba cuatro ejemplares a cada vuelta de rueda.

Aún recordaba el instante en que instalaron en la imprenta la nueva máquina.

Desde aquel día, le fue cobrando cada vez más afecto, hasta que por fin terminó haciéndola el objeto de todas sus adoraciones.

La máquina era su novia —como él mismo decía muchas veces— y le guardaba regalos de mucho valor.

Un día en que se descuidó un poco José, el engranaje de dos ruedas le cortó un dedo de la mano izquierda.

Siempre que el maquinista recordaba este episodio, decía a aquel ser de hierro, sonriéndose:

—Como todo lo que es femenino, cumples tu misión de devorar al hombre.

Nadie recordaba en la imprenta que José hubiera dejado un solo día de estar junto a la máquina.

Cuando se sentía indispuesto por cualquier enfermedad ligera, sacaba todas sus fuerzas y abandonaba la cama para entrar a la hora de costumbre en el patio sucio y húmedo, y hacer trabajar a su Marinoni.

Así habían transcurrido los años. José no tendría más de treinta, pero era un hombre de cuerpo gastado por la soledad y el trabajo, y tenía en el bigote y el cabello muchas canas.

Su rostro, de ordinario, no tenía otro rasgo digno de llamar la atención que aquel aire de asombrado que conservaba aún de cuando niño; pero había que verle en el momento supremo del cumplimiento de sus funciones, o sea, a la hora en que se hacía la tirada del periódico.

Este era nocturno, y las más de las veces su tirada se tenía que hacer con la mayor precipitación por haberse retrasado aguardando las noticias de última hora.

A las seis y media de la tarde José encendía el motor que daba fuerza a la máquina, y después aguardaba a que fuesen ajustadas las *formas* en la platina.

Después, cuando todo estaba listo, empuñaba el mango del disparador y toda la máquina se ponía en movimiento.

La doble correa que iba desde el motor hasta el volante se ponía en tensión, y todas las ruedas y demás piezas de la máquina comenzaban a moverse primero con gran calma y al poco rato con velocidad cada vez más creciente.

Los *marcadores* se encaramaban sobre los tableros y a ambos lados de la máquina, y allí con una plegadera iban separando de los dos montones de blanco papel grandes pliegos que desaparecían en las entrañas de la máquina, devorados por los dientes de dorado metal de esta, para aparecer al poco rato ennegrecidos bajo la capa de pensamientos representados por las letras.

Todo el edificio se conmovía con aquel estruendo verdaderamente infernal que la máquina producía al funcionar.

Las paredes del techo temblaban como si fueran débiles membranas bajo la impresión de aquellos golpes secos y estridentes, y aquellos que se encontraban más cerca de la Marinoni sentían al poco rato un zumbido dentro de la cabeza que les producía desvanecimiento.

Las garruchas, los cilindros y los rodillos daban vueltas con vertiginosa rapidez; la platina se lanzaba con furia de un extremo de la máquina al otro, como si quisiera escapar de aquellas ligaduras de hierro que la obligaban al continuo movimiento, y las piezas que regulaban la marcha de las ruedas dentadas subían y bajaban con precisión matemática con esa calma propia del que no se siente aturdido por el estruendo que reina a su alrededor.

La máquina cantaba al rodar. Esta observación la había hecho José repetidas veces. Lanzaba un grito débil, semejante a un murmullo que poco a poco iba creciendo hasta convertirse en un rugido que terminaba en un golpe seco, y después volvía otra vez a bajar la voz para repetir el mismo canto.

Había veces que José acompañaba con su cabeza la cantinela del ser de hierro con la misma fruición del *dilletanti* que repite mentalmente el pasaje más interesante de una ópera.

Aquello le valía al original maquinista el ser considerado en la imprenta como un hombre que no tenía la cabeza tan sana como fuera de desear.

En efecto, José tenía ideas muy raras. Siempre que funcionaba la Marinoni, se convencía de que aquel organismo de hierro tenía alma y hasta inteligencia, y de que le amaba como una joven apasionada a su amante.

Tales pensamientos eran hijos del predominio que en José tenía la imaginación sobre las demás facultades mentales.

De vez en cuando cogía uno de los pliegos impresos que arrojaba la máquina y los examinaba para ver si la tirada seguía bien.

Siempre se marcaba en su rostro una sonrisa de satisfacción, que parecía decir:

—¡Oh! Esta Marinoni. Siempre lo mismo, siempre fiel a su amigo.

Pero cuando verdaderamente había que ver a José era en las noches que el periódico se retrasaba a entrar en máquina.

Los vendedores se arremolinaban impacientes en derredor de la máquina, protestando de la tardanza, y algunos de ellos acosaban al administrador, que con la pluma tras la oreja, los lentes caídos y el aire azorado, corría de un lado para otro, parándose a cada instante frente al reloj.

¡Ah! ¿Qué hora era aquella que sonaba? Las ocho.

Era preciso sacar el periódico a la calle cuanto antes.

Allá arriba, en un viejo balcón que se veía en lo más alto del patio, asomaba el director del periódico su cabeza de moro, adornada con negros bigotazos un tanto canos, para llamar a José.

—¿Qué quiere usted, don Raimundo? —contestaba este.

—Tirad aprisa, aprisa, aunque se rompa la máquina. Es ya muy tarde.

¡Gran Dios! ¡Qué estruendo se armaba apenas sonaban tales palabras!

José daba más fuerza al motor, y el volante giraba con tal rapidez, que era imposible mirarle sin sentir la impresión del vértigo. La máquina aullaba como protestando de aquel abuso de sus servicios, y sus mil piezas, al moverse, daban quejidos, amenazando con desunirse.

En aquellos momentos había que ver a José, que a la sucia luz del gas, con el rostro tiznado de tinta y mandil mugriento, semejaba a un gnomo de las leyendas, agitándose en una danza infernal.

Corría de un extremo a otro de la máquina, vigilaba a los aprendices que recibían los pliegos al salir impresos, y daba órdenes a los *marcadores*, que apresuradamente arrojaban blanco papel en las fauces de aquel monstruo, cuyo apetito se iba haciendo cada vez mayor.

José parecía un cuerpo de goma que la fuerza de la máquina arrojaba de un lado para otro.

Con la cabeza acompañaba, como siempre, los rápidos vaivenes de la platina, y en algunos instantes llegaba a manifestar su pensamiento con monólogos incoherentes que apagaba el estruendo de la máquina.

—¡Adelante!, ¡adelante!, Marinoni mía... Cómete todo el papel blanco que hay en la casa... Vamos, date prisa, que ya es muy tarde... Así, no: debes andar más aprisa; a ver esos golpes... Eso es, rom, rom... eso es... rom, rom.

Y como un director que marca con la batuta los sonidos de la orquesta, José, para estar contento, necesitaba que el canto de la máquina encerrara su ritmo en aquellos gruñidos, con los cuales intentaba dirigirla.

José no había leído *Nuestra Señora de París*, y sin embargo, junto a su máquina, era el más fiel trasunto de Quasimodo, dirigiendo el vuelo de las campanas de la gigantesca iglesia en los días de gran festividad.

II

UNA MAÑANA, A la hora en que se disponía José a destornillar la máquina, para limpiarla, en el piso de arriba estalló un confuso concierto de gritos y palabras malsonantes dichas por voces coléricas.

El maquinista suspendió su trabajo para escuchar.

Aquel tumulto se iba acercando a la puerta de la escalera.

Un pilluelo, que servía de aprendiz en la máquina, guiñó un ojo al oír aquello, y dijo a José con tono confidencial:

—Ya se ha armado allá arriba.

—Pero, ¿por qué?

El maquinista, encerrado siempre en su ensimismamiento, se trataba poco con los cajistas, y de aquí que no conociera, hasta aquel instante, el conflicto que desde algunos días antes venía creándose en el establecimiento.

Los operarios pertenecían a una asociación socialista, y para seguir trabajando, habían acordado imponer al dueño de la imprenta ciertas condiciones un tanto vejativas para este.

Aquella mañana habían presentado sus proposiciones, y al no quererlas aceptar el dueño, estalló el conflicto.

José estaba sorprendido, y oía con extrañeza tanto los gritos de los de arriba como las palabras del aprendiz, que saltando alegremente, decía:

—¡Bien, muy bien! Ahora reventaremos al burgués.

Por fin, los que de tal modo gritaban arriba, aparecieron en la meseta de la escalera.

Un grupo, como de veinte obreros, comenzó a bajar los peldaños, mientras que el dueño de la imprenta, pálido, nervioso, con las ropas en desorden y agarrándose convulsivamente a la barandilla de la escalera, gritaba con voz colérica:

—¡A la calle!, ¡a la calle todo el mundo! Yo pago en mi casa a todos los trabajadores; soy, pues, el amo y no aguanto imposiciones de nadie. Antes consentiré en dejar morir el periódico, que acceder a lo que ustedes me proponen.

Los cajistas, bajo aquella rociada de palabras coléricas, descendían por la escalera, sonriéndose como si quisieran decir: «Apuradillo te has de ver sin nosotros».

A su frente, iba dándose aires de jefe un obrero que era el orador obligado en todos los *meetings* socialistas y que a cada momento hablaba de la explotación del trabajador y de la tiranía de los burgueses, a pesar de ser entre todos sus compañeros el que menos trabajaba y tenía más jornal.

Cuando este corifeo pasó por junto a José, le dirigió una mirada de superioridad, y le dijo:

—Tú también eres un infeliz explotado; vente con nosotros.

El maquinista, a pesar de esto, permaneció inmóvil.

Miró arriba y vio al amo que, presa todavía de su conmoción nerviosa, gesticulaba gritando:

—Todos a la calle; no quiero a nadie en mi casa.

José creyó que el dueño le decía esto a él, porque le miraba fijamente, y se dio también por despedido.

Además, ¿por qué no debía de irse?

Él ningún afecto sentía por aquel señor grave y cejijunto que todas las mañanas pasaba por su lado contestando a su saludo con un débil gruñido, y que los sábados, al pagarle, apenas si le dirigía una mirada.

¿Qué lazos de afecto existían entre él y el dueño que le pagaba?

Si no sentía por él el menor cariño, ¿por qué no debía seguir el ejemplo de sus compañeros y defender al mismo tiempo los intereses de la clase obrera?

José, después de hacerse tales reflexiones, tomó una resolución, y despojándose de su ennegrecido mandil, siguió a sus compañeros.

Una fiebre extraña se había apoderado de él, y ni se acordó un momento de su querida Marinoni.

Los huelguistas salieron de la imprenta formando un compacto grupo para dirigirse a casa de un compañero, donde pasaron más de una hora ocupados en escuchar los discursos de dos o tres que soltaron sobre los capitalistas e industriales todos los epítetos y dicterios insultantes aprendidos en los folletos y periódicos socialistas.

José se encontraba muy bien en aquella atmósfera de fogosidad que emanaba de los oradores.

Aquel ser tranquilo y silencioso parecía querer resarcirse del quietismo en que tantos años había permanecido.

Y como consecuencia de esto, gritó, dio fuertes manotadas al espacio y acabó pronunciando una arenga contra la *pícara burguesía*.

El maquinista no sabía qué estaba diciendo; pero los compañeros aprobaban sus palabras con signos, y esto le entusiasmaba.

Por fin, la reunión se disolvió, acordando sostener la huelga y hacer que esta se extendiese todo lo posible.

Cuando José se quedó solo, sufrió una radical transformación. Con el último compañero que se fue, le abandonó aquella excitación febril tan extraña en él y volvió a ser el mismo de antes.

¿Qué había hecho? ¿Había abandonado a Marinoni, a su querida máquina, para irse tras de aquellos locos?

El maquinista sintió algo semejante al arrepentimiento y quiso volver a la imprenta.

Entonces se entabló en su interior una ruda lucha; ¿qué dirían sus compañeros si él faltaba a los compromisos adquiridos voluntariamente?

José estaba indeciso. De un lado el afecto que sentía por aquel organismo de hierro que estaba abandonado, y de otro el compromiso adquirido con sus compañeros. El afecto luchaba con sus sentimientos de hombre de honor.

José, entregado a tales meditaciones, pasó muchas horas. Por fin, a mediodía, no pudo resistir más y, dándose por vencido, se dirigió a la imprenta.

Entró en el patio y no vio a nadie.

Allá arriba se oían las voces del propietario y de los redactores del periódico, que discutían sobre el mejor medio de salvar el conflicto.

El obrero miró a los balcones con indecisión algunos instantes, y por fin, se sentó en un estribo de la máquina, hundiendo la cabeza entre sus manos.

III

JOSÉ NO PODÍA acostumbrarse a aquella inacción. Todas las mañanas, a la hora de costumbre, llegaba a la imprenta para pasarse el día paseando en derredor de la máquina, sin saber qué hacer.

En el edificio reinaba un silencio fúnebre.

Aquello tenía algo de la soledad del buque abandonado.

De los redactores, ya no iba ninguno a la imprenta, y si es el director y el propietario del periódico, no aparecían en todo el día, ocupados como estaban en buscar cajistas.

José se entretenía a veces en limpiar la máquina, que no tenía motivo, en su obligado descanso, de estar sucia.

Algunas veces pasaba horas enteras ocupado en contemplar, con ojos distraídos, las batallas y correrías que allá en lo alto de la escalera verificaban dos o tres gatos que se habían refugiado en la casa.

El maquinista, algunas veces, por distraerse, se paseaba por toda la casa; pero esto le entristecía más.

La vasta pieza donde antes estaban los cajistas tenía cierta expresión de cementerio, con sus largas filas de cajas abandonadas, y encerrando en sus entrañas días y más días aquellos pedacitos de hierro, que antes volaban de un sitio a otro con la mayor actividad, para exteriorizar el pensamiento humano.

La redacción todavía presentaba un aspecto más triste. José, al entrar en ella, recordaba las acaloradas discusiones de otros tiempos entre los redactores, o el febril movimiento de a últimas horas, cuando estos, rascándose la cabeza o mordiéndose las uñas, escribían sin cesar, y no podía menos de emocionarse al verse solo en aquel salón, lleno de mesas abandonadas.

Todas las piezas del edificio repetían los pasos de José con ese eco gigantesco, propio de las casas abandonadas.

Por fin, a las dos semanas de verificarse la huelga, la situación varió por completo.

El propietario encontró cajistas nuevos, y una mañana comenzaron en la imprenta los trabajos de igual modo que antes y como si nada hubiera sucedido.

José estaba radiante de alegría.

¿Quién pudiera pintar su gozo cuando los aprendices llevaron las *formas* del periódico a la máquina?

Aquel día, la tirada del periódico se hizo con más prontitud que nunca.

El maquinista quería convencerse de que su querida Marinoni estaba tan sana como antes, y la hacía funcionar con la mayor fuerza del motor.

A José le parecía que la máquina cantaba con más gusto que antes. La casa parecía querer venirse abajo con aquel estruendo.

Cuando terminó la tirada, y los empleados en la administración, después de entregar el periódico a los vendedores, se retiraron, un aprendiz se acercó a José y, con aire misterioso, le dijo:

—Señor Pepe, no se marche.

—¿Qué sucede?

—Los de la huelga están ahí.

—¿En dónde?

—Bajo el farol de la esquina. He pasado hace un momento por su lado y les he oído hablar; quieren pegarle, y dicen que usted es...

—No tengas reparo en decirlo, un traidor.

—Eso es. También quieren hacer no sé qué en la imprenta. Están muy rabiosos, y dicen que usted tiene la culpa de todo, pues si no funcionara la máquina, el periódico no podría salir, y su situación sería menos desesperada. Ellos creían que sin su auxilio el dueño se vería perdido, y ahora se encuentran sin trabajo y sin dinero para poder resistir la huelga. No salga usted, señor Pepe, que le matarán.

Aquello pareció intimidar un poco a José, que, como ya hemos dicho, era bastante tímido.

Serían como las ocho y media de la noche, y desde la tarde que caía una lluvia fina y continua sobre la calle.

La claraboya chasqueaba con las gotas que iban cayendo sobre ella.

El aprendiz abrió la puerta de cristales que daba a la calle y asomó la cabeza.

—Todavía están bajo el farol —dijo metiéndose dentro—. Sin duda aguardan a que usted salga.

El maquinista pareció cobrar ánimos y dijo con voz algo colérica:

—Pues si tanto me aguardan, tendré que darles gusto y salir. Márchate tú.

—Adiós, señor Pepe, y tenga usted mucho cuidado.

Apenas salió el aprendiz, José se quitó el mandil, púsose la chaqueta, y cogiendo un gran martillo que tenía para arreglar la máquina, lo colocó a través de la pretina del pantalón.

En la casa no quedaba más que el portero, un viejecito que desde el fondo de su cuartucho, casi subterráneo, situado frente a la máquina, contemplaba los preparativos de marcha de José.

De pronto la puerta de cristales se abrió con violencia y penetraron en el patio, junto con una bocanada de aire húmedo y frío, un grupo de más de doce hombres, todos con el semblante hosco y amenazador, y empuñando en la diestra nudosos garrotes.

Eran los huelguistas.

José, al verlos, no tembló; al contrario, pareció cobrar mayores ánimos, y con voz de trueno, les gritó:

—¿Qué venís a hacer aquí?

—¡Hola, traidor! —dijo uno de aquellos hombres—. Por ti estamos perdidos y nuestras familias hambrientas. Venimos a romperte la cabeza y a deshacer la máquina.

Unos cuantos de los huelguistas se arrojaron sobre José, y dirigiéndole insultos y amenazándolo, le hicieron replegarse en un rincón.

En tanto, los otros, como unos furiosos, comenzaron a dar golpes sobre la máquina, cuyas vibraciones metálicas parecían dolorosos quejidos.

Aquello puso fuera de sí a José.

—¿Qué hacéis, canallas?, ¿qué hacéis? —rugió el maquinista—. Marchaos, o mato a uno.

Y al decir esto, empuñó su martillo y dirigió un tremendo golpe a los que le asediaban contra la pared.

El martillo chocó contra uno de los garrotes, y con la violencia del golpe se soltó de su mano para caer al suelo.

Entonces, uno de los huelguistas, mocetón atlético, le asestó un tremendo golpe en la cabeza.

La sangre brotó; José sintió algo semejante así como si toda la casa se viniera sobre él, vio muchas luces, y por fin cayó de bruces al suelo.

En el mismo instante, las piezas de la máquina, rotas o desunidas, caían también bajo los furiosos golpes de los huelguistas.

IV

Todos los curiosos que visitaban el manicomio del célebre alienista Hidalgo no podían menos de fijar atención en un loco cuya manía era bastante especial.

No era muy viejo, y sin embargo, tenía el cabello y la barba blancos, y el rostro lleno de arrugas.

Cuando por la tarde, a la caída del sol, se paseaba por el jardín del establecimiento, se detenía frente a cada árbol, e imitando con los brazos y la cabeza el movimiento de una máquina, comenzaba a gritar:

—Rom... rom... ¡Eh, muchachos, cuidado con esa marca, que la impresión no sale ajustada! ¡Más vivos!, que ya es muy tarde... Anda, Marinoni mía, cómete todo el papel que hay en la casa. Es gran cosa esta Marinoni... ¡Eh, canallas! No la rompáis, no la rompáis, si no os mato...

Y así seguía horas enteras hablando y gesticulando solo, ora con dulzura, como el que recuerda una pasada felicidad, ora con acento terrible y ademán amenazador, como el que quiere librarse de un horroroso peligro.

El doctor Hidalgo decía a todos los visitantes que aquel hombre era un infeliz maquinista de imprenta, llamado José, y que su locura reconocía como origen un tremendo golpe recibido en la cabeza que había llegado a interesar el cerebro.

La muerte de Capeto (Memorias de un patriota)

*A mi amigo el laureado pintor
Vicente Nicolás Cotanda.*

I

A PRINCIPIOS DEL año 1793, vivía yo con mi amigo Teodoro en una de las buhardillas más altas de París, separado del resto del mundo por una tortuosa y empinada escalera de más de cien peldaños.

¡Qué época aquella!

Como lo mismo mi amigo que yo habíamos tomado parte activa en todos los acontecimientos más notables de la Revolución, gozábamos fama de patriotas, particularmente en los sitios donde se reunían los hombres más exaltados de entonces.

Desde el principio de aquella tormentosa y agitada época, habíamos abandonado los pinceles y dejado de concurrir al estudio de nuestro maestro Pedro David, uno de los genios más populares de aquel tiempo.

La historia de Teodoro y la mía eran la de la Revolución.

Los dos habíamos hecho fuego en la toma de la Bastilla; el 10 de agosto de 1792 fuimos de los primeros que penetramos en las Tullerías, acuchillando a los suizos, y al pie de la guillotina vitoreamos a la nación, cuando rodó sobre el tablado la cabeza de Luis XVI.

Además, éramos asiduos concurrentes a las tribunas de la Convención, para aplaudir a Dantón y Robespierre, nos honrábamos con la amistad de Camilo Desmoulins, cuyos escritos leíamos, y no nos acostábamos ninguna noche sin hojear antes algunas páginas de la *Enciclopedia* o del *Contrato social*.

Como hijos de aquella época, éramos adoradores prácticos de la Revolución, a pesar de que a esta debíamos el vivir en la mayor indigencia.

No eran aquellos tiempos los más favorables para el cultivo de las artes.

La gente solo se fijaba en dos cosas: la guillotina y el fusil, y tenía puestos los ojos a todas horas en la Convención y las fronteras.

En la una había sus representantes, y en las otras sus defensores.

Durante el período revolucionario, Teodoro y yo solo trabajamos verdaderamente una vez, y fue para restaurar, bajo la dirección de nuestro maestro, el salón de sesiones de la Convención. Este trabajo nos valió de parte de los representantes del país más agradecimiento que dinero.

La falta de ocupación influyó directamente en nuestro estado.

De continuo nuestras bolsas estaban escuetas, nuestros vestidos, a causa de su vejez, tenían un aspecto deplorable.

Algunos años antes se nos hubiera tomado por mendigos, pero entonces estábamos lejos de ser víctimas de tal suposición, pues muchos hombres populares que en aquella época influían en la situación de Francia presentaban, poco más o menos, un aspecto parecido al nuestro.

Yo no me resignaba a aquella vida miserable.

Era aficionado, por razón de mi naturaleza, a los placeres, y me agradaba más tener algunas monedas en el bolsillo y acariciar a las muchachas de las tabernas, que andar casi harapiento, pasando plaza de virtuoso y patriota incorruptible.

En cambio, Teodoro se encontraba feliz en aquella situación.

No pensaba más que en la patria, y cada paso que esta daba en el nuevo camino, le producía una vivísima satisfacción.

—Esto va bien, Nicolás —me decía a cada instante—. Francia se dispone a difundir las luces de la libertad y el progreso por todo el mundo. Los tiranos pretenden ahogar la revolución en su cuna, pero no lograrán sus deseos, pues tienen que luchar con nosotros que estamos destinados a realizar la grande obra.

Yo no hacía gran caso de las palabras de Teodoro, y daba poca importancia a las obligaciones que como ciudadano republicano tuviera que cumplir.

Mas a pesar de esto, mi amigo me arrastraba a todas partes, valido del ascendiente que su superioridad le daba sobre mí.

Teodoro, como artista, se encontraba a una altura envidiable.

Era el primero entre todos los discípulos de David, y este le quería como a un hijo.

Jamás he visto en ningún cuadro la riqueza de colorido que poseía su pincel y la energía de sus toques.

Antes de que comenzara el periodo revolucionario, Teodoro pasaba gran parte del día en el estudio del maestro, completamente entregado al cultivo del arte, y pintando, las más de las veces, alegorías de efecto sorprendente, que por lo regular representaban la libertad rompiendo las cadenas de los pueblos e iluminando al mundo.

Además se ocupaba en el decorado artístico de los grandes palacios, trabajo que le producía lo necesario para la subsistencia de los dos, pues yo por mi pereza, o más bien por mis escasas facultades artísticas, apenas si lograba sacar de mi pincel un insignificante producto.

Teodoro, era, pues, quien me proporcionaba la subsistencia con su trabajo.

Éramos dos amigos verdaderos, o más bien dos hermanos.

A pesar de nuestra unión, nos diferenciábamos bastante, tanto en lo físico como en lo moral.

Él era tranquilo, virtuoso y pensador; yo, alborotado, libertino y escéptico; él, adorador y sectario de las doctrinas revolucionarias, y yo, amigo solamente de los placeres.

En lo físico, como antes he dicho, tampoco éramos semejantes.

Teodoro, delgado, pálido, de frente dilatada y mirada recogida y penetrante; yo, fornido, rubio y sonrosado, y con ojos en los que llevaba impresa el ansia del placer.

Y a pesar de tales diferencias, nos amábamos entrañablemente.

Todavía está fresco en mi memoria el recuerdo de aquella tarde en que se decidieron nuestros destinos.

Yo estaba ocupado en pintar la muestra de un bodegón de los arrabales.

Su dueño, que era un exaltado *sans culotte*, tuvo buen cuidado de encargarme pusiera en ella el retrato de Marat, con la siguiente inscripción: «Venid al Amigo del Pueblo, o a la muerte».

Nuestra habitación tenía un marcado sello de desorden.

En un rincón, la cama de la que disfrutábamos en común Teodoro y yo. En los demás extremos, montones de papeles y libros; las paredes cubiertas de grabados medio rotos y algunas sillas por el suelo, acompañando a la piedra de moler colores, la paleta y los pinceles, y en la ventana, entre dos tiestos de flores, un cráneo humano, que más que en estudios artísticos lo empleábamos para asustar a los vecinos.

Teodoro estaba fuera de casa desde por la mañana.

Los días transcurrían para él en la Convención o en los clubs, donde peroraba algunas veces con aplauso de la concurrencia.

Cerca de las cinco de la tarde, cuando ya el sol comenzaba a esconderse tras los tejados de París, envolviendo toda la ciudad en una cálida nube de oro, se oyeron en la escalera los pasos de Teodoro, que empujó poco después la entreabierta puerta y penetró en la buhardilla.

Estaba más pálido que de costumbre; al entrar arrojó al suelo su sombrero con escarapela tricolor, y después comenzó a dar paseos por la habitación.

—¿De dónde vienes? —le pregunté sin interrumpir mi grosero trabajo.

—De la Convención. Acabo de oír un discurso de Dantón.

—¿Tan elocuente como siempre, eh? —dije sin cesar de dar pinceladas en mi muestra.

Teodoro no me respondió; siguió paseando, y al cabo de algún tiempo, dijo con voz firme:

—¡Nicolás, es preciso que cambiemos de vida!

—¿Tienes dinero?

—Siempre eres el mismo. No te hablo de placeres, sino de sacrificios que debemos hacer por la patria.

—Creo que hemos hecho los suficientes para que ella nos esté agradecida.

—¡Calla, miserable! Todo buen ciudadano no cumple con su deber, si no le ofrece la vida en holocausto. Ella está amenazada por todas partes, y pide a sus hijos que la defiendan. Los que se muestren sordos a sus lamentos, no son buenos patriotas.

—¿Y qué pretendes?

—Que nos alistemos como voluntarios y partamos a la frontera.

—Pero...

—No me respondas; tengo tomada mi resolución. Hoy, todas las naciones se muestran hostiles a Francia, y hasta la Vendée se levanta amenazadora. Estoy resuelto a cumplir mi propósito, y si no quieres seguirme, quédate.

Yo conocía muy bien el carácter de Teodoro; sabía que era tenaz en sus resoluciones; así es que me limité a decirle, después de reflexionar un momento:

—Te sigo.

—No esperaba otra cosa de ti. Eres un verdadero hijo de la patria. Mañana saldremos de París, para ingresar en el ejército del Rhin.

II

¡QUÉ ENTUSIASMO el de los soldados de la República!

Nunca pueblo alguno tendrá ejércitos como aquellos que, faltos de toda clase de recursos y poco avezados a las fatigas de la guerra, llevaron a cabo con feliz término las más temerarias empresas.

Teodoro y yo estábamos incorporados a una de las más famosas medias brigadas, que al mando de Hoche, formaban el ejército de la frontera alemana.

Nuestro estado era deplorable. Teníamos rotos los uniformes y casi convertidos en harapos por los rigores de la intemperie, y hacíamos las pesadas marchas poco menos que descalzos, pero en cambio, nuestras armas estaban siempre limpias y prontas para la defensa.

Aquel general de veintiséis años nos infundía con su presencia un valor y una confianza heroicos.

Junto a Hoche, no experimentábamos vacilaciones, y nos sentíamos capaces de emprender las más arriesgadas aventuras.

Además, pensábamos a todas horas que estábamos investidos de la sagrada misión de defender nuestra patria, y esto nos daba fuerzas para resistir las largas marchas y aquellas noches frías y desapacibles, en las que teníamos que acampar completamente al descubierto al pie de los Vosgos.

Teodoro era feliz con aquella existencia, y hasta en ciertos momentos llegaba a sonreírse.

La vida del soldado de la revolución le agradaba más que la de agitador de París.

La compañía a la que él y yo pertenecíamos presentaba, como todo el ejército en general, un abigarrado conjunto de hombres de todas clases y edades.

En aquella época en que los hombres parecían surgir de debajo de las piedras para defender la libertad y la patria, no era extraño ver marchar empuñando el fusil en una misma fila a un muchacho de quince años junto a un anciano de sesenta.

Todos sentíamos rebosar en el corazón el entusiasmo, y cuando este comenzaba a extinguirse, mi amigo era el encargado de hacerle revivir.

¡Cuán grande se mostraba Teodoro en ciertos momentos en los que semejante a una vestal removía el sacro fuego!

Todavía recuerdo con amargo placer la última noche que le vi.

El día siguiente era el destinado para dar una terrible batalla.

Los alemanes ocupaban las alturas de los Vosgos, y a nuestro general le era preciso romper sus líneas de defensa para reunirse con el ejército de Pichegrú.

Acampados al pie de los montes pasamos la noche, que, por cierto, era bastante fría.

Yo dormitaba envuelto en mi manta junto a una regular hoguera, oyendo, aunque amortiguados por las primeras nieblas del sueño, los chasquidos de los humeantes leños y los pasos de los centinelas.

Teodoro estaba acostado junto a mí, y a la oscilante luz de las llamas, veía cómo sus ojos estaban abiertos y fijos en el oscuro cielo.

De pronto, saliendo de su completa abstracción, levantó mi amigo un poco la cabeza y me llamó.

—¿Qué quieres? —le respondí.

—Nicolás, mañana me matan.

—¡Bah! ¿Para darme tal noticia me llamas?

—Sé lo que me digo. Mañana, a estas horas, me contarán entre los muertos en el próximo combate.

—Pero ¿qué motivos tienes para creer tal cosa?

—¿Tienes fe en los presentimientos?

—Ninguna.

—Pues yo tengo la seguridad de que en ciertos instantes, el corazón nos anuncia lo que ha de suceder.

—¿Y crees firmemente que mañana vas a morir?

—Sí, amigo mío; y esa convicción me martiriza tanto más cuanto que veo me será imposible llevar a cabo el proyecto que hace tiempo acaricio en mi imaginación.

—¿Un proyecto?

—Sí; hace ya tiempo que lo tengo, y pensaba realizarlo así que terminase la guerra.

—Explícamelo.

—Es un regalo que pienso hacer a la patria. Tú recordarás perfectamente aquel momento en que hizo caer la cuchilla de la guillotina la cabeza de Capeto; pues bien, yo deseo pintar un cuadro que represente el instante en que Francia se desligó por completo de los lazos de la monarquía. El tablado de la guillotina, el palpitante cuerpo de Luis XVI, la compacta y atronadora muchedumbre, la sangrienta cabeza y aquel cielo plomizo y tempestuoso, quiero que aparezcan en mi cuadro tal como nosotros dos los vimos. Deseo hacer una obra que repita a los ojos de las venideras generaciones el espectáculo que presenta la venganza de un pueblo. Pero... desgraciadamente, moriré mañana, me lo dice el corazón. ¿Ves esas montañas que a lo lejos se destacan en la obscuridad como monstruosos gigantes? Pues en ellas moriré mañana. Comprendo que vas a decirme que esta afirmación no es más que un producto de mi fantasía; pero no, Nicolás, te engañas si tal cosa piensas, pues yo creo en los presentimientos con la misma seguridad que proclamo existe ese algo superior a los hombres, que

unos llaman Dios y otros Ser Supremo. Amigo mío, yo muero mañana; pero antes de dejar de existir, quiero hacerte un encargo.

—Habla, ya sabes que soy tu hermano.

—Deseo, supuesto que voy mañana a morir, que te encargues de realizar mi proyecto.

—¿Qué es lo que dices? Bien sabes que mis conocimientos artísticos son bastante limitados y que no me siento capaz de delinear, no el bosquejo de un cuadro, sino simplemente el de la más fácil figura. Yo solo sirvo para pintarraजार muestras, y por lo tanto me siento imposibilitado de llevar a cabo tu encargo.

—¡Quién sabe lo que puede suceder! No sería extraño que alguna fuerza misteriosa te ayudase en tal tarea.

Después de decir esto Teodoro, todavía hablamos algunos momentos, hasta que por fin, mi amigo, con aquel estoicismo que le era característico, se envolvió en su manta, acostose, y poco rato después dormía tranquilamente como hombre libre de toda preocupación. Al día siguiente, apenas amaneció, los tambores con su ronco sonido mandaron formar a las brigadas republicanas.

Allá en las alturas, a la blanquecina luz del alba, se vislumbraba el ejército alemán ocupando sus posiciones y esperando nuestra acometida.

En la agitación que reinaba en nuestros batallones, se conocía que el combate no tardaría mucho en empezar.

De pronto, sonó una terrible detonación. Era el primer cañonazo que nuestra artillería disparaba contra las posiciones enemigas.

Los alemanes contestaron, y entonces un terrible cañoneo entablóse entre los dos ejércitos.

Nosotros, en correcta formación y arma al brazo, aguardábamos la orden para escalar las abruptas faldas de aquellos montes y romper a la bayoneta las líneas enemigas.

¡Cuán diferente era el aspecto que presentaban los dos ejércitos!

Arriba los alemanes parapetados en sus trincheras, bien armados y deslumbrándonos con sus brillantes uniformes. Abajo nosotros completamente a descubierto, hambrientos, fatigados, con los vestidos rotos, las polainas destrozadas y escasos de municiones.

Ellos, soldados viejos habituados al combate y endurecidos por las fatigas de la guerra; nosotros inexpertos reclutas y poco acostumbrados al ruido de las batallas.

Y a pesar de esto no sentíamos pavor, porque la fe iba con nosotros.

Entre un guerrero de oficio y un patriota entusiasmado, existen inmensas diferencias.

Yo tenía a mi lado a Teodoro, que pálido y con ojos febriles contemplaba alternativamente mi rostro y las alturas vecinas, mientras que con manos crispadas oprimía su fusil.

En este instante me pregunto qué es lo que pensaría entonces mi amigo.

De pronto vimos, como una exhalación, pasar por frente a nosotros un grupo de jinetes.

En el centro de él columbramos el penacho y la faja tricolor de Hoche y los anchos sombreros de los dos representantes de la Convención.

Inmediatamente que esto sucedió diósenos orden de avanzar.

Todos bajamos a un tiempo horizontalmente nuestros fusiles y rompimos la marcha.

Poco rato después nuestros pies hollaban las primeras asperezas de los montes, cuyas crestas ocupaban nuestros enemigos.

Como de costumbre en todas las batallas de aquella época, cantábamos la *Marsellesa*, y tal vez fuera ilusión mía, pero nuestro canto vibraba en el aire con tan fuertes sonidos que no parecía sino que el himno saliera de boca de toda Francia.

¡Qué especie de soldados tan rara era la nuestra!

Nos batíamos cantando, y tal vez a esta circunstancia era debido aquel arrojo para desbaratar a los enemigos, y aquella fiereza en el ataque que nos era peculiar.

Yo no veía en aquellos instante más que las filas de hombres que me precedían y los compañeros que marchaban a mi lado.

Mis ojos no tenían otra perspectiva que las brillantes bayonetas francesas y aquella bandera tricolor que excitaba mi entusiasmo y cuyo extremo asomaba por encima de los viejos tricornos.

Marchaba envuelto en aquel torrente que rugía el himno de la patria, saltando peñas y salvando precipicios.

Era una gota de la hirviente marea de hombres que subía y subía para no parar hasta lo más alto de los Vosgos.

Una lluvia de balas raía continuamente sobre nosotros causando un verdadero estrago.

Teodoro al oírlas silbar sobre su cabeza se sonreía al mismo tiempo que murmuraba junto a mi oído:

—Cualquiera de esas será para mí.

Poco distábamos ya de las posiciones enemigas. A través de las densas nubes de humo veíamos destacarse confusamente los negros montones de tierra tras los cuales asomaban las bocas de los cañones y las cabezas de nuestros enemigos.

De pronto, cuando ya solo distábamos un centenar de pasos de las posiciones que íbamos a atacar, los jefes de nuestros batallones agitaron sus sables en el espacio y aquella fue la señal.

Apresuramos el paso, o más bien dicho, corrimos para arrojarnos sobre nuestros enemigos, y en el mismo instante de todas sus trincheras salió una formidable descarga.

Una intensa y fugaz llamarada horizontal, luego un espantoso trueno, y por fin nos vimos envueltos en una nube de espeso humo.

Yo vi perfectamente cómo Teodoro cayó al suelo de bruces sin exhalar un solo grito, pero en el mismo instante la tierra pareció faltar bajo mis pies y vine al suelo.

Experimenté un agudo dolor en una pierna, mi vista se oscureció, mis oídos zumbaron, y sentí por fin caer sobre mi cerebro un velo de negras sombras.

Poco a poco dejé de escuchar el infernal estruendo de la lucha corporal entablada entre los dos ejércitos.

III

EN AQUELLA BATALLA murió mi amigo Teodoro, y yo recibí un balazo en una pierna que me dejó inútil para siempre.

Quedé cojo, y a esta desgracia debí el no formar parte de los últimos ejércitos de la República, ni tampoco de los del Imperio que algunos años después paseó Bonaparte victoriosos por todo el mundo.

Establecí mi residencia en París al abandonar el hospital, y me entregué a una vida que no era ni con mucho semejante a la que llevaba antes de partir para la guerra.

Yo mismo reconocía a todas horas esta diferencia hasta en mis menores actos.

Aquel carácter alegre y ruidoso que me era peculiar había desaparecido, y de continuo me sentía poseído de una cruel y eterna melancolía.

Vivía humildemente, pues mis medios de existencia eran bastante mezquinos.

Como antes, pintaba muestras de tiendas, dibujaba grabados para periódicos populares, en los que por lo regular se ridiculizaba a Bonaparte, y alguna vez, llevado de un inocente audacia, llegaba a atreverme hasta hacer retratos que me eran pagados con creces, dado su valor artístico.

Yo seguía siendo un mal artista. Cada día mi mano era más torpe para el dibujo, y los colores, al ser trasladados al lienzo por mi pincel, ora se hacían chillones en los toques luminosos, ora sucios en los oscuros.

Muchas veces, al tomar la paleta y disponerme al trabajo, no podía menos que acordarme de Teodoro y de su talento artístico.

Y al refrescarse en mi memoria su trágico fin y aquel momento en que le vi caer a mi lado sin vida, me veía obligado a esconder la cabeza entre las manos y llorar copiosamente.

Una noche de invierno, al ir a acostarme en mi pobre camastro, por no sé qué coincidencia extraña comencé a acordarme de Teodoro y de sus últimas palabras.

En aquel instante, su encargo de pintar un cuadro que representase los últimos instantes de Luis XVI surgió en mi memoria. Yo hasta entonces ignoro por qué motivo nunca había recordado tal encargo.

Aquella noche, dentro de mí sentía algo sobrenatural, y en las sombras que mi pobre farolillo proyectaba sobre los desmantelados muros, creí entrever el perfil rígido del rostro de Teodoro.

Abrí el lecho y me acosté después de apagar la luz.

En los primeros momentos permanecí inmóvil, y en la obscuridad que envolvió mi habitación no distinguí nada.

Esto fue lo que más miedo me causó. Yo esperaba algo grande y sobrenatural, pues así parecía anunciármelo mi estado sobreexcitado y nervioso.

En aquellos instantes mi escepticismo había desaparecido y estaba poseído de un temor supersticioso.

Todo me asustaba, y el roer de la carcoma en las viejas vigas, esos mil pequeños ruidos que engendra el silencio de la noche, y hasta las palpitaciones apresuradas de mi corazón eran causas suficientes para que yo creyese oír pisadas de un ser sobrenatural que silencioso e invisible se acercaba a mi lecho.

En este estado de sobresalto mis ojos se cerraron y quedé profundamente dormido.

¡Qué noche! Jamás creo tener otra igual en la vida.

¿Qué soñé? Ni yo mismo pude explicármelo a la mañana siguiente.

Mi memoria estaba envuelta en opacos velos que en vano intenté romper. No recordaba nada; pero lo cierto es que me levanté nervioso y agitado, y que al instante me dispuse para el trabajo.

Arrojé a un rincón aquellas tablas llenas de pegotes de color que tenía a medio concluir con destino a varios establecimientos, y me ocupé en preparar un gran lienzo que hacía tiempo tenía en mi habitación.

Una hora después me encontraba ante él empuñando la paleta, y mi pincel corría sobre su superficie gris trazando con líneas negruzcas los contornos de figuras y edificios.

Yo estaba maravillado. Mi mano tenía una seguridad maestra, y trazaba líneas y curvas artísticas sin sufrir vacilaciones de ninguna especie.

Desde aquel día comenzó para mí una nueva existencia.

Mi estado físico era anormal, y verdaderamente sufría en mi interior una enfermedad desconocida.

Devorado por una fiebre de actividad trabajaba sin descanso, y solo abandonaba mi cuadro en el reducido tiempo que corría a un figón inmediato para saciar mis necesidades.

A excepción de este momento nunca salía de mi habitación. Por las noches al dormirme creía percibir algo sobrenatural, me parecía sentir sobre mi rostro un ligero roce cual de tenues alas, pero por fin me rendía el sueño y entraba en un mundo fantástico, en el que al día siguiente recordaba con vaguedad haber visto extraordinarios sucesos.

Conforme fui avanzando en mi obra, aquellas sensaciones sobrenaturales fuéronse agotando hasta el punto de que al terminarle recobré mi carácter propio, experimentando una sensación parecida a la del que despierta de un extraño sueño.

Por fin mi obra llegó a estar casi terminada. ¡Cuántas cosas sentí durante mi ejecución! Muchas veces al ir a dar una pincelada de efecto falso que recordaba mis antiguos productos artísticos, sentía detenido mi brazo por una fuerza sobrenatural, y otras mi mano era atraída por ciertos puntos del cuadro en los que faltaban algunas pinceladas que vinieran a completar la obra.

Las figuras de esta fueron poco a poco surgiendo del lienzo, y por fin un día a los ardientes rayos del sol pude verle completo.

Cuando desde uno de los extremos de mi habitación abarqué de una ojeada su conjunto, no pude reprimir un grito de admiración y entusiasmo.

Allí, frente a mi mirada, estaba representado fielmente y con una naturalidad pasmosa el momento de la muerte de Luis XVI.

Hubo instante en que me creí presenciando aquel acto, como si fuera un sueño todo el tiempo transcurrido desde entonces.

Yo veía perfectamente, y con el tinte de la mayor realidad, la muchedumbre abigarrada, las tropas de la República y las secciones de París arma al brazo, los tambores redoblando, las casas con sus ventanas atestadas de gente, el cielo lleno de nubarrones y los labios de todos los hombres contraídos como para dar paso a un grito de triunfo.

Además contemplaba el relumbrar de los sables de los gendarmes en derredor de la guillotina, y sobre el tablado de esta se distinguía la cuchilla tinta en sangre, el cuerpo inerte de Capeto y la figura fornida y repugnante del verdugo enseñando la cabeza de aquel a la muchedumbre. Este pequeño grupo era la parte maestra del cuadro. Yo estaba asombrado de mi obra. Distinguí las gotas de sangre que titilaban a la punta de la cabellera del guillotinado, y parecía que sus ojos vidriosos me miraban fijamente.

Yo sentía frío y calor a un tiempo; veía en mi obra algo sobrenatural que me causaba espanto.

De repente me estremecí al notar una cosa de que hasta entonces no me había apercebido.

El pueblo, los soldados, el verdugo, todas las figuras de mi cuadro tenían iguales rasgos fisonómicos.

Aunque diferentes en la expresión, todos sus rostros poseían cierto aire como de familia que les hacía parecidos.

Mi amigo Teodoro apareció ante mí en diferentes posiciones y vistiendo diversos trajes.

Creí que todas las figuras se agitaban como queriendo desprenderse del cuadro y, en un rincón, en el techo, no recuerdo dónde, columbré dos ojos claros y rasgados que me miraban fijamente.

Sentí frío en las entrañas, no pude resistir aquello, y caí víctima de un desvanecimiento.

IV

JAMÁS VOLVÍ A pintar luego que acabé *La muerte de Capeto*.

Varias veces intenté ejercer el sublime arte, pero siempre tuve que desistir. Era, como de antiguo, el embadurnador de muestras.

Al contemplar los productos de mi torpe pincel dudaba de que yo fuese el autor de tan magnífico cuadro.

Y de la misma duda participaban todos mis compañeros en el arte.

Hoy llego a creer, en ciertos momentos, que aquella gran obra fue tan solo soñada por mí, y digo esto porque hace muchos años que ha desaparecido por completo.

En los primeros tiempos del Imperio me la compró por un precio relativamente módico, un antiguo jacobino hacendado de provincias.

Pero cuando cayó para siempre Bonaparte y los aliados se esparcieron por Francia, fue destruido el cuadro por unos emigrados realistas que se sintieron poseídos de sacra indignación al conocer el asunto que aquel representaba.

Además, a su dueño le valió el ser fusilado. ¡Que Dios le tenga en santa gloria, y que desde esta me perdone, por ser yo, aunque remotamente, la causa de su muerte!

Hoy tengo ochenta años y todavía no he visto en ninguna exposición un cuadro que pueda igualarse con el mío.

Por eso digo a todos los que quieren oírme, que cuadro como el de *La muerte de Capeto* solo se ha pintado uno. Y al decir esto pienso en Teodoro a quien considero su legítimo autor.

Todo lo cual me vale el que muchísimos me tengan por loco.